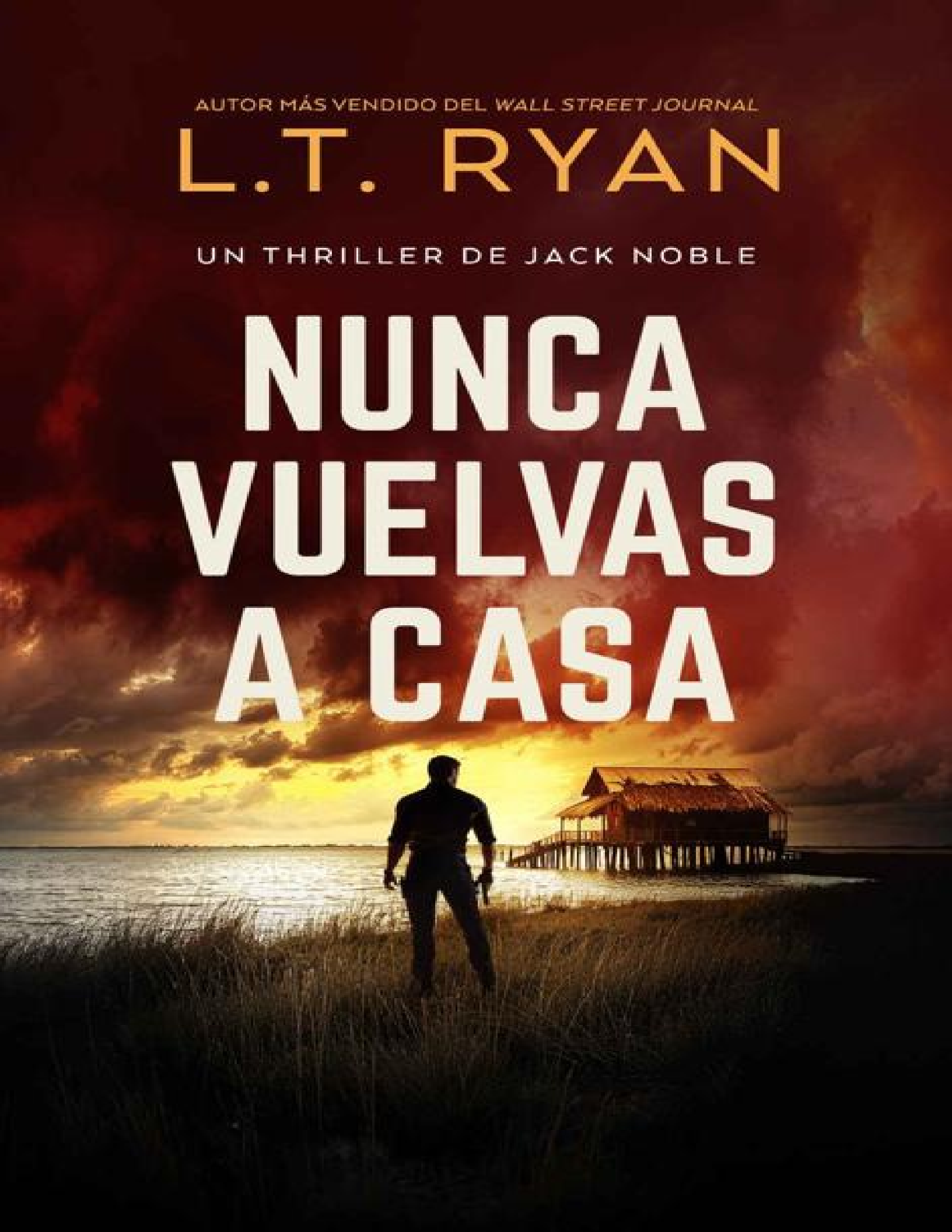
AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

NUNCA VUELVAS A CASA



NUNCA VUELVAS A CASA

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 8

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2013, 2025 de L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato ni por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Para obtener más información, comuníquese con:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

El Juicio de Noble: Capítulo 1
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

La mujer salió de un pequeño grupo de peatones. Se separaron cuando ella pasó. La miraron con asombro. Jack los imaginó preguntándose unos a otros: *"¿Quién es esa mujer?"*. Llamaba la atención, en parte por su belleza, en parte por su confianza.

A su alrededor había seis hombres.

Vestidos de negro.

Todos armados.

No es una imagen que se ve todos los días en las afueras de Londres.

Sin embargo, la gente no los notaba. Ella los hacía parecer invisibles.

Jack supuso que los hombres tenían un entrenamiento de un nivel cercano al mío.

La mujer y los hombres continuaron su acercamiento por la calle. Su cabello negro estaba partido por la mitad. Le caía sobre los hombros. La brisa lo levantaba en los bordes y bailaba con el viento.

Se detuvieron frente a Cataldi. El restaurante tenía una estufa de leña. Los cocineros la habían encendido hacía unos minutos. El extractor liberaba humo con olor a comida hacia el cielo. Pasó junto a Jack, a quien le dolía el estómago de anticipación. Tanto por la comida como por el trabajo. La mujer y sus guardaespaldas siguieron adelante. Se habían detenido frente al restaurante los tres días anteriores. Pero nunca entraron. Tres puertas más allá había un café. Si la mujer era tan de costumbres como Jack pensaba y contaba, volverían a entrar allí esta mañana.

El techo le ofrecía a Jack una vista de toda la calle. La desventaja de eso era que se le podía ver desde la calle en ambas direcciones. Con la mujer y su equipo de seguridad cerca, mejor se retiró. No era gran cosa. Sus planes no eran secretos.

Tocó el botón del dispositivo conectado a su oído. Se produjo una estática constante. —Tengo confirmación visual. Voy a entrar ahora—. Tocó el botón nuevamente. La estática se desvaneció.

El ruido se arrastraba a lo largo de la fachada de doscientos años del edificio. El parloteo de los que pasaban, una moto a toda velocidad, el golpeteo constante de los zapatos de suela dura de los guardaespaldas y los tacones de aguja de la mujer sobre la acera.

Sus pasos se destacaban del resto.

Manteniéndose agachado, cruzó la azotea y se detuvo frente al acceso al edificio. Nada en el entorno circundante había cambiado. Abrió la puerta de un tirón, pateó el soporte y bajó las escaleras de dos en dos.

La puerta del vestíbulo se abrió de golpe. Se oyeron pasos pesados en las escaleras. Una persona subió corriendo. Su respiración agitada indicaba que había estado corriendo incluso antes de entrar al edificio. Jack se quedó inmóvil, sacó mi Beretta y se apoyó contra la puerta de alguien.

Una madre regañó a su hijo. El pequeño corrió por el apartamento detrás de mí. Una puerta se cerró de golpe y la madre dejó escapar un sonido de frustración.

Los pasos seguían viniendo hacia mí. *¿Me han visto?* Se alejó de la pared y se dirigió hacia las escaleras. La misma persona se detuvo. Contuvo la respiración. Soltó la suya. Luego respiró profundamente y exhaló de nuevo.

—Buena carrera—, dijo, seguido de una puerta que se abrió y se cerró.

Jack sacudió la cabeza y reflexionó sobre lo cerca que había estado de matar a un inocente transeúnte. No había tiempo para pensar. Continuó su descenso.

La voz de Sasha llenó su oído. —Está frente al café, Jack.

No se detuvo a responder. Cinco pasos lo separaban del vestíbulo. La vería por sí mismo en unos momentos.

Los azulejos a cuadros blancos y negros conducían al frente de la habitación donde las puertas dobles se balanceaban hacia adelante y hacia atrás unos pocos centímetros. Corrió hacia ellas, se detuvo y escudriñó la calle frente a él. No podía verla. Los dos hombres que estaban detrás de ella eran demasiado altos y anchos.

¿Dónde encontraron a esos tipos? ¿En el circuito de lucha libre profesional? Seguro que no eran exmiembros de las Fuerzas Especiales.

Golpeó la puerta con el hombro, la abrió y salió a la acera. Allí abajo, el olor a parrilla era más fuerte. Se combinaba con el de la pastelería de al lado. Casi fue suficiente para despistarlo.

Giró a la izquierda y comenzó a caminar, usando las ventanas a su lado para observar la escena al otro lado de la calle. Uno de los miembros de su equipo de seguridad lo observó. Era de un tamaño gigantesco. Se quedó afuera junto con otro tipo grande, mientras los otros cuatro acompañaban a la mujer al interior del café.

—Están entrando, Jack.

Estiró la mano y activó el altavoz. —¿Estamos listos?

—Nunca entramos.

—¿Qué dijiste?

—Tenían dos esperando.

—¿Entonces tiene ocho guardaespaldas hoy?

—La amenaza era alta. Tú lo sabías. Dijiste que estabas preparada para ello.

Se acercaron tres mujeres mayores. No dije nada cuando me podían oír. Una de ellas me sonrió. Tenía los labios pintados de rojo brillante, así como la piel de arriba y de abajo. Incluso sus dientes eran de tonos rojizos. Le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza.

—¿Jack? ¿Quieres que llame a todos y abortemos?

Miró por encima del hombro. La mujer ya no estaba a la vista. Dos hombres estaban en la puerta. Las mujeres mayores cruzaron la calle. Una de ellas dio un paso con un pequeño salto. Debe haber sido una buena taza de café.

Las mujeres mayores se acercaron a los dos gigantes que estaban de guardia. Los guardias exigieron que las mujeres abrieran sus bolsos para poder revisarlos. Tiraron objetos al suelo. Una de las mujeres protestó en voz alta. El tipo dijo algo como: —¿No te gusta? Vete a la mierda.

—¿Jack? —, gritó.

—Diles que se vayan—, dijo.

—¿Te estás rindiendo?

—No estaban haciendo esto ayer.

—¿Qué?

—Te veo en una hora.

—Jack, ¿qué vas a hacer?

Se sacó el dispositivo de la oreja, lo tiró a la basura y continuó caminando media cuadra más. Se metió la mano detrás de la espalda y sacó su Beretta. También fue a la basura. Bajó de la acera, se detuvo ante un Fiat blanco que le tocó la bocina al pasar y luego cruzó la calle. Un grupo de adolescentes le dijo que regresara a Estados Unidos. Los ignoró.

Más adelante, la última de las mujeres mayores entró en el café. El guardia que estaba más cerca de Jack giró la cabeza en su dirección. Observó cómo se acercaba.

Jack se detuvo frente al café. Puso el pie en el primer escalón.

El tipo extendió su gruesa mano. Movió el dedo frente a Jack. Cuando habló, su acento era irlandés, marcado, como si fuera de Cork. —Te vi salir del edificio de apartamentos y dirigirte hacia la calle.

Jack asintió. —Tuve una cita para tomar un café con una mujer. Ella canceló. Estoy un poco feliz, en realidad. Este lugar tiene la mejor cerveza de la ciudad. Pero es la primera vez que veo seguridad aquí. ¿Qué está pasando? ¿La Reina pasó por aquí hoy?

Los hombres se miraron entre sí. Parecían dos defensores a punto de converger sobre el mariscal de campo al mismo tiempo.

—Ven para aquí—, dijo el tipo de la derecha. Era local.

Jack dio un paso adelante y extendió los brazos a los costados.

—Date la vuelta—, dijo Cork.

Se posicionó hacia el edificio de apartamentos. Un chico que pasaba por allí lo miró. Jack le sacó la lengua y le hizo bizcos. Él sonrió. El tipo que estaba detrás de Jack lo palpó, metió las manos en sus bolsillos y lo agarró de algún lugar que no debía. Se levantó de puntillas.

—¿Me vas a comprar un pastel ahora? —, preguntó

—Cállate—, dijo Cork.

—Entra—, dijo el otro.

Ninguno le sostuvo la puerta. Se sintió engañado después de lo cercanos que se habían vuelto. Utilizó la punta dura de su zapato derecho contra la placa protectora de la puerta y la abrió de un empujón. El aroma del café oscuro le llegó. Le hizo la boca agua. Era necesario mantener la concentración, así que escaneó la habitación, dividiéndola en cuadrantes.

La mujer estaba sentada en la esquina, rodeada de tipos más pequeños que los dos de la puerta principal. Esos eran los profesionales. Los otros dos eran idiotas cuyo único propósito era asustar a los clientes de la tienda. Jack mantuvo sus ojos en movimiento. No quería detenerse demasiado en ella. Ni en los hombres.

Había tres personas detrás del mostrador. El día anterior solo había dos, y esos dos no estaban presentes hoy. Imaginó que la mayoría de la gente asumiría que el más grande sería el principal, si es que había uno. No Jack. Y tampoco el tipo flaco con cabello rojo y acné. Identificó una chica linda con hoyuelos. Ella sonrió, le guiñó el ojo y lo tranquilizó.

No es algo fácil de hacer.

Pidió un café americano y se sentó en una mesa a cinco metros de la mujer.

Se llamaba Marcia Stanton. El nombre no decía nada. Le habían dicho que Marcia era una joven promesa en la política. Había ganado relevancia atacando y derribando a algunas personas poderosas. Se creó un movimiento de base y, lo siguiente que supo fue que la gente la alentó a postularse para un cargo.

Al principio, ella rechazó la oferta, pero las ofertas no cesaron. Entonces, cuando un peso pesado intervino y le dijo que se lo debía a su país, aceptó.

Y eso abrió una caja de Pandora de infierno para ella. Llegaron amenazas de muerte. Se

contrataron guardaespaldas. Tres atentados contra su vida resultaron en la contratación de tres guardaespaldas más para reemplazar a sus cuatro principales.

Todo eso llevó a Jack a estar sentado en ese café, a media mañana, hambriento, cansado, desarmado y sin cafeína. Al menos una condición estaba cerca de ser remediada.

—¿Señor?

Miró a la linda chica con hoyuelos. Ella apoyó un codo pálido sobre el mostrador y extendió su taza con la otra mano. Jack se levantó, miró de reojo a Marcia y sus guardaespaldas y caminó hacia el mostrador. La chica lo observó todo el camino. Una mano envolvió la taza. La otra dejó caer una punta sobre la superficie de vidrio.

—¿Crema o azúcar? —, preguntó.

Jack sacudió la cabeza. —Negro está bien. El resto de las cosas estorban.

Ella se encogió de hombros. —¿Algo más?

Detrás de ella, el tipo grande miró fijamente a Jack. Notó una esvástica tatuada en su muñeca. Se miraron a los ojos. Él miró hacia otro lado primero.

—¿Señor? —, dijo la chica.

—Estoy bien—, dijo.

Se dio la vuelta, poniendo los ojos en blanco. Jack era solo otro idiota para ella, y eso estaba bien. Regresó a la misma mesa, se sentó en un asiento diferente. Ese le permitía ver el mostrador y donde estaba Marcia. El inconveniente de eso era que la mesa creaba un obstáculo que tenía que sortear para hacer su trabajo.

Uno de los guardaespaldas se levantó y se dirigió hacia el pasillo que conducía a los baños.

El tatuado atravesó una cortina de cuentas. Jack supuso que había entrado en la cocina. Hoyuelos miró alrededor del café. Su mirada se detuvo en la mesa de Marcia. Un minuto después, la chica se unió al chico en la parte de atrás, dejando al pelirrojo flaco completamente solo.

Jack se puso de pie, caminó hacia el mostrador y se apoyó en él.

El pelirrojo flaco dijo: —¿Te ayudo?

—Estoy bien—, dijo.

El pelirrojo flaco parecía demasiado tranquilo, relajado, confiado. Si había un principal, tenía que ser él.

La puerta de al frente se abrió. Un hombre entró. Una capa de sudor cubría su frente. Su respiración era errática. Sus ojos se movían de un lado a otro. Nunca se detuvieron en nada. Miró a Jack, al pelirrojo, a la cortina de cuentas y a Marcia. Y cuando la vio, se inclinó y se llevó la mano al tobillo.

CAPÍTULO 2

La mano de Jack se acercó a su oreja y la otra a su espalda. Ninguna encontró lo que buscaba. Había tirado el auricular y la pistola hacía unos minutos. Esperaba recuperarlos pronto. Salir con vida se convirtió en la prioridad número uno. Ahora no había refuerzos. No tenía idea de quién era confiable y quién no en el café.

El hombre nervioso llamó la atención de la mesa de Marcia. Uno de sus hombres se levantó y se acercó al tipo. Esto dejó a Marcia con dos guardaespaldas. Uno a su lado y otro al otro lado de la mesa.

El tipo que se había levantado ahora bloqueaba el camino del hombre nervioso, que estaba inclinado con dos dedos en su calcetín. El hombre levantó la cabeza siete centímetros. Su mirada lo siguió. Sus ojos se inclinaron hacia adentro. Se enfocaron en el cañón de la pistola que apuntaba a su frente. La expresión de su rostro tardó unos momentos en cambiar.

—No te muevas—. El acento del guarda espalda será fácil de ubicar. ¿Sudáfrica, tal vez? Tal vez Nueva Zelanda. Jack los confundía bastante a menudo.

El hombre nervioso emitió un sonido que una vez Jack había oído hacer a una ardilla moribunda. Un par de segundos después, gotas de agua cayeron al suelo. Pero no era agua. Se formó un charco a sus pies.

—Es repugnante—, dijo el guardaespaldas. Apuntó con la punta de su pistola al pecho del tipo nervioso.

Alrededor del café, los clientes miraban horrorizados la escena que se desarrollaba. Parecía que todos estaban cautivados por el evento. Todos excepto una de las mujeres mayores. Mordió su pastel y se negó a dejarlo.

Jack se quedó quieto, observando cómo se desarrollaba la escena.

—Levántate, lentamente—, dijo el guardaespaldas.

El hombre nervioso se sacudió. Se incorporó a medias, se estremeció y luego enderezó su cuerpo. La parte delantera de sus pantalones cortos estaba mojada. Su “arma” tembló en su mano. El guardaespaldas la golpeó. Dos billetes de cinco libras cayeron al suelo.

El guardaespaldas miró por encima del hombro. Se rio y dijo: —¿Crees esto?

Los otros dos miembros del equipo de seguridad de Marcia se rieron. Uno levantó las manos y se encogió de hombros.

Jack oyó pasos detrás de él. El cuarto guardaespaldas, probablemente, regresando del baño.

Estaba equivocado.

El perfume de Hoyuelos le golpeó antes de que pasara por su izquierda. El olor corporal del tatuado erradicó su dulce olor. Tenía una pistola colgando de su mano derecha. Levantó el brazo y apuntó al guardaespaldas que estaba de pie en medio del café.

El entrenamiento del guardaespaldas lo obligó a actuar. Ya armado con una M40, giró.

Golpeó con el hombro el pecho del tipo nervioso. El hombre voló hacia atrás, se desparramó, patinó hacia la puerta. El tatuado disparó primero. Le dio al guardaespaldas en el estómago. Una flor carmesí se formó cerca del ombligo del hombre. Cayó hacia atrás y aterrizó sobre las piernas del tipo nervioso. Los débiles intentos de levantar su arma fallaron.

JACK OYÓ OTRO DISPARO Y MIRÓ HACIA LA MESA DE MARCIA. UNO DE SUS HOMBRES ESTABA boca abajo sobre ella. Unos ojos desenfocados miraban fijamente la vitrina. Sobre ellos, la sangre fluía de un agujero en su frente. La bala que recibió acabó con su vida.

Jack tomó una taza del mostrador. Se sentía gruesa, pesada. Giró su brazo y golpeó la taza en la parte posterior de la cabeza del tatuado. Su cuero cabelludo se partió en dos. La taza de café se hizo añicos. Lo único que quedó en su mano fue el asa. El tatuado cayó de rodillas. Lo golpeó dos veces con cada puño y cayó hacia adelante, inconsciente.

Los hombres en la entrada intentaron volver a entrar. Uno golpeó con el hombro la puerta principal. Sonó al abrirse. Sin embargo, no llegó muy lejos. El hombre nervioso y el guardaespaldas que recibió el disparo en el estómago bloquearon el arco de la puerta, evitando que se abriera por completo. Eso no impidió que los dos hombres de afuera la intentaran abrir repetidamente. El hombre nervioso recibió la peor parte del marco de acero de la puerta. Gritaba con cada embestida.

Jack miró hacia otro lado después de que se le rompió el brazo. Había asuntos más urgentes de los que ocuparse en ese momento.

Con el tatuado fuera de su camino, tuvo una buena vista de hoyuelos. Disparó un segundo tiro. El guardia vivo en la mesa cubrió a Marcia Stanton. La bala entró por la parte baja de su espalda. Hoyuelos disparó de nuevo. Dio en la pared. Una nube de yeso se cernió en el aire. Hoyuelos maldijo.

Jack miró por encima del mostrador y localizó al pelirrojo. Estaba tendido en el suelo, con las manos sobre la cabeza. Se sentí decepcionado por haberse equivocado con el tipo.

Hoyuelos se devolvió y luego extendió su brazo. El gatillo hizo clic. La bala no se disparó. Giró el arma de lado. Su cabeza bajó unos centímetros. Sacudió el arma y lo intentó de nuevo. No pasó nada. La pistola se había atascado.

Ya avanzando, Jack metió la mano en su bolsillo y sacó un bolígrafo. Hoyuelos miró por encima de su hombro. Sus ojos se abrieron de par en par. Su hombro derecho se agachó. Giró sobre la punta de su pie izquierdo. Un metro separaba a Jack y a su bolígrafo de ella y su pistola.

Extendió la mano, gritó y apretó el gatillo.

Jack echó el brazo izquierdo hacia atrás y saltó.

La pistola rugió. El destello de la boca del cañón fue brillante e instantáneo. La bala pasó junto a Jack y se estrelló contra la pared de yeso. Un trozo cayó al suelo.

Parecía enojada. Su boca se contorsionó. Se dio la vuelta y reajustó la puntería.

Jack movió el brazo izquierdo y le clavó el bolígrafo en el costado del cuello. No iba a apuntarle a la yugular, ni siquiera a matarla. El bolígrafo hacía daño de otra manera. Su único trabajo era insertar la punta. El líquido dentro del cuerpo hueco hizo el resto. Observó y esperó. Ella se llevó la mano al cuello y la envolvió alrededor del bolígrafo. Su expresión retorcida indicaba que el líquido corría por su sistema.

Rápidamente.

Hoyuelos cayó sobre una rodilla. Cayó de costado contra la vitrina. Sus labios mancharon el vidrio mientras se deslizaba por él en su camino hacia el suelo.

—¿Qué acaba de pasar? —, preguntó Marcia Stanton. Jack se levantó del suelo, se apoyó en una rodilla y dijo: —Ahora estás bien. Es seguro.

La puerta principal se abrió de golpe. Los dos hombres entraron gritando.

—Quédense ahí—, les dijo Marcia.

Como perros bien entrenados, se quedaron en el lugar.

Con un pie en el aire, un bolígrafo en una mano y la Glock de Hoyuelos en la otra, Jack se levantó. La descarga de adrenalina había comenzado y retrasó su reacción a los pasos detrás de él.

Marcia extendió las manos y sacudió la cabeza de un lado a otro. Parecía que dijera: —No, no, no —.

Algo se estrelló contra la parte posterior de la cabeza de Jack. Cayó hacia adelante, golpeando el costado de su cara contra la mesa de Marcia, a centímetros de la sangre del guardaespaldas muerto. Puede que se haya resbalado sobre ella. Tal vez no. Era difícil decirlo, porque fue más o menos en ese momento cuando se desmayó.

CAPÍTULO 3

Rojo brillante.

Eso fue lo que vio, aunque tenía los ojos cerrados. Oyó voces a su alrededor. Eran apagadas y profundas. Sentía calor en la cara. Sentía que su cuerpo estaba desconectado. Era casi como si hubiera pasado un día enterrado hasta el cuello en la arena de la playa.

Se obligó a abrir los ojos. Una luz brillante flotaba sobre él. Se llevó la mano a la cara. Las juntas de metal crujieron. La luz se alejó lanzando su insidioso resplandor hacia la esquina de la habitación. La quemadura de retina se desvaneció, de brillante a oscura, a tenue y luego desapareció. Miró alrededor de la habitación. Había una mujer de pie junto a la cama. La reconoció.

—Jesús, ¿estás bien, Jack? —, preguntó Sasha.

Asintió. Sintió rigidez en el cuello. —Sí, estoy bien.

—¿Qué diablos pasó ahí dentro?

En su mente se reprodujeron destellos del intento de asesinato de Marcia.

—No estoy muy seguro—. Deslizó su mano entre su cabeza y la almohada, se masajeó la base del cráneo y miró a su alrededor. No era una habitación de hospital normal. —¿Dónde estoy?

—¿Dónde crees?

—No te lo preguntaría si tuviera la menor idea.

—Estás en el sótano de mi instalación. Uno de nuestros muchachos, ya sabes, los que enviaste lejos, escuchó disparos. Cuando llegó al café, estabas boca abajo en un charco de sangre de otra persona. Encontramos a muchos más en el suelo.

—No todos fueron culpa mía.

—La gente del café nos dijo que eliminaste a dos de ellos, pero uno de ellos había eliminado al tipo muerto en la mesa.

—Y al guardia que estaba en medio del restaurante.

—Y otro guardia en la mesa está paralizado de cintura para abajo.

—Y un tipo inocente fue golpeado en la puerta principal.

Ella asintió.

—¿Y Marcia Stanton? — preguntó.

—Ella está bien. La sacamos junto con el miembro de su equipo de seguridad que te paralizó. En total, dejó atrás a un guardia muerto y la sangre de otros dos. Eso espero, al menos. Los dos hombres que recibieron disparos se encuentran en estado crítico en este momento.

Jack revisó mentalmente sus datos con los de ella. Parecía que tenía una idea bastante buena de lo que sucedió. Supongo que pensó que podría llenar algunos huecos.

Negó con la cabeza. —Así que salió ilesa.

Sasha asintió.

—¿Y fue uno de sus hombres el que me atacó?

Ella asintió.

Alcanzó un vaso de agua que estaba en la mesita de noche junto a la cama. Tenía lápiz labial rojo en el borde. Lo giró y tomó un sorbo. —¿Y qué pasa con los dos que neutralicé?

Ella dijo: —¿Qué pasa con ellos?

Jack dijo: —No los dejaste ir, ¿verdad?

Ella dijo: —Los tenemos bajo custodia. Gracias por confirmar que eres responsable de ellos.

Asintió. —Salieron de la nada—. Sasha no dijo nada.

—No se lo dijiste a nadie, ¿verdad?

—¿A quién se lo iba a decir?

—Ya sabes a quién.

—No, no se lo dije a Erin—. Apartó la mirada. Mencionar a Erin en presencia de la mujer siempre producía este resultado.

Cuando aceptó quedarme en Londres y ayudar a Sasha, le pidió que dejara a Erin con la impresión de que se había ido del país. No lo hizo. Aunque hacía tiempo que las cosas se habían calmado entre Erin y Jack, ella era la madre de su hija. Una niña de la que no había sabido nada hasta hacía poco. El tiempo que no trabajaba lo pasaba con Mia y, a su vez, con Erin.

—Es mejor que no lo hayas hecho— dijo. —No quiero preocupar a Mia.

—Y a Erin.

—Suenas celosa.

—Tal vez lo esté—. Podría haberlo quemado con su mirada.

Jack sonrió. Ella miró hacia otro lado.

—¿Te sientes lo suficientemente bien como para vestirte? — preguntó.

—Me duele un poco la cabeza, pero me las arreglaré— dijo.

—Está bien. Hay una ducha en el baño. Lávate, cámbiate y luego sube a mi oficina.

Observó a Sasha alejarse. Su cabello oscuro estaba recogido en una cola de caballo y se balanceaba hacia un lado. Cada paso revelaba un poco de su cuello. Salió al pasillo y cerró la puerta.

Pasó los pies sobre la cama y se levantó. Su cabeza daba vueltas. Tal vez se había levantado demasiado rápido. El borde de su visión se oscureció por un segundo o dos. Una mano en la cama estabilizó su cuerpo. La sensación pasó. Respiró por la nariz, lo sostuvo y exhaló por la boca.

—Está bien—, dijo. —Fue divertido.

Entró al baño. Una toalla doblada, una toallita y una barra de jabón sin abrir lo esperaban en el asiento del inodoro. Se estiró por detrás de la fina cortina de la ducha y abrió el grifo. Del cabezal de la ducha goteaba agua helada. Supuso que se calentaría.

Miró su reflejo en el espejo que colgaba sobre el lavabo. Tenía sangre en la frente. Se separó el pelo en una docena de lugares, pero no encontró ninguna herida. Recordó el charco de sangre en la mesa del café. Se había extendido. O él me había movido. El resultado era el mismo en ambos casos.

Las yemas de sus dedos se deslizaron por su cuero cabelludo y se encontraron en la parte posterior. Allí sintió una línea de puntos. Doce según su recuento. No habían vendado la herida, así que pensó que no era tan grave.

Su dolor de cabeza se disipó. El golpe lo había dejado inconsciente, pero no sentía demasiadas secuelas. Eso no significaba que no hubiera una conmoción cerebral. Tenía la

sensación de que Sasha insistiría en que se quedara en la enfermería toda la noche. Era eso o el hospital de la ciudad. Al menos el edificio ofrecía seguridad.

El espejo se empañó. Lo limpió con la palma de la mano, dejando atrás delgadas rayas de condensación. Pero los huecos se llenaron de nuevo.

Entró en la ducha. El agua teñida de rojo se acumulaba bajo sus pies. *¿Mi sangre o la de otra persona?* Ignorándola, se lavó el cuerpo tres veces solo para asegurarse de haberlo eliminado todo. Pasaron los minutos y el agua se volvió transparente.

Cerró el grifo, se secó y volvió a la habitación. Sasha le había dejado un cambio de ropa. Había dejado su billetera y teléfono celular al lado. Se puso los pantalones caqui y un polo blanco. Le quedaban perfectos. *¿Había estado hurgando en mi armario?* Cogió su celular y la billetera, inspeccionó ambos y los metió en los bolsillos delanteros opuestos.

Sus zapatos debieron haber recibido una paliza en el café, porque ella le había dejado un par nuevo. Marrón, de cuero, con puntera de acero y suela dura. Otro calce perfecto.

Tomó el vaso de agua que ella había dejado. La condensación en el exterior del vaso se sentía fría contra la piel de su palma, que todavía estaba caliente por la ducha. Vació el vaso, lo dejó, caminó hacia la puerta y salió de la habitación. Su cabeza comenzó a dar vueltas de nuevo. Se detuvo, puso su mano en la pared, esperando a que pasara.

No tardó mucho y no fue tan malo como el primer episodio.

Una enfermera presenció el evento. —¿Estás bien?

Asintió. —Estoy bien.

Dijo: —¿Positivo?

Cerró los ojos, bajó la cabeza hacia atrás, giró las palmas hacia arriba y caminó en línea recta. —¿Sería capaz de hacer esto si estuviera mintiendo?

—Será mejor que vuelvas aquí cuando termines con tu reunión.

Tuvo la clara sensación de que Sasha tuvo que ignorar a la enfermera para sacarlo de la habitación. Siguió caminando como una persona normal.

Ella negó con la cabeza.

Asintió y sonrió al pasar junto a ella.

Dijo: —Hablo en serio, Jack.

Esta era la segunda vez que lo había atendido. La última vez había sido fuera de la oficina. Se sintió mal por no poder recordar su nombre. Miró la etiqueta en su solapa, pero ya había vuelto a su papeleo.

—Lo sé— dijo. —Por eso siempre me refiero a ti como la enfermera seria. La mejor del grupo.

—Sal de aquí— dijo, riendo.

Se detuvo frente al ascensor. No había botones, solo un lector de tarjetas. Recuperó su billetera y encontró su tarjeta de acceso adentro. La agitó frente al dispositivo en la pared. Las puertas de acero se abrieron y entró al ascensor con espejo.

La oficina de Sasha estaba en la parte superior. Eso se correlacionó con el botón con el número cuatro en el panel del ascensor. Lo presionó. Las puertas se cerraron. El ascensor bajó unos centímetros y luego se dirigió hacia arriba. Su estómago tardó un segundo en recuperarse. Se preparó para otro mareo, pero no sucedió.

El ascensor se detuvo. La puerta no se abrió. No se abrirían solas. Sasha trabajaba en un piso de acceso restringido. Todavía tenía su tarjeta de acceso en la mano. La pasó por el lector sobre los botones. Una luz cambió de rojo a verde y las puertas se abrieron. Un guardia se enderezó. Puso su mano en su arma y lo miró fijamente.

Caminó hacia él. —Tranquilo, amigo.

Puso los ojos en blanco. Nunca se cansaba de eso. Ellos sí.

Se estiró por encima de su cuerpo y presionó un botón. Las puertas dobles frente a él hicieron clic y silbaron. Extendió la mano, giró la manija de la derecha y empujó la puerta para abrirla.

Esta sección del edificio era gris. No había otra forma de decirlo. Suelos grises, cubículos grises, puertas grises en las oficinas. Incluso las ventanas estaban cubiertas con persianas grises. La mitad de la gente parecía gris. No su pelo, sino su piel. Tal vez alguien que pagaba demasiado dinero por el trabajo que hacía pensaba que el aspecto sospechoso del suelo hacía que los trabajadores fueran más productivos.

Eso deprimía muchísimo a Jack, y sólo había estado dentro unos segundos.

Miró hacia los cubículos al pasar. La mayoría de los ocupantes lo ignoraban. Los que no lo hacían lo miraban con enojo. Todos hacían cualquier cosa menos trabajar. Vio Facebook, Twitter y un par de partidas de solitario.

Hasta ahí llegó la teoría de la productividad.

Un guardia estaba apostado al final del pasillo. Lo miró fijamente. Jack miró a cualquier lado menos a él.

—Se supone que debes llevar tu identificación sujetada donde pueda verla—, dijo.

Lo ignoró.

—Tú, ahí—, dijo. —¿Me oyes?

Lo miró de reojo, asintió y ladeó el cuerpo antes de girar a la derecha en el último cubículo de la fila.

—Necesito ver tu identificación—, dijo.

Sacó su billetera y sacó su tarjeta de identificación.

—Gracias.

—No estaría aquí si no la tuviera, ¿sabes?

—Lo sé—, dijo.

Imbécil.

Siguió caminando hasta que llegó a la oficina de Sasha. La puerta gris estaba cerrada. Golpeó tres veces.

—Pasa—, dijo.

Abrió la puerta y dijo: —Dale a un tipo una placa y un arma y de repente está…— Mis palabras se fueron apagando. No había contado con que hubiera otra persona en la habitación.

CAPÍTULO 4

Sasha y otra mujer estaban sentadas en sillas ubicadas frente al escritorio vacío de Sasha. La vista detrás de su silla de cuero vacía de respaldo alto era del Thames. Nubes oscuras se acumulaban en la distancia. La otra mujer miraba hacia la ventana.

—Jack—, dijo Sasha. —Ya conociste a Marcia Stanton.

Marcia se volvió hacia él. Sonrió. Podría haber sido una modelo de pasta de dientes.

—Sí—, dijo. —Tomamos una taza de café juntos.

—Cierto—, dijo Sasha. —Perdónalo—, agregó. —Es estadounidense.

La forma en que lo dijo lo hizo sentir que debía disculparse. Afortunadamente, esa sensación pasó rápidamente. Agarró la silla vacía y la colocó a un metro entre y frente a las mujeres. Formaron un triángulo.

—¿De qué se trata esto? —, preguntó.

—Quería agradecerte—, dijo Marcia.

—Sólo hago mi trabajo—, dijo.

—Eres demasiado amable—, dijo.

—Jack es uno de los mejores que he conocido—, dijo Sasha.

—Lo creo— dijo Marcia. —Nunca había visto a alguien actuar con tanta decisión.

—Me quedé helado— dijo. —Y aunque disfrute, como cualquier otro, de que dos mujeres atractivas me hagan halagos, también puedo saber cuándo se trata de que solo quieren algo. Así que déjate de tonterías y dime qué está pasando.

Las mujeres se miraron entre sí por un momento y luego se volvieron hacia él.

Sasha dijo: —Marcia siente que...

—Permítame— interrumpió Marcia. —Señor Noble...

Levantó la mano y miró a Sasha. —¿Le dijiste mi nombre?

—Está bien, Jack. Ella es segura.

Negó con la cabeza. —De todos modos, continúa.

Marcia miró a Sasha y luego a él. Sonrió. No era la sonrisa ganadora que había mostrado unos minutos antes. La mujer se sentía nerviosa ahora.

—Voy a asumir que conoces mi historia. La mayor parte, al menos. Lo que no sabes, Sasha te lo contará cuando me vaya—. Descruzó las piernas y se inclinó hacia delante. —He cabreado a mucha gente, Jack. Algunas de esas personas me quieren muerta, como bien sabes. Están cada vez más cerca de tener éxito. Mi preocupación crece día tras día. Me voy a dormir preguntándome si despertaré. Me despierto preguntándome si viviré para irme a dormir. No estoy segura de cómo sobreviví a esa situación hoy.

—Yo tampoco— dijo él.

—¿Qué quieres decir? — preguntó.

—Fuiste a tomar café al mismo lugar todos los días esta semana.

—Estoy tratando de llegar a esta comunidad y convertirme en parte de ella para poder ganar las elecciones.

—Contratas aficionados para tu equipo de seguridad.

Se enderezó y cruzó las muñecas a la altura de la cintura. —Fueron recomendados. Me dijeron que eran los mejores en el negocio.

—Entonces te engañaron. Esos dos tipos que estaban delante del café eran matones, Marcia. Por el amor de Dios, acosaban a ancianas. Tienes a un tipo que se levanta y va al baño. Otro se levanta de la mesa y acosa a un hombre que ya estaba sacudido por los matones de la entrada. Eso te deja con dos guardaespaldas, y eso después de que dos tercios del personal detrás del mostrador desapareció. Francamente, Marcia, no estoy seguro de cómo ninguno de nosotros está vivo ahora mismo.

La mujer no dijo nada. Se produjo un silencio incómodo. Sasha intentó romperlo.

—Lo que Jack está tratando de decir es...

—No hay forma de intentarlo. Dije lo que había que decir. Y voy a añadir más. Eres una estúpida por seguir adelante con toda esta elección. Vas a terminar muerta. Tal vez no esta semana, o la próxima. Diablos, puede que llegues a las elecciones y las ganes. Puede que incluso superes un mandato o dos. Pero cuanto más tiempo estés en el poder, a menos que sigas el camino de la mayoría de los políticos, seguirás cabreando a la gente equivocada y un día eso se volverá en tu contra.

Marcia entrecerró los ojos. Sus manos se levantaron en el aire y se animaron. —Conozco los peligros. Vi lo que le pasó al primer ministro.

Jack miró a Sasha. —¿Ella no lo sabe?

Sasha negó con la cabeza.

Unos meses antes había ocurrido un incidente que los unió a Sasha, al primer ministro Alex Parkin y a Jack. Para salvarle la vida al hombre, tuvo que dispararle en el hombro. Al final funcionó. No fue a prisión. Atraparon al chico malo, a la chica mala, y Parkin se convirtió en un héroe.

—Tiene suerte de no estar muerto—, dijo. —De todos modos, ¿realmente me trajiste aquí para hablar sobre Alex Parkin?

—Iré directo al grano, Jack. Sé que mi seguridad ha sido mala.

—Exageré—, dijo Jack.

—No, no lo hiciste. Necesito lo mejor—. Ella miró a Sasha, luego a él. —Es por eso quiero contratarte.

—¿Qué? — Miró a Sasha. Ella se encogió de hombros.

—El dinero no es un problema—, dijo Marcia. —Puedes poner tu precio. Puedo proporcionarte todos los recursos que necesites. Si quieres traer a tus propios hombres, puedo adaptarme a eso.

Se reclinó en su silla y cruzó su pierna izquierda sobre su rodilla derecha. La mirada de Marcia nunca se apartó de la suya. Parecía seria, y tal vez asustada. El intento de hoy la había dejado conmocionada. Comprensible, pensó. Ella permaneció sentada inmóvil. Dependía de su respuesta. No iba a romper el silencio.

—Escucha, no estoy seguro de lo que te dijo Sasha, o lo que tu gente podría haber dicho sobre mí, pero no estoy en el negocio de guardaespaldas. Va en contra de mis instintos naturales.

—Te vi en el café. Sabías que las dos personas detrás del mostrador no pertenecían allí.

—No—, dijo. —Sabía que la chica no, pero luego pensé que el chico flaco era el infiltrado.

¿Sabes lo que le pasó? Terminó orinándose en el suelo. Estaba tan equivocado como los hombres que contrataste.

MARCIA NO DIJO NADA. LO MIRÓ CON SUS OJOS OSCUROS. LA MITAD DE ÉL ME DIJO QUE aceptara el trabajo. La otra mitad le dijo que huyera.

—Sasha, dile que no soy el hombre adecuado para esto.

Sasha levantó las manos. —No quiero perderte, Jack, en ningún momento. Pero si estás de acuerdo, no tengo ningún reparo en que te vayas. No quiero ver que le pase nada a Marcia.

—Gracias, Sasha—. Sacudió la cabeza.

—Cuatro semanas, un millón de dólares estadounidenses.

—¿Qué? —, dijo.

—Uno coma cinco—, dijo Marcia.

Se levantó y pasó junto a las mujeres. Las nubes de tormenta al norte se habían espesado en el poco tiempo que había estado en la oficina.

—Dos millones de dólares, señor Noble.

—Podrías comprar un equipo completo de profesionales por una cuarta parte de eso—. Se volvió para mirarla. —Te daré el número de un tipo. Tendrá cuatro hombres aquí a medianoche. Son especialistas. Pueden mantenerte más segura que yo.

—No los quiero—, dijo Marcia. —Te quiero a ti.

—Esto es una locura. No soy un guardaespaldas.

—No me voy de esta oficina hasta que digas que sí.

—Espero que hayas traído un cambio de ropa entonces—. Su celular vibró contra su muslo. Extendió su dedo mientras lo tomaba. —Espera—. Miró la pantalla. —Tengo que atender esto.

Sasha lo miró de reojo. —¿Erin?

—No, alguien de Estados Unidos—. Pasó junto a ellas y dice dio la vuelta al llegar a la puerta—. Déjalo ir, Sasha.

CAPÍTULO 5

Jack entró en el pasillo con el teléfono zumbando en la mano. Nadie parecía darse cuenta ni preocuparse. Respondió la llamada antes de que se fuera al buzón de voz.

—¿Jack?

Dudó un minuto. Había pasado más de un año desde que escuchó una voz que sonara como la suya.

—¿Sean? —, dijo.

—¿Cómo está mi hermanito?

—Estoy bien. ¿Cómo… cómo conseguiste este número?

—Tengo mis fuentes.

—¿Quién?

—¿Así es como empiezas una conversación después de pasar un año sin hablar conmigo?

—No. Tienes razón. Lo siento, Sean. ¿Qué está pasando? ¿Está todo bien? ¿Está bien papá? ¿Pasó algo?

—Papá está bien. Más loco que un sombrerero, pero está bien. Deborah y Kelly también están bien. No hay necesidad de preocuparse por ellas.

Jack miró un reloj montado sobre la puerta de una oficina. Realizó una rápida conversión de hora. Era mediodía en casa. No podía quitarse la sensación de que había pasado algo. Sean era abogado y un tipo muy ocupado. No llamaría a mitad del día por nada.

—No me llamaste solo para charlar, Sean. Te conozco mejor que eso. Quiero decir, a menos que me desmaye y ya sea Navidad. Solo ve al grano.

La puerta se abrió detrás de Jack y Sasha preguntó: —¿Qué está pasando?

Negó con la cabeza y se alejó de ella. Una luz del techo estaba apagada. El pasillo entre los cubículos y las oficinas se oscureció.

—No sé cómo decirlo, así que lo diré.

Hizo una pausa. Sonó como si hubiera bebido un trago.

—Encontraron a Jessie muerta anoche.

Sintió como si una onda expansiva lo golpeara.

—¿Jessie? ¿Jessie Kline? ¿Mi antigua prometida?

—Esa.

Sean hizo una pausa.

—Ahora es Jessie Staley. O lo era.

—Jesús.

Sintió que la sangre se drenaba y sus rodillas se debilitaban. Encontró una pared donde apoyarse. —¿Qué pasó?

—Todavía no sé todos los detalles, Jack, pero he escuchado que se trata de suicidio.

—Eso no tiene sentido. Jessie siempre había sido una mujer positiva y fuerte.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Pensó en ello. —Más de diez años, supongo. Bueno, la vi en el funeral de mamá. Nos saludamos, pero eso fue todo.

—Las cosas cambian, Jack. Escuché rumores de que ella no era feliz. Vi a su esposo en el bar un par de veces. Estaba con otras mujeres. Nunca le di mucha importancia. No estaba tocando a ninguna de ellas ni nada. Tal vez había más de lo que pensaba.

—¿Cuándo es el funeral?

—En tres días. ¿Piensas venir?

Miró hacia la oficina de Sasha. —No sé si eso es posible ahora mismo, Sean.

—Estoy seguro de que la familia de Jessie lo apreciaría. A Deb le gustaría verte, lo sé. Kelly ni siquiera te recuerda. Conoce tu foto, pero nada más. Estoy seguro de que es lo mismo entre tú y ella. Sean hizo una pausa. El impacto emocional de sus palabras se hizo notar. —Y no me importaría pasar un par de días con mi hermanito.

—Yo...— No podía decir que sí, ni que no.

—Mira, piénsalo un poco. Habla con quien necesites hablar. Te llamaré en un momento. Ya tienes mi número. Si tomas una decisión antes de que te llame, llámame.

—Lo haré— terminó la llamada.

—¿Jack? — dijo Sasha.

Se alejó de ella, encontró una oficina vacía y entró. La silla detrás del escritorio era una réplica de la de Sasha. Se sentó. La silla se deslizó en un semicírculo. Miró hacia el Thames. Un barco con ocho personas pasó flotando. Trabajaban al unísono, con excepción del timonel, que marcaba el ritmo. Nada en su vida funcionaba con tanta fluidez como ese equipo.

Jessie había sido parte de su vida desde que era niña. Se odiaban cuando eran pequeños. La atormentó desde el primer grado hasta el sexto. La suciedad y las lombrices se convirtieron en carteles que le ponía en la espalda y en bromas groseras. Un verano creció, más o menos, y ella también, mucho. Luego se enamoré de ella. Tardó tres o cuatro años en convencerla de que le diera una oportunidad. Se fue a la Marina a los dieciocho años. A partir de ese momento, estuvieron yendo y viniendo durante unos años. Finalmente, cada uno tomó su camino.

Hace once años se encontró en una situación complicada en las afueras de Washington D.C. Oso había recibido un disparo. Sabía que Jessie vivía cerca. En ese momento era enfermera de traumatología. Pensó que los dos podrían intentarlo entonces. No resultó así. Casi hizo que la mataran. Hizo que ella y sus padres fueran amenazados por alguien de alto rango y fuera de su alcance. Habían arrestado a un general del ejército de tres estrellas llamado Keller. Algunas personas no respondieron bien a eso.

La última vez que la vio fue en el aeropuerto Dulles. Ella se fue por un lado, él por el otro. Después de eso se tomó unos meses de descanso. Los pasó en los Cayos. Ella tenía una invitación abierta. Nunca apareció. Ella se había ido. Él hizo lo mismo.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Se dio la vuelta en la silla. Sasha ya había abierto la puerta y había entrado en la oficina.

—¿Qué pasa, Jack?

—Acabo de recibir algunas noticias de casa.

—¿Otra oferta de trabajo?

—No. Me refiero a casa, de donde soy.

—Oh—. Su mirada se desvió hacia su derecha. Se imaginó otro barco pasando a toda velocidad, este de uno o dos pasajeros.

—Ha habido una muerte. Alguien cercano a mí. Sé que no es el momento adecuado, pero creo que debería volver para su funeral.

Esperaba que protestara, se pusiera furiosa y exigiera que se quedara.

En cambio, dijo: —Vamos a tomar algo.

Puso sus manos sobre el escritorio y se puso de pie. —¿Qué pasa con Marcia?

—La envié a casa con un par de nuestros hombres. Le dije que necesitabas un día para pensarlo.

—¿Qué hay que pensar? No lo voy a hacer.

—No te apresures a tomar una decisión como esa todavía, Jack. Eso es mucho dinero.

Se encogió de hombros. —No siempre se trata del dinero.

—Es una buena mujer. Se merece la mejor protección que haya.

Rodeó el escritorio y se detuvo frente a Sasha. Era unos centímetros más baja que él y tuvo que mirar hacia arriba para hacer contacto visual. Avanzó lentamente hasta que casi se tocaron. Su perfume se mezclaba con su aroma natural. La combinación era embriagadora.

—Concuerdo—, dijo. —Y deberíamos organizarlo por ella. Pero no puedo ser yo.

Sasha suspiró, sacudió la cabeza y se puso las manos en las caderas. Dio un paso atrás, rozando un ficus falso. —Vamos, Jack. Yo conduciré.

Salieron de la oficina. La luz fluorescente artificial no mejoró mucho su estado de ánimo. Sasha le guiñó el ojo hasta el pasillo principal de cubículos y entró en el vestíbulo del ascensor. Él le guiñó un ojo al primer guardia de seguridad e ignoró al segundo. Sasha pasó la tarjeta hacia el ascensor. Bajaron al aparcamiento.

—La enfermera, como se llame, quería que volviera a pasar la noche— dijo mientras entraban en el húmedo garaje

—Puedes volver si todavía te sientes mal después de que vayamos a comer algo.

—Preferiría no hacerlo. ¿Y cuándo se convirtió esto en cena?

Sasha no dijo nada. Sacó las llaves y presionó un botón. Un Audi pitó dos veces. Las luces de freno y las direccionales parpadearon tres veces cada una. Las luces rojas y naranjas salpicaron el piso y el techo de concreto. Sasha caminó hacia él. Jack la siguió. Sus pasos resonaron en el garaje desierto.

—¿Lo has pedido prestado a la flota? — preguntó.

Sacudió la cabeza y dijo: —Lo compré la semana pasada.

—No está mal—. Se deslizó en el asiento de cuero. Olía a nuevo por dentro. No pudo encontrar ni una mancha ni un rastro de suciedad en ninguna parte. —Empiezo a pensar que no me estás pagando lo suficiente.

—¿Quién dice que te pagan algo? — Apretó el botón de encendido. Un potente motor de ocho cilindros rugió con aprobación. Sasha soltó el freno de emergencia y puso marcha atrás. Un minuto después, el coche estaba en tercera marcha e iban a ochenta kilómetros por la mitad de la carretera.

El cielo que tenían delante tenía siete tonos de rojo y naranja. Detrás de ellos se cernían nubes de tormenta. A su alrededor, los edificios comerciales dieron paso a las casas adosadas. Todo parecía tan estrecho. Pensó en las miles de personas que pasaban sus días trabajando en el interior de un edificio angosto, solo para volver a casa y pasar las noches dentro de una casa encajada entre otras dos.

Este no era un lugar para que vivieran los claustrofóbicos. Afortunadamente para ellos había puestas de sol como la de esa noche y muchos lugares para tomar una pinta.

Pasaron diez minutos sin que Sasha y Jack dijeran una palabra. Jack rompió el silencio.

—¿A dónde vamos? —, preguntó.

—Sólo a un lugar que conozco—, dijo ella.

—¿Por qué siento que me están tendiendo una trampa?

Se rio, no lo miró a los ojos. No lo consoló. Diez minutos después señaló un pub. Jack no entendió el nombre. Aparcaron en la parte trasera entre dos coches de la mitad del tamaño del Audi. El elegante coche nuevo hacía que los otros dos parecieran cubos de basura.

Jack abrió la puerta. El olor a carne chamuscada era fuerte. Se dirigió a la calle para caminar hasta la entrada principal.

—Podemos entrar por aquí atrás—, dijo Sasha.

Se detuvo y se volvió hacia ella. Caminó hacia la puerta trasera donde dos hombres de mediana edad con delantales estaban sentados en el capó de un coche fumando cigarrillos. Los chicos lo miraron a él, luego a ella. Jack no pensó que fueran a mirar en su dirección otra vez. Corrió a través del estacionamiento y la encontró en la puerta trasera.

Los dos hombres volvieron a su conversación.

—¿Listo? —, dijo Sasha.

—Seguro—, dijo.

Ella abrió la puerta y lo llevó a través de la cocina. Un hombre detrás de la parrilla que llevaba un delantal la miró. Sonrió y asintió. Sasha saludó y continuó. Jack la siguió. Se detuvo, se dio vuelta y golpeó una puerta en la pared lateral. Había una pequeña ventana, pero no podía ver el interior.

Un hombre mayor de unos sesenta años con cabello blanco en la cara y la cabeza abrió la puerta. Extendió la mano, agarró a Sasha por los hombros y la atrajo hacia él. Le susurró algo al oído que Jack no pudo entender. Ella se rio. Él dirigió su atención hacia Jack.

—¿Quién es? —, preguntó. La alegría desapareció de su rostro.

—Ese es mi compañero, Jack. Del que te hablé.

Se sintió confundido. Su expresión probablemente lo demostró.

—Jack—, dijo. —Este es mi padre.

Extendió una mano. —Encantado de conocerlo, señor.

—¿Está cuidando a mi hija? — preguntó.

—Claro que sí.

—Pero no puedo decir lo mismo de él— dijo ella. —Hoy recibió un golpe muy fuerte en la nuca, papá. ¿Crees que puedes dejarnos un par de chuletas para los dos?

—Por supuesto—. Salió de la oficina, agarró un delantal y se dirigió a la parrilla.

Jack echó un vistazo al interior antes de que cerrara la puerta. Fotos de Sasha cubrían la pared, desde el suelo hasta el techo. Parecían narrar su vida desde que era una bebé. Había recortes de periódicos de hace un par de semanas, en los que aparecía Sasha. Jack se vio en el fondo de una foto de uno de los artículos.

Sasha lo sorprendió mirándola. Le ofreció una sonrisa consoladora. Ella puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

Su padre dijo: —Ve a tomar algo y busca un asiento. Te las traeré en menos de veinte minutos.

—A mí me gusta poco hecha— dije.

Le hizo un gesto con la mano para que no molestara. —La comerás como yo la hago.

Sasha le tocó el codo y señaló con la cabeza una puerta de color crema. La mitad inferior estaba cubierta de marcas de los zapatos del personal, resultado de años de abrirla a patadas.

Siguió a Sasha fuera de la cocina. Las luces brillantes dieron paso a un ambiente íntimo. La

habitación estaba oscura, fresca y relajante. Pasaron por una docena de mesas vacías en su camino hacia el bar.

—¿Qué quieres beber? — preguntó.

—Cerveza está bien.

—Está bien— dijo. —Ve a buscar una mesa. Estaré allí en un minuto.

Jack miró alrededor del lugar. Los pisos eran de madera maciza, viejos y sólidos, con el tipo de imperfecciones que indicaban carácter en vez de un defecto en la fabricación. Las paredes estaban decoradas con el tipo de kitsch que podrías encontrar en cualquier restaurante familiar en cualquier ciudad. Las mesas parecían haber sido compradas por el abuelo de Sasha. Las sillas tenían diseños intrincados, todas talladas a mano. Estaban esparcidas por todo el comedor sin prestar atención a su colocación. Era todo menos uniforme. Tal vez eso era lo que quería su padre.

Jack se acercó a una mesa cerca del fondo y se sentó de espaldas a la cocina. Si bien la mayoría de las mesas estaban vacías, más de la mitad de los taburetes estaban ocupados. Sasha era la persona más joven allí por veinte años.

Se dio la vuelta y escudriñó la habitación. Lo vio y levantó dos pintas en el aire sobre su cabeza. Una parecía oscura. La otra ámbar. No podía saber cuál era para él. Cruzó el salón, mirándolo y evitando el laberinto de mesas desiguales como si hubiera caminado por la habitación diez mil veces. Colocó ambas jarras en el medio de la mesa. Jack alargó la mano para coger la oscura. Parecía decepcionada.

—Puedo llevarme la otra—, dijo.

—¿Qué tal si compartimos? —, dijo Sasha.

Jack asintió. Ella agarró una silla, la arrastró y se sentó a su lado.

—Tu padre va a pensar que somos pareja— dijo.

—No, él sabe que no puedo sentarme de espaldas a la puerta principal. Pensará que tú tampoco puedes.

Ahora había cuatro taburetes más ocupados. —Parece que el bar hace buenos negocios.

Ella asintió. —Esos hombres vienen aquí desde que yo era una niña. Cuatro o cinco noches a la semana encontrarás una combinación familiar de lugareños llenando el lugar. Papá siempre los ha tratado bien, y ellos hacen lo mismo con él. Y no dejes que las mesas vacías te engañen. Se llenará más o menos a la hora en que nos vayamos.

Jack golpeó con el dedo al ritmo de la canción que sonaba. Una vieja pieza de Coltrane. Oscura, sensual y rica.

—Te lo dije antes, mi amor por el jazz viene de él.

Jack sonrió, no dijo nada. Sus pensamientos habían vuelto a Jessie. Solían tumbarse en su cama cuando eran adolescentes, escuchando la colección de jazz de su padre. De vez en cuando se enojaba por eso, pero sabía que disfrutaba el hecho de que compartiéramos el mismo amor por el mismo tipo de música.

—Realmente vas a ir, ¿no? — dijo Sasha.

—Probablemente—, dijo.

Ella suspiró, tomó su taza y tomó un trago. La espuma cubrió su labio superior. Usó la parte de atrás de su manga para limpiarla. —¿No hay nada que pueda decir para hacerte cambiar de opinión?

—Lo más probable es que no.

La puerta de la cocina se abrió. Una camarera apareció con una pequeña bandeja. Se dirigió hacia su mesa. Jack percibió un olor a los filetes en la parrilla. El perfume de la camarera lo

ahogó. Le sonrió a Sasha, miró a Jack y dejó caer una canasta de papas fritas sobre la mesa.

Sasha agarró la canasta y la colocó entre ellos. Jack la deslizó hacia un lado.

—¿No te gustan las patatas fritas?

—Son patatas fritas y tienen demasiados carbohidratos.

Se rio. —Americanos.

Jack bebió un sorbo de mi cerveza cargada de carbohidratos y no dijo nada.

—Marcia va a seguir insistiendo en que te hagas cargo de su seguridad.

—Sabes cómo me siento al respecto.

—Sí, Jack. Al mismo tiempo, tenía razón. Tú eras el único que lo sabía. Fuiste lo suficientemente inteligente como para hacer que todos nos fuéramos. Si hubiéramos estado allí, podría haber sido aún peor.

—¿A eso le llamas inteligente? — preguntó. —Casi muero. Uno de sus hombres murió. Otro está paralizado. Otro recibió un disparo en el estómago. La única razón por la que el tipo del baño no resultó herido es porque tiene la vejiga débil. De hecho, su necesidad de orinar es la razón por la que tengo la cabeza con puntos—. Miró hacia otro lado y se tomó un momento para calmarse. —Si hubiera tenido una persona más allí, podría haber resultado diferente y ella no estaría tratando de contratarme una y otra vez.

Sasha no dijo nada. No necesitaba un montón de luces para saber que sus mejillas se habían puesto rojas.

—¿Y de dónde saca ese dinero? ¿Ofreciéndome dos millones por cuatro semanas? ¿Está loca?

—Yo diría que la respuesta a eso está en el hecho de que sigue adelante a pesar de todos estos intentos de acabar con su vida.

—Eso es otra cosa— dijo. —Debe haber más detrás de esto, porque no entiendo por qué la persiguen con tanta insistencia.

La mirada de Sasha se desvió. Jack la siguió. Un hombre estaba de pie frente a su mesa. Tenía el pelo blanco peinado hacia atrás. Parecía tener unos sesenta años, todavía estaba en buena forma.

—¿Sí? — preguntó Sasha.

—Tú no— dijo el anciano. —Él. —Apuntó un dedo huesudo en dirección a Jack.

—¿Qué? — dijo Jack.

—Será mejor que me llames señor— dijo.

No dijo nada.

Sus mejillas se pusieron rojas. —Deja de gritar y empieza a tratar a la chica con algo de respeto.

Jack miró a Sasha. —¿Pariente?

Ella se encogió de hombros.

—Está bien— dijo. —Ahora vuelve a tu cena.

El hombre se fue a su mesa. Se sentó frente a ellos y no le quitó los ojos de encima a Jack después de eso.

—De todos modos— dijo Sasha. —Mira, Jack, entiendo si sientes que necesitas regresar. Solo que sea breve, ¿de acuerdo? Puedo conseguirte un jet a D.C., Nueva York o Atlanta.

—Atlanta es lo más cercano.

—Está bien, entonces está decidido.

No sabía si lo estaba. Allí estaba ella, presionándolo para que se quedara. Al mismo tiempo, estaba dispuesta a ayudarlo a ir. Una parte de él se preguntaba si planeaba decirle al piloto que

diera vueltas durante cinco horas y aterrizara en Londres.

Sasha sacó su teléfono celular. —¿Me disculpas un momento?

—No hace falta que te levantes. Voy a tomar un poco de aire fresco—. Se levantó y caminó hacia la puerta principal. El piso de madera se sentía elástico bajo sus pasos. ¿El lugar tenía un sótano? ¿Qué había allí abajo? Las preguntas persistieron durante un segundo o dos mientras imaginaba el lugar.

Salió. El aire se sentía fresco contra sus mejillas cálidas. Nubes espesas bloqueaban la luz de la luna. ¿A qué hora comenzaría la tormenta? ¿Sería lo suficientemente fuerte como para evitar que el avión despegara? Las posibilidades de que eso sucediera eran escasas.

Un rastro de humo de cigarrillo pasó por allí. Habían pasado meses desde que fumó. Su primera reacción había sido toser. Sin embargo, un viejo deseo surgió. *Fuerza de voluntad,* se dijo.

Se dio la vuelta y abrió la puerta del pub. El anciano que le había hablado entró corriendo por la puerta. No se echó atrás. Jack dio un paso atrás y le sostuvo la puerta. Infló el pecho con orgullo. No había razón para interrumpir su momento.

Sus ojos se acostumbraron a la iluminación del pub después de entrar. Sasha lo saludó con la mano desde la mesa. Les habían traído la comida. Se desprendía vapor de los gruesos cortes de carne.

—Come— dijo. —Te vas en dos horas.

CAPÍTULO 6

Salieron del restaurante después de comer y tomar unas cervezas más. Después de recorrer las calles, Sasha se metió en la M4 en dirección oeste. Jack pensó que estaban más al este de lo que había estimado. Cerró los ojos durante unos minutos. El reposacabezas de cuero suave del Audi se sentía mejor que la mayoría de las almohadas de hotel. Pasaron cinco minutos. Abrió los ojos y vio que todavía estaban en la autopista.

—¿Por qué nos dirigimos hacia la ciudad? —, preguntó.

Lo miró de reojo. —Vamos al aeropuerto.

—Sé que no soy de por aquí, pero ¿no está Heathrow detrás de nosotros?

—¿Quién dice que te vas por Heathrow?

Jack pensó que a esa altura Sasha ya entendería que odia decir lo obvio.

—¿Entonces adónde vamos?

—Al aeropuerto de la ciudad de Londres.

—Nunca he estado allí.

—No es el tipo de atracción al que se dirigiría un turista—. Se detuvo un momento, presumiblemente para ver si mordía el anzuelo. Jack no lo hizo. Ella continuó. —Son todos vuelos chárter. Definitivamente es más fácil para nosotros usarlos en un caso como este. Saldrás sin que nadie se dé cuenta, lo cual es mejor para todos nosotros. No necesitamos que nadie allá sepa que has dejado el país.

—¿Tienes información que diga que alguien me está vigilando desde aquí?

Ella negó con la cabeza. —No la necesito. Siempre estarás vigilado, Jack. Y mientras trabajes para mí, es mi mayor interés mantenerlos alejados de ti.

Jack se encogió de hombros. —Puedo manejar eso.

Ella no dijo nada. Cambió de carril sin señalizar y un auto les tocó la bocina.

Jack miró por la ventana. —¿Entonces me estás sacando a escondidas de Inglaterra para dejarme en el aeropuerto más transitado de los EE. UU.?

—No, no vas a Hartsfield-Jackson. Hemos acordado dejarte en Dobbins.

Sean no podía llegar a la base. Esto se volvía más complicado a cada momento. —No es necesario, Sasha. Puedo volar bajo un alias. Tengo uno limpio que nadie conoce. Pasaporte, tarjetas de crédito, todo.

Ella le hizo un gesto con la mano. —No me digas cosas así. Además, alguien, en algún lugar, conoce esta información, lo que significa que también podría saberlo.

Se resignó al hecho de que ella tenía una respuesta para todo. Siempre la tenía. Y a Jack no le importaba. Lo último que quería hacer era preocuparse por los detalles. Había sido un día infernal. Le dolía la cabeza y el corazón también.

Llamó a Sean mientras pasaban por el centro de Londres. No respondió. Le dejó un mensaje

diciéndole cuándo esperaba aterrizar y que trataría de conseguir un vuelo a Florida. Colgó y se inclinó hacia atrás, dejando caer la cabeza hacia un lado. Sus ojos desenfocados vieron pasar luces como rayos láser.

—¿No tuviste suerte de contactarlo? — preguntó Sasha.

—No.

—Puedes llamar desde el avión. Son sólo las cuatro allí ¿cierto?

—Algo así.

Unos minutos después, Sasha señaló un cartel que Jack no se molestó en leer. —Ya casi llegamos.

Asintió y volvió a vaciar su cabeza. Pero un solo pensamiento le trajo de vuelta.

—Maldita sea— dijo en voz baja.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Mia.

—¿Quieres despedirte?

Asintió. No había visto a su hija en diez días. Odiaba la idea de irse sin avisarle.

—Podemos pasar por allí si quieres.

Le sorprendió que se ofreciera. No sonaba como algo que a ella creyera que fuera una buena idea. Jack lo contempló por un momento.

—Mejor no— dijo. —Es tarde. Y solo la preocupará a ella y a Erin. Además, solo estaré fuera un par de días.

—Vale— dijo. —Eso es todo.

—Eso es todo— repitió Jack.

Condujeron en silencio hasta que llegaron al pequeño aeropuerto. Sacha se detuvo frente a una puerta vigilada por un guardia armado. Bastó con echar un vistazo a su identificación para que pudieran pasar.

—Ahí está—. Extendió el brazo frente a Jack y apuntó con el dedo a un avión de pasajeros. Detuvo el coche a quince metros de distancia.

Jack abrió un poco la puerta. El olor a combustible de avión lo invadió. Le ardían las fosas nasales y le picaban los ojos. Le tomó un momento adaptarse y luego pisó el pavimento. Su espalda y hombros se habían endurecido durante el viaje de una hora. Trató de relajarse antes de dirigirse hacia Sasha.

Ella estaba de pie en la parte trasera de su auto. El maletero estaba abierto. Metió la mano y sacó una pequeña bolsa.

—Ten cuidado—, dijo, entregándole la bolsa. —Está llena.

Se la quitó, abrió la cremallera y miró dentro. —¿M40?

—Sé que no es tu favorita. Pero es la única que tenía y no se puede rastrear.

Jack sacó la pistola y la metió detrás de sí. —Puedes quedarte con la bolsa—. La arrojó dentro de su maletero.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué? —, preguntó. —Podría tener micrófonos ocultos.

—Lo que sea, Jack. Hay una maleta a bordo que contiene un par de cambios de ropa. No es que la vayas a llevar.

—No la necesito. Puedo tomar prestado algo de Sean. Somos de la misma talla.

—¿Estás seguro de eso? — Intentó bromear dándole una palmadita en el estómago.

—No he cambiado nada, Sasha. Luzco igual que hace veinte años.

Sasha puso los ojos en blanco. —¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Supongo que hace seis años.

—¿Y no crees que sea posible que haya engordado unos kilos?

—¿Sean? Lo dudo.

—Llévate la ropa, Jack.

No iba a deshacerse de ella hasta que aceptara, así que dijo: —Está bien.

Lo acompañó hasta el avión. Jack miró hacia arriba. Las luces y las nubes hacían imposible ver el cielo. Se detuvieron frente a las escaleras. Sasha le rodeó el cuello con los brazos. La cerveza, el bistec, su perfume y su aroma natural lo invadieron. Tenía ganas de besarla, pero no lo hizo.

—Cuídate, Jack. Cuídate y ten cuidado.

—Me voy a casa, Sasha. Es el lugar más seguro que conozco—. Se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos. Una pequeña arruga apareció en el medio de su frente cuando frunció el ceño. —¿Dónde está exactamente tu casa?

—Solo dos personas que conozco tienen esa información, y no voy a convertirlas en tres. Si eso se supiera, ya no sería el lugar más seguro, ¿no?

Lo besó en la mejilla. Sus labios se sentían suaves y húmedos. Lentamente soltó su agarre y luego dio un par de pasos hacia atrás.

—Será mejor que te vayas—. Miró hacia arriba. —Esa tormenta se acerca.

Jack siguió su mirada y miró hacia arriba nuevamente. Las nubes eran espesas y grises. *Demasiado temprano para formarse un huracán*, pensó. Abrió la boca para preguntar, pero Sasha ya había cerrado la puerta. Las luces de freno del Audi se encendieron. El freno de emergencia hizo clic cuando lo desactivó y condujo hacia la puerta por la que habían entrado.

Jack se preocupaba por ella. Se había acercado demasiado. Sus sentimientos habían ido demasiado lejos. Se dio cuenta.

Y sabía que eso la dejaba vulnerable de muchas maneras.

Sin embargo, no era la única.

—Estamos listos para partir, señor.

Jack miró al hombre en lo alto de las escaleras. Tenía el pelo corto y oscuro y vestía pantalones azules y un polo blanco. Le hizo un gesto para que subiera. Subió los escalones y pasó junto a él. No olía tan bien como Sasha.

—Siéntate donde quieras—, dijo.

Un sofá de cuero se extendía a lo largo de la pared opuesta. Era oscuro, ancho y desgastado.

—¿Puedo acostarme ahí? —, preguntó.

—Después de que despeguemos, puedes—, dijo. —Toma asiento y abróchate el cinturón y te avisaré cuando puedas moverte.

Jack cogió un lugar cerca del sofá. Se sentía tan suave como se veía. Se abrochó el cinturón de seguridad sobre el regazo y se preparó para el despegue. Diez minutos después estaban en el aire. Veinte minutos después de eso, estaba hablando por teléfono con Sean.

—Me llevan a Dobbins.

—¿Cuánto tiempo falta para que llegues? — preguntó Sean.

—Cuatro horas. Tal vez cinco. No estoy seguro exactamente.

—¿Entonces alrededor de las siete u ocho para mí?

—Supongo. Dijeron que habrá un auto esperándome si quiero usarlo, pero me da miedo. No sé si quieren intentar rastrear a dónde voy.

—¿No saben de dónde eres?

—Espero que no. Lo último que quiero hacer es traer a un montón de gente como yo a la

ciudad.

Sean exhaló en el teléfono. Sonó como una poderosa ráfaga de viento.

—Acabo de enviarle un mensaje a Deb. Está de acuerdo con que vaya a buscarte. Probablemente estaré allí alrededor de las nueve y media. ¿Crees que puedes encontrar el camino fuera de la base, tal vez ir a un Waffle House o algo así?

—Es Atlanta. No debería tener problemas para encontrar un Waffle House.

—Sabes a qué me refiero, Jack.

—Sí, llegaré a algún lado y te encontraré allí.

—Está bien, hermanito.

—Está bien, viejo Winter.

—Te veré en unas horas.

Jack mantuvo la línea abierta durante unos segundos más.

—¿Estás ahí? — preguntó Sean.

—Sí—, dijo.

—¿Qué pasa? — preguntó.

Hizo una pausa. Hacía tiempo que no tenía a nadie con quien hablar y había muchas cosas que tenía que resolver. Sean siempre había sido un buen oyente. Sin embargo, tenía cosas que hacer. Eso lo sabía. Tal vez durante el viaje a casa.

—Olvídalo. Te veré pronto.

CAPÍTULO 7

Colgó, se acostó en el sofá y cerró los ojos. Su mente vagó y se concentró en Sasha durante unos minutos. La mujer se había convertido en una parte importante de su vida durante el último mes, pero la tensión entre ellos creció y pareció culminar esta noche. Si algo le había enseñado la vida, era que dos personas en su línea de trabajo nunca deberían involucrarse. Siempre terminaba mal. *¿Y si uno era capturado? ¿Torturado?* Había oído hablar de espías que entregaban cada pizca de información que tenían para salvar a un cónyuge o un hijo. Por eso nunca dejaba que nada llegara lo suficientemente lejos como para ser perjudicial.

Y por eso Mia puso un palo en la rueda en su vida. Todavía estaba tratando de aceptar que tenía una hija. Solo unas pocas personas lo sabían. Una de esas personas era Sasha, y eso planteaba un problema.

Todo eso influyó en su decisión de rechazar la oferta de Marcia Stanton. El dinero que le puso delante casi le hizo aceptar. Tal vez Jessie todavía estaba tratando de salvarlo, incluso desde su tumba.

Con la visión de Mia en su mente, se quedó dormido. La siesta se extendió hasta convertirse en un sueño profundo. Nunca vio el Océano Atlántico a pesar de que volaban hacia el atardecer.

Sintió una mano en su hombro y abrió los ojos. No era el hombre que le dio la bienvenida a bordo. El brazo derecho de Jack se extendió por encima de su cuerpo y agarró su muñeca. La mujer jadeó y soltó la botella de agua que sostenía en la otra mano.

Un segundo después se dio cuenta de dónde estaba y soltó su brazo. Ella se movió hacia el otro lado del avión. Estaba sin aliento y temblando.

—Lo siento—, dijo Jack. —Me asustaste.

Le dio una sonrisa cálida. La botella de agua rodó por el suelo. La persiguió.

—¿Estamos cerca? —, preguntó.

—Quince minutos—, dijo.

—¿Esa agua es para mí?

Ella asintió y le tendió la botella.

Jack se levantó y la tomó. Después de tomar un sorbo, le dijo: —¿Conoces Atlanta?

Ella negó con la cabeza. —Puedo buscar algo de información en mi teléfono para ti.

—Está bien—. Jack regresó a su asiento original y se abrochó el cinturón.

La mujer caminó hacia la parte delantera del avión. Miró hacia atrás una vez, todavía asustada. Jack no la volvió a ver.

El sol seguía brillando. El horizonte era naranja, rojo y rosa. La ciudad parecía una pintura de la Toscana. Pasaron por el centro en cuestión de segundos.

El aterrizaje fue suave. El avión se detuvo frente a un gran hangar verde, probablemente hecho de acero galvanizado y lo suficientemente grande como para que quepan un par de campos

de fútbol en su interior.

El piloto salió de la cabina. Miró a Jack.

Las escaleras golpearon contra el costado del avión. El piloto abrió la puerta y le hizo un gesto a Jack para que subiera.

—¿Estás listo? —, preguntó.

Jack asintió.

—Hay un automóvil negro allí. Creo que es para ti. Ve hacia el hombre que está parado al lado para que te dé las llaves.

—¿Cómo sabes que es ése?

—Porque no hay otros ahí fuera.

—Está bien—. Jack pasó junto al hombre.

Sus pasos resonaron mientras corría escaleras abajo. El calor se elevaba desde el asfalto. A menos de tres metros del avión, la humedad de Georgia lo envolvió por completo. Su frente se humedeció. El aire espeso no le sentaba bien a sus senos nasales y pulmones.

—Olvidaste tu equipaje— gritó el piloto.

—Quédate con él— dijo. —No lo necesito.

Lo miró raro, pero no protestó. Estaban acostumbrados a la gente excéntrica, pensó Jack. El negocio de los aviones chárter tenía que ser interesante.

Siguió hacia el Lincoln. Un hombre negro con un traje negro estaba de pie junto a él. Por más calor y humedad que Jack sintiera, él debía sentirse diez veces peor. El tipo lo saludó con la mano. Jack le devolvió el saludo. Él hizo oscilar un juego de llaves y le dio un pulgar hacia arriba y una gran sonrisa.

Buen tipo, pensó Jack. Abrió el maletero y la puerta del conductor. El motor rugió. Las correas chirriaron. Apenas notó el soplo del tubo de escape. Caminó hacia Jack sonriendo.

—¿Equipaje? — preguntó.

—No—, dijo.

—¿Ninguno?

—Ni una sola maleta.

Sus cejas bajaron y sus labios y nariz se levantaron. Inclinó la cabeza hacia un lado y miró más allá de Jack, hacia el avión. La idea de no llevar equipaje debe haberlo desconcertado más que al piloto.

—Es un viaje rápido—, dijo Jack. —Viajo ligero. Tendrán lo que necesito cuando llegue a donde voy.

—Si eso es lo que quieres—, dijo.

—Sí, así mismo.

Se dio la vuelta y dio unos pasos hacia la parte delantera del coche. Jack cerró el maletero. Cuando la tapa se cerró, el hombre había abierto la puerta trasera.

—¿Qué es esto? — preguntó Jack.

—Supongo que puede sentarse al lado mío si quieres— dijo. —La mayoría de la gente no lo hace—, añadió.

—Me gustaría sentarme delante en el asiento del conductor. El coche es para mí, ¿no?

—Sí, señor. Y yo soy su chófer.

—¿Conductor?

Puso los ojos en blanco. —No me va a llamar su chófer, ¿verdad?

—Creo que hay un malentendido. Se suponía que el coche iba a quedar para mí. Solo para mí. No para ti y para mí. Sólo para mí. Completamente solo. No trabajo de otra manera.

—No, señor. Así no es cómo funciona esto. Ahora elija un asiento, delantero o trasero, y sigamos su camino.

—No creo que me estés escuchando bien.

Cerró la puerta y dio un paso adelante. —Mira, hombre. Salimos de la base, tú haces lo que quieras. ¿De acuerdo? Pero por ahora, ambos necesitamos estar en este auto para salir de aquí. Esos tipos que vigilan este lugar con M16 no van a tomar con agrado que ninguno de nosotros ande por las calles. Especialmente después de que oscurezca. No tienes idea de lo que tuve que pasar solo para entrar aquí. Así que si quieres salir de aquí, súbete al auto.

No estaba familiarizado con la disposición de la base. No podía decirle a nadie cómo llegar a la PX o a la comisaría. No sabía si el lugar tenía un cine o una bolera. Salir no sería un problema. Si tuviera el auto. Sin embargo, deambular por ahí con ese aspecto seguro que llamaría la atención.

—Está bien, hombre —dijo Jack.

Sonrió ampliamente. Sus dientes sobresalían contra sus labios oscuros y el bigote negro que los rodeaba.

Jack caminó por la parte trasera del vehículo. El jet ya se había alejado. Revisó dos veces el maletero. Seguía cerrado. Pasó su pistola de la parte trasera a la delantera de sus pantalones. No había otra razón que ser cauteloso. El hombre no le parecía nada más que un taxista glorificado.

Esperó frente a su asiento. Jack se subió, luego él lo hizo. Ambos estaban sudados. Ambos exhalaban ruidosamente cuando se sentaron. Él alcanzó el control del aire acondicionado y lo puso al máximo. El aire frío salió disparado de las rejillas de ventilación. Jack ajustó las dos que estaban frente a él para que los chorros se encontraran en el medio de su cara. El aire olía a colillas de cigarrillos usadas, pero se sentía bien.

—Entonces, ¿adónde vamos? —, preguntó mientras cambiaba la marcha.

—Fuera de la base—, dijo Jack.

—Entonces, ¿a dónde?

—A donde quieras ir, hombre.

Retiró el pie del acelerador. El auto disminuyó la velocidad a paso de tortuga. Dejó que el auto se deslizara hacia la derecha y las ruedas rozaron la acera.

—Este es mi auto—, dijo. —No lo vas a tener. Si quieres ir a algún lado en este auto, yo conduciré.

Jack lo miró y sonrió.

CAPÍTULO 8

Pasaron sin problemas. El policía militar que estaba allí los miró por encima del hombro. Eso fue todo. El hombre condujo hacia el oeste, lejos de Atlanta, hacia las afueras de Marietta.

Jack esperó cinco minutos antes de preguntar a dónde iban.

—No dijiste nada—, dijo. —Así que me voy a casa. Hay un motel cerca. Puedes quedarte allí.

En ese momento supo que este tipo no estaba afiliado a nadie ni a nada. Era solo un conductor. Sasha debe haber usado Internet cuando organizó que un auto lo esperara. Todos esos problemas para colarlo en el país sin previo aviso, solo para ponerlo en un vehículo con un extraño al azar. No tenía sentido. Por supuesto, ¿qué tenía sentido en estos días?

Así que se enfrentó a un dilema. Dejar que el tipo malo dejara en algún lugar o mostrar su arma y robarle su vehículo. Con Sean en camino, no tenía que ir muy lejos, así que no necesitaba el Lincoln del hombre. Aun así, tenía que hacer que pareciera real. Vio un estacionamiento de autos de alquiler más adelante y supo que esa era la mejor opción.

—Déjame allí—, dijo Jack.

—Está bien—, dijo el tipo.

Entró al estacionamiento y se detuvo junto a la puerta principal. El aire espeso envolvió a Jack antes de que pusiera un pie en el suelo. El sedán se alejó después de que Jack salió. Se dio vuelta, miró y esperó hasta que desapareció de su vista. Luego, esperó unos minutos más. Finalmente, entró al edificio con aire acondicionado.

—¿Te ayudo? —, dijo el tipo detrás del mostrador.

Jack negó con la cabeza sin mirarlo. No tenía intención de alquilar un auto esa noche. Sacó mi celular y llamó a Sean.

—¿Dónde estás? —, preguntó.

—Macon—, dijo. —¿Y tú?

—En algún lugar de Marietta, creo—. Jack miró por encima de su hombro al tipo detrás del mostrador.

Él asintió.

—Sí, Marietta.

—Eso está a unas dos horas de distancia—, dijo Sean.

Sostuvo el teléfono contra su pecho. —¿Hay algún lugar para comer por aquí?

—A una o dos cuadras— dijo el vendedor.

Jack se puso el teléfono en la oreja. —Voy a comer algo. Te daré la dirección del lugar después de llegar allí.

—Está bien. Compra café. Voy a necesitar que conduzcas a casa.

—¿Ya pasaste tu hora de dormir?

Se rio. —Ojalá. Tengo mucho trabajo. Voy a tener que hacer algo con la computadora portátil cuando regresemos.

Nos despedimos y colgamos. Jack miró al hombre detrás del mostrador. Se había sentado y su mirada estaba fija en el monitor de su computadora.

Tenía una caminata de al menos dos cuadras por delante. Dudó en irse. Para cuando llegara a algún lado, su camisa se pegaría a su cuerpo. Sin embargo, no podía esperar dentro del edificio durante dos horas. ¿Y si el conductor había recibido instrucciones de dar media vuelta e inspeccionar después de que llegara?

La puerta sonó cuando Jack salió al aire húmedo. Cruzó el estacionamiento, se coló entre dos Ford Focus y encontró una acera. El sudor goteaba. Hacía tiempo que no sentía tanta humedad.

Al oeste vio un par de edificios de apartamentos, un hotel y la entrada a un barrio. Tal vez hacia allí se dirigía el conductor. Miró hacia el este. Allí vio un par de opciones para cenar. Los vehículos abarrotaban el estacionamiento de Applebee's. Sentarse en la barra de un restaurante lleno de gente no era muy atractivo para Jack. Pero, por fortuna, al otro lado de la calle había un Waffle House abierto las 24 horas.

Se acercó a la acera. Los faros le llegaban desde ambas direcciones. Corrió al otro lado de la calle en el primer descanso del tráfico. Una señora mayor y dos chicos adolescentes estaban sentados en un banco verde esperando el autobús. Los chicos estaban demasiado absortos con su revista de desnudos como para notar la presencia de Jack. La señora mayor puso una segunda mano en su bolso y lo colocó en su torso. Lo miró y Jack se encogió de hombros y siguió caminando.

El estacionamiento del Waffle House estaba desierto. Parecía que no tenían el mismo exceso de clientes de Applebee’s esa noche. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de por qué. Se sentó en el mostrador. El hombre de mediana edad y flacucho que estaba al lado de la parrilla no se movió. Sostenía una espátula en una mano y un teléfono celular en la otra. Se quedó mirando la pantalla de su teléfono. Su pulgar trabajaba horas extra. Sonrió un par de veces. Rio una vez, miró a Jack, exhaló y volvió a su mensaje o Tweet o Facebook o lo que sea.

—Billy—, dijo una mujer. —Tenemos un cliente.

Jack miró a su izquierda. Una mujer tres veces más gruesa y más o menos de la misma edad que Billy caminó hacia él. La puerta del baño de mujeres se cerró detrás de ella. Tuvo que pasar por su lado para llegar detrás del mostrador. Un rastro de aroma a popurrí permaneció allí durante unos segundos después de que pasó.

Para cuando se paró frente a Jack al otro lado del mostrador, se había quedado sin aliento. El aroma a popurrí se había desvanecido. Ahora olía a Johnny Walker y a un paquete de Camels. Su etiqueta decía que se llamaba Joan.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—¿Tienes panqueques esta noche, Joan?

Ella no sonrió ante su intento de humor. —Este es el Waffle House, señor. Puede conseguir wafles, huevos, salchichas…

Jack levantó las manos en señal de rendición. —Cuatro huevos fritos y seis salchichas.

—¿De tomar?

—Café—, dijo. —Una taza rellenable, por favor—, sonrió.

Ella puso los ojos en blanco. Debió haber sido un día largo. Mientras se daba la vuelta, dijo: —Billy, él quiere…

—Lo oí—, dijo Billy. —Lo oí—. Se dio la espalda a los dos y echó una mantequilla de mala calidad en la parte superior.

Jack se dio la vuelta en mi taburete, se apoyó en el mostrador y sacó su teléfono para ver si tenía mensajes. No tenía ninguno. La dirección del lugar estaba escrita en el exterior de la ventana delantera. La descifró y se la envió a Sean. Luego, abrió un navegador web y revisó las noticias y el clima.

El pronóstico para mañana anunciaba calor, humedad y tormentas eléctricas durante la tarde, algo típico en Florida en verano.

A las ocho y media, terminó de comer y se retiró a una mesa en la esquina con una taza de café recién hecho. El restaurante se había llenado y pensó que a Billy y Joan les vendría bien un par de clientes nuevos en el mostrador.

Una hora y dos tazas después, un Mercedes nuevo entró en el estacionamiento. Era negro y tenía faros halógenos que parecían azules. El auto se detuvo en el lugar de estacionamiento al otro lado de la ventana. La puerta del conductor se abrió. La luz del techo se encendió. Jack vio a su hermano por primera vez en seis años.

Sean asintió hacia él. Jack asintió de vuelta. Se señaló a sí mismo, luego a Jack, y luego se encogió de hombros. Jack se levantó, dejó caer un billete de veinte sobre la mesa y colocó su taza medio llena encima. Sean lo recibió afuera, junto a la puerta principal. Fue incómodo. No sabían si estrecharse la mano o abrazarse. Así que se metieron las manos en los bolsillos y no hicieron ninguna de las dos cosas.

—Te ves bien— dijo.

—Pero no tan bien como tú— dijo Jack.

—Eso es un hecho.

—Retiro lo dicho. Te ves viejo.

Sean se rio. —¿Te has mirado en el espejo últimamente?

—Intento evitarlo si es posible. Siempre aparece algún tipo de unos treinta y tantos.

—Espera a que tengas cuarenta—. Sean dio un paso atrás, abrió la puerta del conductor y lo hizo pasar.

Al sentarse sintió como si se hubiese caído en una nube. Pensó que el Audi de Sasha era bonito. No tenía nada que ver con el Mercedes. Tenía que ser el asiento más cómodo que jamás había sentido. Por otra parte, puede que estuviera cansado. El asiento no necesitaba ni un solo ajuste. Se ajustaba como un guante. Desde el día que Jack cumplió doce años, la gente siempre supuso que Sean y él eran gemelos idénticos. Eran de la misma altura, anchura y peso, pero no se parecían exactamente. Lo que era bueno para uno de ellos, era malo para el otro. Cada uno tenía su propia opinión al respecto.

Sean abrió la puerta del pasajero, entró y se reclinó.

—Esto es agradable—, dijo Jack.

Extendió las manos y se encogió de hombros. No necesitaba que se lo dijera, pero a Jack le pareció que era lo correcto.

—¿Cómo llego a la autopista desde aquí? —, preguntó.

Jugueteó con la pantalla LCD incorporada en la parte superior del tablero. Una voz femenina generada por computadora se escuchó por el sistema de altavoces y lo guio hacia la I-285 oeste.

—Esto nos hará dar la vuelta a la ciudad hacia el sur. Nos conectaremos con la 75 en unos treinta minutos.

—Suena bien—. Jack jugueteó con la radio hasta que encontró algo que le gustara a los dos. —Me alegro de volver a casa. Ojalá fuera en circunstancias diferentes, pero es bueno verte, Sean.

No dijo nada.

Jack miró hacia él. Sean se había quedado dormido. Al presionar un botón en el volante, Jack

cambió la estación de radio nuevamente. Lo golpeó lo suficiente hasta encontrar una estación que tocara jazz suave. Bajó el volumen. Incluso con la música apenas audible, el Mercedes no dejaba entrar prácticamente ningún ruido de carretera. Impresionante.

CAPÍTULO 9

León Barber estaba sentado al volante de un viejo Tercel de principios de los noventa en el aparcamiento de un Applebee's. Llevaba dos horas allí, observando al hombre que le habían identificado como Jack Noble. Durante ese tiempo, su objetivo se había movido de un taburete en el mostrador a una cabina en la esquina. León notó que los ojos de Jack se movían constantemente, siempre escaneando la multitud que lo rodeaba, el aparcamiento y la calle.

León no sabía quién era Jack, pero podía decir que el hombre era peligroso.

Después de dejar a Noble en el lugar de alquiler de coches, León dobló la esquina y cambió el Lincoln por el pedazo de porquería en el que estaba sentado ahora. Estaba atrapado en el coche, había aparcado al otro lado de la calle y estaba observando. Cuando Jack salió y empezó a caminar, León miró dos veces. Había estado preparado para seguir al tipo en un coche, no a pie.

Afortunadamente para León, Jack no fue muy lejos. Una vez que el hombre se acomodó, León cruzó la calle y se instaló en su posición actual.

Había estado en contacto con su jefa, Vera Ferrell, durante toda la noche. Todo lo que ella le dijo fue que se quedara quieto y procediera con cautela. No le dio ninguna información sobre Noble, lo que estaba haciendo en Marietta, Georgia, o de lo que era capaz. Ni siquiera sabía qué hacer si se encontraba con el hombre. *Quédate quieto y espera*, le había dicho ella. Y así lo hizo León. Durante dos largas horas.

Y ahora, parecía que su espera había terminado.

Un Mercedes se detuvo y se estacionó frente a la cabina donde estaba Jack. Noble se levantó y salió del restaurante. Un hombre bajó del sedán. Cuando los dos se encontraron en la acera, parecían imágenes especulares el uno del otro.

León hizo otra llamada a Vera.

—Se va a subir a un auto con un tipo que se parece mucho a él.

Vera dijo: —Quiero que te quedes con ellos. Pero quédate atrás. No quieres que te vean.

—¿El otro tipo es su hermano?

Vera no respondió.

—¿Vera?

—Quédate cerca y llámame para informarme.

Colgó. León colocó su teléfono en la consola central y encendió el quejumbroso motor de cuatro cilindros. Casi perdió de vista el Mercedes. El hombre que conducía tenía el pie pesado. Se dio cuenta de que estaban tomando la rampa de entrada a la I-75.

León lo alcanzó y mantuvo siempre, al menos, un auto entre él y Noble.

El aburrido viaje hizo que sus pensamientos vagaran. ¿Quién era este tipo? ¿Qué era tan importante sobre Jack Noble que León tuvo que dejar un juego de cartas en Charlotte para recoger al hombre en la Base de la Fuerza Aérea Dobbins?

No era inusual que a León no le dijeran nada. En muchos sentidos, lo hacía más fácil. *Actúa como el buen soldado*, se dijo a sí mismo. Cuando fuera el momento adecuado, recibiría la información necesaria.

Y entonces sería el momento de apretar el gatillo.

¿Jack Noble sería el objetivo?

¿O alguien más?

CAPÍTULO 10

Sean durmió tres horas. Dijo que tenía que ponerse al día con trabajo. Jack sabía que no quería admitir que estaba cansado. Aprovechó el tiempo para pensar mucho. Viejos amigos se colaron en sus pensamientos. Siempre lo hacían, sin importar cuánto intentara alejarlos.

Habían pasado un par de meses desde la última vez que vio a Clarissa. Se fue de su vida en Washington una mañana de primavera y no había sabido nada de ella desde entonces. Sin embargo, sabía que algún día lo haría. Siempre funcionaba así con ellos.

Pensó en Oso y Mandy. ¿Dónde se habían establecido? El gran hombre quería que ella tuviera una vida normal. Sentía que debían ir a algún lugar donde el pasado no pudiera perseguirla, y sabía que eso significaba un lugar lejos de Jack, y sería mejor que él nunca los visitara. Decidieron que era mejor que no lo supiera. Por ahora, al menos. Demasiadas cosas quedaron sin resolver después de lo que pasaron con Alex Parkin en Londres. Él también había estado allí. Las cosas habían pasado demasiado cerca. Jack puso la vida de ese hombre en riesgo con demasiada frecuencia, y con otra vida de la que preocuparse, ese riesgo era demasiado grande para él.

Lo envidiaba por eso.

Se quedó en blanco por un momento y simplemente condujo. Sin embargo, no duró. No importaba cuánto trató de evitarlo, Jessie cruzó su mente una y otra vez. Cuestionó cada decisión que tomó con respecto a ella, desde irse al campo de entrenamiento hasta separarse unos años después. Tuvo una última oportunidad en 2002 para arreglar las cosas. También la había arruinado. Si no la hubiera dejado escapar de esa última vez, sus vidas habrían resultado diferentes.

Y ella no estaría muerta ahora.

Sean se despertó más o menos cuando entraron en Valdosta, Georgia. Las luces anaranjadas de la calle iluminaban centros comerciales y restaurantes desiertos. Sean bostezó, se estiró, bajó la ventanilla, sacó la cabeza, la entró, volvió a subir la ventanilla y bostezó de nuevo.

La ráfaga de viento hizo sentir bien a Jack y le dio un sobresalto, así que bajó la ventanilla un poco durante un par de segundos.

—¿Valdosta? — Sean miró el reloj. —¿Tan rápido?

Jack se encogió de hombros.

—¿Estás seguro de que quieres que te detengan? —, preguntó.

—Dejaste tu billetera en la consola. Pensé que, si lo hacían, solo diría que soy tú.

—Eso no va a funcionar—. Se frotó los ojos con las palmas. —Disminuye la velocidad—, agregó.

—Claro, papá—. Redujo la velocidad a cinco por encima del generoso límite de velocidad de ciento diez kilómetros por hora. Parecía que iba en cámara lenta los primeros minutos. No había

muchos autos en la autopista, pero los que estaban afuera comenzaron a pasarlo. Odió eso.

—Solo a unas dos horas de aquí—, dijo Sean.

—Lo recuerdo.

—¿Lo recuerdas? Pensé que estaría un poco nublado después de seis años. Sonrió levemente.

Lo vio a tiempo. Decidió no caer en la trampa. A Sean siempre le había gustado hablar de cuánto tiempo había pasado desde la última visita de a casa. Lo provocaba hasta que le surgía la necesidad de defenderse. Una propuesta complicada, teniendo en cuenta que su tipo de trabajo siempre era clasificado o ilegal.

Normalmente, lo segundo.

Hasta hace poco.

Cruzaron la frontera del estado de Florida. Dos grupos de palmeras se encontraban a ambos lados de la carretera y un gran cartel les daba la bienvenida. Un kilómetro después, Sean hizo un gesto hacia el área de descanso. Jack se detuvo en el carril de salida.

El lugar no tenía nada de especial. Se parecía a la mayoría de las otras paradas de descanso. Tenía dos estacionamientos, uno para camioneros y otro para el resto de las personas. Había un edificio atrapado entre los estacionamientos y suficientes farolas para hacer pensar que era de día. Tal vez ese había sido el objetivo. ¿Viajero cansado? Detente aquí y engaña a tu mente para que piense que son solo las dos de la tarde.

Ambos salieron y se dirigieron hacia el edificio de techo plano. Sean fue al baño. Jack compró dos botellas de agua de una máquina expendedora. Costaron dos dólares cada una. Un robo en la carretera. Literalmente. Un café hubiera estado bien, pero no vio una máquina. Incluso si la hubiera visto, no habría comprado café en ella. Podrían encontrar café fresco en la siguiente salida. Y si no allí, en la siguiente.

Jack volvió al coche y tiró las botellas de agua en el asiento delantero. Usó el lugar de estacionamiento vacío a su lado para estirarse. Una mujer paseaba a dos perros grandes por la acera. Uno le ladró. El otro meneó la cola y corrió hacia Jack. Le rascó la cabeza y le habló como si fuera un bebé. La mujer sonrió, tiró de su perro hacia atrás y se alejó.

Sean apareció un minuto después. Jack se subió del lado del pasajero mientras se acercaba.

Se subió y levantó la botella de agua como si viniera de un río contaminado en África. —¿No hay café?

—No hay máquina—. No dio más detalles sobre lo que habría hecho si hubiera habido una. —Nos detendremos y tomaremos un poco.

Miró el reloj y se encogió de hombros. —Creo que puedo hacer el resto del camino. Si tomo cafeína ahora, no podré dormir.

—Como quieras. Estoy bien de todas formas.

Pasaron dieciséis kilómetros en siete minutos. Jack no vio ninguna palmera. Tal vez el departamento de turismo había plantado las del área de descanso para los viajeros que necesitaban otra señal visual que les hiciera saber que habían llegado al estado.

—Dime cómo está papá realmente—, dijo Jack.

—Te lo dije por teléfono, está bien—, dijo Sean.

—Estabas mintiendo.

Sean se mordió el interior de la mejilla. Lo había hecho desde que era un niño. Significaba que estaba tratando de pensar en una forma de decir algo para disminuir el impacto de sus palabras. Exhaló a través de los labios apretados, creando un sonido de aleteo.

—No está bien, Jack. Su memoria es, no sé, frágil. Incluso más que antes. Parece que, ahora, se deteriora semana a semana. En una visita me conoce, en la siguiente no. A veces me llama por

tu nombre, otras veces soy su hijo único. Honestamente, no sé cómo va a manejar verte. Podría pensar que eres yo.

—Deberíamos ir juntos entonces.

Sean asintió. —Podríamos. No sé cómo manejará eso. La última vez que nos vio a los dos fue en el funeral de mamá—. Tomó un trago de agua. —Y sabes que eso no terminó bien— agregó.

Jack pensó en ese día y la pelea que tuvo con su hermano.

Su madre había sido la que había cuidado de su padre durante sus primeros días de demencia. Había recibido un disparo en la cabeza en Vietnam. De todas las historias que les contó el anciano, esa nunca la mencionó. No se enteraron hasta que ambos tenían veintitantos años, después de que lo hubieran diagnosticado. Los médicos le habían dicho que el traumatismo craneal anterior había sido la causa.

Los primeros años no fueron malos. Luego las cosas empeoraron. Empezó a tener más problemas para recordar. Al principio eran cosas pequeñas. Pasta de dientes y ungüento para el dolor, cosas así. Luego, sus funciones cognitivas comenzaron a deteriorarse. Sus movimientos se volvieron descoordinados. Unos años antes de que la madre de Jack falleciera, los médicos habían dicho que la demencia lo tenía en un estado de letalidad y que progresaría rápidamente. Ella lo cuidó como si su vida dependiera de ello.

Al final, acabó con ella.

Sean sabía que no podía hacerse cargo de él, así que hizo los arreglos para que enviaran a papá a un asilo. Jack discutió una y otra vez sobre el tema y le dijo a Sean que debería hacerse cargo de su padre. Incluso se ofreció a pagar por el cuidado en casa. Fue egoísta de su parte y él se lo hizo saber. Nunca estaría cerca. Diablos, no había estado desde que se fue a la Marina unos trece o catorce años antes.

La discusión se intensificó, como siempre sucedía. Empezaron a atacarse por varias cosas. Su esposa le dijo algo a Jack. Él le dijo algo que no debió haber dicho. Lo siguiente que supo fue que Sean le dio un puñetazo en la mandíbula. Jack le devolvió el golpe. Cayó al suelo. Sus amigos atacaron a Jack. Nadie intentó ayudarlo. Al final, cuatro de ellos fueron al hospital y Jack tomó el siguiente vuelo. Condujo hasta Tampa esa noche, tomó un avión a Nueva York y nunca miró atrás. Pasaron unos dieciocho meses antes de que volvieran a hablar.

En su caso, parece que el tiempo había curado las heridas. Parecían llevarse bien. Hasta ahora, al menos.

—De todos modos—, dijo Sean. —Dudo que se acuerde de eso. Algunos días pregunta cuándo bajará a desayunar, a almorzar o a cenar. La comida nunca coincide con la hora en que yo estoy allí.

Jack no dijo nada mientras iba y venía en el tiempo.

—Pero él ama a Kelly. No ha olvidado ni una sola vez quién es, aunque ni siquiera había nacido cuando le diagnosticaron la enfermedad.

Jack lo miró y sonrió. Pensó en decir algo sobre Mia, pero decidió no hacerlo. Quizás por la mañana.

Salieron de la I-75 después de pasar Lake City. Su conversación se estancó. Eran las dos de la mañana. A Jack le parecía que eran las ocho. La cafeína con la que había estado funcionando había desaparecido.

Se quedó dormido intermitentemente durante la siguiente hora más o menos, hasta que llegaron a la casa de Sean. Entró y aparcó delante de una casa de dos plantas de estilo español.

—Veo que el coche no fue tu única mejora— dijo Jack.

—La mandé a construir hace tres años— dijo Sean. —Cinco habitaciones, mucho espacio, incluso tiene un patio en el medio con una pequeña piscina y una gran piscina detrás de la casa.

Jack salió y miró a su alrededor. El área parecía desierta. Miró hacia arriba y vio un cielo lleno de estrellas. —Lo mejor es que parece que no hay vecinos.

—Hay algunos alrededor. Todos se mantienen alejados, lo cual me parece bien. Estoy demasiado ocupado para toda esa tontería de la Asociación de Propietarios estos días.

Jack no podía imaginarse tener que cumplir con reglas que le dijeran de qué color tenía que poner la cerca y a quién tenía que encargarle que la construyera. Así que, en ese sentido, se sintió orgulloso de Sean por liberarse del monótono estilo de vida suburbano zombificado.

—¿Sigues conduciendo hasta Tampa todos los días? —, preguntó.

—No— dijo. —Tengo quince abogados en tres oficinas en Tampa, St. Pete's y Bradenton. Lo gestiono todo desde aquí. Voy allí dos días a la semana como máximo. Algunas semanas no voy. De todos modos, voy a entrar. ¿Vienes?

—En un minuto.

—No vas a fumar, ¿verdad?

—No. Dejé de fumar hace un tiempo. Solo quiero unos momentos bajo las estrellas.

—Como quieras. Dejaré la puerta abierta—. Sean se dirigió a su casa, abrió la puerta y entró.

Jack caminó hasta la entrada, se detuvo y miró hacia arriba. Hacía tiempo que no veía tantas estrellas. Al menos, no que pudiera recordar. La última vez que había estado en un lugar lo suficientemente remoto como para disfrutar de ese tipo de vista, su vida había estado en peligro. Era difícil disfrutar de la naturaleza cuando eso sucedía.

Aparte de los grillos, estaba tranquilo afuera. Lo disfrutó durante un par de minutos antes de darse vuelta y abrir la puerta.

PASÓ UN AUTO DETRÁS DE ÉL. MIRÓ POR ENCIMA DEL HOMBRO, PERO NO VIO FAROS DELANTEROS ni traseros. Se alejó unos pasos de la casa. Los árboles se alineaban al otro lado de la calle, a ambos lados de la casa de Sean. Los faros delanteros de un coche deberían iluminarlos como árboles de Navidad. Pero Jack no vio nada. Aun así, oía el motor del coche. Ahora estaba en ralentí. Jack empezó a caminar hacia la calle.

—¿Qué estás haciendo, Jack?

Se detuvo y dio la vuelta. —¿Qué tan cerca están esos vecinos?

Sean se encogió de hombros. —No sé, tal vez a medio kilómetro o algo así. ¿Por qué?

—¿Alguno de ellos trabaja de noche?

—¿De qué se trata?

—Un coche acaba de pasar, pero juro que no tenía los faros delanteros encendidos.

—El tipo de la casa de al lado es médico. Tal vez lo llamaron del hospital y ahora está volviendo a casa. Entra. Vas a atraer a todos los mosquitos de su escondite.

No se movió.

—No estarás pensando en caminar hasta allí, ¿verdad? —, preguntó.

Sí lo estaba.

—Jack, entra aquí.

El motor se había apagado. Oyó que una puerta se cerraba de golpe, aunque no podía distinguir si era la puerta de un coche o la puerta de entrada de alguien.

—Es solo mi vecino— dijo Sean.

Retrocedió cinco pasos, escudriñando el área todo el tiempo.

—Deberías tomarte algún medicamento para esa paranoia— dijo Sean. —Eres un desastre.

—Estaría muerto si no lo fuera.

Entró. Se aseguró de que Sean cerrara la puerta con llave. Lo llevó arriba a su habitación. Estaba seguro de que era agradable, pero no se molestó en encender la luz para apreciarla. Encontró la cama, se dejó caer en ella y se durmió de inmediato.

CAPÍTULO 11

El Tercel hizo chasquidos durante varios minutos después de que León entró en el camino de tierra un par de cuadras después de la casa frente a la que había estacionado el Mercedes. El estúpido Toyota iba a hacer que lo mataran. O al menos que lo vieran.

Lo que significaba que tendría que matar.

No es que se opusiera a eso. Quería volver a casa en Carolina del Norte, no pasar la noche en medio de Florida. Odiaba todo sobre el estado, empezando por los mosquitos. Ahora lo rodeaban, y lo harían durante el resto de su tiempo allí. Siempre funcionaba así.

Cerró de golpe la puerta de su auto, con la esperanza de imitar el sonido de alguien entrando. El ruido resonó contra la noche muerta. Los grillos alrededor se callaron. Las cigarras no. León caminó hacia la carretera. Los grillos reanudaron su canto estridente. León caminó un poco más pesado, enmascarando parte del sonido que hacía.

El viento traía susurros de voces, pero estaban demasiado lejos para descifrarlos. Esperaba que se quedaran así. Estaba oscuro y el territorio no le resultaba familiar. Estaba a un haz de luz de distancia de que lo atraparan por ser un depredador en un pueblo tranquilo y apartado de Florida. Probablemente lo enterrarían en el bosque y hundirían su auto en un lago y nadie se daría cuenta.

Se arrastró hacia la última hilera de árboles y luego se dirigió hacia la carretera principal. León se detuvo frente a la casa donde estaba estacionado el Mercedes. Se escondió de la vista y observó.

La luz del porche se apagó, luego las luces del jardín. Las ventanas de la casa se oscurecieron.

León no se movió. Quería ver mejor el Mercedes para averiguar qué estaba haciendo allí. Sin embargo, supuso que una casa como esta tendría seguridad por dentro y por fuera.

Así que se quedó, esperó y no pasó nada. Después de una hora, regresó al Tercel y realizó una llamada.

—¿Sí? —, dijo Vera.

—Estoy en Florida. Está dentro de una casa.

—Está bien. No lo pierdas de vista mañana. Informa de todos sus movimientos.

La línea se cortó. León arrojó su teléfono al otro asiento.

—Sí, cada movimiento—, dijo. —Va a hacer que me maten.

CAPÍTULO 12

Jack se despertó poco después de las siete de la mañana. La luz del sol se filtraba por una rendija donde se juntaban las cortinas y se elevaba sobre los árboles del otro lado de la calle. Se dio la vuelta, se levantó de la cama y miró por la ventana. No vio el Mercedes de Sean en la entrada. Debió haber sido un día de ir a la oficina para él.

Salió de la habitación y volvió sobre sus pasos hasta las escaleras. La alfombra nueva se sentía como caminar sobre un colchón de espuma. El aire olía a café de tostado oscuro. Se le hizo agua la boca. Cada paso que daba lo acercaba más al café. El aroma lo llevó a una cocina llena de electrodomésticos de acero inoxidable, gabinetes de madera de cerezo y encimeras de granito.

Solo lo mejor para su hermano mayor.

—Hola, Jack—. Debby se apoyó contra la encimera, con los labios fruncidos, los brazos cruzados, la pierna izquierda sobre la derecha. Sostenía una taza en una mano y una botella de crema en la otra. —¿Quieres un poco?

Jack sonrió, asintió y dijo: —Negro está bien, Deb.

Dio un paso adelante y colocó la taza en la isla. Su mirada nunca se apartó de los ojos de Jack. Él cogió la taza y siguieron mirándose el uno al otro durante un momento incómodo. No se habían visto ni hablado desde el funeral de la madre de Jack. Él sabía que ese día llegaría, pero siempre evitaba pensar en ello.

—Jack, yo…

Jack levantó las manos con las palmas hacia ella. —Déjame ir primero. Dije algo horrible hace seis años y desde entonces he deseado poder retractarme casi todos los días. Sé que Sean y yo hemos tenido nuestros problemas, pero eso nunca tuvo nada que ver contigo. Lo defendiste y yo te ataqué por eso. He pensado en esto una y otra vez, Deb. En ese momento, creo que estaba más enojado por el hecho de que fueras tú quien lo dijera, no por las palabras que dijiste. Éramos amigos mucho antes de que hubiera algo entre tú y Sean. Hiciste lo correcto. Yo estaba equivocado.

Ella sacudió la cabeza mientras extendía la mano para tomar la mano de Jack. —Sabía que te cabrearía. Por eso lo dije, Jack. Me habría sorprendido si hubieras reaccionado de otra manera. Ahora, me sorprendió que Sean actuara como lo hizo.

—A mí no. Es mi hermano. Estamos conectados de la misma manera. Simplemente nunca viste ese lado de él.

—Pero vi mucho de ti.

Piececitos golpearon el suelo detrás de Jack.

—Hola mami. Hola papi.

Jack se dio la vuelta. La niña se quedó helada.

—Kelly—, dijo Debby. —Este es tu tío Jack. Es el hermano de tu papi. Recuerdas las fotos, ¿verdad?

Ella asintió. Tenía los ojos muy abiertos y su mirada nunca lo abandonó. Jack se arrodilló frente a ella con el brazo estirado. Tibiamente tomó su mano. La tensión abandonó su rostro. Lo soltó, corrió alrededor de la isla y pidió un tazón de cereal.

Deb preparó el desayuno de la niña. La niña tarareó una canción con la que él no estaba familiarizado. Probablemente la canción de algún programa infantil. Su madre le entregó el cuenco en una bandeja y envió a Kelly a la sala de estar para que viera la televisión mientras comía.

Deb puso la leche en el frigorífico y los cereales en la despensa. Volvió a la isla, lo miró y suspiró.

—¿Tú y Jess seguían siendo cercanas? —, preguntó.

Ella asintió. —No hablábamos tanto como en los viejos tiempos, pero hablábamos con frecuencia.

—Entonces, esas cosas que dijo Sean sobre su marido, ¿él obtuvo parte de esa información de ti? ¿O la relacionó con lo que había presenciado personalmente?

—Sí, y por favor no se lo menciones a sus padres ni a nadie más. Quiero decir, tal vez algunos de ellos ya lo sospechen. Pero si no lo hacen, no quiero ir por ahí hiriendo sus sentimientos más de los que ya están. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Jack sacó un taburete de debajo del borde de la isla y se sentó. El vapor se elevaba de su taza de café. Tomó un sorbo abrasador.

—¿Crees que se suicidó? —, preguntó.

—Eso es lo que dice la policía, ¿no?

Sabía lo suficiente como para no confiar nunca en una opinión hasta tener todos los hechos. —¿Alguna vez dijo algo que te hiciera pensar que necesitaba ayuda o terapia?

Deb negó con la cabeza. —Tuvo sus momentos, Jack, pero ¿quién no? Todos nos deprimimos a veces. Mírame, vivo en esta casa grande y hermosa, pero hay momentos en los que desearía hacer más de lo que hago. Eso me molesta un poco. Así que no sé si hubo señales. Parecía normal. A veces frustrada. Su matrimonio estaba llegando a su fin y ella lo sabía y creo que estaba lista para hacerle saber a Glenn que planeaba irse.

—¿Lo hizo?

—¿Irse?

—Decírselo.

Deb se encogió de hombros. —Si lo hizo, no me lo dijo.

Pensé que tal vez no había tenido tiempo de hacerlo. Glenn podría haberse puesto furioso con ella.

—Tal vez se lo dijo la noche en que murió—. Jack no necesitaba ver las lágrimas brotar de los ojos de Deb para entender el impacto de sus palabras. —No pienses demasiado en eso, Deb.

Se mordió el labio inferior y luego dijo: —Ya lo he hecho, Jack. Una parte de mí no puede verlo haciéndolo, pero otra parte…

Jack se levantó, caminó alrededor de la isla y puso sus manos sobre sus hombros.

—Solo quiero volver a escuchar su voz— dijo Deb llorando.

Jack la abrazó y le acarició el pelo. Sus lágrimas empaparon la manga de la camisa de Jack. Deseó poder hacer más por ella. Por todos ellos. Lo único que podría haber ayudado era traer de vuelta a Jessie, y eso no podía suceder.

—Parece que ustedes dos se están llevando bien de nuevo— dijo Sean.

No lo habían oído entrar. Jack soltó su brazo derecho y dio un paso hacia un lado. Deb apoyó la cabeza en su hombro.

La expresión de Sean cambió cuando vio las lágrimas en el rostro de su esposa. —¿Qué le dijiste?

Jack negó con la cabeza.

—No es él— dijo Deb. —Estábamos hablando de Jess.

Sean se acercó y tomó el mando por Jack.

—Los dejaré solos a los dos—. Jack tomó su café y caminó por el lugar hasta que encontró la sala de estar.

Kelly sonrió cuando se acercó. Le recordó a Mia. Sus bocas tenían la misma forma. El hoyuelo era el mismo. Lo heredaron de la madre de Jack. Kelly dio una palmadita en el asiento vacío del sofá junto a ella y le hizo un gesto para que se acercara. Atrevido para una niña de nueve años. Jack se sentó a su lado. Durante veinte minutos hablaron de la escuela y los deportes. Ella había jugado al fútbol desde los tres años y le encantaba mirar fútbol. No tenía un equipo favorito. Simplemente disfrutaba el tiempo con su padre. Él no hundía la cara en su computadora portátil o su teléfono cuando el fútbol estaba en la televisión. Jack trató de hacer que hablara sobre los chicos. Afortunadamente, no lo hizo.

—¿Por qué no has estado aquí antes, tío Jack?

Jack se recostó y pensó en cómo responder a la pregunta. ¿Qué podía decirle? ¿Mi vida es demasiado importante? ¿Demasiado peligrosa? ¿Tu papá, tu mamá y yo tenemos problemas? La miró de reojo. ¿Por qué no había venido a ver a su sobrina? La última vez fue cuando apenas era una niña pequeña. Ninguna de las excusas tenía sentido y no le servirían.

—Porque soy un tonto—, dijo. —Igual que esa loca escena del pato, la vaca y el pez que salía en la tele.

Se rio. La rodeó con el brazo y se inclinó hacia atrás. Su cabecita se apoyó en el costado de Jack.

Sean entró en la habitación. —Deberíamos irnos, Jack.

—¿Cómo está Deb?

—Está bien—. Le hizo un gesto para que se acercara.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

CAPÍTULO 13

León había regresado a su coche cuando el Mercedes se puso en marcha esa mañana. Cuando salió, el sedán dobló una esquina. León llegó a la carretera principal y el Mercedes ya no estaba.

Pensó que volvería tarde o temprano, así que salió del barrio y se estacionó al lado de Suncoast Boulevard, a unos cien metros de la única salida de donde estaba Jack.

Después de una hora, el Mercedes había regresado. Ahora lo vio de nuevo. León levantó sus binoculares y vio a dos hombres en el asiento delantero. Eran los mismos tipos de la noche anterior. El Mercedes se puso en marcha y se alejó de él.

León puso una marcha y se incorporó a Suncoast. Mantuvo una distancia considerable entre él y los dos hombres. Su único trabajo ahora era vigilar a Jack.

CAPÍTULO 14

Aunque Jack no había estado en casa en seis años, todo parecía igual. Árboles, casas, campos, tiendas. Observó el terreno familiar pasar a ochenta kilómetros por hora.

—No ha cambiado mucho por aquí—, dijo.

—Espera a que lleguemos al pueblo—, dijo Sean.

—¿Diferente?

—Un poco—. Sacudió la cabeza. —En realidad, no mucho.

—¿No es lo mismo?

—Semántica.

—Lo que sea—. Jack bajó la ventanilla. El aire de la mañana era fresco, pero húmedo. No importaba la hora del día o de la noche que fuera allí. La humedad era una forma de vida.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos pescar un poco? —, peguntó Sean.

Jack se encogió de hombros. Solían ir todo el tiempo cuando eran niños. Había muchas noches en las que su padre les decía que fueran a pescar su cena. Si volvían a casa con las manos vacías, no comían. Ambos crecieron para ser pescadores expertos. En algún momento, perdió su brillo para Jack. Era algo demasiado lento.

—¿Tienes miedo de que te haga quedar mal? — dijo Sean.

—Sé que lo harás—. Jack vio el río a su derecha. —¿Es eso lo que vamos a hacer?

—No.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—A ver a papá.

Jack no dijo nada.

Entraron al pueblo a cuarenta kilómetros por hora. Jack bajó la ventanilla del todo y apoyó el codo en el alféizar. Pensó que tal vez vería a alguien conocido y podría gritarle. En cambio, vio a unos viejos sentados en mecedoras fuera de la ferretería y tienda general de Jay. Dos ancianas salieron del restaurante del pueblo. Un grupo de niños merodeaba frente al cine.

Nada había cambiado. Los rostros envejecieron, eso era todo.

—¿Dónde está ese lugar en el que dejaste a papá? — preguntó. —No recuerdo que hubiera una residencia de ancianos en el pueblo.

—Al otro lado— dijo Sean. —Pensé que te gustaría ver los lugares de interés primero.

Sean giró a la derecha frente a un coche patrulla del sheriff. Jack no reconoció a la mujer que estaba al volante. Tenía el pelo oscuro, recogido hacia atrás. Unas gafas de sol le cubrían los ojos. Podría haber sido atractiva. No fue un vistazo lo suficientemente largo para que darse cuenta.

Pensó en preguntarle a Sean si la conocía. No lo hizo.

Salieron de la ciudad hacia el sur y condujeron otros diez minutos. La zona solía estar llena

de árboles. Ahora la carretera estaba llena de tiendas y edificios de oficinas. Progreso, dirían algunos. Si había tanta gente hasta aquí, debía haber sido un desastre en Tampa.

Sean giró hacia el estacionamiento medio lleno de un lugar llamado Johnson's Senior Care.

—Es aquí—, dijo, apagando el motor.

Salieron al mismo tiempo. El Mercedes les pitó dos veces. Caminaron hacia la puerta principal, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Jack imaginó que parecían imágenes reflejadas en el canal de seguridad.

Las puertas corredizas automáticas se abrieron para ellos. Jack esperó a que pasara Sean. Se acercó al mostrador y una mujer lo saludó por su nombre.

—¿Y este debe ser tu hermano? — Una mirada fascinada se extendió por su rostro.

—Sí, señora—, dijo. —Jack.

—Un placer conocerlo, señor Noble.

Jack asintió y dijo: —Lo mismo digo.

Bajó la mirada hacia su escritorio y sacó un libro de registro.

—Vaya, a tu papá le gusta hablar de ti. Por supuesto, creo que se refiere a Sean la mitad del tiempo y a él mismo la otra mitad—. Se rio, profunda y estruendosa.

Sean miró a Jack y se encogió de hombros. Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo y caminó en esa dirección.

—Un placer conocerla—, le dijo a la mujer.

Alcanzó a Sean. Se detuvieron frente a la habitación 117. Una pizarra de borrado en seco colgaba de la puerta. Decía "*Noble*" en la parte superior. Alguien había dibujado una cara con el ceño fruncido debajo de su nombre.

—¿Qué significa eso? ¿Está triste?

Sean negó con la cabeza. —Un mal día, eso es todo. Podrían ser muchas cosas. No te preocupes. Las he visto todas—. Respiró profundamente y puso el puño delante de la puerta. —De todos modos, ¿estás listo para esto?

—¿Para qué hay que prepararse? Es papá.

—Muy bien, ahí vamos—. Sean tocó la puerta y la abrió. Pasó y saludó al anciano.

Jack entró después. Se llevó una sorpresa cuando lo vi por primera vez en seis años. Había envejecido al menos veinte años, y ya era viejo para empezar. Su padre había esperado hasta los cuarenta para formar su familia. Su madre era diez años más joven. Hasta que llegó la demencia, no se notaba la diferencia de edad. Eso cambió drásticamente.

Miró a Jack y se quedó paralizado. Sus pobladas cejas se fruncieron, casi cubriéndole los ojos. Extendió un dedo huesudo y le apuntó.

—¿Ese es mi Jackie?

Jack dio un paso adelante. —Hola, papá.

—¿Ya regresaste de la Marina?

Jack se encogió de hombros.

—¿Cómo demonios te las arreglas para salirte con la tuya con ese peinado desaliñado? — sacudió la cabeza. —En mi época te habríamos atado y afeitado la cabeza. Diablos, podría intentar hacer eso ahora mismo.

Apoyó las manos en los brazos de la silla e intentó levantarse. No se movió. Sin embargo, maldijo a más no poder.

—He estado de permiso durante unas semanas. Nunca me dejarían caminar por la base luciendo así.

Asintió y miró hacia otro lado. —¿Se quedarán por aquí un tiempo, chicos? Su madre debería

estar por aquí pronto. Sé que le gustaría verte, Jack.

Jack miró a Sean. Él le dio una sonrisa breve. Siempre algo diferente. Podía verlo en sus ojos.

—No estoy seguro, papá— dijo Jack.

—De hecho, tenemos que irnos en unos minutos, papá. Ha habido un desafortunado accidente.

—Oh, no— dijo su padre.

—Sí— dijo Sean. —Jessie falleció.

Su padre negó con la cabeza. Se llevó la mano a la boca y se mordió un nudillo.

—Lo siento, Jack. Sé que ustedes dos tenían planes de casarse.

—Estoy destrozado por eso, papá.

Le tendió la mano a Jack. Él la tomó. La apretó tan fuerte como pudo. Apenas la sintió. Su padre lo miró. Esos ojos azules que Jack recordaba estaban cubiertos de cataratas lechosas. Se preguntó cómo podía saber que era él quien había entrado. Entendió por qué pensaba que él era quince años más joven.

—Eres un buen chico, Jack. Siempre lo has sido. Pero tienes que trabajar en esos problemas que tienes, la ira y esas cosas, antes de que se apoderen de ti y arruinen tu vida. No quieres terminar solo, sin un alma en el mundo que te ame.

Jack se inclinó y lo besó en la mejilla. Su barba blanca le apuñaló los labios.

—Te amo, papá.

—Y yo a ti también, hijo—. Sonrió y se volvió hacia Sean. —Y a ti también, chico.

Sean le dio una palmadita en el hombro a su padre y se volvió hacia Jack. —Vamos a irnos.

Atravesaron el pasillo hasta la zona de recepción. La enfermera les sonrió al pasar. La luz del sol se filtraba a través de una cúpula de vidrio en el techo. Pasaron por las puertas dobles automáticas y salieron al estacionamiento. Fue como salir de un congelador y entrar en una sauna.

Un Tercel destartalado casi los atropella cuando el conductor se inclinó y comenzó a buscar algo en el piso.

—No hagas nada—, dijo Sean.

Jack extendió sus manos. —Estoy bien.

Después de que se sentaron en el auto de Sean, dijo: —¿Quieres tomar algo?”

No pudo decir que sí lo suficientemente rápido.

CAPÍTULO 15

León siguió hacia el estacionamiento por la parte trasera de las instalaciones. Se detuvo en el otro lado y esperó allí hasta que Jack y el otro hombre se fueron en el Mercedes. Una vez que se fueron, se detuvo en un lugar de estacionamiento junto a la puerta principal.

Se miró en el espejo retrovisor. Se veía horrible. Un día sin ducharse y más de mil kilómetros de manejo le hacen eso a cualquier hombre. Tomó una toallita húmeda y se limpió las manos y la cara. Un ambientador de pino colgaba del espejo. Lo agarró y se lo frotó en la camisa.

Escudriñó el estacionamiento para asegurarse de que los hombres no hubieran regresado. Parecía seguro. Salió y caminó hasta la entrada. Las puertas se abrieron y entró.

La mujer detrás del mostrador de recepción se levantó y dijo: —¿Lo ayudo, señor?

—Sí—, dijo León. —Mi nombre es Roger Carter y escuché que ustedes dirigen el mejor centro de atención para personas mayores al norte de Tampa. Mi padre ha estado viviendo conmigo los últimos cinco años, pero se ha convertido en algo más de lo que puedo manejar, con el fallecimiento reciente de mi esposa—. Se obligó a llorar, algo que había podido hacer desde la escuela secundaria. —Me pregunto si tiene algún material a mano y, tal vez, una enfermera con la que pueda hablar.

—Por supuesto—. Sonrió, se sentó y abrió el cajón a su izquierda.

León miró la hoja de registro en el mostrador.

—Ratas— dijo la mujer. —Tendré que volver para agarrarla. Buscaré a la enfermera mientras estoy allí. Un segundo, ¿de acuerdo?

León dijo: —Claro, tómese su tiempo, señora—. Cruzó las piernas, apoyó un codo en la encimera y se inclinó hacia un lado. Después de que ella desapareció, acercó el registro. La última línea con una entrada tenía Noble escrito tanto en la columna de visitantes como en la de residentes. En el otro lado de la hoja había un montón de garabatos desordenados. No importaba cómo lo mirara, no decía "Jack". León levantó la vista. Esa era la línea de la firma. Entre la firma y el residente, León vio el número 117. Echó un vistazo al encabezado de la columna. Número de habitación. Sacó un bloc de notas de su bolsillo y usó el bolígrafo sobre el escritorio y escribió "Noble" y "Habitación 117".

La mujer salió del pasillo. Agitó algunos folletos en el aire. —Lo tengo. Y también encontré a la enfermera Jenny. Ella puede responder cualquier pregunta que tengas.

León levantó la mano en el aire. Sostenía su teléfono celular. —Acabo de recibir una llamada de la oficina. Será mejor que me vaya. Pero gracias por los folletos.

—Tal vez puedas traer a tu padre un día de esta semana para que eche un vistazo.

—Lo tendré en cuenta—. Tomó los folletos y salió de la instalación. Condujo aproximadamente un kilómetro y medio por la carretera y se detuvo en un centro comercial. Allí, llamó a Vera.

—Está bien, esto es lo que tengo. Jack y el tipo, supongo que es su hermano. Salieron de la casa y atravesaron la ciudad. Terminaron en una residencia de ancianos. Eché un vistazo al registro de invitados. Noble se registró para visitar a Noble.

—¿Entonces una madre o un padre?

—Sí, eso es lo que supongo.

—¿Qué le dijiste a la gente de adentro?

—Que estaba revisando el lugar para mi papá.

—Está bien—, dijo. —Puede que te haga volver allí. Cualquiera que sea el Noble residente puede ser útil para nosotros más tarde.

—Oye, consígueme un viejo negro y estaré bien.

—Pero los perdiste, ¿verdad?

—¿A Jack y el tipo?

Exhaló ruidosamente en el teléfono. —Sí.

—Sí, pero al menos sé dónde terminarán. También regresaron por donde vinieron.

—Bien. ¿Te sientes bien por tu cuenta o un compañero sería de ayuda?

León consideró esto. Dos personas podrían ser mejores que una, pero odiaba trabajar con un compañero. Se interponían en su camino y siempre se convertían en una carga.

—Solo por ahora, pero ten a alguien de guardia.

—Está bien. Llámame esta tarde—. Colgó.

León bajó la ventanilla. El olor a comida rápida inundó el pequeño coche. Miró a su alrededor, vio un Burger King y entró a comer algo.

CAPÍTULO 16

Jack siguió a Sean pasando la puerta de madera abollada hacia el bar poco iluminado. El lugar había cambiado de nombre una docena de veces desde que él era niño. *Lou's, Cal's, Crystal River Pub* y varios más cuyos nombres su mente no podía recordar. Sin embargo, siempre parecía el mismo. Hasta las mesas de billar en la sala de juegos. Cuando eran niños, su padre los llevaba allí para jugar mientras él jugaba unas cuantas rondas con sus amigos.

Conexiones. Buenos momentos.

Sean y Jack tomaron dos taburetes vacíos en el otro extremo del bar. Jack tenía una pared detrás de sí y la puerta frente a él. El espejo que se extendía a lo largo de la barra le permitía controlar las mesas sin mirar en su dirección. Sean no dijo nada. Jack tampoco.

El camarero los miró. Asintió, dejó las tazas que estaba secando y se acercó. Jack reconoció al tipo. Él, como las mesas de billar, había sido un elemento básico en el pub durante treinta años. Y al igual que el fieltro de esas mesas, parecía desgastado.

—Bueno, estaré… Si son los chicos Noble. ¿Qué demonios están haciendo ustedes dos aquí? No veo a su papá por aquí. No me digan que ustedes dos ya tienen edad para beber.

Pasó un minuto antes de que su nombre viniera a la mente de Jack. —¿Cómo estás, Eric?

Se encogió de hombros. —En serio, ¿le pasó algo a tu viejo?

Sean negó con la cabeza. —No, una vieja amiga murió.

Eric asintió. —Escuché lo de Jessie.

Miró a Jack. Había tristeza en su mirada. Sus ojos parecieron caerse. Sus labios se abrieron. Quería decir algo. Jack miró hacia otro lado antes de que pudiera hacerlo.

—De todos modos, ¿qué van a tomar? — dijo Eric.

—Cerveza— dijo Sean.

—Cerveza— dijo Jack.

—Enseguida—. Eric se alejó.

Se escucharon los vasos tintinear, los pies arrastrarse y la máquina de discos se puso en marcha. Una vieja canción de los Stones sonó por los altavoces.

Eric regresó con dos botellas frías, sin tapa. Gotas de agua corrían por las etiquetas.

Jack buscó su billetera.

Las dejó frente a ellos. —No te preocupes por eso.

Jack miró a Sean. Se encogió de hombros. Lo compensarían con la propina. Eric probablemente contaba con eso.

El juego de los Rays estaba en la televisión. La música ahogaba a los comentaristas. No importaba. Lo miraba sin interés. Atrás quedaron los días en que Jack disfrutaba de los deportes. Tal vez volvería a hacerlo después de jubilarse.

Si alguna vez lograba dejar el negocio antes de que lo acabara.

Sean se inclinó y le dio un codazo con el hombro.

—¿Qué? —, dijo Jack.

—Mira quién viene hacia nosotros.

Miró hacia adelante y vio a dos mujeres mayores junto a la barra. Esperaba que no fuera a ellas a quienes se refería. Le dio un codazo y levantó el dedo de la barra y señaló hacia el piso. Jack desvió su mirada hacia la derecha, y vio a dos tipos que conocía de sus días de juventud. Habían ido juntos a la escuela desde el jardín de infantes. Durante esos trece años, nunca se llevaron bien. La mitad de las peleas que tuvo cuando era niño fueron con esos tipos. Lo odiaban. Jack los odiaba. No le sorprendió descubrir que esos sentimientos todavía existían.

Parecían los mismos, solo que mayores y veinte o treinta kilos más pesados. Uno de los chicos era el hermano de Glenn. Glenn era el esposo de Jessie.

—Este debe ser el día del dos por uno—, dijo uno de ellos.

—Sí, dos carretas por el precio de una—, dijo el otro.

Sean dejó caer una pierna al suelo. Su hombro rozó la espalda de Jack mientras se giraba. Jack oyó que su otro zapato golpeaba el piso de madera.

Miró hacia atrás y sacudió la cabeza. —Yo me encargo de esto.

Sean no se movió.

Jack se deslizó del taburete. —Si son Mutt y Jeff.

—Matt y Jed, idiota—, dijo Jed.

Sean se rio. Jack sonrío.

—¿Qué es tan gracioso? — Matt era el hermano pequeño de Glenn. No se parecían en nada.

—Miren—, dijo Jack. —Sé que hay una historia larga entre ustedes dos y yo, pero deben dejarlo atrás. Eso fue hace casi veinte años. Están viviendo en el pasado. Yo he seguido adelante. Ustedes deberían seguir adelante. Quiero decir, tomar su cintura como ejemplo. Ellas han seguido adelante.

—Estás a punto de recibir una paliza, Noble—, dijo Matt.

Palabras como esas eran seguidas por un puñetazo o más palabras duras.

Continuó. —Y luego, cuando terminemos contigo, eliminaremos a tu hermano mariquita.

Jack dejó que sus brazos colgaran sueltos. —Entonces cállate y hazlo.

—¿Qué? —, dijo Matt.

—No vas a hacer nada al respecto. Todo lo que dices es palabrería. Al menos hace veinte años tenías el valor de lanzar un puñetazo. Todos esos años sentado en tu sofá viendo programas de entrevistas te han quitado la testosterona. Vas por ahí intimidando a la gente como solías hacerlo. Solo que ahora no puedes hacer nada más que hablar con dureza—. Matt entrecerró los ojos. El ritmo de su respiración se aceleró. Sus brazos temblaron y sus dedos se crisparon.

Jed lo agarró por los hombros, lo sacudió y dijo: —Noquéalo.

Eso fue todo lo que Jack necesitó para que Matt terminara como si estuviera lanzando el primer lanzamiento. Toda su secuencia fue mal ejecutada. Lanzó un gancho de derecha torpe.

Jack se inclinó hacia atrás y evitó el golpe descuidado. Con su mano derecha, tomó el control de su brazo derecho. Lo hizo girar, agarró la parte de atrás de su cabeza con su izquierda y golpeó su amplia frente contra la nariz del otro tipo. Jed cayó al suelo. Jack clavó su talón en la rodilla derecha de Matt. Se dobló de lado. Mientras caía, golpeó su cara contra el borde de la barra y lo soltó.

Sean apartó a Jack de los dos cuerpos en el suelo. Ambos hombres sangraban, se balanceaban en el lugar y gemían.

—Maldita sea, Jack—, dijo Eric desde el otro lado de la barra. —¿No tuve que prohibirte la

entrada a este lugar por un incidente como este antes?

Jack se encogió de hombros. —Esa vez fue culpa mía. Esta vez la culpa es de este tipo. Me dio un puñetazo.

—Y no hiciste nada para provocarlo, ¿verdad?

Jack levantó las manos, seguro de que Eric no haría nada.

Una mujer salió de la sala de juegos. Llevaba un uniforme de sheriff, unas gafas de sol oscuras sobre la cabeza y el pelo recogido en una coleta apretada. Jack la reconoció de antes, cuando Sean y él atravesaban la ciudad en coche.

Miró a Jack, sacudió la cabeza y siguió hacia el bar.

Sean lo agarró del hombro. —Relájate un segundo, Jack.

—¿Qué ha pasado, Eric?

Eric dijo: —Esos dos idiotas estaban tan borrachos que se cayeron de sus taburetes.

—¿Es eso cierto? — preguntó. —Solo hay dos taburetes en este extremo. Ya no caben más —. Estiró los dos brazos frente al mostrador y se volvió hacia Jack y Sean. Mantuvo los brazos extendidos y extendió los dedos índices. —Y ustedes dos deben haber actuado como buenos samaritanos y haber venido a ayudar. ¿Estoy en lo cierto?

Eric asintió. Luego miró a Sean y a Jack, señaló el otro lado de la habitación y dijo: —Gracias por su ayuda, ahora ustedes dos regresen a sus mesas. El sheriff puede encargarse de esto. Les traeré una nueva ronda de bebidas.

Sean tiró de la camisa de Jack. Jack miró a la agente mientras se alejaban. Ella le guiñó el ojo cuando pasó junto a ella. Encontraron una mesa vacía cerca de la esquina trasera y se sentamos. Jack siguió mirando a la mujer.

—Nunca cambiarás, ¿verdad, Jack? — dijo Sean.

Jack levantó los hombros unos centímetros en el aire. —En mi mundo no tienes otra opción que actuar. Si no lo haces, estás muerto. No puedes evitar problemas como ese. Además, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que me golpeara? Al diablo con eso.

—No tenías que eliminar a Jed y luego golpear la cabeza de Matt contra la barra.

—Sí, lo hice. De lo contrario, todavía estarían buscando problemas. O aparecerían en tu casa más tarde exigiendo que arreglemos cuentas, o cualquier jerga que usen esos tipos.

—Puede que aparezcan de todos modos.

Tenía razón. Si esos dos eran como solían ser, cualquier escenario sería posible.

—Si lo hacen— dijo Jack, —te prometo que rogarán por una paliza como la que acabo de darles.

Sean se inclinó hacia atrás unos centímetros. Miró a Jack sin hablar. Jack no sabía si alguna vez lo había visto hacer una amenaza así. Siempre había tenido sus sospechas sobre lo que hacía. Nunca se lo dijo. Simplemente evitó la pregunta. Tal vez esa última afirmación lo convenció de que su respuesta estándar, “trabajo del gobierno”, era un encubrimiento.

Jack se calmó un poco. —Adrenalina, Sean. Eso es todo.

—Lo que sea— dijo, señalando hacia la barra. —Tenemos una visita en camino.

Las botas de suela gruesa de la mujer golpearon contra el suelo. Caminó lentamente, con confianza. Se detuvo frente a la mesa. Jack no levantó la vista.

—Hola, Sean—, dijo.

Sean asintió y no dijo nada.

—Y hola, Jack—, dijo.

Jack miró a Sean. Él lo miró fijamente por encima de su cabeza. Jack miró a la mujer. —¿Te conozco?

—¿No me recuerdas? — ella fingió estar herida.

—No, no te recuerdo. Y Eric dijo que el Sheriff vendría a encargarse de esto. ¿Dónde está? No veo al Sheriff Woodard allí.

—Soy el Sheriff Woodard, Jack.

Jack se dio la vuelta en su asiento y la miré de nuevo. —El Sheriff Woodard tenía una hija. Yo solía cuidar a su hija. Tú no eres ella. Era delgada como un palo, con dientes salientes y cubierta de pecas.

La mujer sonrió. Sus dientes eran perfectos. Su cuerpo también. —Algunas de las pecas todavía están allí. Sólo que son demasiado tenues aquí para notarlo.

—¿April? —, dijo Jack.

—Hola, Jack.

—¿Ahora eres el sheriff? ¿Qué le pasó a tu padre?

—Un ataque al corazón.

—Lo siento.

—Se lo provocó él mismo. El médico le advirtió que el quinto sería el último. Y así fue.

—Vaya, lo siento mucho.

—No lo sientas, ya está bien, lo está tomando con calma.

Sean se deslizó fuera de la cabina. —¿Por qué no te sientas, April? Ponte al día con Jack. Voy a buscar algo de beber.

—Agua para mí— dijo mientras ocupaba su asiento, sonriendo. —Te ves bien, Jack.

—Lo intento —dijo Jack, todavía un poco aturdido por el hecho de que la pequeña niña torpe que conoció hace veinte años se sentara frente a él como una mujer completamente desarrollada. —Te ves... genial.

—El tiempo puede hacer eso.

Pensó en la última vez que había visto a April. Todavía era una niña y él todavía no se había ido a los Marines. Recordó haberla llevado al cine una semana antes de irse al entrenamiento de reclutas en Parris Island. Él tenía dieciocho años, ella ocho.

Escuchó a Matt o Jed decir algo. La voz de Sean subió un poco. Miró al otro lado de la barra. Sean estaba de pie en un extremo. Jed y Matt estaban junto a la puerta principal. Ambos lo miraron y señalaron.

—Esto no ha terminado, Noble—, dijo Jed.

April se levantó, puso la mano en la culata de su pistola y caminó hacia ellos. Sus pasos ya no eran lentos ni cautelosos. Ella dijo: —Sí, ha terminado. Ahora ustedes dos salgan de aquí antes de que los meta en la cárcel, borrachos.

Los hombres la miraron con enojo, luego a Jack, luego a Sean, y luego se fueron.

April regresó a la mesa. Exhaló ruidosamente y sacudió la cabeza.

—Lo siento por eso—, dijo Jack.

Ella se encogió de hombros. —Esos tipos son mi mayor dolor de cabeza. Rezo todas las noches para que me den una razón para encerrarlos para siempre.

—¿Qué pasa con el hermano de Matt, Glenn? —, dijo Jack.

April miró hacia la barra, actuó como si no hubiera escuchado a Jack.

—¿April?

—Sé a dónde quieres llegar con esto, Jack.

—¿Estás a cargo de la investigación de la muerte de Jessie?

Ella asintió. La mirada que le dio le dijo que parara. No lo hizo.

—¿Qué piensas?

—No puedo decirlo.

—Me voy en un día o dos. Puedes decírmelo.

—No, Jack, no puedo. No estoy preparada para esto. No tenemos el personal para esto. Mi padre habría manejado una investigación como ésta solo. Pero él ya no está en el departamento, así que todo depende de mí.

—¿Te comunicaste con él para pedirle ayuda?

—No, no puedo hacerle eso. Podría acabar con él. Se supone que tengo un detective de la ciudad en camino, pero hasta ahora, nada.

Algo en la forma en que habló llevó a Jack a creer que no creía que el caso fuera tan claro como un suicidio. Sacó una pajita de su envoltorio y la tiró a un lado. Empezando por un extremo, rasgó el envoltorio por la mitad. Miró a Jack y él recordó esa mirada. Estaba asustada.

—Hay más, ¿no? — dijo. —Crees que fue asesinada.

Ella no dijo nada.

—Está bien, lo entiendo. Mira, si necesitas a alguien con quien hablar sobre esto, soy todo oídos. Tengo algo de experiencia investigando.

—¿Algo como esto?

—Bastante parecido.

Ella asintió, dio una palmada en la mesa y se levantó. —Debería irme de aquí—. Dio un paso hacia atrás, se detuvo, se dio vuelta y le tendió su tarjeta a Jack. —Llámame esta noche y discutiremos el caso.

Jack tomó su tarjeta. Estaba impresa en papel grueso y áspero. Ella no la soltó.

—Ese es mi celular. Puedes contactarme en cualquier momento, por cualquier razón. Si esos tipos vienen a molestarte, avísame.

Jack asintió. Ella soltó la tarjeta. Sus pasos resonaron en el piso hasta que llegó a la puerta. Salió sin mirar atrás.

Jack no podía escapar de la sensación de que cuando la llamara para hablar sobre la investigación, las cosas iban a cambiar. Y no para bien.

Se deslizó hacia la mesa. Sean regresó, puso una cerveza frente a Jack y luego se sentó en el lado opuesto.

—¿A dónde se fue? —, preguntó.

—A la izquierda.

—¿Estás bien?

—Sí. Recuerdos y todo eso.

Sean lo dejó con sus pensamientos. Jack dejó que la música y la cerveza los ahogaran. Quince minutos después se levantaron. Cada uno dejó un billete de veinte sobre la mesa. Cruzaron la barra y salieron al aire húmedo de la tarde.

—No entiendo cómo vives así— dijo Jack.

Sean se rio. —Vamos, lo hiciste durante casi veinte…

Jack esperó a que continuara. No lo hizo.

—¿Qué pasa?

—Mira eso.

Jack levantó la vista de la acera. Alguien había destrozado su coche. En el parabrisas habían escrito:” Muerte a los Nobles”.

Se acercamos al Mercedes con cautela. Jack se detuvo a un par de metros de la ventana, se inclinó y puso las manos sobre las rodillas.

—Eso no es pintura, Sean.

—¿Qué? — se puso de pie junto a Jack. —¿Qué es entonces?
—Sangre.

CAPÍTULO 17

—Dios, eso es asqueroso.

El agua de la manguera se mezcló con la sangre apelmazada en el parabrisas. Los líquidos se combinaron formando un río rojo que corría por el cristal, se desviaba hacia un lado y caía al suelo, donde se formaba un charco. Una vez que el parabrisas estuvo limpio, dirigió el chorro hacia el charco de sangre y lo forzó hacia el desagüe.

—Al menos no es nuestra— dijo Jack.

—Podría haberlo sido— dijo. —¿Así es como actúas todo el tiempo?

Aparentemente, limpiar la sangre de su coche desató la ira de Sean y su instinto de hermano mayor.

—No— dijo. —Solo la mayor parte del tiempo.

Sacudió la cabeza y siguió empujando el charco de agua roja tenue lejos de su coche.

Jack caminó hacia la carretera. Eran poco más de las doce en punto. La hora pico del almuerzo había comenzado. Todos acudían en masa a uno de los cuatro lugares para comer dentro de los límites de la ciudad. Esos eran los que solían haber, al menos hace años. Tal vez había más ahora. Si realmente quisiera saberlo, le preguntaría a Sean. Resulta que no lo hizo.

Vio el mismo Tercel destartalado de la residencia de ancianos estacionado al otro lado de la calle en el estacionamiento de Burger King. Estaba frente a Jack. No tenía placa delantera. Lo descartó como una coincidencia. Después de todo, si hubiera estado más atento, probablemente habría reconocido la mitad de los autos en el estacionamiento de la instalación.

Se dio la vuelta y caminó hacia el área donde Sean ahora secaba su auto con las toallas baratas que había comprado en una máquina que funcionaba con monedas. Pasó los paños azules de un lado a otro por la ventana, luego por el capó y finalmente por el parachoques.

Había sudado bastante. Como resultado, se quitó la camisa. Afortunadamente, llevaba una camiseta blanca de tirantes como camiseta interior.

Jack se acercó a él y se detuvo frente al Mercedes. —¿Ya terminaste?

Él asintió, no dijo nada.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Miró hacia arriba. —¿Quieres llevar a Kelly a pescar?

—Claro, ¿por qué no?

El viaje de regreso a su casa duró quince minutos. No dijeron ni una palabra durante ese tiempo.

Encontraron a Kelly en el sofá jugando un videojuego. Aceptó la idea de pasar parte del día en el agua. Sean fue a buscar a su esposa. Kelly pasó los siguientes cinco minutos contándole a Jack sobre todos los manatíes que habitaban el agua cercana. Él supuso que pensaba que él había crecido en otro lugar. Pero Jack sabía todos los datos que ella presentó. La dejó hablar de todos

modos. Le contó todo lo que sabía sobre las criaturas. Resultó ser mucho. Jack aprendió algunas cosas nuevas.

Después de un poco de persuasión, Deb decidió acompañarlos, aunque se aseguró de decirle a Jack que no era muy buena pescadora en estos días. Se subieron a su camioneta. Su bote estaba atracado a unos pocos kilómetros de distancia y fue un viaje rápido. Después de estacionar, Jack tomó una hielera de la parte trasera. Estaba llena de refrescos, cerveza y sándwiches. Todo lo que necesitaban para un día en el agua.

Deb y Kelly se sentaron en la parte trasera mientras Sean ponía en marcha la embarcación de nueve metros. Jack se sentó a su lado. Se alejaron, navegando lentamente hacia el río.

El sol de las dos de la tarde caía sobre ellos desde todos los ángulos. No había forma de escapar. Deb le arrojó a Jack un tubo de protector solar SPF 70 y le dijo que se lo pusiera.

Lo hizo.

No importaba. El sol le seguía pegando.

Sean encontró una bonita cala para que pescaran un poco. Pescó más que Jack. Jack se las arregló para empatar a Kelly con dos lubinas.

Se alejaron del lugar y se detuvieron a noventa metros de un agujero de manatí.

Sean saltó por la borda. Kelly lo siguió.

Deb dijo: —¿Vamos?

Jack dijo: —Seguro.

Saltaron juntos y nadaron para encontrarse con los otros dos.

El agua tenía unos cinco metros de profundidad y era lo suficientemente clara como para que se pudiera ver el fondo. Jack vio manatíes del tamaño de Buicks deslizándose debajo de ellos. Sus cicatrices eran visibles a través del agua cristalina. Años de barcos navegando demasiado rápido, cortando y dejando cicatrices en las gentiles bestias, habían pasado factura. Su padre había estado muy involucrado en la promulgación de regulaciones para reducir las muertes innecesarias causadas por navegantes descuidados.

No había pensado en eso en años. Le resultaba difícil creer que a él tampoco le hubiera importado.

Se acercaron a la orilla. Unos pocos manatíes los siguieron. Nadaban lentamente, lo que les permitía muchas oportunidades de extender la mano y tocarlos. Cada vez que una mano tocaba su piel, disminuían la velocidad. Jack imaginó que lo disfrutaban.

Kelly sonrió, se rio, chapoteó y jugó. Deb parecía feliz por primera vez desde que Jack la vio esa mañana. Sean parecía relajado.

Había olvidado lo embriagador que podía ser un día en el agua en casa. El estrés se fue más rápido que el sudor inducido por la humedad.

Después de una hora, regresaron al barco y se dirigieron hacia el muelle. El sol estaba más bajo en el cielo ahora, sobre el golfo.

—Será una gran puesta de sol—, dijo Deb. —Qué lástima que no sea hasta las ocho y media o las nueve—. Jack encontró su celular y miró la hora. Eran las seis de la tarde. El tiempo había volado.

Llegaron al muelle y bajaron tres de ellos. Sean se puso a ordenar y se unió a ellos cinco minutos después. Todos se amontonaron en la camioneta. El viaje a casa fue rápido.

Sin embargo, el tiempo se hizo más lento cuando entraron en el camino de entrada.

CAPÍTULO 18

Había tres coches patrulla. Uno en la entrada y dos en la calle. April se paró frente a la casa. Corrió hacia ellos, se detuvo y le hizo señas a Sean para que avanzara. Los neumáticos chirriaron cuando entró a toda velocidad en la entrada. April le indicó que se detuviera a un lado.

La puerta principal de la casa estaba abierta. La ventana de la izquierda estaba destrozada.

—¿Qué está pasando? —, preguntó Deb. Había abierto la puerta y estaba a medio salir de la camioneta antes de que Sean pusiera el coche en modo de estacionamiento.

Sean saltó y corrió a su lado. Ambos rodearon a April y la bombardearon con preguntas. La mujer no pudo completar una frase antes de que le hicieran cinco más.

—Quédate aquí un rato, ¿de acuerdo, niña? —, le dijo Jack a Kelly.

Ella forzó una sonrisa y asintió. Sin embargo, no podía ocultar la preocupación en sus ojos.

Jack saltó y caminó hacia April. Ella ya había dirigido a Sean y Deb hacia la puerta principal, donde uno de sus ayudantes se ocupaba de la pareja.

—Pensé que querías que te llamara primero—, dijo Jack.

Frunció los labios y negó con la cabeza. —Uno de los vecinos estaba caminando y escuchó un vidrio rompiéndose. Corrió a casa, trajo a su esposo y ambos regresaron a tiempo para ver a un tipo que huía de la casa.

—¿Lo vieron bien?

—Solo desde atrás.

—¿Y?

—Sombrero, chaqueta, jeans. El equipo perfecto para un caluroso día de verano en Florida, ¿eh?

Jack no dijo nada.

—Le gritaron, pero no paró. Eso es lo que me dijeron. No fue hasta que regresaron a casa que nos llamaron.

—¿Qué falta?

April respiró profundamente y exhaló. —Nada que pueda decir. Necesitaremos que tu hermano y su esposa lo confirmen, por supuesto. El tipo revisó el correo, lo dejó esparcido por todas partes. En los dormitorios, sacó el equipaje—. Rompiste el espejo retrovisor del Mercedes de tu hermano— señaló el coche de Sean.

Jack no se había dado cuenta del daño. Se pregunté si Sean lo había notado. Parecía más preocupado por la casa.

Arqueó una ceja. —Todo tipo de cosas empiezan a pasar cuando Jack Noble llega a casa, ¿eh?

—A cualquier lugar al que voy, al parecer.

Con la luz, distinguió algunas pecas en sus mejillas y su nariz. Sus ojos eran del mismo azul cristalino que habían sido cuando era niña. Sus dientes ahora eran perfectos. Su cuerpo se había llenado en los lugares correctos. Estaba suave donde necesitaba estarlo, y firme y tonificada en el resto.

—Necesito llevarlos a un hotel para pasar la noche— dijo. —¿Quieres quedarte por aquí y nos vemos en una hora más o menos? — Hizo una pausa. —Podemos recorrer la casa juntos y luego revisar el expediente de Jessie.

—Me parece bien.

Jack se quedó atrás mientras ella le ordenaba a Sean y a su familia que reunieran algunas pertenencias y la encontraran frente a la casa. Diez minutos después, Sean y su familia aparecieron. Parecían asustados, frustrados, enojados. Jack podía identificarse con la emoción de la ira.

Sean pasó a su lado y asintió. No cuestionó lo que estaba haciendo ni por qué no iba con ellos. Tal vez pensó que llegaría en otro auto, que aparecería más tarde, algo así. Al final, lo averiguaría una vez que sus emociones se calmaran.

Salieron del camino de entrada y tomaron la carretera hacia Suncoast. El auto desapareció de la vista.

Jack entró. Uno de los agentes era un chico con el que jugaba al fútbol. No podía recordar su nombre. Él no tenía el mismo problema.

—Hola, Jack—, dijo. —Escuché que estabas en la ciudad.

—Hola, hombre—, dijo. Siempre funcionaba. —Vine al funeral de Jessie.

Él asintió. —Esa es una pregunta difícil, ¿eh? ¿Ustedes dos todavía eran cercanos?

—No hemos hablado en más de diez años. Para algunas personas, eso no importa.

—Supongo que no—. Se dio la vuelta, se detuvo y miró a Jack. —Ten cuidado con lo que tocas. El jefe podría querer quitar el polvo más tarde.

Ignoró su consejo, cogió el teléfono y pulsó el botón de remarcación. Si quien lo hizo era estúpido, podría haber usado el teléfono. Respondió un servicio de contestador de la empresa de Sean. Dejó el teléfono en la base y fue a la cocina.

No parecía haber nada desordenado en la habitación. Ollas y sartenes colgaban de un estante sobre la estufa. Todos los pequeños electrodomésticos estaban en el mismo lugar en el que los habían dejado. Abrió el frigorífico y tampoco parecía haber nada fuera de lugar. Abrió el congelador y se quedó de pie frente a él durante un minuto.

Algo en la cocina no lo dejaba ir. Pasó un minuto mirando el fregadero. Nada le llamó la atención. Fuera lo que fuera lo que le causaba esa sensación, no podía identificarlo.

Subió corriendo las escaleras y revisó su habitación. La cama estaba deshecha. Las sábanas estaban tiradas en un rincón. La puerta del armario estaba abierta. Dentro, todo lo que había estado en un estante o en una percha ahora estaba esparcido por el suelo.

Pero no parecía faltar nada.

Salió de la habitación y entró en la de Sean y Deb. Estaba aún más desordenada. Los cajones de la cómoda estaban en el suelo, boca abajo. Había ropa por todas partes. Abrió su joyero. Estaba lleno de collares, pendientes y anillos. Diamantes, oro, piedras preciosas. Nada de eso se lo llevaron. Sean tenía un par de miles en efectivo en su mesita de noche.

¿Por qué tomarse tantas molestias y no llevarse nada?

La única respuesta que se le ocurrió fue que no querían llevarse *nada*. Solo una cosa.

¿En qué se había metido Sean?

Si lo analizaba con sinceridad, Sean y Jack sabían poco el uno del otro. Hablaban una vez al año como mucho. Él podría haber estado involucrado en cualquier cantidad de actividades, legales o no, y Jack no tendría ni idea. Conocía a algunas personas que podrían decírselo. Pero no quería que nadie supiera que estaba en Florida, mucho menos en Estados Unidos.

Salió de su habitación y echó un vistazo a la de Kelly. No habían tocado nada allí. Al menos, quienquiera que hubiera entrado tenía algún sentido de código moral.

En total, había matado unos veinticinco minutos revisando la casa. Salió y se sentó en el porche. El sol se escondía detrás de la casa, sombreando el césped y la entrada. Había refrescado un poco, pero no había brisa y la humedad seguía siendo mortal.

Pasaron otros quince minutos antes de que April se detuviera en su coche patrulla. Ella salió. Jack se levantó y caminó hacia ella. Se encontraron a mitad de camino.

—¿Están bien? — preguntó Jack.

—Tan bien como podría esperarse, supongo—, dijo.

Asintió, no dijo nada.

—¿La revisaste?

—Sí.

—¿Qué piensas?

— Alguien estaba buscando algo, pero solo una cosa.

Ella asintió.

—La pregunta es, ¿lo encontraron?

—Es difícil de decir.

—¿Lo encontraron?

Se miraron el uno al otro por un minuto.

—Escucha, Jack, no estoy tratando de señalar con el dedo ni nada, pero he escuchado rumores.

—¿Rumores?

—Sobre ti.

—¿Y sobre mí?

—Las cosas que haces.

—¿Cuáles son?

Ella suspiró y se dio la vuelta. —Vamos, sígueme.

Entraron. Ella despidió a los dos hombres que estaban allí. Jack todavía no recordaba el nombre del chico con el que jugaba al fútbol.

Él dijo: —Nos vemos, Jack.

—Sí— dijo sin mirarlo a los ojos. Jack siguió hacia la sala de estar. Sean tenía un sofá de cuero desgastado, ancho y profundo. Se dejó caer en él.

April cerró la puerta y se unió a Jack. Se sentó en una silla más contemporánea frente a él.

Se miraron el uno al otro. Ninguno de los dos habló. Se volvió incómodo. ¿Estaba esperando a que le contara todo sobre su vida?

Estaba a punto de levantarse e ir a la cocina cuando ella rompió el silencio.

—¿Trabajaste alguna vez para la CIA, Jack?

Él se encogió de hombros y no dijo nada.

—No me desestimes.

—Hay muchas cosas que he hecho de las que no puedo hablar, April. Simplemente funciona así. Nunca trabajé para la CIA, aunque puede que me hayan prestado o no una o dos veces—. Hizo una pausa. —O tres.

Ella pareció aceptar la respuesta por lo que era. Una admisión de culpa sin admitir que era culpable.

—¿Y qué hay de una agencia gubernamental secreta?

—No tengo libertad para hablar de la existencia o no de ninguna agencia gubernamental secreta—. Sonrió para desviarla un poco.

—¿Has trabajado como asesino?

—¿Por qué poner etiquetas a cosas así?

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Jack se levantó. —Mira, April, estás perdiendo el tiempo. Quien haya hecho esto, no lo hizo por mí. Nadie sabe que estoy aquí ahora mismo. Volé desde Inglaterra en un jet. Aterricé en una base de la Fuerza Aérea. Sin aduanas, pasaportes, escáneres de computadora ni nada de eso.

Suspiró y se dejó caer en su asiento. —Bien, entonces, ¿quién hizo esto?

—¿Qué sabes de mi hermano?

—¿Sean? Es muy conocido, muy querido. Su bufete de abogados está despegando. Hace mucho en la comunidad.

No interpretó su pregunta de la manera que pensó que lo haría. Jack se preguntó si realmente ponía el corazón en el trabajo o si lo había hecho para conseguir que su padre renunciara.

—Déjame que te lo repita— dijo. —Has oído algo sobre Sean…?

—No, Jack. No hables de eso. Está limpio, créeme.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se levantó y pasó a su lado, en dirección a la cocina.

Jack se levantó y la siguió. —No me respondiste.

—Lo sé porque ya le pregunté.

April se había absuelto. Tal vez estaba hecha para su tipo de trabajo.

Tomaron asiento en la isla de la cocina. La sensación de que había algo allí volvió. Miró alrededor de la habitación, buscando algo. No lo encontró. Sus dedos rebotaban nerviosamente contra la encimera de granito.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—¿Qué?

Puso su mano sobre la de Jack. Sus dedos se calmaron.

—Eres un desastre— dijo.

—Hay algo en esta habitación— dijo. —No puedo quitarme la sensación de que me estoy perdiendo algo. He aprendido a confiar en esa sensación. Siempre es correcta.

—¿Siempre? — arqueó una ceja curiosa.

—Hay algo aquí y allá.

Apretó su mano y luego se deslizó del taburete. Para un día de vigilancia, olía bien. Caminó detrás de Jack, rodeó la isla y se dirigió hacia el refrigerador. Su cabeza y sus ojos nunca dejaron de moverse. Dudaba que encontrara algo. Por otra parte, no haría daño que mirara.

—Me pregunto por qué no tocaron nada aquí—, dijo.

—Yo también. Destrozaron todo lo demás. ¿Qué tiene de especial la cocina? Es como si supieran que lo que estaban buscando no estaría aquí.

Dejó que la puerta del congelador se cerrara. Creó una ráfaga de viento que le arrancó el pelo de los hombros por un segundo. Se volvió hacia mí. Su nariz y sus mejillas estaban rojas por el aire frío. Sonrió, pero él miró más allá de eso.

Vio lo que había estado buscando.

CAPÍTULO 19

—Hazte a un lado— dijo Jack.

Su sonrisa se desvaneció. Entrecerró los ojos y dijo: —¿Qué?

—Hazlo—, dijo.

April dio un paso a la derecha y se dio la vuelta a medias. —¿Qué pasa?

Jack saltó del taburete. Estaban hombro con hombro frente al refrigerador. Había docenas de imanes en la puerta. No le había parecido extraño antes, aunque, hasta donde él sabía, no se podían pegar al acero inoxidable. En el medio de la puerta había un montón de poesía, palabras y frases magnéticas. La mayoría estaban esparcidas en mensajes desordenados y sin sentido. Otras decían cosas cursis como: —Todo mi amor te pertenece.

Jack señaló la frase en el centro de todo. Había un espacio de al menos cinco centímetros en todos los lados que separaba el grupo de palabras del resto de los imanes. Parecía deliberado.

April lo leyó en voz alta. —Retírate, sal.

—Y míralo de cerca. ¿Ves cómo está manchado ese blanco?

—¿Un poco más oscuro que los demás?

—¿Un poco rojo?

Se quedaron de pie, con los brazos apretados el uno contra el otro. Ella miró a Jack. Él sintió su aliento en su cara.

—¿Eso es sangre? —, preguntó.

—¿Tienes algo para analizar? —, preguntó Jack.

Se encogió de hombros. —Somos un departamento pequeño, Jack. No tenemos nada sofisticado.

Jack se puso la mano en la cara y se frotó hasta la barbilla. Alguien tenía que poder ayudar. Era una hora en coche hasta Tampa. Uno de sus agentes podría llegar en treinta o cuarenta minutos.

—Coge una cámara y una bolsa de pruebas—, dijo Jack. —Podemos hacer que uno de tus hombres lo lleve a la ciudad.

—Está bien.

—Tienes algunos contactos allí, ¿verdad?

Asintió mientras sacaba su teléfono móvil y llamaba a uno de los agentes. Se alejó de Jack y le contó los detalles.

Él siguió mirando el mensaje. Tenía una buena idea de quién lo había dejado y por qué. Lo que no entendía era por qué no lo buscaban y se ocupaban de él. ¿Por qué tenían que meter a Sean y a su familia en esto? Estos tipos lo conocían hace veinte años. Pero no tenían idea de con quién se estaban metiendo ahora. Podría convertir sus vidas en un infierno.

Y lo haría.

Necesitaba un coche y tenía que deshacerse de April para poder poner fin a esto.

Fue a la sala de estar. April estaba en el vestíbulo. La puerta principal se abrió. Saludó a su ayudante y juntos entraron en la cocina. Jack los siguió. No conocía a ese hombre. Tomó varias fotografías del refrigerador, se puso un par de guantes de látex azules y colocó los imanes de poesía en una bolsa de pruebas.

April dijo: —Haz que lo analicen primero para ver si hay sangre, luego ADN.

El tipo asintió y dijo: —Sí, señora—, y se fue.

April lo siguió hasta la puerta principal. Jack esperó en la sala de estar. Después de que su ayudante se fue, se unió a Jack.

—Supongo que esperaremos—, dijo.

—Deberías irte a casa— dijo Jack.

—No puedo dejarte aquí.

—¿Por qué no?

Hizo un gesto con la mano—. ¿Y si vuelven?

—Soy un niño grande. Puedo manejarlo. Vete a casa, April.

Dio unos pasos hacia atrás. Ya sea que lo hiciera a propósito o inconscientemente, le bloqueó el paso hacia la puerta principal.

—¿Por qué actúas así, Jack?

—¿Cómo?

—Como si fueras a hacer algo.

—Probablemente sea mejor que no hagas una pregunta así.

Dudó antes de responder. Jack pudo verla luchando con la elección. Irse o tratar de detenerlo. Le lanzó una bola curva.

—Me voy contigo— dijo.

—¿A dónde?

—Ya sabes a dónde. A buscar a esos dos idiotas del bar.

Jack No había considerado esta opción. Tenía sentido. Ella podía evitar que hiciera algo estúpido, o podía encubrir cualquier estupidez que hiciera.

—¿Sabes dónde viven? — preguntó Jack.

Ella arqueó las cejas un centímetro y asintió. —He estado allí varias veces.

La siguió afuera. El sol se había puesto. Estaba oscuro y húmedo. Los grillos y las cigarras competían por su atención. Un insecto acuático del ancho de una pelota de golf patinó por el camino de entrada. A medio camino de su coche patrulla, Jack comenzó a sudar y empezó a añorar Londres.

Encendió el motor y puso el aire acondicionado a todo antes de cerrar la puerta. Jack miró furtivamente en su dirección. Respiró profundamente varias veces. Sus manos se apretaron con los nudillos blancos en el volante. April susurró algo. Jack no tenía idea de lo que dijo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —, preguntó Jack.

—Sí—, dijo.

—Puedes dejarme y darme instrucciones. Nadie lo sabrá. Seguro que no lo diré.

—No te voy a dejar ahí solo. Casi los matas en el bar y eso tomó un par de segundos. Probablemente llegaría a su casa en medio de la noche y encontraría sus cabezas en estacas.

Irónico, considerando dónde había estado solo unos días atrás.

—Además, estos tipos están armados hasta los dientes. No harán nada si estoy allí.

Salió marcha atrás del camino de entrada, puso la transmisión en marcha y aceleró el motor.

Volaron por la curva de la carretera. Jack vio una tortuga a un lado. Ella pisó los frenos en la señal de pare. El caucho quemado se filtró por las rejillas de ventilación. Jack bajó la ventanilla una vez que comenzaron a moverse en un esfuerzo por disipar el olor.

—¿Qué tan lejos está el lugar? — preguntó.

—Al otro lado de la ciudad.

Quería preguntarle sobre Jessie. A pesar de estar en la ciudad por un día, no sabía nada más que estaba muerta y sospechaban que había sido un suicidio. Su conversación anterior lo llevó a creer que April dudaba de eso. Intentó sacarlo a colación un par de veces, pero no pudo encontrar el ángulo.

April le dio uno.

—Ella vivía en ese vecindario.

Jack siguió su mirada hacia la comunidad de casas estilo rancho de ladrillo. Los techos eran todos de poca inclinación. Los jardines tenían palmeras y muchas flores y césped bien cuidado.

—¿Niños? —, preguntó.

—Dos—, dijo. —Un niño y una niña.

—Pasa por allí—, dijo.

April pisó el freno y giró bruscamente a la izquierda hacia el vecindario. Los niños que jugaban al fútbol en la calle tomaron las aceras. April disminuyó la velocidad y señaló una casa de ladrillo pintada de amarillo claro o blanquecino. Estaba demasiado oscuro para saberlo con seguridad. El auto se detuvo a unos pocos metros de la entrada.

Una cinta policial amarilla cubría el porche delantero y la puerta.

—¿Cómo murió? Quiero decir, sé que se está considerando un suicidio, pero ¿cómo?

—Un disparo.

—¿Parecía autoinfligido en tu opinión?

—Jack, soy una aficionada en lo que se refiere a estas cosas. Nunca he investigado un suicidio, mucho menos un asesinato. Me han prometido un detective de la ciudad, pero aún no ha aparecido.

Jack extendió la mano y la puso sobre su antebrazo. —Está bien. No te estoy interrogando, solo te hago un par de preguntas.

Respiró profundamente. Su mirada dejó el frente de la casa y lo miró fijamente.

—No me parece correcto— dijo. —La posición de su cuerpo, su mano en el arma, la sangre en la pared... nada de eso parece correcto.

—¿Has enviado las fotos al departamento de homicidios de Tampa?

Sacudió la cabeza. —Están todas en la morgue. De todos modos, he pasado un tiempo en línea, investigando. Hasta ahora, la sensación en mi interior parece correcta. Supongo que el detective me hará saber si estoy equivocada.

—¿Podemos entrar?

—La llave está en la guantera.

Jack alcanzó el pestillo. No se abrió.

Sacó las llaves del encendido, buscó un segundo y se las entregó con una llave pequeña apuntando hacia arriba. Jack la insertó en la cerradura y abrió la guantera.

—Toma también la linterna—, dijo.

Tomó la llave de la casa de Jessie y la linterna grande de acero inoxidable. —¿Tienes guantes?

—En el maletero.

Ambos salieron. El viento había aumentado. Soplaba aire fresco y salado desde el golfo. Se

sentía bien y hacía que la humedad fuera un poco más soportable.

Jack se encontró con April en el maletero. Lo abrió y tomó una caja de guantes.

Se volvió hacia Jack y dijo: —¿Necesitas un arma?

—Estoy bien—. No le importó cómo se lo tomó. Estaba armado. Si lo sabía, no hizo nada para detenerlo.

Caminaron por el camino de la entrada y cruzaron la pasarela pavimentada hasta el porche. Ella se agachó debajo de la cinta amarilla. Jack la siguió de cerca. Ella cortó la cinta de la puerta. Cayó en dos hebras de igual longitud a lo largo del marco.

—La reemplazaremos antes de irnos—, dijo.

Jack escuchó voces detrás de ellos. Miró hacia atrás y vio a una pareja sentada en su porche. Las brasas anaranjadas al final de un cigarrillo brillaban en la oscuridad. Le sorprendió no haber percibido el olor.

La puerta se abrió con un clic. April lo miró. —¿Listo?

Jack se encogió de hombros. —Supongo que sí.

Encendió la luz y entró en la casa oscura. Nada podría haberlo preparado para lo que encontró.

CAPÍTULO 20

León Barber se quedó parado en el arcén de tierra y grava de Suncoast. Podía ver el coche de policía y la parte delantera de la casa. El coche patrulla se había detenido junto a la acera y se había estacionado. Jack y la mujer habían permanecido dentro durante un minuto antes de salir. Se encontraron en la parte trasera del coche. Ella había metido la mano en el maletero. León no sabía para qué. Jack metió la mano detrás de la espalda y tiró de algo.

Su arma, supuso León.

Caminaron por el camino de la entrada. Perdió contacto visual con ellos cuando se agacharon bajo el porche oscuro.

León contó hacia atrás desde cincuenta, lentamente. Cuando llegó a cero, miró por los espejos y luego atravesó la carretera de dos carriles. La grava caía sobre el tren de aterrizaje del Tercel. La parte trasera del coche compacto patinó. Soltó el acelerador y recuperó el control en el asfalto. Cuando pasó la primera casa del barrio, conducía a una velocidad constante de treinta kilómetros por hora. Redujo la velocidad y pasó al coche patrulla. Giró la cabeza hacia la casa y buscó a Jack, pero no lo vio. El porche estaba cubierto con cinta policial. La puerta de la casa estaba cerrada. O habían entrado o habían dado la vuelta.

Disminuyó un poco más la velocidad. El Tercel avanzó lentamente. Dos tiras de cinta policial amarilla colgaban del marco de la puerta, a un metro de cada lado.

Habían entrado.

León continuó otros metros por la carretera, hizo un giro de tres puntos y aparcó a unos treinta metros de la casa. Estudió la maraña de asfalto, hierba y revestimiento que tenía delante. El cielo se oscurecía a cada segundo y el último destello de luz roja sobre el golfo se desvaneció.

Sacó su teléfono móvil y llamó a Vera.

—Está en una casa con una policía—, dijo León.

—Está bien—. No parecía que la información la sorprendiera.

—¿Quieres que me acerque?

—No—, dijo ella. —Quédate ahí.

León colgó el teléfono y lo arrojó al asiento del pasajero. Saltó dos veces y se detuvo junto a la puerta. Estaba cansado de estar sentado sin hacer nada. Era todo lo que había hecho hasta ese momento. Tenían gente para eso. Él no era uno de ellos. Su trabajo siempre había sido entrar y atacar rápido y con fuerza. Sentarse en los estacionamientos esperando el visto bueno era para los oficinistas. Y como él había estado allí todo el tiempo, tal vez ni siquiera fuera su visto bueno.

No soportaba que jugaran con él. Vera lo estaba molestando. Tal vez pudiera evitar que sacara a Jack, pero no podía mantenerlo encerrado en un auto durante una semana. Dio una palmada en el volante.

—Al diablo con esto.

Se inclinó sobre el asiento del pasajero, abrió la guantera y sacó su Glock 17. Había decidido ver qué estaba tramando Jack Noble y cómo reaccionaría el hombre cuando se enfrentara al señor Nueve milímetros.

León alcanzó la manija de la puerta y empujó su hombro contra la ventana. Se detuvo antes de poner un pie en el suelo.

Si actuaba de forma incorrecta, se volvería en su contra. Tal vez no hoy, ni mañana. Pero sabía que una noche se despertaría con una cuchilla afilada apretada contra su garganta. No habría ningún aviso previo. No habría juicio ni audiencia del comité.

Desaparecería.

Así de simple.

Pero primero, tendría que averiguarlo.

CAPÍTULO 21

La carne podrida y la sangre del día anterior lo golpearon como un saco de ladrillos. Se quedó dentro, junto a la puerta principal. April la cerró y el olor los envolvió. Jadeó un par de veces. Su mano golpeó el hombro de Jack, presumiblemente para estabilizarse.

El haz de luz de la linterna de Jack golpeó la pared opuesta. La sangre la cubrió. El patrón carmesí comenzó a unos sesenta centímetros en el aire, florecía y luego se desplazaba hacia abajo en una línea gruesa y ancha. El flujo de sangre continuaba en la alfombra, formando un área que cubría un metro hacia afuera y hacia un lado. Dos casquillos gastados yacían en el suelo. Estaban a menos de dos pies uno del otro. Alguien había colocado tarjetas de evidencia junto a ellos.

Los casquillos de bala sobresalían.

¿Por qué dos?

April debió haber leído la mente de Jack. Le dio una palmadita en el brazo con una mano y alumbró un punto de la pared con la otra.

—La primera bala falló y atravesó la pared allí mismo. Nerviosa, supongo. Sé que lo estaría.

Jack caminó hacia adelante y se detuvo frente al desastre. Miró hacia abajo, tratando de encontrar un camino alternativo.

—Hay botines en el fondo de la caja de guantes—, dijo.

Se puso un par. El agujero en la pared le intrigó más. Se acercó un poco más, luego dio un paso atrás. Usó la linterna para fijarse en otra sección. El cono de luz se extendió cuando se inclinó hacia atrás. La comparación entre la pequeña sección y toda la pared resultó interesante.

—¿Qué estás haciendo? —, preguntó April.

—Es difícil estar seguro, pero esta sección aquí—, rodeó el área con su linterna, —¿no se ve diferente al área circundante?

April se acercó, giró su cuerpo de lado y se paró cerca de Jack. Respiró rápido y corto. No estaba acostumbrada a este tipo de carnicería y, aunque la había visto una vez, todavía la ponía ansiosa.

—Sí—, dijo. —Se ve descolorido. Apagado, tal vez.

—Como si se hubiera desprendido un poco de la pintura, ¿verdad?

—Podría ser.

—Ustedes revisaron toda la ropa de cama, la lavadora, etc.

—Sí, al menos hicimos lo mejor que pudimos.

Jack se agachó y la luz lo siguió. April combinó la suya con ella. El patrón descolorido coincidía con la mancha de sangre en la pared a un par de centímetros de distancia. Una mancha en la parte superior y una raya que se dirigía al piso. Esta era más delgada. Jack giró su linterna hacia el piso. La alfombra se veía bien. Sin suciedad. Coincidía con el resto de la habitación,

excepto donde había estado el cuerpo de Jessie.

Acercó la linterna lentamente y miró de izquierda a derecha.

—Mira eso— dijo.

—¿Qué? — preguntó April.

Jack señaló la pequeña gota roja en el borde del zócalo de milímetros de ancho.

—¿Eso es sangre? — preguntó.

—Esa sería mi suposición.

April lo miró. Tenía los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos. Estaban lo suficientemente cerca como para sentir su aliento golpeándose a borbotones.

Jack dijo: —La pared descolorida, eso podría descartarse, a pesar del agujero de bala. Uno de los niños podría haberse vuelto loco con marcadores allí un día, o escupir su jugo allí. Pero esa única gota de sangre allí nos dice algo.

—Ella no se suicidó.

—No.

—Alguien falló la primera vez.

—Dieron—. Jack señaló su oreja. —Pero no en el lugar correcto.

—Ella comenzó a correr hacia allí—. April alumbró con su linterna hacia la izquierda. —Eso lo explica.

—¿Qué?

—Por qué el ángulo parecía extraño. Ahora tiene sentido. Mira, eso es lo que me molestó. Todo sobre la forma en que ella habría tenido que sostener el arma para obtener ese ángulo de entrada, la sangre, estaba mal porque ella no lo hizo.

—¿Encontraste dos heridas?

—Solo la entrada y la salida.

—April—. Jack hizo una pausa y se levantó. —Esa no fue una herida de salida. Ese fue el segundo disparo. O la rozó o la atravesó. De cualquier manera, el disparo golpeó la pared, y también la sangre. No fue tanta como el otro disparo, pero fue suficiente para que alguien lo limpiara. No lograron limpiar una gota.

—Estás bromeando—, dijo.

—Estoy de acuerdo—, dijo Jack.

—¿Y ahora qué?

—¿Dónde está el cuerpo?

—Clearwater. En la morgue.

—Está bien. Sellemos este lugar ahora. Necesitas que alguien venga para protegerlo. Luego nos dirigiremos hacia el sur.

Dieron vuelta y caminaron hacia la puerta. El aire cálido que entró fue un alivio bienvenido.

—¿Qué pasa con esos dos idiotas de antes? — preguntó.

—Les haremos una visita después— dijo Jack.

April volvió adentro y recogió muestras mientras esperaban que apareciera uno de sus ayudantes. Esperaba que lo arruinara después de sus afirmaciones de que tenía una formación limitada. Ya sea que hubiera adquirido sus habilidades en línea o en la televisión, actuó como una profesional. Al menos, eso es lo que Jack pudo notar.

Se apoyó en un poste que sostenía el porche y la observó trabajar. Tuvo destellos de cuando jugaba videojuegos con ella cuando era niña. De niña, había sido torpe en todos los sentidos, incluso con un controlador de juegos en la mano. Todavía era difícil creer que esta fuera la misma persona. Relativamente hablando.

Jack debió tener una expresión extraña estampada en su rostro, porque ella levantó la vista y lo miró con enojo.

—¿Qué? — preguntó.

—¿Qué? — dijo Jack.

—Me estás mirando extraño.

—Lo siento, solo recuerdo cuando eras una niña de aspecto tonto.

—Ah, sí—. Ella se levantó de su posición agachada y caminó hacia Jack. —Bueno, recuerdo cuando eras un joven apuesto. Supongo que ambos cambiamos.

Jack sonrió. Ella también lo hizo. Luego se disculpó.

—No debería actuar así aquí. Tu amiga murió en esa habitación. Uno pensaría que como policía podría afrontar mejor las cosas.

—La gente se adapta a situaciones horribles actuando así, April. Vi a un hombre en Irak perder las dos piernas. Hizo bromas con los médicos hasta que se desmayó.

Parecía frustrada, como si supiera lo que tenía que hacer, pero no pudiera. Su padre había tenido el trabajo durante treinta años más o menos. Era la ley en Crystal River. Con eso, llegó un nivel de respeto de la comunidad. Ella dudaba que pudiera recibir el mismo nivel de consideración de la mitad de los veteranos de la ciudad. Pero, ¿qué era Crystal River ahora sino un grupo de jubilados? Lo que quedaba de la generación más joven probablemente era igual que en cualquier otro lugar. No les importaba.

—Llegará con el tiempo—, dijo Jack.

Ella sonrió, asintió y volvió a trabajar. Jack decidió alejarse unos minutos para que ella pudiera completar la tarea sin sentir que la estaban vigilando por encima del hombro.

Caminó hasta el final del porche y escudriñó la calle. La gente del otro lado de la calle todavía estaba afuera en su porche. Habían apagado sus cigarrillos. Los escuchó hablar, pero no pudo descifrar lo que decían.

En otro lugar, los niños se habían ido todos adentro. Era difícil jugar al fútbol con el sol poniente. Las farolas que bordeaban la calle estaban muy espaciadas y alumbraban una luz tenue.

Jack sacó la cabeza por detrás de la barandilla y miró hacia arriba. Las nubes habían llegado desde el norte. La brisa había amainado y el aire se sentía denso de nuevo. Escuchó un trueno en la distancia. Podrían vencer la tormenta en su camino hacia Clearwater, pero seguro la encontrarían en el camino de regreso.

Un auto se detuvo en el vecindario. Jack vio el soporte de la luz en el techo cuando pasó por debajo de una farola. Los faros iluminaban la calle y Jack siguió el torrente de blanco y vio el mismo Tercel destartalado que había visto frente al lavadero de autos y en el estacionamiento del centro de atención para personas mayores donde estaba su padre.

Caminó hasta la entrada del porche y se agachó bajo la cinta policial.

El coche patrulla se estacionó detrás del vehículo de April y un hombre salió.

—Jack—, dijo. —¿Dónde está April?

Todavía no podía recordar el nombre del tipo. Tal vez Sean tenía un anuario tirado en algún lugar de su casa.

—Adentro—, dijo mientras levantaba su pulgar por encima del hombro. Se cruzaron en el camino de entrada.

—Hola Craig—, dijo April.

Craig, eso era. Pero ¿era ese su nombre de pila o su apellido? Jack se preguntó si realmente recordaba al tipo.

Hablaron en el porche durante unos momentos. Jack giró a la derecha al final del camino de

entrada y se dirigí hacia el Tercel. Estaba estacionado en una zona oscura, lo que hacía imposible saber si había alguien dentro.

Aproximadamente a mitad de camino entre la casa de Jessie y el Toyota, April lo llamó.

—Jack, ¿qué estás haciendo?

Se había descubierto toda su tapadera. Se dio vuelta y caminó hacia ella, echando ocasionalmente una mirada por encima del hombro. Ella lo esperaba junto a su coche, junto a la puerta del pasajero.

Se detuvo a medio metro de ella. —Es la tercera vez que veo ese Tercel hoy.

Ella miró por encima de su hombro. Tenía los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

—A unos treinta metros de distancia— dijo. —Un modelo antiguo. Gris imprimación.

—¿Dónde lo viste?

—En la residencia de ancianos de mi padre, frente al lavadero de coches, y ahora aquí.

Se encogió de hombros. —Es una coincidencia, eso es todo. Seguro visitó a su madre o a su padre antes, comió algo y ahora está en casa. La gente vive y trabaja por aquí, ya sabes. Tienen vidas, familias, necesidades dietéticas.

—La comida rápida está lejos de ser una necesidad.

—Como sea, venga.

Jack no aceptaba su interpretación de los hechos como si fuera la verdad absoluta, pero tenía sentido. Al menos, lo tendría para alguien que no tuviera el mismo nivel de paranoia que él.

April levantó el teléfono móvil. —Tengo un forense que nos va a recibir en la morgue.

—¿El forense?

—Médico forense. ¿No ves la televisión ni lees?

—No.

—Eh—. Estudió a Jack por un momento. —Bueno, deberías.

—Lo tendré en cuenta. Quizá lo añada a mis propósitos para la próxima Nochevieja.

Le hizo un gesto con la mano para que no se molestara.

—Sube al coche, Jack. Tenemos un buen trecho por delante.

CAPÍTULO 22

—Te digo, estuvo cerca, Vera—. El corazón de León latía con fuerza. Tuvo que forzar el aire por la nariz. Estaba mareado.

Se sentía bien. Se sentía vivo.

Jack Noble se había parado a tres metros de donde León se escondía. Los setos también eran ralos. Si Jack hubiera apuntado la linterna de alta potencia en dirección a León, lo habría visto. Si hubiera estornudado o le hubiera picado una abeja, León estaría muerto ahora.

—Te dije que te quedaras en el auto— dijo sin inflexión en su voz.

—Estoy cansado de eso.

—Cuéntame lo que pasó para que pueda tratar de entender por qué te saliste del plan.

—Estuvieron dentro de la casa por un tiempo—. Apareció otro policía y León se detuvo un momento. La patrulla dio un giro en U cerrado, saltó una acera y corrió hacia el final de la calle. —Oye, Vera, se acaban de ir. Salieron a toda prisa. ¿Quieres que los siga?

La línea estuvo en silencio por un minuto, excepto por la respiración constante de Vera.

—¿El policía sigue ahí? — preguntó.

—Sí, está, pero Jack no. ¿Debería ir?

—No. Puedo rastrear el coche de policía. No tienen muchos en esa ciudad. Sé dónde estás, así que no será difícil.

La escuchó teclear. Intentó imaginar cómo era la oficina de Vera. Nunca había estado allí. Nunca había estado cerca. Diablos, nunca la había conocido. Solo conocía la voz, esa voz rígida y monótona. ¿Sonaba así todo el tiempo? Cuando tenía sexo, ¿era como coger a un robot?

—León, ¿por qué no entras y hablas con el policía? Averigua qué está haciendo allí.

León miró la cinta policial que rodeaba el porche. —¿Cómo voy a lograrlo?

—Dile que eres el detective de la ciudad.

—¿Qué? ¿Qué detective?

Suspiró. —No me hagas preguntas. Tienes que aceptar que sé más que tú sobre lo que está pasando. Cuando sea el momento adecuado, te lo contaré. Hasta entonces, te diré lo que necesitas saber y seguirás haciendo lo que yo te diga cuando te lo diga. ¿Entiendes? — hizo una pausa. —No necesito decirte lo que te pasará si no lo haces. Después de todo, normalmente eres mi hombre de confianza para deshacerme de una manzana podrida.

—Manzana o tomate podrido.

—¿Qué?

—Nada—. León dudó. Aunque nunca había preguntado, siempre supuso que había más como él. Alguien tenía que asesinar al asesino. —Sí, lo sé, V. Lo que necesites, lo haré.

—Está bien. Entonces llámame cuando hayas terminado con el tipo.

—Sí, claro.

Colgó, abrió la puerta, se dio la vuelta en su asiento y puso ambos pies en el suelo. No tenía puestos sus zapatos buenos. No había contado con que este trabajo durara tanto tiempo. Ahora se arrepentía. Y sus pies lo odiaban por ello. Mientras caminaba hacia la casa, deslizó su celular en un bolsillo y una cachiporra en el otro. Le pesaba en los pantalones, haciendo que la Glock se deslizara un poco en su cintura.

Una funda también hubiera sido una buena idea, pensó.

León caminó por la acera a paso firme y se detuvo frente a la casa. Las ventanas estaban oscuras. La puerta estaba abierta. León cruzó la calle. Caminó con cuidado por el camino de entrada, cruzó la pasarela, se agachó bajo la cinta amarilla y se detuvo en el porche. El policía estaba de pie en la sala de estar, de espaldas.

León le silbó al tipo.

El agente se dio la vuelta y tomó su pistola.

León ya tenía la suya desenfundada. —Oye, hombre, cálmate.

—¿Quién... quién eres? —, preguntó el agente.

León sonrió un poco. El otro tipo no tenía por qué estar en la casa. No era policía. El tipo era un secretario glorificado.

León dijo: —Soy el detective Jones de Tampa. Me pidieron que viniera aquí y revisara esta escena del crimen. Vi su auto allí, pero quería asegurarme de que no era un perpetrador.

¿Perpetrador? ¿De dónde había salido eso? Demasiadas películas.

—Soy un agente del departamento del sheriff de Crystal River. Mi jefe me dijo que esperara aquí y protegiera la escena.

León se preguntó de qué. Sonrió, asintió y dijo: —Parece que estás haciendo un trabajo estelar, amigo.

La linterna del agente golpeó el suelo e iluminó un espacio decente a su alrededor. León vio la sangre en la pared.

—Hombre, ¿qué pasó aquí? —, preguntó.

—Suicidio—, dijo el tipo.

León se rio entre dientes. —No es un suicidio, hombre. ¿Quién diablos se dispara mientras está de pie para que la sangre salpique la pared de esa manera? Las personas tienden a desarrollar el síndrome de piernas nerviosas cuando les apuntan con un arma—. Llamó la atención del agente. —Eso significa que sus piernas ya no quieren trabajar más. Las rodillas se ponen de goma y ceden. Caen al suelo, llorando y gimiendo y suplicando por su vida y todo eso—. Todavía sostenía su arma. La apuntó hacia el techo y la movió de un lado a otro, dejándola reposar sobre su sien. —Ahora, vi a algunos hombres apuntarse con una pistola a la cabeza. Sin embargo, se sentaron para recibirla. Supongo que tal vez alguien podría ponerse de pie, pero no se acercarán a la pared y apoyarán un lado de su cabeza contra ella.

—¿Qué? — preguntó el agente como si cada palabra hubiera pasado a su alrededor. — ¿Quién diablos eres?

—Como dije, soy el detective Johns de Tampa.

—¿Dijiste Jones hace un minuto?

León sonrió. —¿Lo hice?

El agente dio un paso atrás. —Déjame ver tu identificación.

—No te muevas.

León apuntó su Glock al hombre.

El tipo levantó las manos en el aire.

—Date la vuelta— dijo León.

El hombre lo hizo.

León se acercó a él. Agarró las esposas del hombre, tiró de sus brazos hacia atrás y colocó las esposas en las muñecas del agente.

—No es nada personal— dijo León justo antes de noquear al agente con su arma.

El hombre cayó al suelo en un montón y León lo arrastró a la cocina. Un rastro de sangre los siguió. León lo vio, maldijo. Agarró un poco de peróxido y una toalla y lo limpió. Luego dejó caer la toalla en la cara del tipo y el peróxido en su estómago. El hombre no tuvo reacción.

Se quedó inconsciente.

León sacó su teléfono celular y llamó a Vera.

—¿Y bien? — dijo ella.

—Está caído. Este lugar es un desastre. Sangre por toda la pared, la alfombra, la cara del alguacil—. Contuvo la risa.

—Quiero que lo alteres.

—¿Cómo?

—Sé creativo.

—¿No crees que ya tienen lo que necesitan?

—Déjame preocuparme por eso, León.

—¿Y el policía?

—¿Te vio?

—Sí.

Ella suspiró. —Llévalo a algún lugar.

León miró al hombre en el suelo. No necesitaba escuchar nada más. —Está bien.

Después de que Vera terminó la llamada, León miró a su alrededor en busca de algo que usar para destruir la escena del crimen. Sabía lo suficiente sobre ciencia forense para evitar que lo atraparan. Había poco que pudiera hacer para deshacerse de toda la sangre en esta etapa. Además, la escena del crimen era lo suficientemente antigua como para que hubieran reunido todas las pruebas que necesitaban. Pero Vera le dio una orden, así que lo mejor era cumplirla.

Encontró el lavadero al final de un pasillo que daba a la cocina. En un estante vio una botella de lejía y una botella de amoniaco. Agarró ambas y las llevó a la cocina. El ayudante gimió y se dio la vuelta. León le dio tres patadas en la cabeza. El tipo dejó de moverse.

León abrió la puerta trasera. Vio una manguera enrollada en el suelo. Tenía una boquilla rociadora unida al extremo. Abrió el grifo y arrastró la manguera por la cocina hasta la sala de estar.

Apretó el gatillo de la boquilla y apuntó el potente chorro a la pared y al suelo. La sangre seca empezó a licuarse y a deslizarse por la pared. Después de un minuto de rociar la zona, vació las botellas de lejía y amoniaco en la pared y el suelo. La mezcla de las dos le quemó la garganta y las fosas nasales. Corrió por la habitación y la cocina y atravesó la puerta trasera. Llenó sus pulmones de aire fresco y espeso.

Sabía que era una mala combinación, pero no esperaba esa reacción.

León esperó unos minutos. Quería quedarse afuera más tiempo, pero sabía que el tiempo era crucial. Siguió la manguera verde por la casa y la recogió por la boquilla rociadora. Luego apuntó el chorro de agua a la pared y al piso.

—Eso tendrá que bastar—, dijo.

Llevó la manguera a la cocina. El tipo se había deslizado hacia la pared. León lo roció. El agente gritó cuando el chorro de agua de alta potencia golpeó sus heridas abiertas. León se rio del tipo mientras arrojaba la manguera afuera.

Caminó de regreso hacia el agente y se agachó frente a él. El hombre miró hacia otro lado.

—Eso es lo que pensé—, dijo León.

El agente no dijo nada.

León lo puso de pie y lo empujó hacia el garaje. El agente tropezó. De alguna manera logró girarse de modo que su costado golpeó el piso de concreto primero.

—Espera aquí—, dijo. —Si te mueves, te voy a matar.

León salió de la casa, recogió la pistola del agente en el camino, corrió por la calle y se subió al Tercel. Corrió hacia la casa, dio marcha atrás en la entrada y golpeó el parachoques trasero contra la puerta del garaje.

Esperó detrás del volante durante unos minutos, observando su entorno.

Dentro del garaje, León golpeó al sheriff de nuevo, casi dejándolo inconsciente. Levantó la puerta del garaje lo suficiente para empujar al agente dentro del maletero del Tercel. León vio cómo el hombre movía la cabeza de un lado a otro, tratando de hablar. La saliva cubierta de sangre voló unos centímetros en el aire y se estrelló contra su cara.

—Ahórratela—, dijo León, cerrando la tapa del maletero.

Se puso detrás del volante y salió de la entrada. El tipo golpeó contra el marco y el asiento trasero. León subió el volumen de la música y ahogó el ruido.

CAPÍTULO 23

La morgue se veía como una puerta al infierno. La oscuridad ocultaba la mayor parte del edificio. Las luces del paisaje, colocadas a intervalos de tres metros, apuntaban hacia arriba, resaltando largas y delgadas franjas de la fachada de hormigón del edificio.

April entró en el aparcamiento y aparcó en doble fila cerca de la puerta. Dejó el coche en marcha durante un minuto. Por primera vez, Jack sintió que el aire acondicionado lo había refrescado.

Dijo: —¿Estás seguro de que estás preparada para esto, Jack?

—He visto muchos cadáveres, April. Algunos fueron culpa mía, otros no. Algunos eran amigos, de los cuales unos cuantos murieron por mi culpa. Puedo manejar esto. Es la única forma de que averigüemos qué pasó.

Salieron del vehículo y se encontramos en la entrada. Caminaron en silencio hasta la entrada de la morgue. Una vez dentro, April registró a ambos. El hombre mayor del otro lado del mostrador llevaba una bata blanca, vaqueros azules y una camiseta. Tenía el pelo desordenado y no estaba afeitado. Lo habían despertado y parecía enojado por eso. Miró a Jack y luego a April. Jack supuso que quería decir algo, pero no lo hizo.

—Es él—, susurró April.

Los condujo por un pasillo estrecho que los dejó en una habitación helada. Las paredes a izquierda y derecha tenían casi cinco metros de alto y estaban alineadas con cámaras. Había tres filas a cada lado, con quince ataúdes congelados por fila.

¿Cuándo diablos habría noventa cuerpos necesitando un lugar en la morgue de Clearwater?

El tipo miró su historial. —Veamos, Jessie Staley—. Trazó la página con el dedo. —Ah, ahí vamos—. Los llevó al otro extremo de la habitación. Giró una manija y abrió la cámara de Jessie.

Su cabello oscuro estaba enmarañado contra la piel pálida de su rostro. Tenía los ojos cerrados. La sangre cubría sus cejas. Sus labios estaban ligeramente separados. El superior estaba partido en el medio. Le habían sacado un diente y otro estaba roto.

El forense movió la cabeza hacia la derecha. Señaló la evidente herida de bala por encima y ligeramente por delante de la oreja. —Entrada—. Giró un poco más la cabeza de Jessie. Sus dedos recorrieron su cráneo y se detuvieron a unos centímetros detrás de la primera herida. —Entrada. Y no se puede ver, pero la salida está a unos centímetros detrás. Esa bala rozó su cráneo y volvió a salir.

—Eso explica el agujero en la pared— dijo Jack.

—Y la sangre en el rodapié— dijo April.

—¿Notas algo más? — le preguntó Jack al forense.

—Un traumatismo evidente en la boca.

—¿Cómo se cayó? — preguntó Jack.

El forense rebuscó en su expediente y sacó una fotografía. Jessie yacía de costado, con el brazo derecho estirado en el suelo y el izquierdo sobre el pecho. Una pierna estaba estirada y la otra tirada hacia delante. La nuca descansaba en el suelo. Lo último que vio fue algo entre el hombre que le disparó y el techo.

—Eso descarta que la caída le haya hecho saltar los dientes— dijo Jack.

El forense extendió la mano y abrió la boca de Jessie. —Encontré los dientes completos y parciales dentro. Estoy esperando los resultados.

—¿Qué nos diría eso? — preguntó April.

—Si un arma, que no fuera el puño de alguien, lo hizo.

—¿Podrás saberlo? — preguntó.

Se encogió de hombros. —Por eso lo envié.

No hablaron por un momento. Jack miró a Jessie. April lo miró. El forense golpeó el suelo con el pie y se crujió los nudillos.

Jack miró el cuerpo de Jessie. Su cara y cabeza se llevaron la peor parte del ataque. Tenía una cicatriz reciente en el brazo. No notó nada más.

—¿Algo más? — preguntó después de un minuto.

—¿Jack? — dijo April.

Miró hacia arriba. Tenía muchas preguntas. Pero no para él. Quería poder preguntarle a Jessie qué había pasado. ¿Cómo había pasado? ¿Qué había provocado que pasara? Quería decirle que lamentaba cómo terminaron las cosas y el problema en el que la arrastró hace una década.

—¿Jack? —, dijo April.

—Sí, lo siento. Vámonos—. Asintió con la cabeza hacia el forense. Él se dio la vuelta.

Jack escuchó cómo el cuerpo de Jessie se deslizaba hacia la tumba congelada que impedía su estadía eterna bajo tierra.

Se sentaron dentro del auto. Jack se agarró la nuca y exhaló. No parecía real. Incluso después de ver su cadáver, no podía creer que Jessie estuviera muerta.

—¿Estás bien? —, April puso su mano sobre su hombro.

Jack se movió en su asiento para mirarla. —Es difícil de aceptar, ¿sabes?

—¿Recuerdas lo que le pasó a mi mamá?

Lo pensó por un minuto. Hubo un accidente un año antes de que se fuera a la Marina. La madre y el padre de April habían estado en el agua. Él bajó a cubierta para tomar un par de cervezas. Cuando subió, ella ya no estaba. Esa era la historia, al menos. Nunca le sentó bien a Jack. Pero el hombre que lo contó era el único testigo y también era el sheriff del pueblo. ¿Cómo podía dudar de él? Un investigador independiente vino a petición de su padre. El alcalde identificó al hombre. El tipo no encontró evidencia de juego sucio, dijo que fue un accidente. Ella había estado bebiendo, se había caído por la borda y la marea se llevó su cuerpo.

—Lo recuerdo—, dijo Jack.

—Aún tengo la esperanza de que aparezca algún día. Que venga caminando por el río y encuentre el camino a mi casa—. April apartó la mirada. —O al menos que su cuerpo aparezca en la corriente. Supongo que debería dejarlo pasar, considerando que han pasado veinte años.

Ninguno de los dos habló durante cinco minutos. Arrancó el coche, pero no se fueron. El aire que salía de los conductos de ventilación olía a cigarrillos apagados al principio. El olor se desvaneció, dejando atrás una brisa helada que golpeó a Jack en medio de la cara.

—¿Sabes lo que pienso? — preguntó.

—¿Qué? — dijo ella.

—Creo que esos tipos saben más de lo que dejan ver. Creo que ese pequeño mensaje era más

que el hecho de que estuvieran tratando de meterse bajo mi piel.

—¿Crees que estaban involucrados?

—Ellos y Glenn. Diablos, Matt es su hermano. Piensa en la escena. Eso podría haber sido un trabajo de dos hombres. Definitivamente no fue un suicidio. Creo que uno de ellos la sujetó mientras el otro fue a disparar. Ella se movió. La bala la alcanzó, pero no la mató. Un tipo la golpeó. Ella se detuvo. El otro disparó y la mató.

—Plausible.

—Probable.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Creo que deberías ir a interrogarlos.

—¿Y tú?

Jack miró por la ventana delantera la oscuridad que había más allá del estacionamiento. —Voy contigo.

Ella se puso en marcha y cruzó el estacionamiento, girando a la derecha y llevándolos hacia el pueblo. Pasó por Main Street. Caminaron por los bordes exteriores del centro histórico. Las farolas se alineaban a un lado de la calle, no al otro. Giró hacia un barrio más antiguo. Hace treinta años, los abuelos de Jack vivían allí. Ahora no se parecía en nada a lo que era entonces. Las casas estaban desgastadas. Los jardines estaban desordenados, llenos de maleza o simplemente marrones. Algunas de las casas que pasaron parecían abandonadas o habitadas por ocupantes ilegales. Jack vio la casa que su abuelo y su hermano habían construido ellos mismos. Alguien la había pintado de violeta.

—¿Qué diablos pasó aquí? — preguntó.

—La economía—, dijo April. —La mayoría de la gente se fue hace tiempo. Se fue a Jacksonville, Gainesville, Tampa y Orlando. Por muy pocos empleos que tengan esas ciudades, había mejores posibilidades que aquí.

El estado económico del país no era algo de lo que Jack se preocupara. Desde que se convirtió en adulto, trabajó para el gobierno o como contratista. Había muchos trabajos disponibles en su línea de trabajo. Y pagaban bien.

—Ahí está—. Señaló hacia adelante.

La casa se parecía al resto del vecindario. El canalón colgaba del techo a un lado. Faltaban revestimientos en algunos lugares. El césped tenía pasto de medio metro de alto mezclado con áreas sin césped.

April bloqueó el camino de entrada con su patrulla y dejó el motor en marcha.

—Toma esto—. Le arrojó una llave a Jack. —Es una de repuesto. Si necesitas correr, hazlo.

—No voy a ninguna parte sin ti.

No había persianas ni cortinas que cubrieran la amplia ventana delantera. El televisor iluminaba la pared del fondo. Las imágenes destellaban en la pantalla. No podía saber qué estaban viendo. Dos de los hombres ocupaban extremos opuestos de un sofá. Glenn estaba sentado en un sillón reclinable contra la pared izquierda.

Un perro ladró mientras caminaban por el camino de la entrada.

Matt se levantó del sofá y caminó hacia la ventana. Su cuerpo impedía ver la televisión. Se llevó las manos a la cara y se inclinó hacia el cristal. Gritó algo. Los otros dos hombres se levantaron. Glenn fue a la parte trasera de la casa. Jed fue a la puerta principal. Matt los recibió allí. La puerta se abrió y ambos hombres salieron. Jed sostenía un bate de béisbol.

—Quizás quieras reconsiderarlo—, dijo Jack.

—¿No fue suficiente la advertencia en la casa para ti, Noble? —, dijo Matt.

—Guarda el bate, Jed—, dijo April.

—¿Trajiste a la policía, Jack? —, dijo Matt. —¿No puedes pelear de manera justa?

—De manera justa los dejo a ambos inconscientes en cinco segundos. Ella está aquí para seguridad de ustedes.

Matt dio unos pasos hacia adelante y escupió en dirección a Jack. No acertó y golpeó unas diez briznas de hierba en su camino hacia el suelo.

—¿A dónde se fue Glenn? —, preguntó Jack.

—No sé de qué estás hablando—, dijo Jed.

—Lo vi por la ventana. Fue a la parte trasera de la casa. Sería mejor para todos ustedes que saliera.

—Vete a la mierda— dijo Matt.

—Puedo conseguir una orden judicial— dijo April.

Jack casi la interroga.

Matt lo hizo. —¿Por qué? No hemos hecho nada. En todo caso, quiero presentar cargos contra Jack por agredirme. Así que, listo, lléveselo, señorita sheriff.

Ambos hombres se rieron.

Jack miró a April. —Me estoy cansando de esto.

Matt dio unos pasos más hacia él. —Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Jack no dijo nada.

—En lo que a mí respecta—, dijo, —estás invadiendo mi propiedad. Vete de aquí antes de que te patee el trasero.

April dijo: —Tú alquilas esta casa.

—No importa—, dijo Matt. —Eso lo sé.

Se paró a centímetros de Jack. Una ola de tequila y chips de maíz y su olor corporal pasaron a su lado. Bien podría haber estado parado en un contenedor de basura.

—Vete, Jack.

Jack no se movió.

—Jack, podemos traer otro auto aquí. Craig está cerca. Lo llamaré. Vigilaremos la casa. Estos borrachos no se irán a ninguna parte.

Jack no dijo nada y mantuvo sus ojos en el hombre frente a él.

Matt se movió más rápido que en la barra. Lo tomó por sorpresa. Empujó sus grandes manos hacia adelante, en su pecho. Jack perdió el equilibrio por un segundo. Luego le dio un cabezazo. Consiguió moverse hacia la izquierda, pero no lo suficiente. Le dio en el costado de la frente. La maniobra no tuvo el efecto deseado de abrirle la cara, pero los dejó a los dos un poco tambaleantes.

Jack sacudió la cabeza y recuperó el equilibrio. Matt le lanzó un gancho de derecha, que fue amplio y descuidado. Lo esquivó y le dio un golpe en el abdomen. El aire salió de sus pulmones como un globo que se desinfla. Se inclinó y Jack le agarró la nuca mientras le daba un rodillazo en la cara. Cayó al suelo, atragantándose con su sangre.

Jed vino corriendo hacia Jack empuñando el bate de béisbol.

No tuvo tiempo suficiente para alcanzar el M40 que llevaba en la cintura y evitar su siguiente golpe, así que esperó. Agitó el bate de un lado a otro como un niño que se acerca a la base por primera vez. No había cohesión. Su siguiente intento sería salvaje y en dirección a Jack. Se preparó para evitarlo y ganar el control del bate.

—¡Quieto! —, gritó April.

Jed se detuvo en el sitio. Miró a Jack y luego a ella.

—Lanza, hombre—, dijo Jack.

Pensó en ello. Jack pudo verlo avanzar lentamente. Se detuvo justo fuera del alcance de su brazo. Eso le dio mucho espacio para mover el bate. Desafortunadamente para él, no contaba con que lo pateara, así que fue una sorpresa cuando Jack golpeó con su pie en su entrepierna. Soltó el bate y cayó de rodillas. Le dio una patada en la cara y luego lo empujó. Aterrizó encima de su amigo.

—Es la segunda vez que ustedes dos terminaron en un montón hoy. Hay una lección ahí en alguna parte.

April y Jack dejaron a los dos chicos en el suelo y caminaron hacia la puerta principal.

—Glenn—, dijo Jack. —Ven aquí. Necesitamos hablar contigo sobre lo que le pasó a Jessie. Sabemos que no fue un accidente.

No hubo respuesta. La puerta estaba abierta. No podía ver ni escuchar ningún movimiento.

—¿Qué piensas? —, preguntó April.

—Podemos esperar a que se calme.

Un sonido rugiente llenó el aire quieto de la noche.

CAPÍTULO 24

Jack se giró y corrió hacia la entrada. La motocicleta creó una brisa que lo golpeó mientras Glenn pasaba. Agarró el bate del suelo y echó el brazo hacia atrás. A esa altura, se había alejado demasiado de su alcance. No pudo hacer nada más que ver cómo la luz trasera roja se encogía en la oscuridad.

—Maldita sea—. April pasó corriendo a su lado. —No podemos dejar que se escape.

Uno de los chicos en el suelo se rio. El otro gimió.

—Vámonos—, dijo, ya a medio camino hacia el coche.

—No piensen en irse de la ciudad—, les dijo Jack a Matt y Jed mientras pasaba. Jed se puso de rodillas y sacó su dedo medio. Jack cambió su rumbo y le dio una patada en la cara. Se desplomó de nuevo.

April estaba detrás de su puerta abierta, sacudiendo la cabeza. —¿Por qué?

Dejó caer el bate en la entrada y se encogió de hombros. —¿Por qué no?

Puso la patrulla en reversa y aceleró. La cabeza de Jack se giró hacia adelante y luego hacia atrás mientras las ruedas traseras saltaban sobre la acera detrás de ellos. Dos golpes rápidos. A April no pareció importarle. Mantuvo el pie en el acelerador y puso la marcha. Las ruedas giraron en el césped y se hundieron en la tierra. Avanzaron a trompicones. El eje trasero bajó quince centímetros. Las ruedas chirriaron hasta que se agarraron al asfalto.

No importaba lo rápido que condujera April. Habían perdido a Glenn. Tenía ventaja en una motocicleta. Podría haber atravesado el jardín de alguien y haberse metido en un cobertizo a estas alturas. O haber abandonado la motocicleta y haberse ido a pie. Los bosques rodeaban el vecindario por tres lados. Había más al otro lado de Suncoast, aunque los afluentes y el golfo estaban más allá. April pisó los frenos a fondo, abrió la puerta y salió. Jack se unió a ella junto al maletero de la patrulla. Estaban cerca de la entrada del vecindario, mirando hacia el camino por el que habían venido.

—Voy a traer a Craig aquí. Él puede traer a esos dos borrachos—. Sacó su móvil y se lo acercó al oído. Pasaron unos segundos. Hizo un gesto giratorio con la mano y dijo: —Craig, ve al 2424 de Magnolia. Hay dos tipos desmayados en el jardín delantero. Quiero que los encierren.

—¿Viene de camino?

—Buzón de voz—. Colgó. —¿Qué hacemos ahora?

Las luces del porche se encendieron. La gente pasaba por las puertas de entrada, bajaba por las entradas y se reunía a lo largo de la calle. Era difícil saber qué pasaría en un barrio como este. Sus miradas y gestos dejaban claro que no eran fanáticos de la policía local. ¿Hasta dónde llegarían, sin embargo?

Jack no perdió de vista a la multitud que crecía y dijo: —El funeral de su esposa es mañana por la mañana. No hay forma de que no aparezca. Haz que un par de tus agentes esperen allí y

arréstalo después.

April siguió su mirada y luego se volvió hacia ellos. —¿Arrestarlo por qué?

—No lo sé. Tú eres la policía. Oblígalo a entrar para interrogarlo. Llévalo a la comisaría y déjame ocuparme de él.

April miró a Jack de nuevo y se echó hacia atrás, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Recordó que lo había mirado igual cuando tenía cinco o seis años, después de que le dijo que no podía quedarse despierta para ver la televisión. Solo que esta vez el dolor era real.

—Lo siento—, dijo. —Mi temperamento me venció y se escapó.

—Lo hecho, hecho está—, dijo con un suspiro. —¿Por qué no ha llamado Craig?

—Tal vez se quedó dormido.

—Tal vez deberíamos ir a ver cómo está.

Jack se encogió de hombros y señaló con la barbilla a la multitud que estaba a quince metros de distancia. —Creo que deberíamos ir a algún lado antes de que ese grupo de personas decida hacer algo estúpido.

Ella asintió. —Tal vez deberíamos ir a tomar algo.

—Puedo encargarme de eso.

Se dieron la vuelta y caminaron hacia sus respectivos lados del vehículo. Jack mantuvo la cabeza en movimiento y la mirada fija en la multitud. No hicieron nada. Ambos se metieron en el coche.

Ella atravesó la ciudad y pasó por el único bar que Jack conocía en ocho kilómetros a la redonda. Pero no disminuyó la velocidad. Él no dijo nada. Había pasado toda su vida aquí. Sabía a qué lugares ir. Podría haberse abierto algo nuevo y él no habría tenido ni idea. Tal vez lo estaba llevando a un nuevo restaurante donde podría comer un bistec y una cerveza.

Eso sería el paraíso.

El centro de Crystal River estaba desierto. Las calles estaban iluminadas con nuevas farolas naranjas. El único sonido era el ronroneo del motor y el sonido casi a chorro del aire acondicionado que soplaba por las rejillas de ventilación. Era el más fresco que había sentido desde que llegó a Florida.

Dejaron atrás Main Street y las luces, rumbo al norte. Jack sabía que no había nada por allí, al menos no en Suncoast.

—¿A dónde vamos? —, preguntó.

—Ya lo verás—, dijo.

Cinco minutos después giró a la derecha. La calle oscura no ofrecía ninguna pista. Ella siguió las curvas de la carretera. Era algo natural. Había conducido por ellas cientos, si no miles, de veces. Finalmente, se detuvo en un camino de grava, apagó los faros y aparcó el coche en un garaje abierto. Con un giro de muñeca, el motor y las rejillas de ventilación se silenciaron.

Se quedaron sentados en silencio durante un minuto. El tictac del coche al enfriarse sonaba como disparos de escopeta.

—¿Quieres entrar? —, dijo.

—¿Tengo otra opción? —, dijo Jack.

—Puedes volver andando a casa de tu hermano.

Lo pensó. El mapa mental que había creado le decía que sería una caminata de cinco o seis kilómetros. Estaba oscuro, hacía calor y había humedad, y eso no le atraía. Además, no recordaba haber visto una cerveza en la nevera de su hermano.

No estaba seguro de si la suya tenía alguna, pero se arriesgaría.

—Está bien— dijo. —Muéstrame el camino.

El exterior de su casa parecía lo suficientemente viejo como para que las tejas pudieran haber sido de asfalto. El jardín estaba bien cuidado. El césped era corto. Los setos estaban podados. Había muchas flores, todas en flor. Rojas, amarillas, naranjas, violetas. A ella no le importaba la cohesión. Debía haberle gustado la vitalidad de todas ellas.

Sus llaves tintinearon cuando las sacó de su bolsillo. Reflejaban la luz de la calle frente a su casa. Metió una en el pomo de la puerta. La cerradura hizo clic. Empujó la puerta y encendió una luz. Un charco de blanco cubría el escalón de la entrada. Un gato atigrado la saludó con un largo maullido. Se frotó contra su pierna, la miró fijamente y luego se alejó.

—La mascota perfecta—, dijo. —Dice 'hola' cuando llego a casa y luego se cuida solo. Ni siquiera he podido encontrar un hombre que pueda hacer eso.

—¿Qué diga hola o que se cuide solo?

Sonrió. —Cualquiera de las dos.

Jack no dijo nada.

—Es una broma, Jack. Solo intento aligerar el ambiente. Ha sido un día duro para los dos.

—¿Día? Prueba con una década.

Se alejó de Jack. Cruzó los brazos frente a ella. Sus manos fueron a los lados opuestos. Agarró su camisa y la haló unos centímetros. Se deslizó fuera de su cinturón táctico. La parte inferior de la camisa se levantó unos centímetros. Su piel estaba bronceada. Un tatuaje colorido adornaba su lado derecho. Soltó la camisa con su mano izquierda. El dobladillo cayó hasta su cadera. Utilizó la misma mano para desabrochar su cinturón de herramientas. Siseó a través de las trabillas de sus pantalones. Lo sostuvo a un lado. Parecía un mocasín de agua colgando. Lo dejó caer al suelo.

—Vuelvo enseguida—, dijo, mirándolo. —Siéntete como en casa.

El vestíbulo tenía un cuadro en la pared de la Torre Eiffel y ningún mueble. Jack miró hacia el pasillo oscuro. Parecía que conducía a los dormitorios. A la derecha, vio el comedor. Una vieja mesa de roble con cuatro sillas estaba debajo de una lámpara oscura. Caminó hacia adelante, hacia la sala de estar. Tenía un sofá de tamaño completo y un sofá de dos puestos. Ambos estaban tapizados con la misma tela de mezclilla descolorida.

Pasó por los muebles hacia la puerta trasera. Unas persianas verticales blancas la cubrían. Las abrió. Estaba completamente oscuro más allá del grueso vidrio. Extendió su mano hacia un lado y encontró un interruptor. Se encendió una luz, tenue al principio, luego brillante una vez que se calentó.

Su patio trasero no era gran cosa. Cinco metros de profundidad y tan ancho como la casa, todo cerrado con una cerca de privacidad de dos metros. No había árboles ni arbustos ni flores allí. Ni siquiera vio una parrilla. Supuso que April pasaba poco tiempo en su patio trasero. El patio delantero parecía ser su lugar tranquilo.

—¿Qué estás haciendo?

Se dio vuelta y vi a April parada allí con dos botellas de Miller Lite. Se había puesto pantalones cortos de gimnasia y una camiseta rosa sin mangas. Se había recogido el pelo. Sus brazos, pecho y piernas estaban tan bronceados como su costado.

—Pensé que no habías dicho que querías cerveza.

Extendió su brazo hacia Jack. —¿Ahora eres un esnob?

Jack levantó los hombros en el aire y extendió las manos a los lados. —Pasé un tiempo en Europa. Me han convertido. Un poco, al menos.

April caminó hacia él y le puso la botella en la mano. —Ahora estás en Florida, amigo. Actúa como tal.

Se llevó la botella a los labios y le di un trago. Estaba fría y refrescante y, una vez que superó el regusto, estaba bastante buena.

Cruzó la habitación y se detuvo para colocar su cerveza en un posavasos sobre la mesa de café de madera. Cuanto más miraba la mesa, más se daba cuenta de que estaba hecha con tablas de palets.

Ella lo sorprendió admirándola. —¿Te gusta?

—Sí. ¿La hiciste tu misma?

—Sí.

—Genial.

Ella se rio. —Sí, *genial*. ¿Cuándo empezaste a hablar como un Cleaver?

—Lo siento, ha sido un día largo.

—Entonces, siéntate.

Jack lo hizo. Su sofá era más cómodo que el costoso sofá de cuero de Sean. Gimió mientras se reclinaba. Su cuerpo se hundió en los cojines. Se preguntó si sería capaz de levantarse de nuevo.

—¿Estás bien, viejo?

Jack no respondió.

Se arrodilló frente a su centro de entretenimiento. Sus nalgas descansaban sobre sus talones. Su camiseta sin mangas se levantó un poco. Jack vio parte del tatuaje de nuevo. Se preguntó cómo se vería en su totalidad. Escuchó que una bandeja de carga se abría y luego se cerraba. Unos segundos después, comenzó a sonar un ritmo de bossa nova. Una guitarra y un saxo tenor se combinaron para crear una melodía que no había escuchado en años. O tal vez sí, pero no de esa manera.

April se levantó, se dio media vuelta y se acercó con una sonrisa en el rostro. —¿Te acuerdas?

Jack se detuvo un segundo. Un hombre cantaba en portugués. Un saxo ahumado lo acompañaba. —¿Chica de…?

Ella asintió, lentamente.

—¿De alguna playa de Río de Janeiro, Brasil?

Sacudió la cabeza rápidamente. —¿De verdad, Jack? ¿Es lo mejor que puedes hacer?

—Ipanema, ¿verdad?

April puso los ojos en blanco. —Ya era hora. Ahora, ¿te acuerdas?

Jack sacudió la cabeza. Parecía decepcionada. Jack dijo: —Dame una pista.

Respiró profundamente, se sentó en la mesa de café frente a él, colocó los antebrazos sobre las rodillas y se inclinó hacia adelante.

—El verano antes de que te fueras, me observabas casi todos los días porque mi madre no estaba y mi padre trabajaba ese turno loco y no llegaba a casa hasta las nueve o más tarde. No estabas aquí solo todo el tiempo, pero las últimas horas siempre éramos solo nosotros. Yo solía…

—Poner esa canción y hacerme bailar contigo.

April sonrió. Extendió los brazos y le agarró las manos. Se levantó e intentó levantarse con ella.

—No—, dijo Jack.

—Sí—, dijo.

—Ni hablar.

—No quieres decepcionarme, ¿verdad?

—Realmente no me importa.

Empujó la mesa de café hacia atrás con sus piernas. Dio un paso atrás y tiró de sus brazos con más fuerza. Finalmente, Jack cedió. Al principio se rio mientras él avanzaba torpemente por los escalones. Luego se acercó más. El día les había pasado factura a los dos. Su aroma era natural, atractivo, incluso mezclado con la cerveza.

Su cuerpo se presionó contra el de él. Sus labios fueron a su cuello. Por un momento, pensó en decirle que parara. No lo hizo. ella besó su cuello, su mandíbula, su mejilla y sus labios.

No se detendría. Él tampoco. La mano de Jack fue al dobladillo de su camiseta sin mangas. Levantó el lado derecho. Echó la cabeza hacia atrás para ver más del tatuaje. Ella lo bloqueó con sus brazos. Una sonrisa se dibujó en sus labios y levantó una ceja.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros.

Entonces sonaron sus teléfonos.

Ambos exhalaron ruidosamente.

—Tengo que atender eso—, dijo, dando un paso atrás.

—Yo también debería—, dijo Jack, metiendo la mano en su bolsillo para sacar el teléfono. Respondió sin comprobar el número, supuse que era Sean.

—¿Jack?

—¿Sasha?

Desde el otro lado de la habitación, April dijo, —¿Qué? ¿Cómo que no está ahí?

—¿Qué es eso? — preguntó Sasha.

—Nada. La esposa de mi hermano. ¿Qué pasa? ¿Por qué llamas? Ya es pasada la medianoche allá.

Ella empezó a responder. Jack la interrumpió.

—Espera un segundo.

La voz de April se desvaneció hasta convertirse en un murmullo de fondo. Sin embargo, quería privacidad, así que fue a la puerta trasera. Estaba cerrada con llave en tres lugares. Consiguió abrirlos todos y salió al patio trasero. Una docena de mosquitos lo saludaron. Se lanzaron en picada sobre él, dos o tres a la vez. Los espantó.

—Está bien, Sasha. ¿Qué pasa?

—Recibió una amenaza de muerte.

CAPÍTULO 25

Amenaza de muerte.

La frase resonó en la cabeza de Jack. Una escena se desarrolló en su mente donde Erin había ido a ver a Sasha, desesperada y suplicante después de no poder encontrarlo. Alguien había unido las piezas. No podían llegar a él, así que la amenazaron a ella y a Mia.

No supo si fue la humedad o el miedo, pero le entró un sudor frío. Se tragó el nudo en la garganta.

—¿Quién?

—Marcia Stanton.

Su pulso cayó por debajo de cien. —¿Creíble?

—Lo mejor que puedo decir es que lo es.

—¿Qué dijeron?

—Lo esencial, 'estás muerta'.

Jack se movió hacia la esquina del pequeño patio trasero y se apoyó en la cerca. Esto le permitió ver la casa de April. Sus botellas de cerveza estaban una al lado de la otra en la mesa de café. Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos.

Esta no era la primera vez que amenazaban de muerte a Marcia Stanton. Hace unos días Jack estuvo fuera de ese café porque sabían de la amenaza antes que ella. Tenía que averiguar si ese era el caso esta vez.

—¿Interceptamos alguna información sobre esto como en el último intento?

—Ni una palabra. Y hemos estado escuchando lo suficiente como para oír un pedo de ratón.

—Dios mío—. Miró hacia el cielo. Las nubes pasaban rápidamente. —Necesitas reunir un equipo y rodearla ahora.

—Eso es lo que sugerí también.

—Está bien. Parece que tienes esto bajo control y no esperaría menos. Entonces, ¿por qué estás hablando por teléfono conmigo?

—Ella te quiere, Jack. Dijo que te necesita aquí y con ella hasta que esta amenaza sea eliminada.

—No estoy disponible.

Jack la escuchó respirar rápidamente, como si fuera a responder. Hizo una pausa por un momento. —El funeral es mañana, ¿correcto?

—Sí.

—Entonces puedes volver después de eso, ¿verdad?

—No es tan fácil, Sasha—. Algo llamó la atención en su interior. Dio un paso hacia la derecha. April entró en la habitación. —Hay cosas aquí que necesito resolver.

—¿Cómo cuáles?

—Es mejor que no lo sepas.

—Puedo averiguarlo— dijo. —Tú lo sabes.

—No sabes dónde estoy.

—Crystal River, Florida.

Jack no dijo nada. Ubicación descubierta. Ahora estaría mirando por encima de su hombro cada minuto.

—Vamos, no creías que todos tus registros habían sido destruidos, ¿verdad?

Las nubes sobre su cabeza se desaceleraron. Como en un atasco de tráfico, se amontonaron unas sobre otras. Pronto la nube crecería fuera de control y no tendría a dónde ir más que hacia abajo.

—Dame un día, Sasha. Después de eso, puedes enviar a alguien a recogerme y volveré. Mantén a Marcia bajo tierra mañana. Si insiste en salir, consigue a los mejores hombres que puedas encontrar. Si alguno de los hombres del primer ministro está fuera, rodéala con ellos.

La puerta trasera se abrió de golpe y April salió. Ella luchaba por respirar.

April dijo: —Jack, tenemos que irnos.

—Espera—, le dijo Jack.

—¿La esposa de tu hermano? —, preguntó Sasha.

—Algo así—, dijo.

—¿No me vas a decir quién es? —, preguntó Sasha.

—Es la sheriff. Estamos trabajando en algo.

—Seguro que sí. Te gustan las mujeres uniformadas, ¿no?

—Hablaré contigo mañana—. Colgó y se metió el teléfono en el bolsillo.

April hizo un gesto frenético. —Vámonos.

La siguió por la casa, intentando que le dijera qué pasaba. Temía por la seguridad de Sean y su familia. Sintió una opresión en el pecho y en el estómago, como si alguien le hubiera clavado un palo de dos por cuatro en el plexo solar.

La agarró del hombro desnudo en la puerta principal y la hizo girar.

Le dijo: —¿Qué pasa?

Ella dijo: —Craig no está en la casa.

—¿De Jessie?

Ella asintió, agachó el hombro y se soltó de su agarre.

—Vale, ¿y…? — dijo Jack.

—Su coche está ahí. La escena del crimen está destrozada. Alguien echó lejía y amoniaco y lo limpió todo con una manguera. También hay sangre fresca. Creo que es de Craig. Su labio inferior tembló. Se lo mordió. Sus ojos se habían humedecido. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Escúchame, April. Ve a cambiarte. No necesitas el uniforme, pero ponte unos vaqueros y coge tu pistola. Iremos allí, rápido, pero con calma. Averiguaremos qué está pasando. Pero esperemos a ver esto con nuestros propios ojos antes de empezar a hacer suposiciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—. Se secó los ojos con el dorso de la mano.

Desapareció por el pasillo oscuro. Cuando regresó, llevaba unos vaqueros azules descoloridos. Tenían agujeros en las rodillas. Salieron de la casa y caminaron hacia el coche, uno al lado del otro. Sus manos se rozaron. Retumbó un trueno. Sonaba muy lejos. No lo acompañaba ningún destello.

Subieron al coche. Ella conducía. En el camino, preguntó: —¿Quién te llamó?

—Una mujer con la que trabajo.

—¿Todo bien?

—Problemas típicos de la oficina—, dijo. —Parece que tendré que volver después de mañana.

—Oh—. Sus labios se dirigieron a un lado de su rostro y lo miró. —¿Volverás?

Jack se encogió de hombros. —No hay forma de que pueda dar una respuesta honesta a esa pregunta. Podría decirte que sí, pero estaría mintiendo. Podría decir que no y aparecer dentro de una semana.

—No puedo creer que esperé casi veinte años para volver a verte y que tuviera que ser así.

Jack no dijo nada. ¿Qué podía decir? Se había olvidado de ella después de una semana de recibir una paliza en el entrenamiento de reclutas. Ella había crecido con un recuerdo distorsionado de él y lo había construido a partir de eso. Podría contarle todo sobre él, todo lo que había hecho, y ella lo descartaría porque en alguna parte de su cerebro, pensaba que él era una especie de héroe.

—No soy quien crees que soy—, dijo.

—¿Qué? —, dijo April.

—La imagen que tienes de mí no es lo que soy. April, no soy un buen hombre.

—No digas eso.

—Es verdad. Créeme. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte por completo de mí.

Ella negó con la cabeza. —Hay demasiadas cosas sucediendo ahora mismo, Jack. ¿Podemos hablar de esto antes de que te vayas?

Suspiró y miró por la ventana. Más allá de la carretera no vio nada más que oscuridad. El golfo se extendía a un par de cientos de metros de distancia. Agua azul cristalina hasta donde se podía nadar. Quería estar allí más de lo que quería estar en el coche.

—¿Jack?

—Claro.

Llegaron al barrio de Jessie. Las luces rojas y azules rebotaban en el cielo. La patrulla de Craig estaba estacionada en la calle, frente a la casa, justo donde la había visto por última vez. Otro de los agentes de April había entrado y había dejado las luces estroboscópicas encendidas.

Ella frenó de golpe y puso el coche en posición de estacionamiento antes de detenerse por completo. El coche se sacudió hacia delante y hacia atrás. Ella abrió la puerta de golpe y saltó. Jack la siguió. Corrieron hacia el frente de la casa donde su agente esperaba.

—¿Qué está pasando, Skagen? —, preguntó.

El hombre dio un paso adelante. —Se ha ido. No hay respuesta. Nada. Hay un desastre dentro. Sangre fresca en la cocina, la sala de estar y el garaje.

Jack escaneó el área mientras el hombre hablaba. Al otro lado de la calle vio el débil resplandor de un cigarrillo detrás de la ventana delantera.

—Jack—, dijo April. —¿Vienes conmigo?

—Ve tú. Quiero comprobar algo.

Ella y Skagen entraron. Cruzó la calle y atravesó el césped del vecino hasta la puerta principal. No se molestó en llamar. Buscó el picaporte, lo encontró sin llave y lo abrió.

El tipo dejó caer el cigarrillo y se apresuró a retroceder hacia la pared.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó.

—¿Qué viste? — preguntó Jack.

—¿Eh?

Cada vez que Jack había estado allí, el tipo había estado observando, ya fuera desde el porche

o desde dentro. Vio lo que le pasó a Craig.

—Es un hábito desagradable el que tienes ahí— dijo Jack. — Te matará.

NO DIJO NADA.

Jack caminó hacia él, pisó el cigarrillo y lo apagó. La respiración del hombre se volvió sibilante. Buscó detrás de su espalda y sacó la M40.

—Cuando digo matarte, no me refiero en el sentido de enfermedad cardíaca y cáncer de pulmón. Quiero decir que hará que la persona equivocada se fije en ti en el momento equivocado.

—No me dispares, hombre.

Sus ojos oscuros se centraron en el cañón de la M40. Aspiró profundamente y exhaló en menos de un segundo. Jack percibió el olor a whisky. El tipo era frágil, su pelo era gris y fino. No se había afeitado en una semana o dos. Largos pelos solitarios asomaban por su camisa abierta.

—¿Dónde está la otra persona?

—¿Qué? ¿Quién?

—No te metas conmigo, hombre. Vi a alguien en el porche contigo antes.

—Ella… ella está en la cama.

—Si estás mintiendo, está muerta.

—No estoy mintiendo, dijo.

—Dime lo que viste.

—Quítame esa pistola de la cara—. Susurró las palabras.

Jack dio un paso atrás y bajó su arma.

El tipo respiró profundamente unas cuantas veces y se dio varias palmaditas en el pecho. —Bueno, después de que tú y la mujer se fueran, ese tipo negro vino caminando desde esa calle—. El hombre extendió el brazo y señaló por encima del hombro de Jack. —El otro policía, bueno, habló con él y luego le dio la espalda.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fue como si lo reconociera o lo aceptara como parte de ese lugar. El policía se dio vuelta y le hizo un gesto al tipo para que pasara.

—Vale.

—Estuvieron dentro un rato—. Frunció los labios y exhaló rápidamente. Sonó como un débil disparo de ametralladora. —Empecé a aburrirme. Pensé que podría entrar y ver un poco de televisión. Al menos debe haber un partido, ¿no?

—Por supuesto.

—Luego vi a ese tipo negro salir corriendo de la casa, calle abajo otra vez. Volvió a aparecer un par de segundos después en un pequeño coche destartalado.

—¿Qué tipo de coche?

El tipo se encogió de hombros.

—¿Quizás como un viejo Toyota?

—Podría haber sido.

—¿Te haces una idea del color?

El tipo sacudió la cabeza y se tocó la nariz. —Quizás gris.

—Vale.

—De todos modos. Sale, abre el maletero, abre el garaje y luego mete al policía en el

maletero.

Jack esperó un momento. —¿Llamaste a la policía?

El tipo negó con la cabeza. —No, señor. No sabía quién más podría haber estado ahí. Me han llamado soplón antes. Me han golpeado por eso, hombre.

—¿Cómo te llamas?

El tipo no dijo nada.

—Podemos conseguirlo por otros medios.

Miró hacia la ventana. —Tu novia está ahí fuera.

—Tu nombre—, dijo Jack.

—Fults—, dijo. —Herman Fults, con *ese*, no con *zeta*.

—No hagas planes de irte de la ciudad, Herman.

Asintió. —¿Eso es todo?

—No, tengo una pregunta más.

—¿Puedo tomar algo primero? — Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina sin esperar la respuesta de Jack. —Vamos, hombre.

Jack lo siguió. Agarró una botella de Wild Turkey, tiró la tapa y comenzó a beber.

—Toma asiento—, dijo.

Jack se sentó frente a él. Su asiento se sentía inestable y la mesa se tambaleaba.

—Quieres saber qué le pasó a la señora Jess, ¿no?

Jack asintió. —¿Lo viste?

Bajo la luz de la cocina, parecía un hombre diferente. Y no en el buen sentido. El hombre en la sala de estar era viejo y frágil. Ahora parecía el padre fallecido de ese tipo. Tenía líneas profundas grabadas en la cara. El cabello que tenía parecía quebradizo. Su piel era gris y sus ojos estaban vidriosos y lechosos.

—Ella estaba en casa con su esposo. Los niños estaban fuera. Yo estaba viendo el juego. Escuché un motor ruidoso detenerse, así que me levanté y fui a la ventana, la abrí un poco y fumé. Dos tipos grandes salieron y entraron a la casa.

—¿Los habías visto antes?

—¿Tubby y Tubby junior? Oh, claro. Pasaban mucho tiempo juntos. La señora Jess me dijo que los odiaba. Uno era el hermano de su esposo.

Jack no dijo nada.

—Entonces, de todos modos, nada parecía fuera de lo normal. Volví a mi juego. Me quedé dormido. La puerta de entrada estaba abierta, sólo tenía la mosquitera. Las ventanas también. Una brisa agradable esa noche entró directamente en mi casa. Y luego, dos explosiones me despertaron.

Jack se enderezó.

—¿A qué hora sucedió eso?

Miró hacia arriba.

—¿Cuánto tiempo pasó entre las explosiones?

—No mucho. Un par de segundos.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, corrí hacia la ventana. Casi me mato esa vez. No pude respirar durante un minuto.

—¿Viste algo?

—Nada, hombre. El auto se había ido—. Se tomó un minuto y suspiró un par de veces. —Fui allí. La puerta de entrada no estaba cerrada con llave. La empujé y la vi—. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Intentó hablar de nuevo, pero no pudo.

—Está bien, señor Fults. Lo entiendo. Haré que alguien venga mañana y tome una declaración suya.

—¿Puedo hacerlo después del funeral?

—Hablaré con el sheriff.

Se quedaron sentados allí unos minutos. Ninguno de los dos miró al otro. Jack se levantó, se disculpó, atravesó la puerta principal y corrió al otro lado de la calle. April se paró frente a su patrulla.

—Dios mío, Jack. Es un desastre ahí dentro. Esto no tiene buena pinta—. Mantuvo la compostura.

—Sí, bueno, tienes que escuchar la historia que me acaba de contar el anciano de la calle de enfrente.

—Es un borracho— dijo Skagan.

—Y también se sienta en ese porche o detrás de la ventana delantera y observa todo lo que sucede aquí. Normalmente, eso no es mucho. Pero estos últimos días, un montón.

—¿Qué significa eso? — preguntó April.

Jack le contó la historia que Fults le había contado. Todo, desde el tipo afroamericano que consiguió entrar en la casa, Craig al que tiraron en un baúl y lo que pasó la noche en que murió Jessie.

April lo empujó y se dirigió hacia la casa de Fults.

—¿Qué estás haciendo? —, preguntó Jack.

—Voy a averiguar por qué no nos lo dijo antes. ¿Por qué no llamó cuando golpearon y secuestraron a Craig?

Se dio la vuelta y sacó su arma. Skagen y Jack fueron tras ella. Jack llegó primero y la agarró con ambos brazos. Ella intentó alejarse. No la soltó. Ella cedió y se volvió hacia él.

—Dime qué podría haber hecho de manera diferente, Jack.

—Esto no es tu culpa—, dijo Jack. —Es mía. Ese auto, el que vi tres veces hoy, ese tipo me estaba siguiendo. Él es el que hizo esto. Tenemos que encontrarlo—. Hizo una pausa. —Tengo que encontrarlo y averiguar qué demonios está haciendo aquí.

—¿Por qué se encargaría de eliminar a Craig?

—Tal vez Craig vio algo que no debía ver.

No podía decir nada más que eso. Sabía que cualquiera que lo siguiera sería despiadado y de sangre fría. Y, presumiblemente, Craig había estado en el camino en el momento equivocado.

CAPÍTULO 26

León conducía por el centro de la ciudad. No aceleraba. No miraba a su alrededor. Había algunas personas afuera. No parecían prestarle atención.

Salió de la antigua zona histórica. El límite de velocidad aumentó a cincuenta y cinco, luego a setenta kilómetros por hora. Mantuvo la velocidad constante. Mientras el camino frente a él estuviera desolado, las luces altas estaban encendidas.

Se encontró con lo que parecía una carretera abandonada. Se veía el desvío, pero más allá de eso, el asfalto estaba agrietado y cubierto de hierba y maleza que se habían abierto paso. La naturaleza había reclamado lo que una vez fue suyo.

Giró hacia la carretera. Los faros iluminaron la zona. La carretera conducía a un tramo de bosque a un par de metros de distancia. Sin estar seguro de lo que le esperaba al final, apagó las luces y siguió avanzando lentamente.

A ambos lados se alzaban altos pinos. El camino llegó a su fin. Se detuvo, bajó la ventanilla y esperó con el motor apagado. El coche hizo tictac y chasqueó durante unos minutos antes de quedarse en silencio. Una brisa pasó junto a él. Los insectos cantaron y zumbaron. Un búho chilló una o dos veces.

Satisfecho de que la carretera no era más que una reliquia, salió y caminó hacia la parte trasera del Tercel.

El hombre dentro del maletero golpeó la tapa. El pequeño coche se sacudió y se balanceó.

León se quedó de pie en la parte trasera durante un minuto. Tenía que deshacerse del tipo, y dejarlo vivir no era una opción. Abrió el maletero. En la oscuridad, solo pudo distinguir la forma del ayudante del sheriff. El hombre se retorció. León sacó su pistola, apuntó a la cabeza del hombre y apretó el gatillo dos veces. Las piernas agitadas y el torso retorcido del hombre se quedaron inmóviles.

León inhaló el olor a nitroglicerina y aserrín, se dio la vuelta y escupió. Ese era el olor de la muerte.

Tenía que sacar el cuerpo. Caminó por el costado del auto para verificar si tenía algo entre los asientos delanteros y traseros que pudiera usar para enterrar al tipo. No necesitaba una pala, solo algo para mover un poco de tierra. Cuanto menos visible fuera el hombre, mejor.

Abrió la puerta y metió la cabeza. No encontró nada más que algunos envoltorios de comida rápida. Decepcionado, salió del auto. Cuando se dio vuelta hacia atrás, vio una luz a unos treinta metros de distancia, en el bosque.

Las hojas crujieron. Las ramas estallaron. Alguien se acercaba.

León había estado en el vecindario suficientes veces para saber que ninguna persona en su sano juicio se dirigiría hacia un tiroteo a menos que también estuviera armada.

Y de pie junto al auto, era un blanco fácil.

Se agazapó detrás de la rueda trasera. La aproximación continuó. Se arrastró hacia la parte trasera del auto e intentó echar un vistazo al bosque. Los faros estaban encendidos, pero el cono de luz no se extendía en la distancia. Quienquiera que se acercara había venido desde esa dirección.

León estaba bañado por una luz roja detrás del coche. No podía quedarse allí. Volvió a su lugar detrás de las ruedas traseras. Los árboles lo rodeaban por tres lados. Correr de vuelta a la carretera no era seguro. Tampoco lo era correr hacia la persona que se acercaba.

León respiró hondo, cerró los ojos y se recompuso. Luego adoptó la postura de un velocista y se lanzó hacia el bosque.

CAPÍTULO 27

April agarró a Skagen por el codo y lo llevó a un lado. Le dijo que mantuviera la casa cerrada y que no dejara entrar a nadie más que a ella. Entró. La puerta principal se cerró. Ella caminó de un lado a otro del porche durante un minuto o dos. Se detuvo y se puso las manos en la nuca.

—No puedes culparte por esto—, le dijo Jack.

Había estado mirando la casa del otro lado de la calle. Pareció que sus palabras tardaron unos segundos en asentarse.

—¿A quién debería culpar entonces? —, dijo.

—Craig, por ejemplo—, dijo Jack.

Ese tipo apenas podía entender una puerta giratoria, Jack. Nunca debí haberlo puesto en esta posición. Dale una pistola de radar y dile que detenga a alguien cuando supere diez veces el límite de velocidad y lo hace bien. ¿Pero algo así? Era demasiado grande. Probablemente se sintió desconcertado por la escena dentro y aliviado de que alguien apareciera. Se habría creído cualquier historia.

—¿Crees que algo en el tipo le pareció familiar o confiable?

Se encogió de hombros. —Sólo Craig lo sabe. Con suerte podremos preguntarle cuando lo encontremos.

Se unió a Jack en la pasarela. Se dirigieron hacia su patrulla. Jack se ofreció a llevarla a casa. Al principio protestó, pero cedió después de unos minutos. Cuando llegaron a su casa, Jack apagó el motor. Permanecieron sentados con las ventanillas subidas y el encendido apagado. Sus respiraciones eran rítmicas, una al ritmo de la otra, y eran el único sonido en el auto.

—No voy a ser de mucha compañía ahora— dijo.

—Entendido— dijo Jack. —De todos modos, necesito estar allá. ¿Tienes un auto que me puedas prestar?

Hizo un gesto hacia la nada. —Llévate mi patrulla.

—¿Estás segura?

—No irás lejos, ¿verdad?

—Quizás al otro lado de la ciudad.

—Solo mantente alejado de esos tipos. Déjanos encargarnos de eso, ¿de acuerdo? Ya tengo al de guardia de camino hacia allí.

—Tengo otras preocupaciones, April. Alguien está aquí por mi culpa. Tu hombre ha desaparecido por mi culpa. Tengo que resolver esto rápidamente.

Ella no dijo nada.

Jack tampoco.

Pasó otro minuto. Las ventanas se empañaron desde abajo. La farola de la calle arrojaba un

tenue haz de luz a través de la ventana trasera que iluminó el lado derecho de su rostro cuando se giró para mirarlo.

—¿Qué pasa? — preguntó Jack.

—Realmente espero que vuelvas.

—Volveré por la mañana.

Ella sonrió, se inclinó y le besó la mejilla. —No es eso lo que quise decir.

Lo sabía, pero no lo dijo.

Extendió la mano, agarró la manija de la puerta y la abrió un poco. Los grillos cantaron. Las cigarras gritaron. Ella dudó.

—¿Qué pasa? — preguntó Jack.

—Nada.

Caminó hasta la puerta principal y entró. Un minuto después, la mitad de su torso emergió de la abertura oscura. Extendió la mano y levantó el pulgar en el aire. Entonces se fue. La puerta se cerró. Las luces se apagaron.

Jack no se sentía seguro dejándola allí sola, no con alguien lo suficientemente hábil como para secuestrar a un policía suelto. Así que condujo hasta el final de la calle con las luces apagadas, dio un giro en U y permaneció allí durante quince minutos.

La calle permaneció tranquila, vacía, quieta. Las casas parecían muertas y desiertas. Los árboles tenían su propio ritmo. Se balanceaban con la brisa a intervalos aleatorios. Una fuerte ráfaga sopló. Sonaba como el océano. Olas rompiéndose.

Encendió el coche y cambió la palanca de estacionamiento a conducción. Disminuyó la velocidad al pasar por la casa de April. Las ventanas todavía estaban oscuras. La puerta principal todavía cerrada. April, supuso, estaba en la cama. Sola.

Solo había logrado alejarse unos treinta metros cuando recibió una llamada por radio. Alguien había encontrado el cuerpo de Craig en la parte trasera de un Toyota Tercel de mediados de los noventa. Le habían disparado a quemarropa, dos veces, en la cabeza.

Giró el volante y corrió hacia la casa de April.

Ya había abierto la puerta principal antes de que su pie tocara el pavimento.

—¿Has oído? — gritó Jack.

—Sí— dijo.

—Sube— dijo Jack.

—Déjame conducir. Sé adónde vamos.

La encontró en la parte delantera del coche. Extendió la mano y apretó la de Jack. Parecía valiente y decidida.

Le llevó veinte minutos llegar al lugar. Giró por una carretera vieja y abandonada que terminaba en el bosque.

—¿Qué había aquí atrás? — preguntó Jack.

Se encogió de hombros. —Nunca había estado aquí antes.

Sus faros iluminaron el campo descuidado. El coche patrulla se enderezó y los rayos de luz se posaron justo delante. Jack vio el Tercel aparcado al final de la carretera. Skagen había llegado antes que ellos y se había detenido junto al coche. Jack se preguntó si había cerrado antes de salir de la casa de Jessie.

April aceleró el motor y frenó un segundo antes de que fuera demasiado tarde. Dejó el motor en marcha y saltó del coche. Jack abrió un poco la puerta y oyó un trueno. Los relámpagos se extendieron por el cielo sobre el golfo.

Skagen se encontró con April en la parte trasera del Tercel y alumbró el interior del maletero

con la linterna. April se quedó mirando la tumba improvisada durante un momento. No jadeó ni gritó ni buscó algo para estabilizarse. Jack se quedó detrás de ella y le apretó el hombro. Respiró hondo, se dio la vuelta y sacudió la cabeza. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Skagen dijo: —Un anciano vive en una cabaña detrás de nosotros. Escuchó los disparos. Vio al hombre que lo hizo, pero estaba oscuro. Dice que cuando llegó aquí, el hombre ya se había ido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? — preguntó Jack.

—Media hora, tal vez más— dijo Skagen.

—No llegaría muy lejos a través del bosque— dijo April. —Tal vez un kilómetro y medio.

—Si atravesara el bosque, encontraría un lugar donde esconderse— dijo Jack. —Pero si tomara la carretera y corriera, podría estar a seis kilómetros de distancia, si está en buena forma.

April pasó caminando junto a Jack, más allá del cono de luz que proyectaban los faros del auto. Se detuvo a unos pocos metros de la patrulla mirando a la autopista.

Jack caminó hacia ella.

April dijo: —Hay docenas de calles a seis kilómetros en ambas direcciones. Algunas son callejones sin salida, otras te llevarán de regreso a la I-75 si las sigues el tiempo suficiente y haces los giros correctos—. Se dio la vuelta y sacudió la cabeza. —Dios, ni siquiera sabemos cómo es este tipo.

—Fults lo vio— dijo Jack. —Me dijo que el tipo era afroamericano.

—Fults está delirando, Jack— dijo. —El otro día me dijo que los extraterrestres bajaron y se llevaron a Jessie. No podemos hacer nada basándonos en lo que nos dijo.

—Parece que estamos...— iba a decir «jodidos», pero no lo hizo.

April pasó junto a Jack y llamó a Skagen. —Termina con el testigo y regresa a la ciudad. Revisa cada calle de allí y luego regresa por aquí. Quiero que subas y bajes por todas las calles. ¿Entendido? — Hizo una pausa lo suficientemente larga para que él asintiera. —Vamos hacia el sur.

Jack se unió a ella en el coche patrulla. Encendió las luces altas mientras giraba y conducía hacia la autopista. Jack escudriñó el área a la derecha. Ella tomó la izquierda. La hierba era alta, probablemente hasta la mitad de su muslo. Si alguien había pasado por allí o se había escondido, no podría decirlo. Una unidad K-9 habría sido útil en esta situación.

—¿Puedes traer un perro aquí? — preguntó Jack.

—No ahora. Tal vez por la mañana. Le dije a la central que avisara a todos los pueblos colindantes y a la patrulla de carreteras. Estoy segura de que todos estaban contentos de recibir un aviso para estar atentos a un hombre armado, a lo mejor afroamericano, definitivamente un asesino de policías.

La primera de varias gotas de lluvia gruesas golpeó el parabrisas. Jack vio un relámpago extenderse desde el cielo hasta el golfo. Le siguió un trueno. Luego el cielo se abrió y azotó la zona con lluvia.

—Supongo que el perro ya no es una cuestión—, dijo.

Jack se encogió de hombros. No sabía lo suficiente sobre cómo trabajaban para estar de acuerdo o no. —Llama por la mañana y averígualo de todos modos.

Condujeron doce kilómetros por la autopista, aproximadamente a la mitad del límite de velocidad. La lluvia paró después de un kilómetro más o menos. Ella disminuyó la velocidad en cada intersección. Tardó tres veces más de lo que debería haber tardado en hacer el recorrido. No vieron nada.

Se detuvo en la mediana y llamó a Skagen. Él tampoco había visto nada. April dirigió la

patrulla hacia el pueblo y condujeron por cada calle lateral que pasaron hasta que llegaron a la escena del crimen. Las casas se alzaban de la tierra como esqueletos. Los coches oscuros y silenciosos esperaban a sus dueños. Los árboles se balanceaban con las ráfagas de viento que llegaban del golfo, pero no había señales del hombre. Había desaparecido en la noche.

April se detuvo en el arcén de tierra. La oscuridad los rodeaba. El forense había ido y venido. Al final de la carretera abandonada, el Tercel estaba vacío, envuelto en cinta policial. No lo podían ver, pero sabían que estaba allí.

—Son casi las cuatro, Jack. El funeral es a las diez.

Jack asintió sin decir nada.

—Tengo un dormitorio libre—. Ella miró hacia otro lado. —Puedes quedarte ahí.

—No, llévame a casa de Sean.

Dudó y lo miró a los ojos. —¿Estás seguro?

—Es para mejor. Confía en mí.

Y entonces quitó el pie del freno y el coche avanzó. Llegaron a la casa de Sean después de veinte minutos de silencio.

Jack abrió la puerta y salió. Ella no dijo nada. Él metió la cabeza dentro y se inclinó hacia delante. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Parecían negros en la oscuridad.

—Yo…

Ella negó con la cabeza.

—Sí—. Jack se levantó y cerró la puerta.

CAPÍTULO 28

León no tardó mucho en encontrar un coche. Había atravesado el bosque unos cientos de metros después de que alguien saliera disparando. La policía estaría en camino, pero sabía que tenía tiempo, así que cruzó el campo hasta la carretera y se dirigió hacia el sur.

El cielo cubierto de nubes hacía que todo fuera completamente negro. Condiciones óptimas para él. Se mantuvo lo suficientemente cerca de la carretera para no hundirse en el campo húmedo. Pasó un coche. León se agachó y se tumbó en la hierba a su derecha mientras pasaban.

La primera calle que encontró parecía prometedora. Las casas eran más antiguas. Estaban muy separadas entre sí. Hasta donde podía ver, todas las ventanas estaban oscuras.

Se saltó las dos primeras y se dirigió a la tercera. Allí encontró un F-150 listo para tomar.

Tonta suerte, podrían pensar algunos.

Gente del campo, pensó León. Siempre lo suficientemente crédulos como para dejar las llaves en sus vehículos.

Y esto era una apuesta doble en lo que a suerte se refiere. No sólo las llaves estaban en el encendido, la camioneta tenía cinco velocidades.

Escape silencioso en la noche oscura.

León no se fue de inmediato. Se quedó a quince metros. Se refugió bajo una lona colgada entre tres árboles cuando llegó la lluvia. Durante un tiempo, observó la casa, la calle y la carretera. Quince minutos sin moverse, ese era su plan. Mientras la casa permaneciera a oscuras, la calle inmóvil y la carretera desierta durante ese tiempo, tomaría la camioneta y se iría.

Le tomó un par de horas, pero todo encajó.

León salió de su escondite. El suelo crujió bajo sus pies, estaba lleno de paja de pino seca después de un verano caluroso. Ni siquiera la tormenta eléctrica pudo hacer lo suficiente para empaparlo.

La puerta de la camioneta crujió cuando la abrió. León se detuvo, miró hacia la casa. Las luces no se encendieron. Las cortinas no se movieron.

Metió la mano, soltó el freno de emergencia, puso su mano derecha en el volante, la izquierda en el marco de la puerta y comenzó a empujar. Sus muslos ardían mientras sus pies se hundían en el suelo. La camioneta comenzó a rodar. Hizo un giro brusco cerca del final del camino de entrada. El giro no fue perfecto, pero tampoco terminó en la zanja.

Con la camioneta rodando a un par de kilómetros por hora por el asfalto, León se subió, cerró la puerta hasta el punto donde estaba cerrada, pero no completamente trabada, y giró la llave en el encendido. El gran motor V-8 rugió al ponerse en marcha. Giró en la autopista y condujo dieciséis kilómetros en diez minutos.

Cuando llegó al cruce de la autopista 19 y la 98, giró a la izquierda y se quedó en la 98, lo que lo colocó en un camino hacia la I-75.

Sacó su celular y llamó a Vera. Tardó un par de minutos en ponerla al corriente de cómo habían ido las cosas.

—¿Dónde estás ahora? —, preguntó.

—A unos veinte minutos de la 75, pero esta camioneta está comprometida. Imagino que tengo tal vez dos o tres horas antes de que se denuncie su desaparición.

La escuchó teclear. —Está bien, en ese tiempo podrías estar fácilmente en Fort Lauderdale. Tengo a alguien entre allí que puede llevarte. Podrán esconder el camión hasta que podamos deshacernos de él.

—¿Qué pasa con Jack?

—No te preocupes por él. Tengo cosas preparadas que se encargarán de Noble.

—Está bien. ¿A dónde me dirijo exactamente?

—Toma la 75 y ve hacia el sur. Cruza el estado de oeste a este a una hora más o menos. Llámame cuando estés cerca de Fort Lauderdale.

Estaba a punto de colgar cuando ella dijo algo más.

— León, ¿cuál es el número de matrícula?

Se detuvo, salió y fue a la parte trasera del camión. Usó su teléfono celular como una linterna y le dijo la secuencia de letras y números.

—Gracias— dijo ella. —Seguiré monitoreando eso. Si se informa antes de lo esperado, tendrás que deshacerte de él y esconderte hasta que alguien te encuentre.

—Está bien, asegúrate de…— No tenía sentido. Había colgado.

Dejó el teléfono en la consola y volvió a la carretera.

CAPÍTULO 29

Jack logró mantener sus ojos cerrados durante dos horas. Si durmió o no durante ese tiempo es un tema de debate. Dio vueltas en la cama y golpeó los cojines varias veces. Todavía estaba en horario de Londres, lo que significaba que parecían las once de la mañana cuando se levantó del sofá.

En realidad, eran solo las seis de la mañana.

Llamó a las instalaciones para comprobar el estado de su padre. La mujer que respondió le dijo que Sean lo había trasladado al hotel anoche.

Una cosa menos de la que preocuparse.

Pensó que el tipo que mató a Craig no se quedaría por aquí, pero no podía contar con ello. El hombre estaba allí por él. Alguien podría argumentar lo contrario, pero el hecho de que el tipo apareciera en tres lugares diferentes al mismo tiempo que Jack, no dejaba ninguna duda en su mente. Uno de esos lugares había sido la instalación donde residía su padre. Presumiblemente, tenía el número de la habitación. Esperaba que ahí terminara todo.

Llamó a su hermano.

—¿Cómo estuvo anoche? —, preguntó Jack.

—Bien—, dijo. —Estamos un poco apretados aquí, pero aparte de eso, estamos bien. Me acosté con papá. Deb y Kelly durmieron en la otra cama. Papá tiene un sistema digestivo bastante flojo. ¿Algo interesante por tu parte?

—Demasiado.

—¿Qué pasó?

—Te lo contaré más tarde. ¿Piensas ir al funeral hoy?

—Sí.

—Vale. Te recogeré en la camioneta de Deb. ¿Te parece?

—Suena bien, hermanito.

Jack colgó y se dirigió a la cocina. Sintió que las baldosas estaban frías bajo sus pies descalzos. Encontró el café, quitó la tapa del recipiente y metió la nariz en la abertura. Buen comienzo. Sin embargo, el café caliente sería mejor. Sabía de antemano que tardaba diez minutos en prepararse. Optó por servirse una taza una vez que hubiera suficiente en la cafetera. Lo más fuerte posible. La necesitaba.

Su teléfono celular vibró y se deslizó por la isla. Dejó su taza y recogió el teléfono. La combinación de código de país y ciudad indicaba que la llamada provenía de Londres. Pero no reconoció el resto del número.

—¿Sí? —, dijo.

—Jack, soy Marcia.

—Hola, señora Stanton.

—Puedes llamarme Marcia.

—Está bien.

No dijo nada. ¿Estaba esperando a que dijera su nombre de pila?

—¿Qué puedo hacer por ti, Marcia?

—Necesito saber cuándo volverás.

—No creo que necesites saber eso en absoluto.

—Estoy posponiendo importantes deberes de campaña a pedido de tu jefe. Creo que merezco saber cuándo estarás aquí para encargarte de mí seguridad.

—Escúchame, Marcia. Nunca acepté algo así. Te hemos ofrecido una solución alternativa más de una vez. No puedo evitar que sigas rechazándonos. Ya he dicho varias veces que no soy yo quien debe manejar tu seguridad personal. Eso no es lo que hago. Nunca he estado a cargo de algo así. Corres un mayor riesgo si estoy ahí afuera contigo.

—Si no fuera por ti, no hubiera sobrevivido en ese café.

Jack no dijo nada. La única respuesta que se le vino a la mente fue que no la habría dejado ir al café. Pero eso solo consolidaría su posición.

—Jack, si alguna vez le dices a alguien que dije esto, lo negaré. Pero temo por mi vida. Cada vez que salgo, me preparo para que una bala me arranque la cabeza. Examino cada rostro que pasa. Ya ni siquiera confío en mis asociados más cercanos. Esto lleva sucediendo tanto tiempo que ya no me siento segura.

Sus palabras influyeron en Jack. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella se puso en su posición actual.

—Sabías los riesgos cuando comenzaste a acabar con los funcionarios corruptos. ¿Pensaste que sus asociados se rendirían y morirían?

Se rio forzadamente. —¿Crees que esto es por unos pocos policías y políticos malos?

Jack no dijo nada. Escuchó una puerta abrirse de fondo, cerca de Marcia. Una mujer dijo algo. Marcia respondió, pero debía tener la mano sobre el auricular.

—Jack, tengo que irme. Por favor, no le digas a Sasha que llamé.

—Está bien.

—Y por favor, considera esto. ¿Está bien? Te llamaré más tarde.

La línea se cortó. Jack marcó el número de Sasha.

—¿Estás listo? —, dijo.

—No exactamente—, dijo Jack. —El funeral es en unas horas. Tengo algunas cosas de las que ocuparme después. Tal vez esta noche. Probablemente mañana.

—¿Todo bien por allí?

—Es un desastre aquí, Sasha. Pero parece que es así en todos los lugares a los que voy.

No tuvo respuesta.

—Acabo de recibir una llamada de Marcia Stanton.

Hubo una larga pausa. Sasha habló lentamente. —¿Por qué? ¿Qué quería?

—Que me apurara y llegara a casa.

—Le dije que me dejara encargarme de ti.

—Necesito que me hables con sinceridad. ¿Qué es lo que no me estás contando sobre Marcia?

—No te entiendo.

—Sasha, esta mujer tiene al menos tres grupos que la tienen en la mira. Y eso es lo que sabes. Por lo que me dijo, no le teme a nadie que conozcamos. Mencioné políticos y policías corruptos, y se rio. No le da miedo que la afecten. Hay una razón por la que quiere que esté

cerca, pero no me dice cuál es. Hay algo más en juego aquí. Tengo un montón de cosas en la cabeza y eso hace que sea difícil reconstruir esto. ¿Puedes investigar un poco más para mí y averiguar a quién más ha enojado?

Sasha suspiró. —Ya lo hemos hablado un par de veces, Jack—. Hizo una pausa. —No hay nada debajo de la superficie.

—Tengo la sensación de que estás ocultando algo. Antes de ir a caminar por el parque de la mano con ella, quiero saber quién demonios me tiene en la mira.

Jack colgó sin esperar la respuesta de Sasha. Su teléfono se encendió diez segundos después. Lo dejó vibrando sobre la encimera y salió con su café. El suelo pasó de baldosas frías a una alfombra de felpa. Atravesó la sala de estar, pasó el sofá en el que había dormido y salió a la parte trasera.

Una plataforma de madera se extendía seis metros hacia el patio. Tenía al menos doce metros de ancho. Arrastró un asiento hasta el borde más alejado. El sol se elevó sobre la casa y golpeó su nuca. Todavía estaba fresco afuera y la humedad no había comenzado su pronunciado ascenso. Las lluvias de la noche anterior habían dejado el suelo húmedo. Las gotas de agua se aferraban a las briznas de hierba y brillaban a la luz de la mañana. Jack terminó su café y permaneció afuera durante otros quince minutos. Se sentía como un blanco fácil allí, rodeado de bosques por tres lados. Tal vez no era seguro. No le importaba. De hecho, cerró los ojos durante cinco minutos y descartó todo lo que abarrotaba su cabeza.

Finalmente, dejó la serenidad del porche, el sol y el césped brillante y volvió adentro. Su teléfono sonó desde la cocina. Lo dejó allí y subió las escaleras. Necesitaba un traje para el funeral.

La habitación de Sean parecía igual que la noche anterior. Ropa y sábanas cubrían el piso. Jack dio un paso alrededor y entró en el armario de Sean. Encontró un traje azul oscuro, una camisa blanca abotonada y una corbata azul discreta colgada en su armario. No necesitaba probárselos. Le quedarían bien. Los zapatos serían una historia diferente. Los pies de Sean siempre habían sido un número y medio más pequeños que los suyos. No tendría más opción que doblar los dedos de los pies o usar el par destartalado que tenía.

Eligió la comodidad.

Se duchó, se afeitó y se vistió. Sin estar seguro de si volvería o no a la casa, agarró un par de pantalones cortos color caqui y una camisa sin mangas del piso. Olían a limpio. Bajó las escaleras y volvió a la cocina. Su teléfono seguía sonando. Lo ignoró. Necesitaba un empujón. Una segunda taza de café le ayudó. Después de vaciar la taza, estaba listo para afrontar el día.

CAPÍTULO 30

El celular de León zumbó dentro de la consola central. Lo cogió y volvió a comprobar el número entrante. Bloqueado. Teniendo en cuenta que solo una persona bloqueaba su número al llamar, y esa misma persona era la única que tenía ese número, respondió.

—Estás en problemas—, dijo Vera.

León maldijo en voz baja mientras miraba el cartel verde a su derecha. Decía que le faltaban treinta y dos kilómetros para llegar a la I-95. —Estoy cerca de Fort Lauderdale. Treinta y dos kilómetros más o menos ahora.

—Sal de la carretera. Haré que alguien te espere.

Colgó. León entró en un centro comercial. Condujo por detrás y dejó la camioneta detrás del Payless. Encontró un trapo en la guantera y lo usó para limpiar el tablero, el asiento, el volante, la palanca de cambios y las manijas de las puertas.

Miró en la dirección de la que había venido. El estacionamiento trasero estaba desierto. Se dio la vuelta y caminó en la dirección opuesta.

Intentó llamar a Vera, pero no hubo respuesta.

El centro comercial se extendía por ochenta metros antes de que encontrara una pasarela cubierta entre dos secciones de un edificio. Conducía desde el estacionamiento trasero hasta el frente. La pasarela era un gran charco. Sus zapatos y calcetines se empaparon. Vio una tienda de artículos deportivos tres puertas más allá. Sin embargo, era temprano y tal vez no estaba abierta. Trotó por la acera. El cartel decía que tenía que esperar treinta minutos.

Encontró una banca cerca. Estaba a plena vista del sol. León se sentó y se sacó los zapatos y los calcetines.

Media hora después, León entró en la tienda, descalzo. Encontró un par de Teva con un cincuenta por ciento de descuento. Eran una talla más grande, pero las correas ajustables significaban que se ajustaban lo suficientemente bien. Se dirigió a la línea de caja. La chica detrás de la caja parecía haber pasado tanto tiempo durmiendo la noche anterior como León. Aunque pensó que se había divertido más que él.

Le entregó un billete de cincuenta. Ella le devolvió cinco y León salió de la tienda con un nuevo par de sandalias en los pies.

Afuera, volvió a llamar a Vera. Esta vez logró comunicarse. Ella le dijo que ya tenía su ubicación y que un hombre estaba en camino a recogerlo. Estaría allí en quince minutos, no más tarde.

El tráfico en el estacionamiento del centro comercial aumentó. Cada auto que pasaba aumentaba el nivel de adrenalina de León. Un auto de policía pasó rápido por la autopista. El corazón de León casi se detuvo. Pero nadie le prestó atención. Arrullado en un estado de relajación, estiró los brazos a lo largo del respaldo de la banca. Inclinó la cabeza hacia atrás con

los ojos cerrados. El sol caía sobre él y le calentaba la cara.

Un auto se detuvo. La ventanilla del pasajero bajó. León miró al hombre en el asiento del conductor. Tenía cabello castaño hasta los hombros y una barba poblada.

—Vera me envió—, dijo el tipo. —Entra.

León se levantó de un salto. Miró a izquierda y derecha, observando la escena a lo largo de la pasarela. Las pocas personas que estaban allí no le prestaron atención. Caminó hasta el coche y abrió la puerta. Su mano fue hacia su pistola.

—No la necesitarás aquí—, dijo el tipo.

León apartó la mano. No conocía a ese tipo. Su fe en Vera era lo único que tenía para seguir adelante.

—Está bien, hombre—, dijo mientras se deslizaba en el asiento. —No hay problema. ¿Tienes un nombre?

—Claro que sí—. El tipo agarró la palanca de cambios, puso la primera y arrancó sin decir una palabra más.

CAPÍTULO 31

Jack entró en el estacionamiento del hotel y encontró un lugar cerca de la habitación de Sean. Su puerta estaba abierta, pero no podía ver el interior. Su corazón dio un vuelco. Todos los peores escenarios posibles pasaron por su mente. Todos terminaron con Sean, Deb, Kelly y su padre, muertos. Abrió la puerta de la camioneta, saltó y corrió a la habitación de Sean. Kelly cruzó la puerta, dándole la espalda. Sus pasos resonaron en el pasillo cubierto. Miró por encima del hombro y dijo: —Está aquí—. Jack se detuvo, inhaló profundamente y lo sostuvo.

—Hola, tío Jack —.

—Hola, niña—, dijo Jack mientras exhalaba. —¿Tu mamá y tu papá están adentro?

Ella asintió. —El abuelo también.

Jack le despeinó el cabello cuando pasó junto a ella en su camino hacia la puerta. Sus ojos tardaron un segundo en acostumbrarse a la habitación con poca luz. Sean estaba de pie en el pasillo, al otro lado del armario y de la puerta del baño.

Dijo: —Te ves bien con mi traje.

Deb salió del baño y dijo: —Se ve mejor que tú, Sean.

—Siempre lo he hecho.

—Se parece a su madre—, dijo su padre. —Sean es feo como yo.

Todos sonrieron. Nadie rio. La gravedad del día los oprimía a todos. Jack se preguntó si podrían escapar de ella.

Salieron de la habitación y se amontonaron en la camioneta. Deb condujo y su padre se sentó adelante con ella. Sean y Jack se sentaron uno al lado del otro en los asientos de la fila del medio. Kelly se sentó en la banca detrás de ellos.

Jack decidió soltarles la bomba.

—Tengo algo que decirte—, dijo, buscando su billetera.

—¿Qué es? —, preguntó Sean.

Jack sacó una foto de Mia y se la entregó. Observó su expresión mientras estudiaba a la chica de ojos azules con un pequeño espacio entre sus dos dientes frontales superiores. Tenía pecas pálidas en la nariz. Llevaba el pelo recogido hacia atrás. Mechones rubios le colgaban a los lados y sobre la frente.

—Se parece a mamá—, dijo Sean. —¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace unos ocho años, supongo

—¿Dónde está?

—Londres.

Miró a Jack, levantó la vista y lo miró de nuevo. —¿Erin?

Jack asintió.

—¿Cómo es que nunca dijiste nada?

—Me enteré hace poco. Todavía nos estamos conociendo. Erin y yo tenemos una relación amistosa, pero no hay nada entre nosotros, así que veo a la niña cada dos fines de semana y la llevo a cenar durante la semana si puedo.

—¿Así que ahí es donde vives ahora? ¿Londres?

Jack asintió. —Por ahora.

—¿Tengo una prima? —, preguntó Kelly.

—Claro que sí—, dijo Jack. —Se llama Mia. Es un poco más joven que tú, pero no por mucho. Tal vez la conozcas pronto. En Navidad, tal vez.

—¿Vas a volver para Navidad? — preguntó Sean. —¿Dos visitas en un año?

—Estaba pensando que podría venir a visitarlos.

—¿Qué estás haciendo ahí afuera?

Jack miró hacia otro lado.

—Cierto, cierto— dijo. —No puedes decirlo.

Miró hacia el espejo retrovisor. Deb miró hacia atrás. Sonrió.

—Me alegra ver que has crecido, Jack.

Su padre no dijo nada. Jack supuso que estaba en otro mundo en ese momento. Esperaba que las cosas salieran bien para poder presentarle a su nieta.

Un par de minutos después llegaron a la pequeña iglesia. Estaba en el borde oeste de la ciudad y se encontraba en una colina. El cementerio estaba a un lado. Se podía ver el golfo desde ambos lugares.

Una fila de personas se extendía desde la puerta principal hasta la calle. Salieron de la camioneta y se dirigieron hacia la fila. Alguien que pasaba dijo que el servicio estaría a rebosar. Jack se ofreció a quedarse atrás con Kelly para que Deb y Sean pudieran entrar. Deb tenía un pasado con Jessie, había hablado con ella todas las semanas, si no a diario. Se merecía estar allí, y Sean necesitaba estar a su lado, apoyándola.

La gente se hizo a un lado y la dejó pasar. Un gesto generoso, teniendo en cuenta todo.

Jack se quedó asombrado por la multitud de personas que se presentaron para ofrecer sus respetos a Jessie. ¿Era el resultado de vivir en un pueblo pequeño? ¿O era el impacto que Jess había tenido en sus vidas? Un poco de ambas cosas, supuso.

Kelly y Jack caminaron por la parte trasera de la iglesia. Vieron tres grullas. Volaron mientras se acercaban. Cuando llegaron al frente de la iglesia de nuevo, tres patrullas del departamento del sheriff se detuvieron. Skagen salió de una. Un tipo que Jack no reconoció salió de otra. April ya caminaba hacia él.

Todavía no se había recogido el pelo. El viento se lo quitaba de los hombros y la luz del sol brillaba desde atrás, convirtiendo el marrón de su pelo en dorado.

—¿Dormiste algo? —, preguntó.

Jack negó con la cabeza. —¿Tú?

—Un poco—. Bajó la mirada y le sonrió a Kelly. —Veo que tengo competencia por tu atención.

Kelly se rio. —Terminaré con él pronto. Puedes quedártelo entonces.

Fue un momento de tranquilidad en un contexto pesado.

A espaldas de Jack, el cuerpo sin vida de Jessie yacía en un ataúd en medio de la iglesia. La sangre de su cuerpo había sido lavada. Sus heridas habían sido ocultadas. Alguien le habría puesto un bonito vestido, le habría peinado y le habría cubierto la cara con maquillaje. Todo eso, en un intento de hacer que pareciera que solo estaba durmiendo pacíficamente.

Todos lo hacen al final.

Así que Kelly, April y Jack esperaron a un lado, cerca de la entrada de la iglesia, durante treinta minutos. Apenas hablaron. Cuando lo hicieron, fue una charla intrascendente. Ninguno de los dos quería decir nada importante con Kelly cerca.

Skagen y el otro tipo estaban posicionados cerca de la salida del estacionamiento. No necesitaba que April le dijera por qué. Glenn y esos dos borrachos no iban a salir.

La mayoría de la fila había logrado entrar. Dos docenas de personas se quedaron en los escalones de entrada. Las puertas estaban abiertas. La congregación cantó al unísono, más fuerte que en toda la mañana.

—Ese es el himno final—, dijo April. —Saldrán pronto.

La multitud que estaba en el frente bajó de los escalones. Las puertas ya no estaban bloqueadas por la gente, lo que desató el sonido de un par de cientos de pies arrastrándose por el viejo y desgastado piso de madera de la iglesia. Seis hombres que Jack no reconoció sostenían el ataúd de Jessie, tres por lado. Sus padres los seguían detrás. Un par de niños estaban con ellos. Los reconoció por las fotos en su casa. Glenn los seguía detrás. Matt y Jed estaban a su lado. No había razón para que estuvieran tan cerca a menos que Glenn hubiera esperado compañía.

Matt vio a Jack. Extendió la mano y le dio una palmada a Jed en el estómago. Ambos caminaron hacia él.

Los ignoró por el momento y mantuvo su atención en Glenn. Tocó al padre de Jessie en el hombro, dijo algo y se liberó de la fila. Matt y Jed se detuvieron a unos seis metros de distancia y lo esperaron.

—Kelly—, dijo Jack. —Ve a buscar a tus padres.

Ella corrió hacia la iglesia, evitando a los hombres que se acercaban.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Noble? —, dijo Glenn. —Debería dejarte fuera de combate aquí mismo, hombre.

Jack no dijo nada.

April dio un paso adelante. —Sólo baja la voz, Glenn—. Ella hizo un gesto con el dedo hacia los otros dos. —Y ustedes dos quédense atrás.

—Piérdete, pequeña—. Matt se dirigió directamente hacia ella. —No eres apta para ser policía. No reconozco tu autoridad.

April buscó su cinturón y sacó una porra negra. Un movimiento de su muñeca fue suficiente para clavarle el garrote en el estómago a Matt y tirarlo al suelo. Sus jadeos huecos en busca de aire fueron anulados por un jadeo colectivo de la multitud.

Jack miró más allá de Glenn y Jed. Su padre lo miró fijamente. Asintió una vez, apretó el puño y lo extendió frente a él.

Jack se interpuso entre April y los hombres. Habían matado a Jessie. Sabía que no tendrían problemas en atacar a April.

La multitud se movió como una ameba. Sean se alejó del grupo y se dirigió hacia Jack. Se abrió paso entre Glenn y Jed. Este último se desplomó a un lado y puso una mano en el suelo para evitar caerse de cara.

—Por si acaso piensan en hacer algo estúpido—, dijo Sean.

Glenn extendió las manos frente a él. La razón se le escapó de la boca. —Jack, este es el funeral de mi esposa. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Sabes por qué, Glenn. Sabemos lo que hiciste.

—¿Qué se supone que significa eso? —, dijo.

—Tengo un testigo que te ubica a ti y a tus matones gordos en la casa la noche en que murió Jessie. Escuchó dos disparos. Lo despertaron. Cuando llegó a la ventana, ya te habías ido.

Glenn negó con la cabeza. —No, hombre. Estuvimos fuera dos horas antes de que se dieran cuenta de que sucedió.

Jack dio un paso adelante. —Sí, ¿dónde estabas entonces? ¿Tienes a alguien que pueda respaldarlo además de estos idiotas?

Glenn no dijo nada. Jed lo miró, levantó una ceja y se encogió de hombros. Glenn negó con la cabeza. Matt todavía estaba en el suelo, a cuatro patas. Había recuperado el aliento, pero su rostro todavía estaba rojo oscuro.

—Eso es lo que pensé— dijo Jack. —No conseguiste nada, porque lo único que estabas haciendo era poner distancia entre tú y la escena del crimen.

Un murmullo se elevó de la multitud.

—No la maté, Jack. Glenn levantó las manos y se dio la vuelta.

—Díselo— dijo Jed.

Glenn respiró profundamente. Se dio la vuelta. Su mano izquierda estaba en su cadera. La derecha cubría sus ojos. Cuando habló, fue un poco más fuerte que un silbido.

—Estábamos en la casa de mi novia, ¿de acuerdo? Ella tenía un par de sus primos allí, de Tampa, para estos dos idiotas. Ella tiene...— Dejó caer la cabeza hacia atrás y la sacudió. —Dios mío, ¿cómo te lo digo? Tiene un vídeo. Y todo está marcado con la hora, pero el contenido no puede salir a la luz.

Jack levantó una mano. No necesitaba escuchar más para saber a dónde iba eso.

—No importa lo que quieras—, dijo April. —Si quieres que te absuelvan en esta investigación, tendremos que verlo. Y a dónde vaya a partir de ahí no depende de mí.

—Eres un pedazo de basura, Glenn—, dijo Jack. —Ella te dio dos hijos, ¿y así es como se lo pagas? ¿Y qué tan conveniente es que estés fuera de la casa y grabándote durante ese tiempo? Incluso si no estuvieras allí, apuesto a que podemos argumentar que lo arreglaste tú.

—¿Yo? — Glenn dio un paso adelante. Era más o menos de la altura de Jack, pero le llevaba unos veinte kilos. Mientras que sus amigos eran gordos, Glenn no lo era. Sería un duelo parejo si llegara a los golpes. —Escucha. Sé que ella ha estado hablando contigo los últimos dos años, Jack. La pillé muchas veces y dejó caer el teléfono, o revolvió algunos papeles, o cerró lo que fuera que estuviera mirando en la computadora. No importa cuántas veces la pillé y le pregunté qué estaba haciendo, nunca me lo dijo. Siempre tenía alguna excusa. Pero yo vi más allá de eso, hombre. Vi las mentiras en su rostro. Se fue con los niños no hace mucho tiempo. Destruí la casa patas arriba. Encontré todo tipo de documentos con tu nombre en ellos. Lugares y horarios para encontrarse. Eso explicaba algunos de sus viajes de negocios para ese maquillaje basura que vendía. Ustedes dos lo coordinaron todo a mis espaldas.

—¿De qué está hablando, Jack? — preguntó April.

—No tengo ni idea—, dijo. —Glenn, la última vez que hablé con Jessie fue en la primavera de 2002. La vi durante un minuto en el funeral de mi madre, y eso fue a seis metros de distancia. Ella sonrió, yo la saludé con la mano, luego ella se dio una palmadita en el estómago, te agarró del brazo y se fue.

Las mejillas de Glenn se pusieron rojas. —Hombre, no me mientas. Hablo en serio, Jack.

Al mismo tiempo que intentaba calmar la situación con Glenn, también intentaba darle sentido al hecho de que supuestamente había encontrado papeles con su nombre en posesión de Jessie.

—Kos— dijo.

—¿Qué?

Escupió en el suelo entre nosotros.

—Hace unos seis meses, Jessie me dijo que estaba en carrera para un viaje a Grecia. Nunca más volvió a hablar de ello, sólo ocasionalmente. Supongo que lo tengo presente en mi cabeza. Pero encontré un papel que tenía tu nombre y KOS, escritos en mayúsculas. K. O. S. Ese es el código de su aeropuerto allí. Está cerca de un complejo turístico. No me costó mucho acertar con eso. Iban a encontrarse y pasar una semana juntos allí.

—Pasé un tiempo en Grecia no hace mucho, pero no cerca de Kos. Y estás equivocado, el código del aeropuerto es KGS.

No dijo nada.

—Glenn, necesito que dejes de lado lo que crees que pasó. Ahora, busca en tu memoria algo que no sea cerveza ni comida rápida. ¿Decía KGS o KOS?

—¿Qué importa? — levantó los brazos. —Te pillé.

—Estúpido. ¿Dónde está ese papel ahora?

—En la casa. Hice una copia. El abogado con el que hablé me dijo que lo hiciera, ya que faltaban algunas cosas.

—¿Qué quieres decir con que faltaban?

No respondió.

—Necesito ver ese papel.

Glenn negó con la cabeza.

April dijo: —Puedo conseguir una orden judicial.

Glenn dijo: —Vete al carajo, Noble. No volverás a entrar en mi casa.

—Déjalo pasar, hombre— dijo Jack. —Tu esposa no fue asesinada.

—Entonces, ¿quién es la que está en el ataúd?

—Escúchame, Glenn. No fue asesinada. Fue ejecutada.

CAPÍTULO 32

—De verdad hiciste un desastre ahí en Crystal River—, dijo el tipo.

León contó los buzones a medida que pasaban. Vio uno con un búho pintado. Sonrió. Tenía el mismo en casa. Cuando su hijo volviera a casa de la escuela esta tarde, lo abriría y sacaría el correo. León lo agradeció. Le ahorró el viaje afuera.

—Hice lo que me dijo que hiciera—, dijo León. —De hecho, limpié un desastre. Nadie va a sacar nada de esa escena del crimen ahora.

—Pero mataste a un policía—, dijo el tipo.

—¿Qué más se suponía que debía hacer? — Se movió en su asiento y miró al hombre. —¿Qué hubieras hecho tú?

El tipo lo miró y sonrió. —Habría matado al policía.

León se señaló a sí mismo y luego al tipo. —¿Ves?, tú y yo somos iguales. Me sorprende no haberte conocido antes. ¿También haces asesinatos? Pensé que conocía a casi todos.

El tipo asintió. —Soy igual que tú. Somos unos cuantos más. Nunca se supone que estemos en el mismo lugar al mismo tiempo. Algo realmente salió mal si lo estamos.

—¿Cómo te llamas, hombre?

El tipo no dijo nada. Disminuyó la velocidad del auto y giró hacia un camino. Se curvaba detrás de altos setos y conducía a una puerta de garaje blanca. El hombre sacó las llaves del encendido y salió.

León miró a su alrededor. La casa era bonita, grande. El patio parecía espacioso y antinaturalmente verde. Este tipo lo tenía mejor que él. ¿Eso significaba que él estaba mejor? ¿O había estado por aquí más tiempo?

León saltó y se dirigió a la puerta principal.

—No por ahí—, dijo el tipo. —Sígueme.

León siguió al hombre por el costado de la casa.

—Todavía no puedo superar el desastre que causaste allí—, dijo el tipo.

—Ah, vamos. Un policía. Cuando las cosas van mal, tenemos que hacer lo que tenemos que hacer. ¿No?

—Sí, estoy de acuerdo, pero te pusiste en una posición en la que tu objetivo podría haberte visto.

—¿Quién, Jack? Hombre, eso es lo que quería decirle a Vera. Ella me tenía allí como observador. No estoy hecho para eso. Ya sabes lo que digo. Te cabrearías si te hubieran pedido que hicieras lo que yo tenía que hacer. ¿No?

El tipo asintió y dijo: —Por el garaje.

—¿Eso nunca te había pasado antes?

—Sí.

—¿El policía o tener que vigilar por ti mismo?

—Ambas cosas, tal vez.

—¿Por qué no me dices tu nombre?

—Nunca le digo mi nombre a nadie.

León lo miró. —Pero dijiste que somos iguales. ¿Eso no cuenta para nada?

—Supongo que realmente no importa si lo sabes. Mi nombre es Alessandro.

León asintió, sonrió, abrió la puerta y entró en el garaje.

—Aunque— dijo Alessandro, —si no te hubieran visto, no te lo habría dicho.

El suelo crujió bajo los pies de León. Miró hacia abajo. Estaba de pie sobre una lona azul. La puerta se cerró. El garaje quedó a oscuras. Su brazo se puso en movimiento, pero no pudo llegar a su arma lo suficientemente rápido. Escuchó un sonido metálico.

Y eso fue lo último que escuchó.

ALESSANDRO PASÓ POR ENCIMA DEL HOMBRE MUERTO Y DOBLÓ EL EXTREMO DE LA LONA SOBRE el cadáver. No necesitaba comprobar los signos vitales de antemano. El agujero en la parte posterior de la cabeza de León fue suficiente confirmación. Envolvió al hombre en la lona, luego ató bridas resistentes para asegurar el bulto.

Su jadeo era el único sonido en el garaje vacío. Sacó su teléfono y realizó una llamada.

—Está hecho, V.

—Gracias. Deja el cuerpo en el garaje y el auto en la entrada. Hay un Impala azul en la parte de atrás. Las llaves están en la guantera. El código de la puerta es nueve-cuatro-cuatro-ocho-dos. Quiero que conduzcas hasta Tampa. Llámame cuando llegues allí.

Alessandro colgó. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Dio dos caladas profundas mientras miraba la lona que rodeaba a su víctima. ¿Alguna vez había estado tan cerca de que su empleador lo matara? Claro, había tenido un par de metidas de pata en su vida. ¿Quién no? Lo único que podía imaginar era que ese tipo, Jack, tenía que ser más peligroso que León, y tal vez incluso más peligroso que él mismo.

Y más importante que cualquiera de sus objetivos anteriores.

Una cosa era segura. Alessandro no podía cometer el mismo error que León.

CAPÍTULO 33

La gente señalaba. Jadeaban. Los maldecían. Incluso intentaron bloquear su camino mientras guiaban a Glenn hacia la patrulla de April.

—Retrocedan—, gritó Glenn. Matt y Jed intervinieron y ayudaron a mantener a raya a los asistentes más ruidosos.

Fue extraño para Jack, por decir lo menos, trabajar junto con ellos después de una vida de desagrado y falta de respeto.

April encendió las luces y corrieron por la ciudad hacia la casa de Glenn. En el camino, describió los documentos que había visto. Explicó que, en la superficie, no parecían más que itinerarios y notas de reuniones. Pero nunca le gustaron los nombres que aparecían. Especialmente el de Jack. Sus sospechas se desarrollaron hace unos años después de la primera vez que vio una correspondencia dirigida a Jack. Por supuesto, solo aparecía Jack. Pero cuando Jack lo presionó, no pudo dar un apellido.

Sólo lo supuso.

—Si mi nombre apareció, ¿qué más decían los documentos? —, preguntó.

Se encogió de hombros y miró hacia otro lado. —Realmente no puedo recordarlo. Tal vez tenían el nombre de una ciudad o algo así.

—¿Recuerdas qué ciudad?

—No. ¿Qué importa de todos modos?

—A veces una palabra no es solo una palabra, Glenn. A veces significa otra cosa.

Hizo un ruido, pero no dijo nada.

—¿Alguien llamó y colgó, diciendo que tenía el número equivocado? ¿Alguna vez viste a alguien sospechoso afuera de tu casa? ¿Alguna vez abriste la puerta y la persona dijo que se había equivocado de casa después de preguntar por una persona al azar?

Glenn lo miró. Se reclinó en su asiento y cruzó los brazos. Entrecerró los ojos y movió el dedo índice derecho.

—Sabes, recuerdo haber visto un sedán negro por ahí recientemente. Nunca parecía que hubiera nadie dentro. Pensé que uno de los vecinos tenía familiares en la ciudad o algo así. Pero aparecía con bastante regularidad, como unas pocas veces a la semana durante un tiempo. Lo de las llamadas telefónicas, sí, quiero decir, recibíamos muchas llamadas pidiendo un nombre al azar. ¿Quién no? Siempre supuse que alguien había escrito nuestro número en algunas cabinas de baño.

Glenn sonrió por un segundo. Jack no.

¿En qué demonios se había metido Jessie?

April apenas tocó el freno cuando giró hacia el vecindario. Jack tuvo que agarrarse a la manija del techo para no deslizarse de su asiento hacia el de ella. Se detuvo frente a la casa.

Jack salió hacia una nube de humo. El caucho quemado apestaba como una fábrica de papel. Corrió por el camino de entrada. Escuché los pasos pesados de Glenn no muy lejos de los suyos. Los de April se unieron a los suyos un segundo o dos después. Jack arrancó la cinta policial de las dos columnas a cada lado de la entrada del porche. Glenn lo empujó para pasar. Sacó una llave y la metió en la puerta.

El olor los hizo retroceder a los tres. Tosieron y se atragantaron antes de adaptarse.

—¿Qué diablos es eso? —, preguntó Glenn.

—Lejía y amoníaco, dijo Jack.

Se subió la camiseta interior hasta la nariz y la tapó. —Eso te matará, ¿no?

Jack asintió. —Vamos.

Llevó a Jack por el pasillo hasta un dormitorio de invitados. Parecía más bien un armario con una ventana que daba al patio delantero y a la calle. Habían instalado un ordenador junto a la ventana. Quien se sentara en la silla, podía girarse hacia la izquierda y mirar. Era de suponer que la habían colocado allí para poder ver a los niños jugando afuera mientras Glenn o Jessie trabajaban en el ordenador.

O eran como el anciano de enfrente y les gustaba mirar a través de un par de cristales todo el día.

Jack tomó nota de preguntar por el sedán negro al viejo. Tal vez lo había notado durante una de sus operaciones de vigilancia. Dejando a un lado los informes sobre extraterrestres, el tipo alertó sobre el asesino de Craig.

Glenn pasó junto a Jack. Se sentó y la silla crujió bajo su peso. El polvo se levantó y se filtró a través de los rayos de sol que se filtraban por las grietas de las persianas. Apoyó los brazos en los apoyabrazos envueltos en cinta adhesiva verde neón.

Jack escaneó el contenido de una estantería que iba del suelo al techo. En su mayoría, ficción, una combinación de romance y misterio. Había algunos libros diferentes a ficción, sobre preparación para desastres, entrenamiento de las Fuerzas Especiales y supervivencia en la naturaleza. Junto a la estantería había tres cuadros enmarcados en la pared. Uno era de un pato silvestre. Otro del golfo al atardecer. El tercero era un retrato familiar hecho en carboncillo.

—¿Qué demonios? —, peguntó Glenn.

Jack miró por encima de su hombro. Glenn tenía los brazos en alto. Se quedó boquiabierto. Sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —, preguntó.

—No hay nada en este disco duro—, dijo.

—¿Qué?

—Mira.

Jack dio unos pasos y se detuvo detrás de él. Agarró el respaldo de la silla y se inclinó. Puede que se hubiera limpiado para el funeral, pero todavía apestaba.

Se concentró en el ordenador. El sistema operativo se había iniciado, pero era como si le hubieran dado una pizarra en blanco. El directorio de programas estaba vacío. También lo estaban todas las carpetas de documentos. Sacó el segundo disco duro. Estaba en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que usaste el PC? — preguntó Jack.

—Un par de días antes de que mataran a Jessie.

Era la primera vez que lo oía usar la palabra matar.

—Mencionaste archivos—, dijo Jack. —Supongo que archivos en papel. ¿Dónde están?

Se dio la vuelta en su silla. Jack se hizo a un lado. Abrió un cajón en un archivador de madera detrás de él.

—¿Qué demonios? — dijo.

—¿Qué? — preguntó Jack.

—Se ha ido todo. Mira. No hay nada ahí.

La paciencia de Jack comenzó a agotarse. Tenía la sensación de que Glenn los había llevado a propósito por mal camino para que el verdadero asesino pudiera escapar. Jack miró hacia la puerta. April estaba en el pasillo. Levantó una ceja e hizo un gesto con la mano hacia el frente de la casa. Jack negó con la cabeza.

—¿Glenn? —, dijo Jack.

—Espera un minuto—. Se enderezó. —Lo sé—. Se levantó y pasó junto a Jack, pasó a April, atravesó el pasillo y entró en su habitación.

Lo siguieron.

Sacó ropa de un cajón y la arrojó al suelo. ¿Había hecho lo mismo en la casa de Sean? Jack dejó de pensar en ello. Eso no importaba en ese momento.

—Toma—. Levantó un trozo de papel. Tenía pliegues verticales y horizontales en el medio de la página. Sin embargo, no parecía afectar nada.

Jack se acercó y se lo arrebató. En la parte superior vio su primer nombre. Debajo había cuarenta letras y números, espaciados uniformemente y en algún tipo de orden aleatorio. Nada de eso tenía sentido. Tenía que ser algún tipo de código. Había dos pulgadas de espacio debajo del código desordenado. En la parte inferior, escrito en letras grandes, vio lo que Glenn había mencionado antes.

KOS

—¿Qué significa? —, dijo April.

Jack levantó la vista. Ambos lo miraban fijamente. Se aclaró la garganta.

—Matar en cuanto sea visto (por sus siglas en inglés).

CAPÍTULO 34

Se quedaron en la habitación mal ventilada de Glenn en una formación triangular, codo con codo. Jack sostuvo el papel en su mano. Plano, para que todos pudieran verlo.

—Jack—, dijo April. —¿Quién querría matarte al verte?

No dijo nada.

—¿En qué diablos estás metido, hombre? — Las mejillas de Glenn se pusieron rojas. Podía verlo armar un rompecabezas imaginario. —¿En qué metiste a mi Jessie?

Jack se enfrentó al hombre en caso de que intentara algo. —Glenn, te dije la verdad antes. No he tenido ningún contacto con Jessie desde 2002. Sea lo que sea, ella se metió en esto.

—Entonces, ¿de qué se trata? — preguntó April.

—Para averiguarlo, necesitamos descifrar este código.

—¿Puedes hacer eso?

—No—, dijo Jack. —Pero conozco gente que puede.

—¿Por qué mataron a Jessie si tú eres el tipo de KOS? — preguntó Glenn.

—Buena pregunta. El hecho de que mi nombre esté en esa página no significa que yo fuera el objetivo. No sabemos cuándo escribió todo esto. El código podría haber sido de hace meses. KOS lo agregó hace una semana. Mi nombre hace tres días. El solo hecho de que estén en extremos opuestos de la página agrega dudas.

Los tres permanecieron en silencio durante un minuto. El zumbido circular del ventilador llenó el vacío. El aire frío golpeó la frente de Jack. Miró hacia arriba y vio un respiradero en lo alto.

April habló primero. —Glenn, ¿hay algo más que puedas decirnos?

—Había más que esto. Ojalá hubiera…— Retrocedió y se sentó en el borde de su cama. Parecía que estaba a punto de tener un colapso.

Jack miró a April y se encogió de hombros. Al darse cuenta de que no tenía la intención de consolar al tipo, se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Si piensas en algo más, llámame—, dijo.

No dijo nada. No los miró. Lo dejaron en la habitación y se dirigieron a la puerta principal.

—¿Crees esto? —, preguntó April.

Jack asintió con la cabeza, sin decir nada.

—¿Vives en un mundo donde algo así es posible?

Asintió de nuevo. Eso era todo lo que ella necesitaba saber. A las personas les pasan cosas malas cuando se involucran en su mundo. Era mejor que la dejara fuera de esto.

Caminaron hacia su patrulla, que estaba parada en la calle. Jack vio a Fults en su porche. Estaba apoyado contra la barandilla delantera. Tenía una petaca en una mano, un cigarrillo en la otra.

—Vamos a hablar con el guardia del vecindario—, dijo Jack.

Cruzaron la calle y cruzaron el césped descuidado del hombre. Se tambaleó hacia atrás y encontró una silla de plástico blanca enmohecida para sentarse.

—Sheriff—, dijo.

April dijo: —Señor Fults, tenemos un par de preguntas para usted.

—Seguro—, dijo.

—¿Viste un sedán negro por aquí recientemente? —, preguntó Jack. —¿Estacionaba en la calle un par de días seguidos?

—Sí, claro que sí. Me pareció un poco extraño. Se quedaba allí unos días y luego desaparecía. Volvía unas horas y se iba. Una vez estuvo allí una semana.

—¿Cuánto tiempo llevaba así? — preguntó April.

—Un par de meses, por lo menos— dijo él.

—¿Alguna vez viste a alguien entrar o salir de él? — preguntó Jack.

Miró hacia el techo. —Sabe, no puedo decir que lo haya hecho. Simplemente estaba... allí.

—Gracias, señor Fults.

Jack bajó del porche y se dirigió al otro lado de la calle. April se quedó atrás, presumiblemente para hacer más preguntas. No tenía necesidad de escuchar nada más.

Glenn estaba de pie junto al coche patrulla de April. Jack se detuvo a unos metros de él. No dijo nada.

—Lo siento por Jessie, Glenn.

—Gracias—. Hizo una pausa, miró hacia el cielo, se frotó la cara y luego miró a Jack a los ojos. —Siempre voy a creer que esto es tu culpa, Jack. De alguna manera, la llevaste a esto. Ya sea directamente o porque ella intentó encontrarte. Ella debe haber tropezado con algo que estaba muy por encima de sus posibilidades.

Sin darse cuenta, Glenn le había dado una dirección a seguir.

—Solo hazme una promesa— dijo.

—¿Cuál?

—Sé que te gustan las fuerzas especiales, la mierda de mercenarios. Es una broma recurrente entre algunos de nosotros que fuimos juntos a la escuela, jugamos al fútbol, ¿sabes?

Jack asintió y no dijo nada.

—Encuentra a ese bastardo que la mató y tortúralo hasta el cansancio. No dejes que muera de inmediato. Tómate tu tiempo. Hazlo sufrir. Córtalo en pedazos.

Aunque no tenía planes de torturar a su asesino, se sentía obligado a hacer algo con Jessie. Hace once años, casi la mata, al aparecer en su puerta en medio de la noche. Algo sucedió después de eso. No sabía qué, sin embargo. Ella siguió un rastro, o alguien siguió el suyo. Cayó en la trampa en la que caen tantos. Era algo que nadie más en su vida conoce. En última instancia, tienen que hacer lo que les dicen para mantener con vida a quienes aman. Al final, eso conduce a su propia muerte.

Glenn regresó a su puerta principal.

—¿Quieres que te lleve? — gritó Jack.

April se acercó a Jack. —¿Qué?

Glenn regresó al coche. —Por supuesto.

Jack miró a April. —Es lo menos que podemos hacer.

Ocuparon sus lugares en el coche. A medio camino entre la casa de Glenn y la iglesia, sonó el teléfono móvil de Jack. Lo sacó y comprobó el número.

Marcia.

—Detente— dijo Jack.

April frenó de golpe. El coche patinó. Lo controló y se desvió hacia la banquina de tierra y grava.

Jack salió en medio de una nube de polvo y contestó el teléfono.

—Tienes que salir de ahí ahora, Jack— dijo Marcia.

—¿Qué?

—Estás en peligro.

—Anoche huimos al peligro. Mató a un policía, no a mí. Dudo que esté...

—Cállate y escúchame, Jack. No tienes idea de lo que está pasando. La red es enorme y estás volando hacia el centro de ella. Antes de que te des cuenta, todo se cerrará sobre ti.

Jack hizo una pausa. —Si sabes lo que está pasando aquí, entonces dímelo.

Ella no dijo nada.

Jack tampoco. Era un juego de gallinas y no estaba dispuesto a desviarse primero.

Después de un minuto, ella habló. —Llama a Sasha, dile que prepare el vuelo. Dile también que has decidido trabajar para mí. Ella traerá un auto adicional y tú y yo podemos irnos sin ella.

—¿Por qué debería hacer esto?

—Tengo las respuestas que estás buscando.

—Entonces, ¿por qué no me lo dices ahora?

—No puedo, Jack. Necesito verte primero. Una vez que lo haga, puedo contarte lo que le pasó a Jessie.

La línea quedó en silencio. Jack levantó su mano en el aire y luego la tiré hacia abajo. De alguna manera se las arregló para mantener el teléfono en su agarre. Decidió llamar a Sasha antes de que su mente comenzara a procesar las palabras de Marcia.

—¿Jack? —, dijo.

—Estoy listo— dijo Jack. —¿A dónde tengo que ir?

—Tengo un avión esperando en un aeropuerto privado al norte de Tampa. ¿Qué tan pronto puedes llegar?

—Probablemente cuarenta minutos.

—Está bien. Estarán listos. Te enviaré un mensaje con la dirección.

—¿Sasha?

—¿Sí?

—Lo haré. Me haré cargo de la seguridad de Marcia. Llévala contigo. Ten un auto adicional esperando en el aeropuerto.

—Entendido.

Colgaron. Hizo una llamada más antes de volver al auto. April se inclinó sobre su asiento y dio un golpecito en su reloj. Jack levantó un dedo.

Su hermano respondió al segundo timbre.

—Sean, escúchame. Tienes que salir de la ciudad. Muy lejos de la ciudad. Coge a Deb, Kelly y papá y vete.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo.

—¿A dónde deberíamos ir?

—Conduce hasta Texas o lo que sea. Por lo que a mí respecta, sal de la ciudad. No uses tu teléfono celular. No dejes que nadie sepa a dónde has ido. Ni siquiera les digas que te has ido.

—Tengo un trabajo por hacer, Jack.

—Maldita sea, Sean. Hazlo. Ahora.

Hizo una pausa y luego dijo: —Está bien—, y colgó.

Jack subió al coche. Tenía la piel enrojecida. Al principio no notó el aire acondicionado.

—Necesito que me lleves a Tampa.

—¿Por qué? —, preguntó April.

—No puedo decirlo.

Pisó el acelerador, se apartó del arcén y condujo hasta la iglesia. Dejaron a Glenn junto a la entrada del aparcamiento. La multitud se reunió cerca de la parte trasera del cementerio, presumiblemente esperándolo. Jack no vio a Sean ni a su familia ni la camioneta. Ya se había ido. Esperaba que hiciera caso a su advertencia y se mantuviera alejado de su casa.

April encendió las luces y condujo a 150 km/h por la autopista. Solo usó las sirenas en los lugares donde el tráfico congestionaba la carretera. Cuanto más se acercaban a Tampa, más a menudo necesitaba utilizarlas.

Sasha envió a Jack un mensaje de texto con la dirección durante el camino. Él la ingresó en el GPS del auto. Solo se necesitarían un par de vueltas para llegar a su destino.

Estuvieron en silencio durante la mayor parte del viaje. April tenía preguntas para Jack. Él tenía preguntas en general. Ninguno de los dos expresó sus preocupaciones.

Tardaron veinticinco minutos en llegar al aeropuerto privado. Fue fácil encontrar el jet. Todos los demás aviones que vieron eran de una sola hélice. April detuvo el crucero a treinta metros de distancia. Jack no se movió. No hablaron. El aire frío les golpeaba la cara.

Pasaron dos minutos. April rompió el silencio. Se movió en su asiento y dijo: —¿Volverás alguna vez?

—Probablemente no.

Volvió la cabeza hacia el parabrisas. —¿Puedo ir a visitarte?

—No es una buena idea.

—¿Por qué?

—Mi vida es complicada. Toma esas cosas que pensaste sobre mí y multiplícalas por cien. No es que yo esté en peligro la mayor parte del tiempo, sino quienes me rodean. Puedo cuidar de mí mismo. Pero tengo que vivir una vida desapegada. Todos los que están cerca de mí terminan en problemas. A veces muertos. Ya no puedo hacer eso. No puedo hacerte eso a ti—. Extendió la mano y la puso detrás de su cabeza. —Tengo a esta pequeña niña en Londres y lucho con eso todos los días. Quiero verla más, pero sé que no debería verla en absoluto. No es su culpa que las cosas sean así, así que cedo porque no quiero que crezca creyendo que hizo algo para alejarme.

April no dijo nada. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No hay registro de que ella y yo tengamos algún tipo de conexión. Nuestras visitas son secretas. Tengo amigos que ayudan con eso. Sin embargo, estoy empezando a preguntarme si eso es suficiente. Si alguna vez los hago enojar, ¿quién sabe qué pasará? Mira, sé que esto te suena a excusa. Esta visita es lo que es, pero no deberías arriesgar tu vida para explorarla más a fondo. No arriesgaré tu vida, eso es seguro.

Abrió la boca, la cerró y se dio la vuelta. —Vete, Jack.

La mano de Jack se deslizó por su cuello, a lo largo de su hombro y se posó en su brazo. Ella la apartó. Jack dudó un momento, luego tiró de la manija de la puerta y salió. Antes de alejarse, se inclinó hacia adentro.

—Lo siento.

CAPÍTULO 35

Cerró la puerta de golpe. April puso la marcha y pisó el acelerador. Se alejó antes de que a Jack se le ocurriera decirle que parara. Salió a la autopista. La miró alejarse hasta que ya no pudo ver su auto.

Podría haber manejado mejor la situación. Todo lo que ella quería oír era que volvería. Podrían haberse besado, abrazado, despedido. Habría sido él quien tendría que lidiar con la realidad de la situación. En cambio, se lo dejó a ella.

—¿Eres Jack?

Se dio la vuelta. El hombre que estaba a unos metros de él era calvo, bajo y flaco. Sus piernas parecían palillos de dientes que sobresalían de sus pantalones cortos. No podía pesar mucho más de sesenta kilos, si eso.

—¿Señor? —, dijo.

Jack asintió con la cabeza, no dijo nada.

—¿Equipaje?

—Solo lo que llevo puesto.

Lo miró raro, se encogió de hombros y se dio la vuelta. —Vámonos.

Lo siguió hasta el avión. Caminaba con dificultad, como si una de sus piernas fuera artificial. Jack sabía que no era así. Supuso que se debía a una grave lesión en la cadera. El avión era más pequeño que el anterior y no tan agradable por dentro. Los asientos eran estándar, no había nada personalizado.

—Siéntate donde quieras—, dijo. —Despegaremos en veinte minutos. ¿Necesitas algo?

—Una bebida.

—¿Refresco?

—Alcohol.

—¿Estás nervioso por viajar? — Sonrió y asintió.

—No, solo tengo sed y estoy cansado y no quiero desperdiciar energía mental en este vuelo.

Su sonrisa se desvaneció. —Vuelvo enseguida.

El asiento del extremo derecho en el último pasillo tenía un espacio libre delante. Se sentó allí y estiró las piernas. Si bien no era tan cómodo ni atractivo como el sofá de su último vuelo, el asiento tenía mucho acolchado. Tal vez ni siquiera necesitara su bebida para quedarse dormido.

Antes de que pudiera pensar en ello, el hombrecillo salió del estrecho pasillo con una taza y cinco botellas de ron en miniatura. —¿Es suficiente?

Jack extendió la mano y las tomó. —Sé dónde encontrarte si necesito más.

Se quedó allí, y por un momento arrastró los pies izquierdo y derecho. ¿Estaba nervioso? ¿Necesitaba usar el baño?

Jack evitó su mirada y se concentró en vaciar dos de las botellas en miniatura en el vaso de

plástico frío. Los cubitos de hielo tenían agujeros que atravesaban el centro. El líquido marrón los recorrió. Bebió el primer vaso en dos tragos. El ron especiado le quemó la garganta, sin embargo, no tosió.

El tipo retrocedió, se dio la vuelta y caminó hacia la parte delantera del avión. Tenía demasiada energía nerviosa. A Jack no le gustó. Dejó las botellas en el asiento junto a él, se levantó y sacó el M40 de su cintura. Todavía llevaba puesto el traje de Sean. Todo sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de cambiarse. Los pantalones cortos y la camiseta que había traído estaban en su camioneta.

Se había terminado la quinta botella cuando el avión se dispuso a rodar. Tenía los ojos cerrados cuando despegaron de la pista y se quedó dormido antes de que el piloto se nivelara.

CAPÍTULO 36

Alessandro entró en el estacionamiento de una tienda de delicatessen llamada Cool Cuts. Vio un auto pequeño estacionado cerca de la puerta principal. Dentro, una mujer estaba de pie a un lado del mostrador y un adolescente con delantal estaba al otro lado.

Estacionó en el medio del estacionamiento, de frente a la entrada, y luego llamó a Vera.

—¿Estás en Tampa? — preguntó ella.

—A unos treinta kilómetros al norte— dijo él.

—¿Alguna vez has oído hablar de un hombre llamado Noble?

Alessandro pensó por un minuto. —Me suena familiar, pero no recuerdo haberlo conocido. ¿Cuál es su pasado?

—Marines, prestado a la CIA. Después de eso trabajó para una agencia gubernamental de la que probablemente nunca hayas oído hablar. Se fue abruptamente y se puso a trabajar por su cuenta. Tuvo un socio por un tiempo, pero eso es irrelevante. Más recientemente, hizo un trabajo en Londres con la Inteligencia Británica.

Alessandro vio un destello en el espejo retrovisor. Inclinó su cabeza para ver mejor. La puerta principal se había abierto. La mujer salió con una bolsa de plástico blanca. Salió de debajo del toldo y se protegió los ojos del sol con la mano. Caminó hasta su coche, se subió y se alejó del lugar de estacionamiento. Él miró por encima del hombro. El chico de la tienda estaba fuera de la vista.

Él dijo: —Entonces, ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

Vera se aclaró la garganta. —Sabes que no debes hacer preguntas así.

—Hiciste que eliminara a uno de tus mejores hombres hoy. Ahora voy a hacer mi segundo viaje a Crystal River en menos de una semana. ¿Qué diablos está pasando aquí? Si había más, ¿por qué me fui en lugar de terminar?

—Se equivocó—. Ella hizo una pausa. Él no dijo nada. Ella agregó: —Y eres lo mejor que tengo. Te fuiste porque el trabajo estaba hecho. Luego, no lo estaba. No quería ponerte en el mismo lugar días después de completar tu tarea. Pensé que León podría hacer el trabajo. Al parecer, me equivoqué.

Había sido capaz de suponer todo lo que ella había dicho por sí solo. Había más en esto y quería esos detalles.

—Mira, Vera, sabes que soy un buen soldado y no hago olas. Pero esta vez, necesito saber qué está pasando.

Ella no dijo nada. Si no fuera por su respiración, él habría pensado que había colgado el teléfono y se había ido.

—No me dejes fuera.

—Escúchame. Puedo haberte hecho lo que le hiciste a León. Si esto sale bien, entonces

consideraré decirte lo que pasó. Pero por ahora, sería prudente que hicieras lo que te dicen, cuando te lo dicen, como el soldado que te contraté para ser.

—Por supuesto.

Alessandro terminó la llamada. Apretó el teléfono. Sabía, cuando empezó este trabajo, que no había salida. Incluso si pudiera rastrear a Vera y matarla, había alguien detrás de ella. No tenía idea de quién. No tenía idea de quién lo empleaba en última instancia, ni a quién le reportaba. Las llamadas provenían de ella. El dinero se depositaba en varias cuentas bancarias, que cambiaban con regularidad.

Tenía que hacer lo que le decían, como cuando mató a aquella mujer desarmada, o acabaría como ese pobre tonto, León.

CAPÍTULO 37

El avión se detuvo en una zona iluminada por enormes luces fijadas en lo alto de unos postes. Jack se quedó de pie en lo alto de la escalera metálica que habían subido hasta el lateral del avión. Sasha estaba de pie allí abajo. Tenía una sonrisa en el rostro, que no lograba ocultar la mirada preocupada en sus ojos. Detrás de ella, había dos Audi casi idénticos aparcados uno al lado del otro. Jack supuso que el negro lo habían traído para él. A través del parabrisas entintado, distinguió la silueta de Marcia en el asiento del pasajero.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? — preguntó Sasha.

—Dormí. Supongo que eso lo hace bueno—. Sus pies tocaron el pavimento y dio dos pasos hacia ella. —Ahora dime qué está pasando aquí.

Se encogió de hombros. —Viste cómo es. No...

—Ella no— dijo Jack. —¿No ha surgido nada sobre mí? ¿Nadie sabía que fui a Estados Unidos?

Se dio la vuelta y le hizo un gesto para que la siguiera. Una vez que llegaron a su coche, le dijo: —Todo lo que puedo decirte es que nos topamos con información creíble que indicaba que tu vida estaba en peligro—. Jack decidió no decirle que Marcia había dicho lo mismo. —¿Qué tipo de pruebas?

—Alguien estaba en la ciudad para matarte—, dijo.

—Eso ya lo sabía. Atrapó a otra persona. Lo mejor que podemos decir es que huyó.

No dijo nada.

—¿De dónde salió esa pista?

—No puedo decirlo.

—Es mi vida la que está en juego, Sasha. Tienes que decírmelo.

—No puedo decirlo, porque no lo sé, Jack. Era anónimo. Pero cuando me puse a trabajar mis recursos, lo confirmaron.

Su nivel de comodidad cambió a negativo. Estaban en un espacio abierto. Al menos dos personas en Londres sabían dónde estaba. ¿Cuántas más lo sabían?

—¿Por qué no lo dijiste directamente? —, preguntó Jack.

—¿Habrías querido que lo hiciera? Además, nos enteramos después de que huyeron.

Jack no tuvo la sensación de que las mujeres estuvieran compartiendo información. Marcia había dicho que el hombre que huyó no era el peligro.

—¿Hay algo que podamos hacer para averiguar esto? — preguntó.

—¿Como qué?

—Tú eres la que trabaja en Inteligencia, Sasha. Dímelo tú.

Ella miró hacia otro lado. Sus mejillas se pusieron rojas.

Jack levantó sus manos. —Estoy nervioso.

—Entiendo, Jack. Y necesito que te des cuenta de que estoy haciendo todo lo que puedo para llegar al fondo de esto. Mientras tanto, tienes una nueva responsabilidad, una que aceptaste. Así que súbete a ese auto y haz lo que Marcia Stanton te diga que hagas.

—¿Todo lo que ella diga?

—Dentro de lo razonable—. La tensión desapareció de su rostro. Sonrió, extendió la mano y tocó la mejilla de Jack. —Ten cuidado. Habla conmigo por la mañana antes de que se vayan.

—Está bien.

Jack dio un paso atrás. Sasha abrió la puerta y se deslizó detrás del volante. Jack se dio la vuelta, rodeó el coche que le había traído y entró.

Marcia miró por el parabrisas hacia el jet. Al principio no reconoció a Jack. Él se preguntó qué le pasaba por la cabeza. Arrancó el coche y siguió las luces traseras de Sasha. Lo llevaría hacia la ciudad.

Tras unos minutos de silencio, Marcia dijo: —Vivo a unos veinte minutos de aquí.

Jack asintió con la cabeza sin decir nada.

—Ellos me proporcionaron este coche. No es mío. Hablaremos más en mi casa.

El coche podía tener micrófonos ocultos. Alguien podía estar escuchando su conversación. Fue inteligente al no decir nada importante.

Jack siguió conduciendo a través del tráfico nocturno. Los semáforos trabajaban en su contra. Estaban parados en la mitad de ellos. Conducían por Whitechapel. Marcia le dijo que girara a la derecha en Commercial Street. Jack siguió recto.

—¿Qué estás haciendo? —, dijo. —Vivo allí.

—Ahora estás bajo mi cuidado—, dijo Jack. —Eso significa que te llevaré a un lugar donde sé que estoy a salvo.

—¿Tu apartamento?

Jack no dijo nada.

—¿Crees que ese lugar va a ser seguro? Sasha y su equipo probablemente tengan un ejército de micrófonos ocultos allí.

Jack siguió sin decir nada.

—Jack, no seas estúpido.

Entró en un aparcamiento desierto y detuvo el coche. Abrió la puerta de golpe y salió. Marcia dudó, pero luego hizo lo mismo.

—No vamos a ningún lugar que ellos conozcan— dijo Jack. —¿Entendido? Ni tu casa, ni la mía. Tengo una casita al otro lado de la ciudad. Está alquilada con un nombre falso. Pagué un año por adelantado en efectivo.

Marica protestó, pero una vez que quedó claro que Jack no iba a dar la vuelta, se dio por vencida. Se sentaron y atravesaron la ciudad. Jack tomó la M4 y condujo hasta West Drayton. Unos minutos después, aparcó detrás de un edificio de apartamentos.

—Vamos— dijo Jack.

Una vez fuera, ella dijo: —Sabes que están rastreando el auto.

—Sí, por eso nos subiremos a otro vehículo y *luego* iremos a mi casa.

Ella lo alcanzó. —¿Siempre eres así de paranoico?

—El día que pare es el día que moriré—. Jack señaló un sedán blanco. —Ahí está.

Volvió a la M4 y condujo hacia el oeste otros dieciséis kilómetros hasta el otro extremo de Slough. Las farolas del vecindario eran pocas y distantes entre sí. La casa de Jack tenía un terreno arbolado. Era casi imposible ver la puerta principal desde la calle. Entró en el camino de entrada y aparcó frente al garaje.

Marcia lo siguió hasta la puerta principal. Había instalado una cerradura electrónica cuando se mudó. Tapó el teclado y marcó el código. Abrió la puerta por primera vez en dos meses. El aire viciado se escapó y los rodeó. Jack entró primero. Ella lo siguió.

Marcia miró alrededor de la gran sala desolada. —No hay mucho que ver aquí.

—Nunca estoy aquí. Es una opción. Eso es todo.

—¿Cuánto tiempo planeas tenerme aquí?

—Comenzaremos esta noche y veremos a dónde nos lleva.

Parecía que quería discutir con Jack. En cambio, se sentó en la mesa del comedor.

Jack fue a la cocina. Había un pequeño refrigerador blanco con manija cromada junto a la estufa. Abrió la puerta, agarró dos botellas de agua. Colocó una botella frente a Marcia y se sentó frente a ella.

—Dijiste que mi vida estaba en peligro— dijo Jack. —Dijiste que la red se estaba cerrando sobre mí. ¿Te importaría explicarlo ahora?

Se llevó la botella a la boca e inclinó la cabeza hacia atrás. Tragó saliva y luego se lamió los labios rojos. Su lápiz labial cubría el borde de la botella.

—No soy quien crees que soy— dijo.

—Podría decir lo mismo— dijo Jack.

Sonrió y se miró las manos. Tenía las uñas largas. Hacían juego con su lápiz labial. Ella las golpeó contra la mesa con un movimiento lento y constante, comenzando con su dedo meñique.

—Eres Jack Noble. Naciste en Crystal River, Florida. Creciste allí. Tu madre está muerta, tu padre aún vive. Tienes un hermano. Su nombre es Sean. Tiene una esposa, Deborah, y una hija, Kelly. No hay tías, tíos, primos ni nada por el estilo. Tenías una hermana. Era cuatro años mayor que tú, dos años mayor que Sean. Murió a la edad de dieciséis años.

Jack miró hacia otro lado. Nadie sabía sobre Molly, ni siquiera sus amigos más cercanos. —Ella fue asesinada. Lo presencié. No hice nada cuando sucedió. Paralizado por el miedo. Fue la última vez que me pasó algo así. Dejé que el resto de los detalles se deterioraran con el tiempo.

Marcia asintió y continuó. —Entraste en los Marines a la edad de dieciocho años, aunque no pasó mucho tiempo antes de que se dieran cuenta de que eras especial. Luego siguió una cooperación con la CIA. Hiciste cosas en Estados Unidos que la CIA no tenía permitido hacer. Luego, te fuiste a Europa por unos meses. Después, el mundo cambió en septiembre de 2001. Tú y tu compañero Riley fueron enviados a Irak antes que nadie. Recolectores de información, ¿no?

—Más bien secuaces que vigilaban las puertas de entrada.

—El programa en el que participaste fue calificado como un éxito por algunos, un fracaso por otros. Algunos querían cerrarlo. Alguien no. Ese alguien era de alto rango y se volvió codicioso. Te enfrentaste al general Keller de frente. Sin embargo, las pruebas que reuniste no te sirvieron de nada. Nunca salió nada de eso. Keller renunció a tiempo. Tú seguiste adelante.

—¿Cómo sabes todo esto?

Bebió otro trago de su botella. Un hilillo se deslizó por la comisura de su boca y le corrió por la barbilla. Se secó la cara con el dorso de la muñeca.

—Moviste algunos hilos y saliste de los Marines. Después de lo que pasó, nadie protestó. Pensaron que te mantendrían callado. Y así fue. Otra organización te atrapó. No fue casualidad que el SIS llamara a tu puerta, Jack. Solo que se vieron obligados a actuar casi demasiado tarde. De hecho, si no hubieran logrado retrasar el vuelo de Jessie, ella te habría alcanzado antes que Frank Skinner. ¿Qué habría pasado entonces?

Jack deslizó su mano derecha de la mesa y la envolvió alrededor de su pistola.

Ella continuó. —Hiciste mucho en tu tiempo con el SIS. Pero, al final, no era para ti. Tu

verdadera vocación se hizo realidad cuando te lanzaste por tu cuenta. ¿Verdad?

Jack no dijo nada.

—La cuestión es, Jack, que todavía coqueteabas con las chicas guapas cada vez que te llamaban. Aceptabas un trabajo tras otro. Parecía que no importaba quién llamaba. Hacías un trabajo para un tipo y luego te dabas la vuelta y lo matabas si alguien más te pagaba suficiente dinero. Atendías las llamadas del SIS y otras organizaciones. Trabajabas para tus amigos en Londres. Los franceses te llamaban de vez en cuando.

Jack deslizó su mano de su pistola a su bolsillo y recuperó el papel de la casa de Jessie.

—Aprecio la lección de historia, Marcia. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el momento actual?

Se echó hacia atrás en su silla, se levantó y se dio la vuelta. Sus pantalones negros abrazaban sus curvas. Caminó por la habitación. Sus pasos resonaban contra la pared. Se detuvo, pareció mirar la pared. Tenía las manos entrelazadas detrás de su espalda. Tiró de sus dedos uno por uno.

Jack se inclinó hacia atrás y esperó a que continuara.

—¿Qué aprendiste en Florida, Jack?

¿Era ahora el momento adecuado para presentar su evidencia?

—No estoy seguro de lo que quieres decir, Marcia.

Se dio la vuelta. Tenía los labios fruncidos. Balanceó los brazos hacia adelante, agarró su muñeca derecha con su mano izquierda y los dejó caer hasta su cintura. Era una mujer poderosa por dentro y por fuera. Sabía cómo presentarlo y parecer intimidante sin ser amenazante. Jack pensó en lo que había dicho antes.

No soy quien crees que soy.

—¿Descubriste algo sobre tu amiga? — preguntó ella.

—Hemos estado hablando mucho de mí. Cuéntanos algo de ti.

Sacudió la cabeza. —En su momento. Sigue con esto, por favor. Es relevante.

—No se suicidó. Al principio, pensé que eran su marido, el hermano de su marido y el amigo de su hermano. Las pruebas que descubrí sugieren lo contrario.

Marcia regresó a la mesa. Apartó la silla a su lado. Puso su mano sobre el antebrazo de Jack. —Puedes hacerlo mejor que eso, Jack.

—¿Por qué debería hacerlo?

No dijo nada. Parecía seria, aprensiva, incluso asustada. De cerca y bajo la iluminación Jack vio los débiles rastros de patas de gallo que se extendían desde las esquinas de sus ojos. Líneas superficiales se extendían por su frente. No hicieron nada para restarle valor a su belleza. Jack volvió a concentrarse y respondió a su pregunta.

—Bien, así fue como sucedió. Sospeché de su marido y su hermano. Siempre ha habido tensión entre nosotros. Parecía natural. Él tenía una coartada, aparentemente sólida. Me acusó de tener una relación a larga distancia con Jessie.

—¿La tenías?

—La vi por última vez hace más de diez años, después del asunto Keller. Parecía que ya lo sabías.

—Vale, continúa.

—Glenn, su marido, tenía pruebas. Me las mostró. Para él, indicaban citas secretas y cosas así. Para mí, era una lista negra y mi nombre estaba en ella.

No parecía sorprendida. —¿Había algo más?

—Todo había desaparecido. Supongo que quien la mató, robó o destruyó todo. Diablos, puede que los estuviera esperando y lo tuviera todo en una carpeta. Tal vez sabía que iban a venir

y lo destruyó ella misma.

Puso un codo sobre la mesa y lo apoyó bajo su mandíbula. —¿Puedes describir la prueba que viste?

—Puedo hacerlo mejor.

Jack tiró el papel doblado sobre la mesa. Ella lo agarró y lo abrió. Sus ojos recorrieron de izquierda a derecha, concentrándose en el código.

—¿Qué opinas de eso? —, preguntó Jack.

No dijo nada.

—¿Alguna idea de quién me tiene en una lista de personas a las que se puede matar cuando sean vistas?

Siguió sin decir nada. Sus labios se movían mientras repasaba el desorden de letras y números de la página. Miró a Jack.

Él esperó a que dijera algo.

Volvió a mirar la página. Sus labios se movieron un poco más. Jack no pudo entender las palabras que formó. Terminó y lo miró de nuevo.

—Jack, ¿alguna vez has oído hablar del FATF?

—Sí, claro—, dijo automáticamente. —Pensándolo mejor, no.

—El FATF es un grupo de trabajo especial dentro de la OECD. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí, es una organización internacional que tiene algo que ver con la política económica, ¿verdad?

Asintió. —Bastante cerca. El grupo de trabajo del FATF se ocupa del lavado de dinero a escala mundial. Esto es importante debido al terrorismo, y hay un gran foco en África en este momento. Esos grupos son el objetivo principal.

—Vale. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Miró el papel. —¿Eso era todo lo que había?

—Registramos la oficina. Los cajones estaban vacíos. Su computadora había sido borrada. Como dije, quienquiera que haya sido enviado a matar a Jessie hizo un buen trabajo limpiando el lugar, o ella lo hizo primero.

Levantó el papel. —Todo esto está escrito con la misma letra, pero me aventuraría a decir que fue por lo menos con días de diferencia. Puedes ver que la tinta es diferente. El código está en negro y tu nombre está en azul oscuro.

—¿Qué dice el código?

Se levantó y caminó alrededor de la mesa. —Habla sobre el FATF y un objetivo. No tiene nada que ver contigo. Al menos, no hasta donde yo sé.

—¿Quién es el objetivo?

—No puedo descifrar esa parte, desafortunadamente. No coincide con el resto del mensaje.

—¿Qué?

—Código dentro del código.

—Marcia, ¿cómo pudiste descifrar lo que dice ese papel?

Se detuvo, puso sus manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. —Antes de mi incursión en el mundo de la ley, trabajé en el MI5, de forma encubierta.

—¿Cómo es que Sasha no me ha mencionado esto?

—Ella no lo sabe. Nuestros caminos nunca se cruzaron. Nunca estuve en la nómina con mi nombre.

—¿Te fuiste hace unos cinco años?

Ella asintió.

—¿Por qué?
—Mi tapadera fue descubierta.
—¿Cómo?
—Me expusieron durante una investigación sobre Jessie Staley.

CAPÍTULO 38

Oír el nombre de Jessie lo hizo estremecer. Se llevó las dos manos a la coronilla. Por un momento, olvidó cómo respirar. Escuchar las acusaciones de su marido era una cosa. Ver el papel con su nombre, otra. Una mujer que decía ser agente secreta de la agencia de contrainteligencia británica que le decía que había investigado a Jessie hizo temblar la tierra.

—¿Por qué la estabas investigando? —, preguntó.

—Fue hace tanto tiempo, Jack, que no puedo recordar todos los detalles.

—Fue tu último caso. Estoy seguro de que recuerdas algo.

Se sentó junto a Jack de nuevo.

—Tu evidencia contra Keller fue destruida hace todos esos años.

Jack asintió.

—Jessie hizo eso.

Jack asintió de nuevo.

—¿Sabes por qué?

—Amenazaron a sus padres.

—Sí. ¿Y qué hace un acosador cuando sabe que las amenazas funcionan?

Jack miró hacia otro lado.

—Siguen haciéndolas.

—Correcto.

—¿Quién? —, preguntó.

Ella negó con la cabeza. —No importa, Jack.

—No me digas que no importa. La mataron y, a juzgar por ese papel, también me quieren muerto.

—No eres el único— dijo. —Soy un cabo suelto.

—Cuando esto ocurrió, ¿consiguieron tu nombre o tu tapadera?

—Tapadera, pero es obvio que alguien me reconoció.

Jack la estudió por un momento. —Entonces, estos ataques que están sucediendo, la razón por la que me querías cerca, era porque no estás tratando con matones. ¿Son asesinos profesionales? ¿Por qué estás en las calles todos los días? ¿Por qué te postulas para un cargo público? ¿Por qué no te escapas y te escondes?

—Pueden encontrarme en cualquier parte. ¿No lo entiendes? Llegarán a mí de una manera u otra. Voy a salir en mis propios términos.

Jack pensó en lo que había dicho. Una parte de él se negaba a creerlo. No era posible.

—Dime lo que sabes sobre el papel de Jessie en todo esto— dijo Jack.

—Sabía sobre la muerte de Jessie antes que tú. Recibí una llamada anónima. Por eso insistí para que te unieras a mí. Sabía que eran cercanos.

—Dime lo que sabes sobre en qué estaba involucrada.

—La usaban como mensajera. Cuando había que transportar algo, la llamaban. Estoy hablando de documentos muy sensibles, Jack. Dejaron de usar comunicaciones electrónicas porque captamos demasiado.

—¿Cómo los transportaría? No se arriesgarían a darle una carpeta, ¿verdad?

—A menudo es en forma de chip. Lo implantaban en la carne.

Jack pensó en la morgue. Tenía un corte reciente en el brazo de aproximadamente una pulgada de largo.

Marcia empujó la hoja frente a Jack. —Otras veces lo memorizaban.

Estudió su rostro. Era firme.

—Hablé con ella varias veces durante mi investigación hace años. Nos encontramos. Ella se puso dura, pero me di cuenta de que estaba asustada. Se abrió a mí. Así es como me enteré de las amenazas a su familia. Nunca se detuvieron. Amenazaron a sus hijos, que eran bebés en ese momento.

—¿Cómo te atraparon?

—Bajé la guardia.

Jack esperó a que continuara. No lo hizo.

—Todo lo que sabes sobre mí, ¿es por estar en el MI5?

Ella asintió y no dijo nada.

—Entonces, ¿no sabes nada reciente?

—No, en realidad no.

Jack empujó su silla hacia atrás y se levantó. Ella lo miró fijamente. Pasó junto a ella, hacia la puerta principal.

—Voy a salir un rato. Puedes quedarte con la cama. Yo dormiré en el sofá.

Salió. Después de unos días de humedad opresiva, le dio la bienvenida al aire fresco de la noche. Caminó por el camino de entrada. Los árboles se elevaban hacia el cielo y bloqueaban la luz de la calle dos casas más allá. Llegó a la acera y giró a la derecha.

Su mente corría de un pensamiento a otro. La revelación sobre el alcance de las actividades de Jessie fue una sorpresa parcial. Lo vio venir, aunque trató de evitarlo. Ella entregó su evidencia contra Keller. La tenían desde ese momento.

Pero ¿quién? ¿Qué le hicieron hacer? ¿Con qué frecuencia? ¿Dónde encajaba Jack en esto? Si Marcia tenía razón y su nombre había sido agregado a ese documento después del hecho, ¿por qué había surgido?

Miró hacia el cielo despejado. —Ojalá pudieras hablar conmigo, Jess.

Pero no podía. Y por lo que sabía, las pistas habían estado allí y él las había pasado por alto.

Continuó por la calle. Un perro ladró detrás de una cerca de alambre. Sus pensamientos se dirigieron a April por primera vez desde que se fue. Se preguntó si ella sabía algo sobre esto. Eso era dudoso. Tal vez Deb sí. Sin embargo, ella y Jessie habían seguido siendo cercanas. Tal vez algo se había escapado con una copa de vino. Jack sacó su teléfono. Eran las ocho en Florida. Todavía estarían despiertos.

Sean respondió.

—¿Están bien? — preguntó Jack.

—Estamos todos bien. Estamos...

—No me digas nada. Es mejor que no lo sepa.

—¿Qué está pasando, Jack?

—¿Está Deb por ahí?

—Claro, pero ¿puedes decírmelo primero?

—No—. Hizo una pausa. —Lo siento, todavía no puedo. No estoy seguro.

—Vale—. Dijo algo de fondo y luego Deb se puso a hablar.

—¿Jack?

—Deb, necesito que pienses en los últimos cinco años. ¿Alguna vez Jessie te dijo algo que indicara que estaba en peligro?

—¿Con su marido?

—No, no con él, solo en general. ¿Alguna vez te pareció que temía por su vida?

—¿Su vida? No, no que yo recuerde.

—Cuando se fue, ¿qué te dijo?

—Salió de la ciudad para asistir a conferencias de ventas y a viajes que había ganado. Me llevó una vez. Fuimos a Jamaica.

—¿Pasó algo fuera de lo normal allí?

—Bastante normal, Jack. Ya habíamos pasado nuestros días de fiesta.

—Está bien. Dile a Sean que llamaré por la mañana.

Jack se dio la vuelta y volvió a la casa. El mismo perro ladró cuando pasó por su jardín. Esperaba que un momento de claridad lo encontrara tan fácilmente como al perro. No fue así. Caminó hacia la puerta principal más confundido que cuando se fue.

Miró hacia un lado. La ventana del dormitorio estaba iluminada. Marcia lo había encontrado. Jack supuso que se había acostado, así que abrió la puerta en silencio.

Escuchó el sonido de su voz. Estaba apagada. No podía entender lo que había dicho, pero parecía que hablaba con acento americano. Se quedó en la entrada por un momento. La llamada terminó antes de que Jack pudiera escuchar nada más.

La puerta del dormitorio se abrió con un crujido. Marcia salió. Sin nada para cambiarse, llevaba la misma ropa.

—No sabía que habías vuelto— dijo.

—Acabo de llegar— dijo Jack.

Ella pasó a su lado.

—Juro que escuché un acento americano saliendo de tu habitación.

Ella miró hacia atrás, sonrió y asintió. —Estaba hablando por teléfono con mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Está preocupada por mí.

—¿Y habla como si fuera de los Estados Unidos?

Marcia se detuvo y se dio vuelta. —Mi padre se fue a los Estados Unidos cuando yo era joven. Se volvió a casar y tuvo tres hijos más. Anna, la mayor de los tres, y yo somos muy unidas. Con ella estaba hablando. Ella es muy americana. Incluso más que tú.

Jack lo dejó así. Ella fue a buscar un vaso de agua a la cocina y regresó a la habitación. Él se acostó en el sofá. A pesar de su siesta en el avión, no tuvo problemas para conciliar el sueño.

CAPÍTULO 39

Alessandro se estiró en el asiento trasero de su coche, dormido. Su teléfono lo despertó. Abrió los ojos. La luna flotaba en lo alto. Parecía una linterna a cien metros de distancia. Si se desplazaba unos cientos de metros hacia el oeste, la vería reflejada en las tranquilas aguas del golfo.

Dejó que el teléfono sonara cuatro veces antes de contestar. Contempló la posibilidad de dejar que saltara al buzón de voz. No era como si Vera no fuera a devolverle la llamada hasta que él respondiera. Y ella estaría enfadada. Y una Vera enfadada no era lo ideal para el bienestar de Alessandro, así que respondió a su llamada.

—El marido sabe demasiado—, dijo.

La declaración lo tomó por sorpresa. Había estado preparado para enfrentarse a otro hombre. Esperaba que ella llamara para transmitirle información pertinente.

—¿Sobre qué? —, dijo. —No estaba allí.

—Sobre algo que no quiero que sepa. Tendrás que matarlo. Pero, antes de hacerlo, necesitarás averiguar qué sabe su hermano.

—¿Entonces quieres que empiece con su hermano?

—No, primero ocúpate del marido. Antes de matarlo, presiónalo para que te dé información sobre su hermano. Si podemos evitar matar a ese hombre, hagámoslo. El lío se está extendiendo y necesito que lo contengas antes de que se filtre. Estamos a punto de que el par de ojos equivocados caiga sobre Crystal River.

Alessandro miró hacia arriba, a través de la ventana trasera. Unas nubes delgadas pasaban velozmente por la luna, ocultando partes de ella, pero nunca el orbe entero. Trató de pensar en una pregunta para hacerle a Vera que pudiera llevar a más información. No le gustaba estar en medio de algo tan enrevesado sin todos los hechos.

—Está bien—, dijo. —¿Alguien más?

—Vigila a la sheriff. No sé cuánto sabe. Te enviaré las direcciones, incluida la ubicación del departamento del sheriff.

Vera terminó la llamada antes de que pudiera decir algo. Después de un minuto, Alessandro se subió entre los asientos delanteros y se deslizó detrás del volante. Había girado la llave en el encendido cuando su teléfono vibró. Era un mensaje de Vera. Ella quería que él regresara a la casa primero. Ingresó la dirección en la unidad de navegación del Impala y se dirigió hacia Suncoast.

El viaje tomó cinco minutos. No pasó un solo auto en el camino. Entró en el vecindario. A juzgar por las ventanas delanteras oscurecidas a lo largo de la calle, todos ya se habían ido a la cama. Miró el reloj en el tablero. Eran poco más de las once de la noche.

Divisó la casa, pasó por delante de ella, estacionó dos lotes más allá.

Alessandro saltó la cerca del vecino y corrió por su patio trasero. Golpeó la siguiente cerca a toda velocidad y la saltó. Repitió el proceso una vez más y luego corrió hacia la parte trasera de la casa de Jessie.

Estaba oscuro adentro. Los controladores de aire estaban en silencio. No parecía que hubiera nadie en casa. Se dirigió a la puerta trasera. Estaba sin seguro. Empujó la puerta y se deslizó por la casa con su arma desenfundada. Recorrió el lugar, habitación por habitación, verificando que todas estuvieran vacías.

Llamó a Vera para contárselo. Ella le envió instrucciones para llegar a la casa de Matt con instrucciones de neutralizar a los hombres solo si se sentían amenazados. Él ignoró la advertencia.

Nadie lo sabría de ninguna manera.

Pasó por alto la ciudad y llegó a la entrada de un vecindario en mal estado veinte minutos después. El lugar parecía abandonado. Las casas eran viejas y estaban en diversas etapas de deterioro. Imaginó que la mitad de ellas estaban vacías o albergaban a ocupantes ilegales.

Apagó las luces delanteras y avanzó por la calle sin pisar el acelerador. El estado ruinoso del vecindario no le molestaba. Los residentes de un lugar como este no eran del tipo que hablarían con la policía. No importaba si presenciaban algo. Nunca lo admitirían. Alessandro podía apreciar eso. Incluso podría darle cien dólares a cualquiera que viera afuera cuando saliera.

Incentivo extra.

Pisó el freno al pasar por la casa. La ventana delantera estaba iluminada y vio tres cabezas vueltas hacia un televisor de pantalla ancha. Dos de las caras estaban fuera de la vista. La que podía ver le hizo creer que el hombre estaba drogado. Supuso que los otros también lo estaban. Era una suposición que tendría que descartar antes de entrar en la casa. Lo mejor era asumir que eran capaces de dar una buena pelea.

Se detuvo junto a la acera, salió del vehículo y atravesó el césped hasta la puerta principal. Alessandro no se molestó en llamar. Alargó la mano hacia la manija y la giró. Ninguno de los hombres se movió cuando entró en el vestíbulo. Señaló al hombre que probablemente le causaría problemas. Ese hombre sería el primero en morir. Los otros dos eran pesados, estaban drogados y parecían moverse lentamente. Desde su posición, podría matar a los tres antes de que uno le pusiera la mano encima.

—¿Quién de ustedes, caballeros, es Glenn?

El hombre contra la pared del fondo lo miró con una expresión inexpresiva y dijo: —Yo soy.

Uno de los otros chicos comenzó a levantarse. Alessandro apuntó con su pistola al hombre. —No hay necesidad de moverse. Sólo estoy aquí para ver a Glenn.

El tipo dijo: —Bueno, ese es mi hermano.

—Si quieres que viva, será mejor que vuelvas a tu asiento.

El tipo extendió las manos y se sentó en el sofá. Los tres respiraban pesadamente y de manera errática. Sus niveles de pánico eran altos. Si todos intentaban hacer un movimiento, sería descoordinado. Lo que favorecería a Alessandro.

Los hombres no se movieron. Esto iba a ser demasiado fácil. Luchó por mantener a raya una sonrisa.

Luego le disparó a Glenn en la cabeza.

El silenciador fijado al extremo de su pistola ahogó la mayor parte del ruido. Sonó como un perdigón golpeando una lata. Se giró, disparó otro tiro antes de que cualquiera de los dos hombres reaccionara. Le dio al tipo a su derecha en la cabeza. Se desplomó sobre el brazo del sofá.

El tercer hombre se movió rápidamente. Alessandro se sorprendió. Disparó antes de apuntar. El tiro falló. El tipo grande se abalanzó sobre él. Alessandro enroscó un brazo en el brazo del tipo mientras este se desparramaba hacia atrás. El hombre lanzó su brazo libre. Conectó con la mano de Alessandro, desprendiendo la pistola. La oyó caer al suelo y patinar por la habitación. No pudo ver su posición.

El tipo grande lanzó otro puñetazo que conectó en el costado de Alessandro. Una de sus costillas se rompió. Luchó contra el dolor, haciendo una mueca y le dio en la cara inclinada del hombre. El tipo gritó y luego gorgoteó. Sin ver el daño, Alessandro asumió que le había roto la nariz.

Así que lo golpeó allí otra vez. Y otra vez.

El tipo grande cayó de rodillas. Alessandro le dio una patada en el plexo solar. El hombre se tambaleó, pero no cayó. Alessandro lo pateó dos veces más. Una en el estómago. Una en la garganta. Finalmente, el hombre cayó de costado.

Alessandro cruzó la habitación, recogió su pistola y caminó hacia el hombre. El tipo corpulento luchaba por respirar. Tenía la cara roja como un tomate. Alessandro dio un paso adelante. El hombre intentó mover los brazos, pero no pudo.

Alessandro le escupió y apretó el gatillo cuatro veces.

Hasta ahí llegó la recopilación de información.

CAPÍTULO 40

Jack abrió los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia la puerta trasera. No entraba luz por la cortina transparente que cubría las ventanas. Consideró volver a dormir. Sabía que sería una causa perdida. Levantó su teléfono celular y miró la hora.

5 a.m.

Se quedó allí un momento, miró el techo y escuchó. La casa estaba quieta, silenciosa. Marcia dormía. O se había ido. Podía lidiar con cualquiera de las dos.

Los eventos del día anterior inundaron su mente. Tenía mucho de qué ponerse al día, así que pasó las piernas por el borde del sofá. Encontraron el suelo. Sus rodillas y tobillos crujieron cuando se levantó. Levantó los brazos sobre su cabeza. Sus hombros y codos tuvieron la misma reacción que la mitad inferior de su cuerpo. Una corriente de aire fresco recorrió la habitación, cosa que hizo sentir bien a sus brazos, piernas y pecho desnudos.

Fue a la cocina. El piso de baldosas se sentía cinco grados más frío que el aire que lo rodeaba. Sacó una bebida proteica del refrigerador. Levantó la tapa del cubo de basura para tirar la tapa. La hoja de papel con su nombre, el código y las letras KOS estaba encima de un plato de papel usado y dos botellas de agua vacías. Sacó el documento y lo llevó a la otra habitación. Sus pantalones estaban doblados en el suelo, los agarró y metió el papel en uno de los bolsillos.

Trató de suponer que el documento había sido tirado a la basura por accidente, pero una sensación lo carcomía y le hacía dudar de esa conclusión. Encontraría una manera de comentarlo con Marcia de manera informal. Su reacción le diría si lo había hecho a propósito.

La única ducha de la casa estaba en el dormitorio. Jack decidió no molestar a Marcia. Podría dormir por cerca de una hora más. Volvió a la cocina. Una cafetera de veinte años estaba sobre la encimera. Funcionaba. El café que preparaba era fuerte en potencia, sabor y efecto. Eso era todo lo que importaba. Si Marcia se parecía en algo a Jack, el olor sería suficiente para despertarla en los próximos diez minutos.

El café goteaba a través de un filtro hecho de papel reciclado. La cafetera se fue llenando gota a gota y Jack se sintió más somnoliento. Dejó que terminara de prepararse antes de servirse una taza. Cuando finalmente estuvo listo, dejó de lado la crema y el azúcar y llevó su taza grande de café negro al patio trasero.

A través de los árboles, observó cómo el cielo pasaba del azul al rojo, al naranja y de nuevo a un nuevo tono de azul. Parecía nuevo, fresco y nítido. El sol subió más alto en los siguientes minutos. La luz brillante se abría paso a través de las hojas agrupadas. Los pájaros cantaban. El aire se calentó. La brisa se mantuvo fresca.

Jack tenía el teléfono móvil en el regazo. Lo miró mientras zumbaba contra su muslo. La llamada venía de Florida. Pasó el dedo por la pantalla y respondió.

—Glenn, Matt y Jed fueron asesinados—. April sonaba sin aliento. Era pasada la medianoche

allí. Presumiblemente, no había dormido mucho. Y el sueño que había logrado había sido inducido por una cerveza.

—¿Estás en la escena? —, preguntó Jack.

—Me voy de mi casa ahora.

La imaginó apartando al gato atigrado a un lado y deslizándose por la puerta principal. Dudaba que se pusiera el uniforme. Tal vez llevaba vaqueros azules y una camiseta sin mangas, con la camisa de sheriff colgada del hombro. No había tiempo para preocuparse por estar vestida de manera adecuada cuando se iba a un triple homicidio.

—¿Qué sabes? —, preguntó Jack.

—Nada, todavía. Una vecina llamó al 911 después de ver a un hombre huyendo de la escena. Estaba en su porche, al otro lado de la calle. Dijo que vio al tipo entrar en la casa. Cree que lo vio en la sala de estar. Tenían las persianas abiertas, como la última vez.

—Está bien.

—El tipo los ejecutó—. Ella escuchó lo que describió como pernos arrojados en una lata de café. —Eso es todo lo que tengo por ahora. Averiguaré más después de asegurar la escena.

Un triple homicidio no era algo que un aficionado probablemente lograría. Un profesional lo hizo. Y aún podría estar cerca.

—No vayas sola— dijo Jack. —¿Entendido?

El teléfono sonó y retumbó. Siguió una pausa. —Lo siento— dijo. —Se me cayó mientras me ponía la camiseta.

El tatuaje apareció en la mente de Jack, pero lo dejó de lado. —April, asegúrate de llevar contigo al menos uno, preferiblemente dos, agentes.

—Lo haré—. Hizo una pausa. —¿Qué opinas de esto?

Jack le dio mucha importancia. Tres hombres fueron ejecutados después de que uno de ellos revelara que había encontrado un escondite de secretos del gobierno. Aunque no tenía ni idea de lo que había mirado, estaba seguro de que lo mataron por eso. April y Jack no eran los únicos a las que se lo contó. Ahora, alguien estaba limpiando un desastre. Empezaron con Jessie. Luego, el agente de April, Craig, se interpuso y pagó por ello. Jack estaba en medio de todo. Sin él allí, ¿a quién más perseguirían?

—¿April?

—¿Sean y su familia?

Jack dijo: —Es demasiado pronto para especular, April. Llámame cuando llegues a la casa. No olvides enviarme fotos de la escena del crimen por mensaje.

Colgó. Bebió su café de un trago y volvió a entrar. Tenía un cambio de ropa en el dormitorio. La puerta permaneció cerrada. Todavía tenía puestos los pantalones y la camiseta que le había prestado Sean el día anterior.

Durante cinco minutos caminó de un lado a otro de la habitación. Sus pasos sonaban más fuertes con cada paso. El paseo por la plaza no le ayudó a aclarar la mente. No tenía grandes ideas. Las cosas se volvieron más confusas.

Marcia seguía sin despertarse.

Salió a la parte de atrás y llamó a Sasha. Le contó las novedades. ella le dijo que dedicaría todos los recursos que pudiera, cuando pudiera.

Volvió a entrar. Marcia estaba de pie en medio de la sala de estar y lo vio entrar.

—¿Está todo bien, Jack?

—No.

—¿Qué pasó?

—Algo malo.

—¿Te importaría explicarme?

Jack sacudió la cabeza y fue a la cocina.

Ella lo siguió. —Jack…

—¿Por qué tiraste ese papel?

—¿Qué papel?

—El que traje de Florida.

—No lo tiré, Jack.

—Lo encontré en la basura esta mañana.

Miró el cubo de basura y luego a Jack. Tenía los ojos muy abiertos. Extendió las manos. —Yo... debo haberlo hecho por accidente cuando tiré mi plato y las botellas de agua vacías. ¿Por qué me desharía de eso? Puede que lo necesitemos para averiguar qué está pasando.

Sus ojos eran firmes. Sus labios no temblaban. Tartamudeó una vez, pero eso fue todo.

Jack dijo: —Me dijiste por teléfono que sabías quién me estaba buscando.

Dio un paso atrás, cruzó los brazos sobre el pecho. Miró hacia la ventana sobre el fregadero. Un seto alto bloqueaba la mayor parte de la vista.

Jack continuó: —Si eso fuera cierto, ya habrías dicho algo. ¿Verdad?

No tenía respuesta.

—¿Por qué me dijiste eso cuando claramente no lo sabes?

—Todo lo que sé es que algo está pasando, Jack. Tenía que traerte de vuelta aquí. Sabía que, si te lo decía, llegarías a la conclusión de que mientras tú estuvieras allí, otros no estaban a salvo, y volverías—. Se inclinó hacia Jack y se señaló a sí misma. —Fue una apuesta, pero tenía razón.

Jack metió la mano en su bolsillo y agarró el papel. En ese momento se dio cuenta de que había dejado su pistola en la otra habitación. No era una buena sensación.

—¿Todo esto fue inventado, Marcia? ¿Todo el asunto del lavado de dinero que mencionaste anoche?

Sacudió la cabeza, tomó el papel y dijo: —Esa es la verdad, Jack. No sé quién es el objetivo y ni siquiera estoy segura de si eso importa ahora. Esto podría ser de hace meses. Es solo algo que estaba en su posesión que prueba que todavía la estaban utilizando. Lo que me preocupa es que ese trozo de papel parece ser lo único que queda.

Jack debatió si debía decirle la razón por la que había sobrevivido. Glenn lo había guardado en un cajón. Jessie no lo sabía, ni tampoco su asesino. Quienquiera que haya destruido los documentos restantes no tenía idea de que existía el que él poseía.

Al final, no le dijo nada a Marcia al respecto.

—Jack, dime qué está pasando.

—¿Quién dice que está pasando algo?

—Puedo verlo en tu cara, tus acciones, tus reacciones. Estás demasiado estresado. Sé lo suficiente sobre ti para darme cuenta de que eso no ocurre muy a menudo.

En verdad, sucedía más de lo que debería. A veces se preguntaba cómo seguía con vida.

Ella dijo: —Por favor, Jack. Sé sincero conmigo.

—El esposo de Jessie, Glenn, su hermano Matt y su amigo Jed fueron asesinados anoche.

CAPÍTULO 41

Alessandro le envió un mensaje de confirmación a Vera. El asesinato había sido un éxito. Huyó del barrio y, por lo que pudo comprobar, nadie se había dado cuenta de que había estado allí. Al mismo tiempo, supuso que alguien lo había visto. Así era en todos los trabajos. Le impedía hacer algo estúpido después. Así era como atrapaban a hombres en su posición y, posteriormente, los mataban. Se emborrachaban, fanfarroneaban ante un grupo de tipos en un bar. O tal vez se llevó a casa a una stripper y le contó su sucio secreto. O tal vez, todavía intoxicado por el asesinato, volvían a matar.

Nunca había hecho eso.

Pero esta vez tenía que hacerlo.

Ahora estaba de pie al final de una calle tranquila, detrás del Impala. La tapa del maletero estaba abierta. Una única bombilla proporcionaba suficiente luz para que pudiera ver claramente el contenido del maletero. Quitó la rueda de repuesto y sacó la bolsa que contenía el gato. Vera le había dicho que mirara dentro. Así lo hizo. Levantó una ceja al ver el contenido. Cerró la bolsa y la llevó consigo, colocándola con cuidado en el asiento del pasajero. Consideró abrocharle el cinturón de seguridad. Sería exagerado, se dijo.

En ese momento recibió un mensaje de texto de ella. Contenía una dirección, un número y una calle. Nada más. Lo conectó al sistema de navegación del Impala y una voz computarizada le respondió con las instrucciones.

Bastante simple. Solo un par de vueltas y unos pocos kilómetros para conducir.

Alessandro condujo hasta el final de la oscura calle residencial. Giró a la derecha y se alejó del pueblo. Todo estaba oscuro. Casas, negocios, incluso farolas. El pueblo y las áreas circundantes cerraron en medio de la noche. No podía imaginar cómo la gente vivía así. Se volvería loco.

El sistema de navegación dijo que estaba cerca. Hizo una cuenta regresiva desde medio kilómetro, cien metros, treinta metros, giró a la izquierda. Así lo hizo y entró en el estacionamiento casi vacío de un centro de atención para personas mayores. La entrada estaba en el centro del largo edificio. Dos alas se extendían a cada lado. Todas las luces estaban apagadas, excepto la luz de un escritorio que había detrás de la puerta principal. Una mujer estaba sentada detrás del amplio mostrador. Levantó la vista y su mirada se encontró con los faros que la iluminaban.

Alessandro respiró profundamente. Había matado a muchos durante su tiempo en el trabajo. Al menos una vez al mes. A menudo, una vez a la semana. A veces, a diario. Eso era lo que más le gustaba. La continuidad, como había aprendido en un seminario una vez, era la clave del éxito.

Se inclinó, agarró la bolsa del asiento, metió la mano y sacó el dispositivo explosivo y el control remoto.

La mujer se puso de pie.

Alessandro apagó los faros y dejó las luces de estacionamiento encendidas. Salió del Impala y caminó hacia la puerta. Mantuvo la mano izquierda detrás de la espalda, ocultando el explosivo. Las puertas corredizas no se movieron para él, entonces golpeó el vidrio con los nudillos de la mano derecha.

La mujer se acercó. Parecía preocupada. Vestía un uniforme rosa y zapatillas blancas. Llevaba el pelo negro recogido hacia atrás. Parecía tener unos cuarenta y pocos años. Un anillo de bodas adornaba su dedo anular izquierdo. Probablemente tenía hijos. Trabajaba aquí a tiempo parcial para traer un poco de dinero extra a casa cada mes mientras sus hijos dormían seguros.

Hizo lo mejor que pudo para parecer asustado. Se mordió el labio, sacudió la mano, arrastró los pies de derecha a izquierda y viceversa.

—¿Qué pasa? —, preguntó ella desde detrás de las puertas de vidrio.

—Mi padre—, dijo. —Me llamó. Cree que se está muriendo.

Ella miró por encima del hombro.

—Por favor—, dijo.

Infló las mejillas y sopló el aire por los labios. —Está bien—. Extendió la mano y agarró algo. La cerradura, supuso. Su antebrazo giró. Oyó un clic. Metió los dedos de ambas manos en la grieta entre las puertas y las abrió manualmente.

—¿Cómo se llama? —, preguntó la mujer.

Alessandro no respondió. Lanzó un rápido puñetazo en la cara de la mujer. Su cabeza se echó hacia atrás y se dejó caer en el lugar. Él caminó sobre su cuerpo inmóvil. Los pasillos estaban vacíos. ¿Habría otros trabajadores allí? Colocó el explosivo detrás del escritorio. La mujer rodó por el suelo y se arrastró hacia la puerta. Él corrió hacia ella, la agarró por el pelo y la arrastró hasta el escritorio. Ella agitó los brazos y pateó con las piernas. Intentó gritar, pero sonaba como si su garganta estuviera obstruida con sus propios fluidos. La presionó contra el escritorio, la golpeó dos veces en la cabeza y la dejó caer al suelo.

Alessandro no se quedó allí el tiempo suficiente para que alguien viniera a ayudarla. Huyó por las puertas abiertas en medio del zumbido y el pitido de las máquinas ocultas en las habitaciones más allá de las entradas del pasillo. No se molestó en cerrarlas. Era una pérdida de tiempo, pensó. Se subió al coche, dio marcha atrás y giró hacia la carretera. Salió a la autopista y presionó el botón del control remoto, haciendo estallar el explosivo.

Miró por el espejo retrovisor. Después de cinco segundos, una bola de fuego estalló en el centro del edificio. Supuso que eso era solo el comienzo. Una instalación como esa tenía tanques de oxígeno. Se preguntó qué más podría pasar. Otras explosiones atravesaron el edificio y lanzaron otra bola de fuego al aire. Se detuvo a un kilómetro y medio de la carretera. Las llamas se elevaban. El humo, aún más. Pasarían varios minutos antes de que llegara un camión de bomberos.

Para entonces, sería demasiado tarde.

CAPÍTULO 42

Marcia parecía asustada. Insistió en que salieran de la casa. Jack no se opuso. Quienquiera que hiciera esto posiblemente podría tener los recursos para rastrearlo en Londres. O rastrear a Sean y su familia dondequiera que fueran.

—No me gusta esto, Jack—. Dio un paso atrás, saliendo de la cocina. —¿Cómo lo supieron? ¿Qué más saben?

Jack tenía las mismas preguntas. Tal vez Glenn había dicho algo. Pero ¿a quién? Hasta donde Jack sabía, el hombre que mató a Craig había huido. No era como si Crystal River fuera el tipo de lugar en el que alguien pudiera esconderse durante semanas. Todos se conocían. Una cara extraña no pasaba desapercibida. Si asesinabas a alguien allí, sería estúpido regresar.

Por el momento, tenía que trabajar bajo la suposición de que Glenn sabía más de lo que dejaba ver. Matt y Jed eran escudos de carne y demasiado estúpidos para tener algo que ver con eso. Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Matar a los tres fue un movimiento agresivo.

Jack hubiera hecho lo mismo.

—El responsable está allí— dijo Jack. —A miles de kilómetros de distancia.

Ella negó con la cabeza. —¿Crees que no tienen conexiones aquí? ¿No me escuchaste anoche? Esto tiene algo que ver conmigo, Jack. Esta gente está en todas partes.

—Sigues diciéndome eso, Marcia. Pero no me estás contando todo. ¿Qué estás ocultando?

Se dio la vuelta y dio unos pasos hacia atrás. Echó la cabeza hacia atrás. Su cabello le cayó en cascada hasta la cintura. Se abrazó el pecho. Jack vio las yemas de sus dedos curvarse alrededor de sus tríceps.

—A Jessie la despidieron. Habíamos tenido contacto en el pasado. Había pasado algún tiempo. Solo puedo suponer que todavía tenía información. Tal vez alguien estaba tratando de hacerla hablar, revelarle quién era—. Hizo una pausa y luego se dio la vuelta. —Digo, quién soy. Las amenazas que he recibido, Jack, dicen que me delatarán. Eso arruinará mis posibilidades de una carrera política.

—¿Por qué matarla entonces? Si está muerta, no podrá ayudar en su caso.

Marcia asintió. Sus ojos se pusieron vidriosos. Se apretó el labio tembloroso.

—Lo que dije es lo que espero que esté sucediendo. Saben quién soy, mi pasado, lo que hice. Saben que ella estaba conectada conmigo. La mataron. No es la primera. No creo que sea la última. Están tratando de borrar toda conexión conmigo. Quieren eliminarme a mí y a todos con los que alguna vez tuve contacto mientras trabajaba de encubierto.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Por muchas razones. Elige la que quieras. Sé demasiado sobre las cosas que sucedieron, la

corrupción detrás de escena. Podría usar mi posición en el gobierno para derribarlos.

—¿Quiénes son 'ellos'?

—Es un 'ellos' colectivo, Jack.

Por un lado, tenía sentido. Por otro, sonaba como una historia inventada con la intención de engañarlo. No tenía el lujo del tiempo para debatirlo.

—¿Conociste a Glenn? — preguntó Jack.

Ella negó con la cabeza. —Como dijiste, se topó con algo. Le costó la vida. Supongo que el hombre que mató al policía lo descubrió. Tuvo que pasar desapercibido durante un día o dos, luego regresó para terminar el trabajo.

Tenía sentido. Había cabos sueltos por todas partes. Era hora de cortarlos y quemarlos.

Su expresión cambió de asustada a firme. —Tenemos que salir de esta casa, Jack.

—Tienes razón— dijo. —Y necesito volver a Florida.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Poner fin a esto.

—¿Cómo? No sabes con quién estás tratando.

Se acercó a ella. —¿Lo sabes?

No se movió, ni respondió.

Jack se inclinó hacia ella. Sus ojos estaban a centímetros el uno del otro. —Si sabes algo, entonces será mejor que me lo digas ahora.

—No lo sé con seguridad, Jack—. Parpadeó y dio un paso atrás. —Tratarás con gente que opera fuera de la ley, pero con el respaldo de ciertos funcionarios de alto rango.

—Eso no es nada nuevo para mí, Marcia—. Había descrito la última década de su vida. Su teléfono volvió a sonar. —Necesito atender esto.

Ella se dio la vuelta y fue al dormitorio.

Contestó la llamada. Era April y sonaba frenética. Se apresuró a llegar a la puerta trasera y salió.

—April, cálmate—. El sol se cernía sobre los árboles y los rayos brillantes le apuñalaban los ojos. —¿Qué pasó? ¿Estás en la escena del crimen?

Respiró varias veces. Empezó entrecortadamente, luego se calmó

—Estoy en la escena. Es terrible. Sangre por todas partes. Los tres están muertos. Hubo una pelea con Matt. Al final, dos de ellos recibieron una bala en la cabeza. Matt recibió varias.

Jack se imaginó la escena. El tipo no había dudado en hacer su trabajo. Sin embargo, calculó mal a los hombres y casi le costó caro.

—No manipules nada— dijo Jack. —Si hubo un forcejeo, parte de esa sangre podría pertenecer al tirador.

—Jack, espera. Escúchame—. Hizo una pausa. Alguien le dijo algo. Ella le respondió y volvió a la línea. —Acabamos de recibir una llamada de la central. No hay una manera fácil de decir esto.

—Entonces dilo—. Jack se preparó para la noticia de que Sean, Deb, Kelly y su padre habían sido encontrados asesinados.

—Alguien hizo estallar la casa de retiro de tu padre.

Casi dejó caer el teléfono. Marcia había dicho que estaba en peligro, pero se retractó de la declaración. Jack le dije a Sean que sacara a su familia y a su papá del estado por lo que le había dicho. Si no hubiera hecho parecer que el fin de su vida era inminente, tal vez no hubiera dado ese paso.

—No estaba allí— dijo Jack. —Se fue con Sean.

—Oh, gracias a Dios—. Las palabras eran entrecortadas, parte de una exhalación larga y profunda.

—April, necesito hacer algunas llamadas. Mantenme informado. Estaré en contacto pronto.

—De acuerdo.

Mantuvieron la línea un momento.

—¿Jack? —, dijo.

—¿Qué? —, preguntó Jack.

—Te amo.

Jack dudó. —No, April. Amas a una imagen mía. Te lo dije. No soy ese hombre.

Empezó a decir algo más, pero Jack terminó la llamada antes de que pudiera decir la segunda palabra. Tal vez había algo entre ellos. O tal vez, había algo que terminar. De cualquier manera, eso requería el momento adecuado. Ahora no era ese.

Llamó a Sasha. Ella respondió al primer timbre.

—¿Dónde diablos están ustedes dos? —, preguntó. —Hemos estado en su casa y en la tuya y donde sea que hayas dejado el auto. Lo encontramos, pero a ustedes dos no.

—No te preocupes por eso. Necesito que me consigas un jet.

—¿Por qué?

—Ha sucedido algo. Necesito ir.

—¿A dónde?

—A casa, Sasha. Voy a ir a casa otra vez.

—Dios, Jack—. Hizo una pausa, gimió. —¿Cuánto tiempo te queda para llegar al aeropuerto?

—Tardará cerca de una hora.

—Vale, bien. Eso me da tiempo suficiente para organizarlo.

—Gracias—. Ella me había demostrado una y otra vez que podía confiar en ella para que me ayudara.

—Me vas a deber una gran suma. Estoy hablando de bistecs.

Jack trató de sonreír, pero no pudo. Terminó la llamada y volvió a entrar. Marcia estaba en la sala de estar. Parecía preocupada.

—Nuestro acuerdo se terminó— dijo Jack.

—¿Qué? — dijo ella.

—Me voy a Florida.

—Me voy contigo.

—Ni lo sueñes—. Pasó junto a ella.

—Jack, tengo las habilidades y los contactos que necesitas para esto. Conozco gente aquí, allí, en D.C.

—Yo también.

—Tengo algo que tú no tienes. Puedo ser algo que tú no puedes ser.

Jack se detuvo y la miró. Su mano estaba en el pomo de la puerta. Todo lo que tenía que hacer era girarlo y salir. Había terminado con ella. En lugar de eso, dijo: —¿Qué?

—Soy el mejor cebo que puedes encontrar. Alguien me quiere más que a ti. Si estoy allí, conseguirás a tu hombre.

Jack soltó el pomo. Más que nada, quería encontrar al asesino de Jessie y hacerlo sufrir. Lo más probable era que él fuera el que estaba causando estragos en el resto de la ciudad. Si iba a creer la historia de Marcia, quien quería a Jessie muerta también la quería muerta. Una red enredada, había dicho ella. Lo veía ahora.

Él estaba cerca del centro. Ella estaba atrapada en el medio.
—Toma tus cosas. Tenemos que ir al aeropuerto.

CAPÍTULO 43

Vera dijo: —Ve a la oficina del sheriff. Mata a cualquiera que entre. Después, ve al aeropuerto y toma un avión a Boston.

Alessandro dijo: —Ok.

CAPÍTULO 44

Jack tomó la M4 hasta la M25, la autopista de circunvalación de Londres. El tramo completo de la autopista abarcaba ciento ochenta y ocho kilómetros alrededor del perímetro de la ciudad. Tuvo que conducir un poco menos de la mitad de esa distancia. Eligió ir hacia el sur. En cualquier dirección, el viaje llevaría una hora. Esto les permitió seguir adelante y no quedarse atrapados en el tráfico. Mantuvo el velocímetro a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. El viaje duró poco más de cuarenta y cinco minutos. Después de salir de la autopista, tuvieron que retroceder dieciocho kilómetros hasta el aeropuerto. Eso llevó casi veinte minutos.

Sasha los recibió en el aeropuerto. Se paró junto a su Audi y Jack se detuvo a su lado. Miró el auto, luego a él.

—No puedo creer que hayas abandonado el auto que te di.

—Lo encontraste seguro, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo debería ser el que se enoje—, dijo. —Me diste un auto que estabas rastreando.

—Dame una razón por la que no debería vigilarte.

No lo hizo. —Si no salgo de esto, no importará—. dijo seguido de una sonrisa.

Ella presionó sus labios y miró hacia otro lado.

Marcia salió del vehículo y se unió a Jack. Dijo: —Estoy lista cuando tú lo estés, Jack.

—¿Qué está haciendo? — preguntó Sasha.

—Viene conmigo— dijo Jack.

—De ninguna manera. No voy a dejar que la arrastres contigo— dijo Sasha.

—Es su elección, no la mía.

—Sasha— dijo Marcia. —Tengo que disculparme. Hay cosas que no sabes sobre mí.

—¿De qué estás hablando? — Sasha miró a Jack. —¿De qué está hablando, Jack?

No dijo nada. No era su lugar.

Marcia dio un paso adelante y dijo: —Operación Patheos.

La expresión de Sasha no cambió. El nombre parecía no significar nada para ella. Miró de nuevo a Jack. —Están listos para ustedes.

Marcia caminó hacia el jet. Jack se quedó atrás, esperando hasta que la mujer se acercara a las escaleras.

—Siento que debería ir contigo—, dijo Sasha.

—Tienes mucho que hacer aquí—, dijo Jack. —¿Descubriste algo sobre las amenazas contra ella?

—Todavía estoy trabajando en eso. Creo que tengo algunas pistas. Si salen, esto es mucho más que corrupción política y criminales locales.

Jack miró por encima de su hombro. Marcia subió las escaleras hacia el jet. El cielo detrás

del avión estaba despejado. Las nubes flotaban sobre sus cabezas.

—¿Crees que tiene algo que ver con esa Operación Patheos? — preguntó Jack.

—Es la primera vez que escucho sobre eso—. Hizo una pausa, miró hacia el jet, luego a Jack. —¿Tú sí?

Jack asintió. Sasha aún no había descubierto los antecedentes de la mujer. Dejar que lo averiguara por sí sola revelaría más de lo que él sabía. Si decía algo, distorsionaría su visión.

—Hazme un favor— dijo Jack.

—¿Qué? — dijo ella.

—Envíame cualquier información que encuentres. ¿Puedes asegurarte de hacerlo?

Metió la mano en su bolso y sacó un teléfono celular. Se lo tendió a Jack. —Toma esto.

—Tengo un teléfono.

—Esto es más poderoso que ese viejo pedazo de chatarra que llevas. Podré transmitirte los datos a través de esto.

Jack tomó el teléfono y lo metió en su bolsillo izquierdo. Su celular estaba en el derecho.

—¿Pantalones elegantes dos días seguidos? — Sasha le dio una media sonrisa.

Jack se obligó a devolverla. —Sólo los llevo puestos para poder devolvérselos a Sean—. Se miraron el uno al otro por un momento. —¿Puedes conseguir un auto? — Agregó Jack.

Asintió, extendió la mano y lo agarró del brazo. —Ten cuidado, Jack.

—Siempre.

Corrió hacia el avión y abordó. Parecía su primer vuelo. Marcia había reclamado el sofá. Vio a la tripulación de vuelo, pero no reconoció a ninguno de ellos. Partieron poco después de que tomaron asiento. Un hombre dijo que serían cerca de las nueve de la mañana en Florida cuando aterrizaran. Jack no quería estar entumido cuando llegaran, así que hizo flexiones en el pasillo cada media hora y caminó de un lado a otro de la cabina.

Cada quince minutos más o menos, revisaba el teléfono que Sasha le había entregado. Si había encontrado algo, todavía no lo había enviado. Planeaba llamarla para que lo pusiera al día en el momento en que aterrizaran. Tendría que alejarse de Marcia durante unos minutos para hacerlo.

El viaje duró poco más de cinco horas. Después de tres vuelos transatlánticos en un Gulfstream, nunca más quiso cruzar en un vuelo comercial. Podría sentarse en el suelo rodeado de ganado deambulando y estar feliz de llegar en un tiempo récord.

Marcia lo siguió hasta la salida. Entró un aire caliente y húmedo. Jack se detuvo, se dio vuelta y le dijo que necesitaba usar el baño. Ella se hizo a un lado y le permitió pasar.

Dentro del baño abarrotado, volvió a mirar el teléfono. Todavía no había documentos. Llamó a Sasha de su móvil. Ella respondió de inmediato.

—No puedo acceder al archivo—, dijo.

—¿Qué quieres decir? —, preguntó Jack.

—Seguridad.

—¿No tienes la mayor autorización posible?

—Sí, la tengo. Eso es lo que es tan frustrante. Ahora estoy atascada esperando una respuesta.

—Está bien. Aterrizamos. ¿Conseguiste un auto?

—Debería haber un Lincoln ahí afuera.

—Esta vez no hay conductor, ¿verdad?

—¿Qué?

—La última vez, el auto que habías contratado tenía un conductor esperando.

—No debería haberlo hecho. El auto debería haber sido dejado para ti.

—No fue así. Había un hombre que insistió en conducir.

Hizo una pausa.

—Alguien cometió un error, Jack.

No le pareció bien, pero eso fue hace un par de días y no tenía tiempo para preocuparse por eso ahora. Terminaron la llamada con promesas de compartir información y tener cuidado. Jack salió del avión. Marcia lo esperaba junto a la puerta del pasajero del Lincoln.

Jack echó un vistazo al aeródromo desierto y corrió hacia el coche. Un gran hangar se cerraba al fondo. Pequeños aviones con mono propulsores se alineaban en los bordes exteriores de la pista. La expectación aumentaba con cada paso. Esperaba que un rifle de francotirador le lanzara una bala subsónica a través del cráneo en cualquier momento.

—Entra—, le dijo a Marcia desde unos seis metros de distancia.

Abrió la puerta y se deslizó dentro. Jack se estremeció al oír el sonido de su puerta al cerrarse de golpe.

Entonces se di cuenta de lo que me había hecho sentir tan incómodo con el conductor. Sasha no lo había organizado. Alguien más lo había hecho. Alguien más sabía que él había salido de Inglaterra para el funeral de Jessie.

¿Y si ese alguien sabía que había vuelto otra vez?

CAPÍTULO 45

Alessandro entró a la fuerza en la oficina del sheriff antes de que saliera el sol. Solo tenían una cerradura en la puerta principal. Un juego de niños para él. Se tomó su tiempo por el pasillo corto y estrecho. Pasó por delante y vio una gran sala cuadrada. Pasó por una puerta a su derecha. La abrió y vio una sala de descanso. La puerta se cerró y continuó adelante. Tres celdas se alineaban en la pared trasera. Cada celda parecía tener más de dos metros cuadrados. Frente a las celdas, había cuatro escritorios. Los escritorios estaban divididos en dos grupos, uno al lado del otro, con un espacio de metro y medio creando un pasillo entre ellos.

Como máximo, se ocuparía con cuatro policías. Esas probabilidades no lo favorecían. Reducir el recuento en uno o dos y lo haría sentir mejor acerca de sus posibilidades.

Se acomodó y esperó. Siempre llegaba temprano, había pasado por esto muchas veces antes. El elemento sorpresa era su mayor activo. Lo beneficiaría una vez más. Los policías, cuando entraran, bajarían la guardia. Estarían en el lugar más seguro que conocían. La estación era su segundo hogar y ellos gobernaban el edificio.

La luz empezó a filtrarse a través de las ventanas con persianas. La habitación ya no estaba oscura. Tendría que cambiar su enfoque ahora. La oscuridad le había proporcionado cobertura, pero la luz lo obligaría a actuar con rapidez y decisión. Tendría que cambiar un poco sus tácticas. Podría utilizar uno de los escritorios, pero eso lo pondría en una posición no óptima. La pared que separaba la habitación del pasillo era una opción. Pero si había varios oficiales, tendría que contar con que todos entraran a la vez.

Sabía que este era un fallo fatal en su plan. ¿Por qué Vera lo había enviado allí? Solo iba a hacer que lo mataran.

La llamó, pero no recibió respuesta. No dejó un mensaje.

De todos modos, ella no lo habría dejado abandonar el trabajo.

Continuó evaluando varios puntos de la habitación en busca de las ventajas y desventajas que le brindaban. Descartó los escritorios, la pared, el falso techo y las celdas. Al final, se decidió por la sala de descanso.

El mejor escenario posible implicaba solo un policía. No podía pensar en una segunda mejor opción. Cada vez que tenía que enfrentarse a varios individuos armados, las probabilidades disminuían.

El tiempo pasó. Las seis, luego las siete de la mañana. Se acercaron las ocho. Se sentó en una silla frente a las celdas junto a una ventana. No perdía de vista la calle. Podía ver a cualquiera que viniera por la derecha, la izquierda o de frente.

Poco después de las nueve de la mañana, tres policías uniformados se acercaron a la puerta.

Alessandro corrió a la sala de descanso. Dejó la puerta de modo que permaneciera entreabierta. Se le hizo un nudo en el estómago. No le gustaba la situación. Si su primer disparo

fallaba, estaba perdido. Lo tendrían inmovilizado. Caería.

La puerta principal se abrió y se cerró varios segundos después. ¿Habían entrado todos? Se paró junto a la pared, con la oreja pegada a la entrada de la sala de descanso. Escuchó sus voces. Sonaban cansadas, derrotadas.

Un resultado de su trabajo. Le hizo sonreír.

Una silla de escritorio crujió bajo el peso de alguien, una mujer dijo algo y un hombre se rio entre dientes. Escuchó la palabra café.

Una mano golpeó la puerta. Alessandro presionó su espalda contra la pared de bloques de cemento. La puerta se abrió, deteniéndose a centímetros de su nariz. Para cuando la puerta retrocedió, un hombre había pasado a sesenta centímetros de él. Alessandro se arrastró hacia su objetivo involuntario. Extendió ambas manos. La izquierda envolvió el frente y agarró la barbilla sin afeitar del tipo. La derecha agarró la base del cráneo del hombre. Tiró de ellas en direcciones opuestas. El cuello del tipo se quebró y cayó al suelo.

Alessandro se agachó y sacó la Glock del policía de su funda. Caminó hacia la puerta, se detuvo, escuchó. No había nada que indicara que los demás habían escuchado el sonido de su compañero muriendo.

Abrió la puerta con cuidado. Dos policías, un hombre y una mujer, estaban sentados en sus escritorios. Miraban fijamente el papeleo y tenían bolígrafos en las manos, no pistolas.

Alessandro abrió la puerta de golpe. Apuntó al hombre con la mano derecha y a la mujer con la izquierda. Disparó dos tiros simultáneos.

El hombre se sacudió hacia atrás y se puso rígido. La sangre goteaba de un agujero reciente en su frente. Se cayó de su asiento.

El tiro no alcanzó a la mujer. Ella se lanzó hacia el suelo. No podía verla a través de los escritorios, así que descargó la Glock que había tomado de la pistolera del policía muerto. Las balas se estrellaron contra el marco de metal.

Gritó. También lo hizo la mujer.

Alessandro tuvo que salir de la sala de descanso. No había otra salida que la que había utilizado para entrar. La mujer seguramente estaría al teléfono, si no lo estaba ya, pidiendo refuerzos. Disparó otro tiro y salió.

La mujer disparó una bala. Un trueno estalló en la habitación. Un dolor intenso le recorrió la pierna como ácido ardiente. Cayó al suelo y la sangre se acumuló alrededor de su tobillo. Ella disparó de nuevo. Falló. Se arrastró por el suelo hacia las celdas. Se dio cuenta de que había sido un error, pero no podía dar marcha atrás. El segundo conjunto de escritorios le proporcionó algo de cobertura.

Presionó la cabeza contra el suelo y vio a la mujer. Parecía que la sangre manchaba su uniforme. Sacó el brazo y disparó. Ella gritó de dolor.

—Sal—, dijo. —Hagámoslo.

Los cajones del escritorio se abrieron mientras la mujer se abría paso hacia arriba.

Alessandro se estiró hacia atrás, agarró los barrotes de la celda y se puso de pie. No podía mantenerse de pie sobre su pierna herida. Utilizó los barrotes de hierro para soportar su peso.

Se enfrentaron.

Ella se apoyó en su escritorio para apoyarse. Tenía sangre en su camisa en dos puntos. La había golpeado en el hombro y en el abdomen. Sostenía la pistola en la mano izquierda y aún tenía la pluma en la mano derecha.

Él sonrió, sabiendo que la tenía.

Alessandro levantó el brazo, apretó el gatillo y cerró los ojos al oír el sonido de su Glock

disparando. El sonido resonó a su alrededor.

Abrió los ojos. La mujer estaba allí, otra flor carmesí formándose en su muslo. Le ardía el estómago. Miró hacia abajo. Ella le había dado en el estómago. Miró hacia arriba y la vio levantar el brazo de nuevo. Disparó otra vez. Este la alcanzó en el pecho. Ella se desplomó. Alessandro se apoyó contra los barrotes. El dolor que sintió se intensificó. Miró hacia abajo de nuevo. Ella le había dado en el abdomen por segunda vez.

Sabía lo suficiente sobre anatomía humana para saber que había pocas posibilidades de que sobreviviera a sus heridas. Incluso si una ambulancia atravesara la pared en ese momento, se tomarían su tiempo. Había matado a tres policías y le atribuirían el cuarto.

El peso de su cuerpo se volvió demasiado para que su núcleo debilitado pudiera soportarlo. Respiró con dificultad y se deslizó por los barrotes de la celda. Los escritorios le impedían ver a la mujer. Vio los pies del policía, pero eso fue todo.

Alessandro cerró los ojos y esperó la muerte.

CAPÍTULO 46

Jack mantuvo el velocímetro fijo en ciento treinta. No usó el control de velocidad crucero. Un pie firme fue suficiente. No estaba seguro de cómo se las arregló para mantener el pie firme.

Trató de llamar a April una docena de veces. El teléfono solo sonó dos o tres veces en los primeros intentos. Se la imaginó desviando sus llamadas al buzón de voz. Esperaba que fuera porque estaba ocupada. Supuso que había sido porque la había rechazado y la había dejado enojada. Temía que le hubiera pasado algo.

Las últimas llamadas sonaron varias veces antes de ser enviadas a su buzón de mensajes. Tampoco era su voz la que aparecía en el mensaje. Cada vez respondía un saludo generado por computadora.

Jack se puso nervioso. Presionó remarcar, esperó, colgó y luego revisó el teléfono que Sasha le había dado. Todavía no sabía nada de ella. Quería llamarla, pero no lo hizo con Marcia sentada a su lado.

Marcia parecía no tener reacción a nada de eso. Mantenía la mirada al frente. Jack se preguntó qué le pasaba por la cabeza.

Los minutos pasaron volando. Antes de que se diera cuenta, pasaron por los restos quemados del centro de atención para ancianos donde se había alojado su padre. No quedaba nada. Un montón de escombros en llamas y humo. Unas cuantas personas se reunieron cerca, se abrazaban y se consolaban mutuamente. Familias, supuso.

Esta ciudad nunca había experimentado tantos asesinatos. Probablemente no en toda su existencia. Y todo comenzó cuando Jack regresó a casa. Excepto Jessie. Pero no había duda de que murió por su culpa.

Pasaron por la carretera abandonada donde habían ejecutado a Craig. El Tercel todavía estaba allí. Había una cinta policial amarilla alrededor, colgando de los árboles.

Intentó llamar a April de nuevo. No hubo respuesta. Llamó al cuatro-uno-uno y les pidió que lo conectaran con la oficina del sheriff. La línea estaba ocupada.

Vio la entrada al vecindario de Matt. Giró a la derecha. Vio la casa violeta que su abuelo había construido con sus propias manos. Se lo imaginó revolviéndose en su tumba, otra vez.

La cinta policial rodeaba la casa de Matt. El coche de April no estaba allí, ni tampoco sus ayudantes. No se detuve. Fue hasta el final de la calle y giró rápidamente por el estrecho callejón sin salida.

—¿A dónde vamos? —, preguntó Marcia.

—Supongo que deberíamos ir a la casa de April—, dijo Jack.

—¿No estaba la línea de la policía ocupada?

—Sí.

—Deberíamos ir allí.

La miró, sorprendido de que ofreciera alguna opinión. Ella lo miró. Él pensó que parecía valiente y decidida. Asintió y se volvió hacia el pueblo.

El centro de Crystal River parecía desierto. Típico de un domingo por la mañana. Aunque muchos habían estado en el funeral de Jessie el día anterior, todavía asistirían a la iglesia para el servicio del domingo.

Pasó sobre el andén y aparcó el coche. Dejó unos pocos centímetros de espacio para que pasaran los peatones. Llegó a la mitad de la entrada antes de que Marcia pusiera un pie en el suelo. Se detuvo, se di la vuelta y esperó.

—Lo siento— dijo mientras se quitaba los zapatos y corría descalza hacia él. Sostenía el bolso en la mano izquierda y estiraba el brazo derecho para mantener el equilibrio. Puede que alguna vez haya estado encubierta, pero nunca había tenido el tipo de entrenamiento por el que Jack había pasado.

Jack abrió la puerta de golpe. Una ráfaga de aire fresco sopló hacia él. El aire húmedo la reprimió. Entró y escuchó a Marcia cerrar la puerta de un portazo y entrar detrás de él. No era momento para modales.

Se quedaron en el pasillo oscuro. La oficina estaba en silencio. Percibió un rastro de nitroglicerina y serrín en el aire. Extendió un brazo e invitó a Marcia a que lo siguiera.

Se arrastró a lo largo de la pared, con la M40 desenfundada y frente a él. Cuando se acercó al final, vio una puerta. Tenía tres agujeros de bala astillados. Se enderezó, miró por encima del hombro y articuló las palabras: —Espera aquí—. Luego se agachó y dobló la esquina. El área parecía despejada. Mantuvo la pistola frente a él y caminó hacia la puerta llena de agujeros de bala. Se apoyó en ella. Se abrió. Un hombre yacía en el suelo. No vio sangre, pero no parecía estar respirando.

Al volver a entrar en la habitación, escuchó una tos. Miró y vio que el escritorio frente a él había recibido disparos. Vi a un hombre en el suelo detrás de otro escritorio. Se acercó a él. Le habían disparado en la cabeza. Sus ojos sin vida miraban hacia arriba, concentrados en la nada.

Escuchó un profundo suspiro y miró hacia atrás. April yacía en el suelo detrás de él.

—Jesús, April—, dijo.

Si sabía que estaba allí, no lo demostró. Revisó su pulso. Era débil y lento. Tal vez quince latidos por minuto. Lo que sea que sus ojos miraban, estaba más allá de este mundo. Jack movió su mano hacia su rostro. Las yemas de sus dedos rozaron su piel suave y su sangre tibia. Cerró sus ojos mientras dejaba escapar su último aliento.

Escuchó otra tos.

—Quédate ahí atrás, Marcia— dijo Jack.

Si la otra persona que estaba allí hubiera estado en posición de hacer algo, ya lo habría hecho. Mantuvo la cautela. Se puse de pie y caminó hacia las celdas. Vio a un hombre en el suelo. Había una pistola a su lado y tenía ambas manos sobre el estómago. La sangre goteaba entre sus dedos.

—¿Por qué? —, dijo Jack.

De alguna manera, él logró sonreír. Después de eso, no necesitó ninguna explicación.

CAPÍTULO 47

Sasha se quedó mirando al hombre calvo que tenía delante como si hubiera pisado a su cachorro.

—Te lo digo, la Operación Patheos no existe ahora, ni nunca existió. Alguien te está dando un montón de basura.

—¿Qué sabes de Marcia Stanton? Y no me refiero a la línea política. Eres el único que sabe más que yo por aquí. Quiero saber lo que tú sabes.

Se levantó y caminó alrededor de su escritorio. Sacó la cabeza calva al pasillo y luego dejó que la puerta se cerrara. Ajustó las persianas para que nadie pudiera ver hacia adentro.

Sasha esperó, mirando fijamente el Thames. Dos kayaks individuales pasaron a toda velocidad. Uno tenía una ventaja de longitud completa sobre el otro.

El hombre se sentó y le bloqueó la vista. Se aclaró la garganta, se quitó las gafas, se las llevó a la boca, exhaló y las limpió. Se las volvió a poner y la miró fijamente por un momento.

—Lo que voy a contarte no puede salir jamás de las paredes de esta oficina. ¿Entendido?

Ella asintió.

Él dijo: —Antes de hace cinco años, no teníamos información sobre Marcia Stanton. Ella es un fantasma.

CAPÍTULO 48

Los ojos del hombre se movieron hacia la izquierda y miró más allá de Jack. Su sonrisa se desvaneció. Trató de hablar, pero no le salieron las palabras.

—Jack, dispárale—, dijo Marcia.

—Se está muriendo—, dijo Jack. —Y después de lo que hizo, prefiero que sufra.

El hombre abrió y cerró los labios. La sangre goteaba de las comisuras de su boca. Su lengua estaba cubierta de carmesí.

—Vera—, dijo el hombre.

—¡Hazlo ahora, Jack! —, dijo ella.

El hombre se movió. Hizo una mueca de dolor al hacerlo y dijo: —¿E… e… este es Jack? ¿Qué estás haciendo con él, Vera?

Había recuperado algo de fuerza. Adrenalina, presumiblemente. Su mano cayó a un lado y encontró su pistola. No miró a Jack, mantuvo su atención en ella.

—Maldita sea, Alessandro.

Era Marcia quien hablaba, pero el acento era estadounidense. Sonaba como lo que Jack había escuchado en su casa en Inglaterra. La voz que ella decía que era la de su media hermana.

—No podrías lograr esto con éxito—, dijo Marcia. —Y no podrías morir así como así.

Jack comenzó a girarse hacia ella. Captó un breve destello mientras lo hacía. Los disparos atravesaron la habitación. Instintivamente, se lanzó hacia la pared.

La bala alcanzó a Alessandro en la cara. Su cabeza se sacudió hacia atrás y golpeó los barrotes de la celda. Permaneció inmóvil por un instante y luego cayó de costado. La sangre se acumuló en el piso alrededor de su estómago y su cabeza. Se deslizó debajo de los barrotes de la celda, dirigiéndose en líneas hacia un desagüe en la parte trasera de la habitación.

Jack se dio la vuelta y se agachó. Luego se levantó unos centímetros y la vio. Estaba cerca. Disparó. Le dio a Jack en el brazo izquierdo. Cayó de nuevo. El teléfono que Sasha le había dado vibró contra su muslo. Su celular sonó en el otro bolsillo.

Marcia apareció frente a él y apuntó la pistola en su dirección. Jack enfrió su reacción. Su pierna derecha cubrió el M40.

—¿Quién eres tú? — preguntó.

Se encogió de hombros. —No importa, Jack— hablaba con acento americano. Sonaba como si hubiera crecido al otro lado del estado. —Las cosas se complicaron sin posibilidad de reparación. Esta es la única manera.

Levantó el arma y se le llenaron los ojos de lágrimas. Dudó. Tal vez sentía cierta lealtad hacia Jack. Tal vez no quería que terminara así. Le importaba.

Jack no.

Jack acercó la mano, agarró la pistola bajo su pierna, la levantó unos centímetros en su

dirección y disparó. La bala chocó con su hombro y su lado derecho se sacudió hacia atrás. No soltó el arma. Echó el brazo hacia delante y disparó a ciegas. Dio en la pared sobre la cabeza de Jack. El hormigón destrozado cayó sobre él como arena.

Jack apuntó y apretó el gatillo. La potente pistola se sacudió después de que la bala salió de la recámara. Casi la dejó caer.

No habría importado si lo hubiera hecho. Una flor carmesí se extendió por el corazón de Marcia. Ella lo miró fijamente por un segundo. En sus ojos había confusión, miedo, dolor. Pero la vida abandonó sus ojos antes de que cayera al suelo.

Jack metió la mano derecha en su bolsillo izquierdo y agarró el teléfono que Sasha le había dado. Había un mensaje de texto en él.

—¡Aborta ahora! ¡Ella no es quien dice ser!

Jack negó con la cabeza mientras metía su mano en el otro bolsillo. Agarró su celular y lo sacó. Antes de llamar a Sasha de nuevo, Jack miró su brazo izquierdo. La bala lo había atravesado. Pensó que podría haber algún daño muscular, pero el hueso estaba intacto. Le dolía muchísimo mover los dedos, pero ya se preocuparía por eso.

Sasha respondió antes de que el teléfono sonara una vez.

—¿Jack? Oh, Dios mío, ¿estás bien?

—Estoy bien—. Sasha no era consciente de que estaba hablando casi al volumen de un grito. —Marcia, o como sea que se llame, está muerta. Este tipo aquí la llamó Vera. Tal vez puedas trabajar con eso. Tengo otras cosas. Te lo contaré más tarde. Necesito una ambulancia primero.

—¿Estás herido?

—Una herida superficial. Estaré bien.

Jack marcó el número de emergencias. Luego se levantó y caminó hacia April.

Había dejado de respirar. No tenía pulso. A juzgar por la ubicación de sus heridas, no se habría podido hacer mucho por ella si hubiera estado dentro del hospital cuando las balas la alcanzaron.

Jack se sentó a su lado, le pasó una mano por el cuello y la acercó a él. Nunca debió irse. Pensó que, al hacerlo, alejaría los problemas de Crystal River. Al final, dejó que alguien especial muriera.

La puerta se abrió de golpe y se oyeron fuertes pasos en el corto pasillo. Jack reconoció a su padre cuando rodeó la mampara.

—April— dijo. Miró a Jack y luego a ella. —¿Jack?

Asintió. Era una sombra del hombre que solía ser.

—¿Qué pasó? — Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Era para mí— dijo Jack.

Se detuvo frente a ellos y cayó de rodillas. Su cabeza se sacudió hombro con hombro. —Esto es mi culpa. Este es mi karma. Ella pagó por mis pecados.

Jack sabía que estaba hablando del incidente en el agua con la madre de April. Lo dejó pasar. Ahora era algo entre él y su familia.

Los médicos llegaron unos minutos después. No tardaron mucho en darse cuenta de que todos, excepto el ex sheriff y Jack, eran los únicos con vida. Lo sacaron de la oficina y dejaron al padre de April solo con su cadáver. Jack quería mirar atrás cuando se fueron, pero no pudo. Había una parte de él que quería recordar a esa niña tonta, con dientes que sobresalían demasiado y pecas en la nariz, pidiéndole que bailara con ella una vez más antes de irse.

Sin embargo, esa imagen estaba arruinada. Con el tiempo la reemplazaría con la mujer con la que casi pasó una noche.

CAPÍTULO 49

La ambulancia lo transportó a Clearwater. Era el hospital más cercano preparado para tratar una herida de bala. Jack insistió en que era solo un rasguño. Los paramédicos apreciaron su bravuconería, pero decidieron no dejarlo caminar.

Probablemente para mejor. Para prevenir infecciones y todo eso.

Sean dejó a Deb, Kelly y su padre atrás y recibió a Jack en el hospital. Los había llevado a Santa Rosa Beach. Habían comprado un condominio allí recientemente. Nadie lo sabía. Ni siquiera en su oficina. Ni siquiera papá.

—Entonces, ¿la amenaza terminó? — preguntó Sean.

—Sí, para ti terminó.

—¿Y tú?

Jack negó con la cabeza. —No lo sé, Sean. Mi vida es… complicada. Hay tanto en mi pasado. Hay gente ahí afuera que tal vez nunca deje de intentar encontrarme.

—¿Entonces qué harás?

Ignoró la pregunta. No tenía una respuesta para ella.

El médico entró en la habitación con los papeles del alta de Jack. No había habido daños sustanciales en su brazo. Los puntos tendrían que salir en un par de semanas, pero eso se podía hacer en cualquier lugar.

Lo miraban fijamente mientras caminaban por el hospital. Jack miraba hacia abajo. Su camisa era mitad blanca, mitad carmesí. Su brazo estaba vendado. Querían revisarle la cabeza, pero se negó. Lo anotaron en el papeleo. ¿Importaba? En realidad, no.

—¿A dónde? —, preguntó Sean cuando entraron en la camioneta.

—Necesito una ducha y un cambio de ropa. Supongo que al aeropuerto después de eso.

—¿No planeas quedarte por aquí?

—Creo que es mejor que no lo haga.

Treinta minutos después, se acercaron a Crystal River. Sean pasó por alto el centro de la ciudad. Había oído que los medios de comunicación de Tampa Bay habían llegado a la costa y estaban informando sobre toda la carnicería reciente.

Quince minutos después, Sean puso una cafetera y Jack estaba en la ducha. La cantidad de información que tenía que procesar era demasiado grande para manejarla en ese momento. Las vidas que se habían llevado lo perseguirían. Lo peor de todo era que no tenía ni idea de lo que le había hecho a Marcia, o como se llamara, para provocar su ira. ¿Cómo había pasado de querer que la protegiera a intentar matarlo? ¿Lo había planeado desde el principio? ¿O era todo una gran coincidencia?

Le costaba creer que algo en su vida pudiera clasificarse como tal.

El agua de la ducha pasó de roja a rosa y luego a transparente en el transcurso de diez

minutos. Cerró la llave del agua, es secó con una toalla y se puso un par de pantalones cargo color caqui de Sean y una camiseta. Las chanclas completaban el conjunto. Le harían parecer una turista, pero al menos estaría cómodo en el avión.

Abajo, cada uno bebió una taza de café. Jack tomó la suya sola. Sean añadió crema y un sustituto de azúcar. Jack trató de decirle que esas cosas eran veneno, pero no lo escuchó.

Después de eso, se fueron. Sean giró por Suncoast, rumbo al sur. Se acercaron a la ciudad. Sean lo miró.

—¿Quieres ir a visitar a mamá?

—Claro—. Había otras personas allí también.

El estacionamiento de la iglesia estaba vacío. Los servicios habían terminado por ese día. Salieron de la camioneta y se dirigieron hacia el cementerio.

—Ve tú primero, Sean. Te alcanzaré.

Él caminó por un lado y Jack por otro. Encontró la tumba recién cavada de Jessie. La suya era la única tumba en la fila. Eso cambiaría pronto.

Se arrodilló junto a la tierra removida.

—Jessie, no sé si estás cerca o puedes oír esto. Si estás, probablemente te estés riendo porque tú, de todas las personas, sabes que soy la menos propensa a hacer algo así. Quiero decirte que lo siento. Lamento haberme ido cuando éramos niños. Lamento no haber aguantado cuando las cosas se pusieron difíciles. Lamento haberte arrastrado a la situación de Keller. Lamento haberte dejado ir de nuevo. Hay tantas cosas que cambiaría si pudiera volver atrás.

Una brisa sopló desde el golfo. Estaba fresco y sabía salado. Jack miró hacia arriba, al agua.

—Fuiste una de las mujeres más increíbles que he conocido, Jess. Supongo que te veré por aquí algún día.

Se levantó y se sacudió la hierba y la tierra de los pantalones. Sean estaba de pie en el otro extremo del cementerio. Se dirigió hacia él, caminando entre dos filas de tumbas.

Se quedaron uno al lado del otro, mirando la tumba de su madre.

—¿Cuándo fue la última vez que la visitaste? —, preguntó.

—El día de su funeral—, dijo Jack.

Él asintió. Ambos sabían que él era consciente de eso.

—¿La extrañas? —, preguntó.

—Por supuesto—, dijo Jack.

—¿Qué es lo que más extrañas?

—La pizza casera que solía hacer. Era mejor que cualquiera de esas porquerías que solíamos conseguir en Clearwater y Tampa.

Sean sonrió, asintió. —Muy cierto—. Se quedaron en silencio por un momento, luego agregó: —¿Quieres ir a visitarla?

Jack siguió su mirada hacia la tumba de Molly. Había pasado más de una década desde que estuvo frente a ella. La culpa lo carcomía. No por no haberla visitado, sino por haber estado a su lado cuando ella más lo necesitaba, por haber visto al hombre llevársela y no hacer nada para detenerlo.

Tal vez Sean leyó sus pensamientos, porque dijo: —No es tu culpa, Jack. Nunca lo fue. Tenías doce años, por el amor de Dios. ¿Qué podrías haber hecho?

—Podría haberlo detenido, Sean. Podría haber tomado un cuchillo y hundirlo en el estómago del tipo y arrancarlo hasta que se partiera en dos.

Sean dio un paso atrás y se volvió hacia Jack. —¿Es por eso por lo que vives la vida que llevas? ¿Es una especie de forma de vengar su muerte?

Nunca lo había pensado en esos términos. No quería empezar ahora. —Vamos, vamos a saludarla.

Estuvieron de pie ante la tumba de Molly durante cinco minutos. Ninguno de los dos habló. Sin embargo, Jack dijo muchas cosas en su cabeza. Le contó su vida hasta ese momento y le pidió que lo acompañara hasta su regreso.

El camino de regreso a la camioneta fue sombrío y el ánimo no mejoró durante el viaje a Tampa. Le pidió a Sean que se detuviera en un banco en Clearwater. Allí tenía una caja de seguridad con una identidad que nunca había usado.

Cuando llegaron al aeropuerto, el camino se bifurcó en dos direcciones.

—¿Quieres que te acompañe? —, preguntó Sean.

Jack señaló hacia el carril de descenso. —Vuelve con tu familia, Sean.

Se detuvo junto a la acera y puso la palanca de cambios en posición de estacionamiento.

—Jack, ¿crees que es…— Miró al techo y luego a Jack. —¿Es seguro?

—No vuelvas a la ciudad en unos días. Diablos, una semana. Si no tienes noticias mías para entonces, vete a casa.

Jack abrió la puerta y se deslizó del asiento de cuero. Sus pies tocaron el suelo. Dio un paso hacia atrás, cerró la puerta de golpe y no miró hacia atrás.

Dentro del aeropuerto, usó su celular para comprar un boleto de avión. No tenía nada para registrar, así que encontró su camino hacia la puerta, escaneó el código en su teléfono y pasó por seguridad. Pidió un expreso doble en el Starbucks ubicado en la entrada de la terminal desde donde saldría su vuelo más tarde. La chica detrás del mostrador levantó una ceja y le preguntó si estaba seguro. Jack sonrió cortésmente y asintió.

Terminó su café y luego localizó su puerta. No se detuvo allí, en cambio continuó hasta que llegó a un tramo vacío de asientos. Usando el teléfono que Sasha le había dado, la llamó.

—Jack—, dijo. —He estado preguntándome cuándo llamarías.

—Tenía algunas personas a las que visitar antes de irme de la ciudad.

—Oh, ¿están bien?

—Podría decirse que sí.

Ella no dijo nada por un momento. Jack tampoco. Luego, ambos intentaron hablar al mismo tiempo.

—Adelante—, dijo Jack.

—¿Estás en una línea segura? — preguntó.

—El teléfono que me diste.

—Bastante bien. Bien, ¿por dónde empezar? Marcia no era Marcia en absoluto. Tampoco era Vera. No estamos seguros de quién es o era realmente todavía. Nunca trabajó en el MI5. Creemos que podría haber sido de la CIA en algún momento. De nuevo, es algo que estamos investigando. Tenemos a nuestros amigos allí trabajando en eso ahora.

—¿Alguna idea de qué tiene que ver esto conmigo?

—Bueno, tal vez. Investigamos mucho, rastreamos sus registros de teléfono móvil. La mayoría de las llamadas eran a mí o a otros números legítimos. Pero había un montón de mensajes de texto y llamadas que iban a, no sé, supongo que a algún tipo de servidor. Este servidor básicamente cubre el rastro. Luego redirigió sus llamadas a su destino. Así es como me lo han explicado, al menos. Supongo que esas llamadas fueron al tipo de la oficina de la comisaria.

Un antiguo contacto de Jack tenía un sistema similar. O al menos, se lo había explicado de forma similar.

—Vale, tiene sentido. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Dime lo que te dijo, Jack.

Jack se echó hacia atrás y su cabeza tocó la ventana. El vidrio se sentía frío. Miró el techo liso y recordó todo lo que podía recordar.

—Dijo que trabajaba de incógnito. Una de sus investigaciones la puso en contacto con Jessie. Fue en esa época cuando su tapadera fue descubierta. Regresó a Inglaterra, abrió un bufete de abogados, empezó a perseguir a los peces gordos y se hizo un nombre. Política, etc., ya lo sabes.

—Cierto—, dijo Sasha. —Y esa fue la época en que la detectamos. Sin embargo, nada de antes. Obviamente, fuera de los contactos necesarios, tenía la educación. Sin embargo, ¿quién sabe de dónde?

Jack respiró profundamente, exhaló y dijo: —Entonces, de nuevo, ¿qué es...?

—Lo sé, lo sé. Esto es complicado, porque no quiero preocuparte demasiado. Hay una amenaza, pero no es suficiente para que la consideremos creíble. Al menos, ya no.

—¿Contra mí?

—De manera indirecta, Jack. Tu amiga, Jessie, vio a Marcia en la tele o en el periódico o en Internet, lo que sea, ¿no? La reconoció y supo que la mujer no era quien decía ser. Vio eso como su oportunidad de liberarse. Se acercó, dijo que podía ofrecer a la mujer, más un puñado de documentos a cambio de que quien la controlara la dejara escapar de su control.

—¿Tiene esto algo que ver con ese grupo de trabajo del FATF?

—Eso es irrelevante, en realidad. Tu nombre en ese trozo de papel no estaba.

—¿Por qué estaba allí?

Suspiró. —Odio decir esto, pero no podemos estar cien por ciento seguros. Esa verdad detrás de eso murió con Jessie y posiblemente con Marcia.

—Entonces, ¿cómo se enteró Marcia del plan de Jessie para delatarla?

—Solo podemos suponer la respuesta a eso. Actualmente, creemos que...

—¿Tú crees?

—Sí, *creemos* que quienquiera a quien Jessie le haya contado de Marcia, le notificó a Marcia. Es muy posible que Marcia y esa persona siguieran trabajando juntas.

—¿Todavía? ¿Como si esa persona pudiera estar ahí fuera?

—Sí—. Sasha exhaló pesadamente. —De nuevo, todo esto se basa en presunciones.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que no sabemos nada.

—Básicamente.

—¿Cómo engañó esta mujer a todas las agencias de inteligencia que hay por ahí? Piénsalo, Sasha. Trabajó para alguien de aquí y logró escapar de ellos. Se labró una reputación allí, incluyendo una personalidad de alto secreto dentro del MI5, pero antes de hace cinco años Marcia Stanton no existía.

Sasha no dijo nada.

—Entonces, o ella o la persona con la que todavía trabajaba tenían contactos de alto nivel o con la capacidad de hackear y manipular lo que deberían ser las bases de datos más encriptadas del mundo.

—Mira, hay muchas suposiciones.

—¿Estoy loco al decir que esto suena como una gran coincidencia? No sé, ¿una gran red en la que todos nos vimos arrastrados de alguna manera? Esta mujer quería a Jessie muerta. Hizo que sucediera. Voy allí. Ella lo junta todo, se da cuenta de que me tengo que ir porque estoy demasiado cerca de descubrirlo. Al final, somos yo o ella.

—Jack, eso es lo más plausible que se nos ha ocurrido. Como dije, seguiremos trabajando en

ello. Si se nos ocurre algo, serás el primero en saberlo.

Jack no dijo nada. Alguien que podía hacer que sucedieran las cosas estaba ahí fuera. Podrían saber su nombre y podrían tener motivos para hacer que le sucediera algo. Estudió las caras que pasaban. Cualquiera de ellos podría ser un asesino. La mayoría de la gente no tenía idea de lo cerca que estaba de un asesino a sangre fría todos los días.

—De todos modos—, dijo Sasha, —puedo conseguirte un vuelo esta tarde. Te recogeré y te llevaré de regreso a tu departamento.

—No voy a volver—, dijo Jack.

—¿De qué estás hablando, Jack?

—Renuncio.

—No puedes renunciar.

—Entonces me voy a ir.

—Tú… ¿por qué?

—Por razones personales.

—¿Y qué pasa con Mia?

—Erin es comprensiva. Ella resolverá algo.

Una voz se escuchó por el intercomunicador y anunció que el embarque para su vuelo había comenzado. Como tenía un boleto de primera clase, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Jack, piénsalo bien, por favor.

—Ya lo hice. Ya terminé.

—¿Estás en el aeropuerto?

—Sí.

—¿A dónde vas?

—Me voy a casa, Sasha.

Colgó y tiró ambos teléfonos en el primer bote de basura que encontró.

CAPÍTULO 50

Las luces de neón se reflejaban en los charcos de agua que se acumulaban en el medio de la calle. Una tormenta golpeaba fuerte y rápido. Cuando Jack encontró un lugar para refugiarse, la lluvia lo había empapado. En ese momento, no tenía ninguna razón para buscar refugio. Caminó bajo la lluvia y dejó que me bañara.

El taxi podría haberlo dejado frente al edificio de apartamentos. Pero algo en el aire nocturno de la ciudad le hizo querer caminar. Después de todo, era difícil dejar pasar una hermosa noche en la ciudad de Nueva York.

Cuando dejó de llover, miró hacia el cielo. Las luces de la ciudad rebotaban en las nubes bajas y veloces. El trueno retumbó, pero se alejó. Aunque podría haber sido un camión que pasara por encima de un bache.

Su edificio de apartamentos se alzaba frente a él. Volvió la mirada hacia la calle. La acera mojada brillaba por una combinación de aceite derramado y luces. Como no podía mirar hacia arriba y ver un cielo lleno de estrellas, el hormigón iluminado tendría que bastar.

Miró hacia arriba cuando la entrada estaba a una docena de pasos de distancia. No había estado allí en meses, pero, en el momento en que su pie izquierdo golpeó la puerta, supo cuántos pasos más tenía que recorrer.

El anciano que trabajaba en la puerta por la noche lo observaba. Parecía que no lo reconocía. Entonces sus ojos se iluminaron, sonrió y asintió.

—¿Qué dice, señor Jack? No lo he visto por aquí en bastante tiempo.

Nunca lo había escuchado hablar con nadie más de esa manera. Tal vez no era tan rígido como el resto de los habitantes del edificio.

—¿Cómo te va, Willie? —, dijo Jack. —¿Alguien vino a verme?

Al menos media docena de personas sabían que vivía allí. Unos eran amigos. Otros no lo eran. Nunca sabía cuál sería el resultado cuando alguien aparecía.

—No, no has tenido una visita en meses. Diablos, al menos desde antes de que te fuiste y desapareciste. ¿Dónde has estado, de todos modos?

Jack se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. —Aquí y allá. Ya sabes cómo es.

—Esa es la verdad. Está bien, sal de este aire húmedo de Nueva York.

Jack sonrió. Esto no era nada comparado con Florida. Sacó la mano del bolsillo con un billete de veinte en la palma y la extendió. Willie le recibió a mitad de camino y le guiñó el ojo después del intercambio.

Habían quitado la alfombra e instalado baldosas mientras Jack no estaba. Parecía mármol. Dudaba que lo fuera. Probablemente algo más barato, capaz de resistir otros setenta años. Los muebles eran los mismos. Alguien le había dicho que eran los originales de los años cuarenta. El

resto del edificio había sido remodelado a lo largo de los años, pero conservaban algunas cosas originales, como los muebles y algunas de las lámparas y espejos. Su apartamento era moderno. Esa era una de las cosas que le gustaban del lugar. Viejo y nuevo al mismo tiempo.

Las puertas doradas se abrieron por la mitad. Entró en el ascensor y presionó el botón con el número veintiocho. El segundo desde arriba. Después de un minuto más o menos, las puertas se volvieron a abrir. Entró en el pasillo. Las luces siempre estaban encendidas, nunca demasiado brillantes. La alfombra del piso era de un tono apagado. Había cuatro departamentos en el piso. Jack había estado allí siete años y nunca había hablado con ninguno de sus vecinos. Era raro que alguien del allí estuviera en el pasillo al mismo tiempo. Si se los encontraba en el ascensor, fingía recibir una llamada telefónica o miraba un periódico o una revista si tenía una.

Su departamento tenía un panel de acceso electrónico. No les gustó mucho que lo instalara, pero al final se lo permitieron. Extendió la mano e ingresó el código de ocho dígitos. Contuvo la respiración mientras abría la puerta. La expectación crecía. Casi esperaba una explosión.

Pero no pasó nada.

Salió una bocanada de aire perfumado. Nunca canceló el servicio de limpieza. Aparentemente, habían estado viniendo todo el tiempo.

La puerta se abrió silenciosamente y sin esfuerzo. Entró. Esperaba que uno o dos centímetros de polvo cubrieran todo. Pero no fue así. El lugar estaba limpio y organizado. Fue a la cocina y abrió la puerta del refrigerador. Habían tirado todos los alimentos vencidos. Lo único que había allí era un paquete con botellas.

De agua.

Se encogió de hombros, se dio la vuelta y agarró el teléfono de la pared. Un pitido de tres tonos lo saludó. Había mensajes esperando. Marcó el número del buzón. Resultó que al menos diez personas pensaban que él merecía recibir un mensaje. La mitad de ellos eran vendedores ambulantes. Otros cuatro eran números equivocados.

El último mensaje había sido dejado desde un código de área de Florida. Jack se enderezó. Su dedo se detuvo sobre el botón de reproducción antes de presionarlo.

—Jack, hola. Soy Jessie. Sé que debe ser extraño que te esté llamando después de todos estos años. No estoy tratando de volver a entrar en tu vida ni nada por el estilo. Es solo que, bueno, estoy en problemas. De los grandes. Y tengo razones para creer que tú también. Mira, necesito que me llames. Necesitamos reunirnos. Esta mujer es política en Inglaterra. Sin embargo, no es quien dice ser. Conozco su secreto. Se ha vuelto loca. Creo que está tratando de que me maten. Hay más que eso. Mucho más. Además de eso, tengo información que tiene que ver contigo, Jack, y no es buena. Lamento contarte todo esto en un mensaje de voz. Necesitamos reunirnos. Anota mi número y llámame tan pronto como puedas.

El mensaje había sido dejado hacía más de una semana. Cualquier información que Jessie tuviera, murió con ella. Por supuesto, podría no haber sido nada más de lo que Jack ya sabía. Eso fue lo que se hizo creer mientras borraba el mensaje y colgaba el teléfono.

Jessie, April y varias otras personas se habían ido. ¿Jessie habría muerto si él hubiera llegado una semana antes? ¿Las otras habrían vivido si él nunca hubiera aparecido? No había forma de responder a las preguntas que lo invadían.

Y nunca más quiso pensar en nada de eso.

La historia continúa en *El Juicio de Noble,* Continúe leyendo un extracto.

https://links.ltryan.com/juicio-noble

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

EL JUICIO DE NOBLE: CAPÍTULO 1

Los que conocían bien al hombre que presidía la mesa lo llamaban Butch. Él dejaba que sus subordinados lo llamaran por su apellido, Mónaco. Incluso a los sesenta y tres años era alto, recto, delgado y desgarbado. Una cicatriz lisa de un centímetro de ancho recorría su mejilla desde la comisura de la boca hasta el punto donde el lóbulo de la oreja se unía a la cabeza. El recuerdo resaltaba más cuando tenía la piel bronceada, como ahora. Cuando se lo preguntaban, siempre contaba diferentes versiones de más de una docena de historias. Una sola versión de una de esas historias contenía la verdad. Sólo Butch sabía cuál. A pesar del peligro que asoló su vida durante tanto tiempo, había envejecido bien. Aparte de unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y la boca, se parecía mucho a la última vez que mantuvo una reunión secreta en Aspen, Colorado.

No podía decir lo mismo de los cinco hombres que conocía en la sala. Se habían quedado calvos, o tenían barrigas que colgaban sobre sus tripas, o les había salido papada, o tenían caras que parecían cuero desgastado. En conjunto, la descripción retrataba a uno de los hombres a la perfección. El resto presentaba algunas variaciones. Dejó que tres de esos hombres lo llamaran Butch. Dos se dirigían a él como Mónaco.

Los otros cinco hombres en la mesa eran desconocidos. Y, lo más probable, era que la última vez que celebró una reunión alrededor de esa misma mesa en esa misma habitación, esos cinco tipos estuvieran en la escuela secundaria o la universidad. Tal vez habían tenido alguna experiencia desde entonces. Tal vez no. Al menos no del tipo que Butch aceptaba. No importaba, porque necesitaba diez hombres en la sala para la reunión y los otros cinco miembros originales del grupo estaban muertos. Algunos por causas naturales. Los otros, no tanto.

Butch Mónaco miró a cada hombre por turno. Las miradas en blanco que le devolvieron dijeron más de lo que las palabras podrían decir. Ninguno de ellos quería estar allí ese día. Diablos, incluso Butch tenía un nudo en el estómago. Hasta este punto, el propósito de la reunión no se había declarado. Demasiadas palabras llevan a demasiados juicios, lo que llevó a que personas en la posición de Butch fueran sentenciadas a cadena perpetua o a muerte por fusilamiento, si vivían en el estado adecuado. El resto recibió la silla eléctrica o una dosis letal inyectada en ellos. Se quedaron dormidos y nunca despertaron. Y si fuera honesto consigo mismo, admitiría que todos los hombres lo habían merecido.

Así que la reunión se había organizado de manera privada. El único hombre en el que Butch confiaba, Waldron, fue de hombre a hombre, hablando en un código que solo doce personas conocían. Encontró a todos ellos, menos uno, Goetz, que había desaparecido hace cuatro años y no se había sabido nada de él desde entonces.

Al igual que la reunión anterior en Aspen, no habría documentación. No se registraría nada. Y todos los hombres en la sala negarían haber estado en Colorado ese día. ¿Qué necesidad

había? Todos sabían que tenía que hacerse, y eran los únicos que podían sancionarlo.

¿Y cuál era el propósito de la reunión que Butch Mónaco celebró ese día? La organización que habían formado hacía más de veinte años tenía que ser clausurada.

Y para ello, había que eliminar los secretos. Así que los hombres que guardaban esos secretos, al menos los que estaban fuera de la sala, tenían que morir.

Butch tamborileaba con los dedos de su mano derecha sobre la mesa, de las puntas a las yemas y a los nudillos, con una intensidad cada vez mayor. El parloteo se fue apagando como el final de un trueno. Cuando todos los ojos estaban puestos en él, Butch tomó un sorbo de su vaso de agua y lo dejó cerca del borde de la mesa. La condensación rodeaba el fondo. Si había suficiente vibración, el vaso podría caerse.

Butch se levantó y se dirigió al grupo. —En 1991, once de nosotros nos reunimos en esta misma sala. Esa reunión, como la de hoy, no tuvo precedentes, no fue autorizada, no se registró y nunca ocurrió.

Los cinco hombres que habían estado allí veintidós años atrás sonrieron.

Los demás miraron alrededor de la sala. Dos se encogieron de hombros. Uno levantó una ceja. Los otros dos permanecieron estoicos. Todos sabían el resultado. Ninguno de ellos conocía la historia de cómo empezó.

Butch continuó. —Todos sabemos lo que hicimos ese día. Podemos describirlo de diferentes maneras, dependiendo de con quién estemos hablando. Estoy seguro de que hay quienes nos consideran pronosticadores, considerando que estábamos por delante del resto de Washington y de todas las agencias de inteligencia en muchos aspectos. Sé que se nos consideró el Departamento de Seguridad Nacional original. Una década por delante de nuestro tiempo.

Un hombre llamado Davinski se rio entre dientes. Butch lo interrumpió con una mirada de enojo. Davinski levantó un puño y tosió. Sus mejillas se hincharon y su rostro se puso rojo.

—Lo que creamos, nuestra propia fuerza policial que podía operar en cualquier lugar, en cualquier momento y sin escrutinio, fue algo hermoso hace veinte años. Diablos, la mayoría de la gente, incluso los de alto rango, nunca habían oído hablar de nuestro bebé. Esquivamos algunas balas, por supuesto, pero en general, durante dos largas décadas, funcionó a la perfección. Luego, hace unos meses, cierta información cayó en las manos equivocadas. Posiblemente, a través de la ayuda de alguien de esta organización. Sabemos de al menos una agente que trabajaba para el otro lado. Ahora está muerta. Pero podría haber más. Por sí solo, este no es el problema, ya que hemos lidiado con este tipo de cosas en el pasado. Este grupo ha sido muy bueno en su autocontrol y los hemos utilizado para ello. Pero esta vez, va demasiado alto. Está por encima de todos ustedes. Por encima mío. Alguien, y no puedo nombrar quién, ha ordenado que se cierre esta cosa, o seremos nosotros los que paguemos el precio.

El hombre sentado en el extremo opuesto de la mesa levantó la mano en el aire. Butch lo miró fijamente durante unos segundos y dijo: —¿Nombre?

El tipo se levantó. —Ballard, señor. Joe Ballard.

—¿Tiene algún comentario o una pregunta?

Ballard se pasó la mano derecha por el pelo corto y negro. Las motas plateadas reflejaban la luz del sol que entraba por la ventana panorámica que tenía detrás. —¿Qué pasaría si alguno de nosotros se opusiera a lo que está proponiendo?

—Entonces no saldrá vivo de Aspen.

El tipo se enderezó, extendió la mano izquierda hacia adelante, con los dedos separados. —Entonces está diciendo que…

—Cállate, Ballard, y escúchame. No hay elección aquí. No vamos a votar. Y, lo que es más,

no tienes voz ni voto en esto. El SIS se está cerrando y todos los miembros, actuales y antiguos, serán eliminados. ¿Está claro?

Ballard dijo: —Crystal, señor.

Butch esperó a que el tipo se volviera a sentar. Luego tomó una carpeta de la mesa a su derecha. Dentro había una docena de copias de la misma información. Le entregó cinco a su derecha, seis a su izquierda. Los hombres se quedaron con una y pasaron el resto.

—Primero, me las devolverán en un minuto.

—¿Cuál es el punto entonces? — preguntó Davinski.

—El punto es que quiero que todos ustedes revisen esta lista y me digan si tienen objeciones a alguno de los nombres que hay en ella.

—Tiene que haber cincuenta nombres aquí.

Butch se encogió de hombros una pulgada y dijo: —¿Y?

Davinski no tenía respuesta. Su mirada, como las miradas de todos los hombres en la sala, se desplazó hacia el papel. Sus ojos se movieron de derecha a izquierda repetidamente mientras leían los nombres para sí mismos. Butch sintió que se le apretaba aún más el estómago. Sabía que los cinco hombres que habían estado en la reunión original no dirían nada. Esto era parte del proceso de eliminación. Cualquier hombre que objetara podría ser un hombre que podría filtrar lo que planeaban hacer. Y un tipo que hiciera eso necesitaba ser tratado de inmediato.

En el otro extremo de la mesa, un hombre levantó la mano.

—Sí, Ballard—, dijo Butch.

—Conozco un nombre aquí.

—¿Quién?

—Jack Noble.

—¿Y tienes objeciones a que el señor Noble esté en esa lista?

Ballard miró el papel. El hombre se movió nerviosamente, golpeando su pulgar contra la mesa. Luego, levantó la vista hacia Butch.

—¿Y bien? —, preguntó Butch.

—No. Lo conocía de los Marines, eso es todo. No tengo objeciones a que esté en esta lista.

La historia continúa en *El Juicio de Noble,* Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/juicio-noble

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com